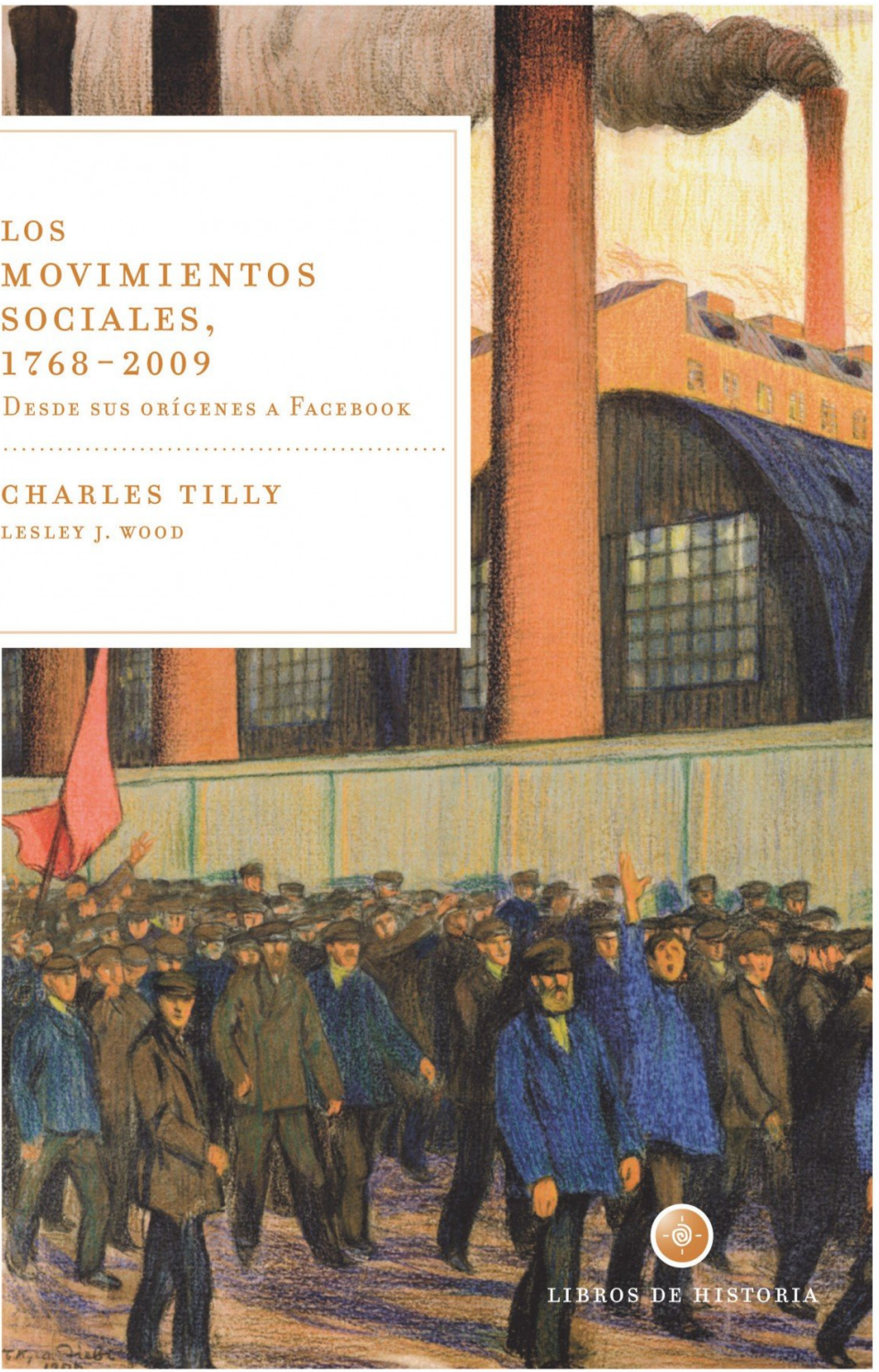
LOS MOVIMIENTOS SOCIALES, 1768-2009

Desde sus orígenes a Facebook

CHARLES TILLY

LESLEY J. WOOD



LIBROS DE HISTORIA

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES, 1768-2008

LIBROS DE HISTORIA

CHARLES TILLY
Y LESLEY J. WOOD

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES, 1768-2008

DESDE SUS ORÍGENES A FACEBOOK

Traducción castellana de
Ferran Esteve

CRÍTICA
BARCELONA

CREATIVE COMMONS

Título original: *Social Movements, 1768-2008*

Diseño de la cubierta: Jaime Fernández
Ilustración de la cubierta: © The Gallery Collection/Corbis
Realización: Àtona, SL

© 2009 by Paradigm Publishers, LLC
© 2010 de la traducción castellana para España y América:
Editorial Crítica, S.L., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

ISBN: 978-84-9892-045-1
editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es
Depósito legal: B-39.651-2009
Impreso en España
2010.– Impreso y encuadernado por Egedsa (Barcelona)

Para Chuck, que nos dio tanto

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN

Cuando, en junio de 2003, los amables trabajadores del hospital presbiteriano de Nueva York comenzaron lo que, en un alarde de optimismo, habían de ser inicialmente cuatro o cinco meses de quimioterapia y demás tratamientos relacionados para combatir un linfoma, me plantearon una disyuntiva interesante: o me deprimía por mi situación de invalidez o me inventaba un proyecto especial que diera sentido a aquel difícil interludio. Animado por los amigos que habían plantado cara a la adversidad, la segunda opción parecía mucho más atractiva. Después de mucho tiempo pensando que otra persona debería escribir el libro que llevas tiempo imaginando, me puse manos a la obra para tranquilizarme durante la primera sesión de quimioterapia, fantaseando con que su punto y final llegaría el último día de tratamiento, precisamente cuando la última gota de química entrara en mis venas. Como la mayoría de fantasías, no acabó de ser así. Sin embargo, los meses de quimioterapia me ayudaron a adquirir disciplina, y completé el libro durante —esperamos que así sea— la última y exitosa fase del tratamiento.

Aunque antes de los años setenta apenas hablé de «contendientes», no bauticé como «contienda» el tema de mis estudios hasta los años ochenta y no empecé a teorizar sobre la «contienda políti-

ca» hasta los años noventa. Durante medio siglo gran parte de mi trabajo ha versado sobre cómo, cuándo, dónde y por qué la gente corriente plantea reivindicaciones colectivas a las autoridades públicas, otras instancias de poder, competidores, enemigos y objetos de la desaprobación pública. Durante años, evité deliberadamente la expresión «movimiento social» porque abarcaba tantos significados diferentes que, más que clarificadora, resultaba confusa. La redacción de listas detalladas con los diferentes episodios contenciosos que se produjeron entre el siglo XVII y el siglo XX en Europa Occidental y Norteamérica me hizo cambiar de parecer. Aquellos listados me mostraron que fue ahí, entre 1750 y 1850, donde se dieron los grandes cambios en los distintos medios que empleaba la gente corriente para plantear sus reivindicaciones ante terceros —los repertorios de contienda—; que, a pesar de unas diferencias temporales entre un régimen y otro considerables, en todos ellos estos cambios conformaron un todo del que emergió una combinación única de campañas, actuaciones y demostraciones. Tanto los participantes como los observadores comenzaron a bautizar como «movimiento» aquella nueva forma de hacer política. Así las cosas, ¿por qué no estudiar ese cambio?

A pesar de la tendencia actual a dar el nombre de «movimiento» a todo, desde una moda hasta los grupos de interés ya consolidados, la emergencia, la transformación y la supervivencia de esa forma nueva y única de política merecía que se le prestara atención desde un punto de vista histórico. No sin un cierto miedo ante probables conflictos entre áreas de conocimiento o polémicas a la hora de establecer una definición, decidí recurrir a la expresión estándar, «movimiento social», en lugar de acuñar un sustituto como «movimiento social consolidado» o «el tipo de movimiento social que apareció primero en Europa Occidental y en Norteamérica a finales del siglo XIX». No cabe duda de que ha simplificado mucho el texto.

Por fortuna para la amistad y para futuras colaboraciones, en el libro que más se asemeja a este en términos de tesis y contenidos,

mi amigo y colaborador Sidney Tarrow rechaza explícitamente embarcarse en la historia de los movimientos sociales (Tarrow, 1998, p. 3). Este libro, por lo tanto, coge el relevo del extraordinario estudio que hizo Tarrow sobre los movimientos sociales. Movimientos sociales, 1768-2004 *presenta una perspectiva histórica de los movimientos sociales, desde sus orígenes en el siglo xviii hasta llegar al siglo* XXI, *y se cierra especulando con el futuro de los movimientos sociales.*

Para evitar que el texto abunde en referencias a mis publicaciones previas, he recurrido libremente a mis trabajos del pasado, las más de las veces sin explicitarlo. He adaptado algunos pasajes de Stories, Identities, and Political Change *(Rowman and Littlefield, 2002),* Violencia Colectiva *(Hacer, 2007) y* Contienda política y democracia en Europa *(Hacer, 2008). Sin embargo, no menos del 95 por ciento del contenido del libro es original.*

Quiero dar las gracias por su labor a la hora de recabar información, citas, reseñas y por sus consejos editoriales a Lance Bennett, Vince Boudreau, Pamela Burke, Dana Fisher, Elisabeth Jay Friedman, Wiliam Ivey, Vina Lanzona, Daniel Menchik, Vicente Rafael, Sidney Tarrow, Cecilia Walsh-Russo, Lesley Wood y Viviana Zelizer. Confío en que estarán agradablemente sorprendidos con lo que ayudaron a crear.

Charles Tilly

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Charles Tilly murió justo antes de acabar la nueva edición de este libro. Desde su fallecimiento, se han multiplicado las anécdotas sobre su persona: historias de sus años como profesor, de su amabilidad o de su riguroso y prodigioso saber académico. Fueron legión los estudiantes que se asombraron ante su capacidad para abrirles los ojos por medio de un puñado de preguntas pertinentes. Y siguió planteando este tipo de preguntas hasta su muerte.

Tal y como ya explicaba en el prefacio a la primera edición, este libro es una breve respuesta a una serie de preguntas recurrentes. ¿Por qué los movimientos sociales son tan parecidos en todo el mundo y cómo y por qué se han convertido estos movimientos en una de las principales plataformas de acción política en todo el planeta?

Desde su aparición, Tilly escribió abundantemente —y pertinentemente— sobre la protesta, la organización social y las relaciones políticas. Los libros publicados durante los últimos cuatro años son *Contienda política y democracia en Europa, 1650-2000* (2004), *Trust and Rule* (2005), *Identities, Boundaries, and Social Ties* (2005), *Regimes and Repertoires* (2006), *Why?* (2006), *Democracy* (2007), *Credit and Blame* (2008) y *Contentious Performance* (2008). Junto con Sid Tarrow, también escribió *Contentious Poli-*

tics (2006). No listaré el sinfín de artículos para revistas, capítulos de libros y volúmenes en los que trabajó como editor. He intentado incorporar las ideas de estos nuevos trabajos en el texto allá donde lo he considerado apropiado.

Durante ese mismo período de tiempo, en un universo más amplio como el de la contienda política, hemos asistido a la aparición del movimiento social en nuevos rincones del globo. En Estados Unidos hemos visto aparecer nuevos ciclos contestatarios a propósito de la inmigración, las discapacidades, las luchas del primer mundo y, en un sentido más amplio, los derechos humanos. Algunos de los movimientos que en 2004 estaban creciendo han comenzado a fragmentarse. Entre estos, cabe destacar el movimiento global contra la guerra que salió a la calle para protestar por las guerras de Irak y Afganistán, así como algunas facciones del movimiento por una justicia global. En todo el mundo, los movimientos indígenas y los movimientos que se ocupan del cambio climático están ganando fuerza. En América Latina, los movimientos indígenas han tomado las riendas de algunos Estados-nación mientras que, en otros países, están exigiendo un mayor grado de autonomía con respecto al aparato del Estado. En ese mismo período de tiempo, los movimientos a favor de la democracia en México, Birmania, Tíbet, Pakistán o Zimbabue, entre otros lugares, han ganado visibilidad. Con todo, en muchas de estas zonas el éxito de estos movimientos no es evidente a primera vista. El conflicto étnico, la desigualdad económica y la represión siguen limitando las posibilidades de movilizar a las bases y al pueblo.

Chuck me pidió, en 2006, que trabajara en *Movimientos sociales*, tal vez consciente de que la muerte le llegaría antes de poder acabarlo. Discutimos qué revisiones serían útiles y adecuadas, y he intentado incorporarlas aquí de tal modo que los estudiantes de los movimientos sociales y la contienda política puedan profundizar en la aparición y el desarrollo del movimiento social. He incluido un puñado de ejemplos recientes, entre ellos las movilizaciones medio-

ambientales en China y las revueltas de Birmania y del Tíbet. Asimismo, he incorporado material sobre los últimos avances en las tecnologías de la información y he comentado sus efectos. Aunque la tesis general sigue siendo la misma que la de la primera edición, he realizado un par de cambios: he enfatizado las dinámicas de género, clase y raza subyacentes en la aparición del movimiento social y me he preguntado si el ritmo actual de la globalización está perdiendo empuje. Con la salvedad del capítulo 5, en el que la mayoría del material es de mi propia cosecha, he conservado el texto en primera persona porque, evidentemente, este es el libro de Chuck.

Por último, quiero dar las gracias a Sid Tarrow y a Chris Tilly por su ayuda a la hora de cerciorarse de que no arruinaba el tono y el mensaje del texto.

Lesley J. Wood

Capítulo 1

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES COMO POLÍTICA

«La construcción de un movimiento social fuerte a favor de la democracia», rezaba el editorial del *Harare Daily News* de Zimbabue el 5 de diciembre de 2002,

> corresponde siempre a la sociedad civil cuando el contexto en el que se encuentra es de opresión política... La capacidad de definir un movimiento social podría ser un punto de partida. Tal y como su nombre indica, los movimientos sociales son organizaciones globales formadas por diferentes grupos de intereses. Los movimientos sociales incluirán a las capas más significativas de la sociedad, como obreros, grupos de mujeres, estudiantes, jóvenes y al estamento intelectual. Estos distintos grupos de intereses de la sociedad estarán unidos por un agravio común que, las más de las veces, será la ausencia, percibida por todas las capas de la sociedad, de democracia en un escenario político determinado. Así ha sido, especialmente, en las últimas dos décadas en la lucha contra la segregación racial en Sudáfrica o, más importante si cabe, la que se ha librado en Zimbabue durante los últimos cuatro años. La única diferencia significativa entre la situación en Zimbabue y el movimiento contra la segregación racial en Sudáfrica estriba en que el primero, por lo

> general, no está tan definido y es algo más difuso. De hecho, en Zimbabue, a la gente se le puede perdonar que, en ocasiones, piense que el movimiento social se ha escindido. (*Harare Daily News*, 2002, p. 1.)

Cinco años y medio más tarde, los líderes de la oposición contra el régimen violento y vengativo de Robert Mugabe en Zimbabue seguían lamentando las divisiones que aquella mezcla de represión y cooptación que practicaba el régimen había provocado entre los sufridos ciudadanos de un país sitiado. Munyaradzi Gwisai, un antiguo diputado del Movimiento por el Cambio Democrático (MDC), sostenía que la oposición debía trabajar con la diáspora para «construir un movimiento solidario que agrupara a los movimientos de base, los movimientos sindicales y los movimientos sociales» (BBC, 2007). A pesar de la represión, lo han logrado hasta cierto punto. En marzo de 2008, 3.000 delegados de cincuenta organizaciones cívicas, movimientos sociales, sindicatos y de la «Izquierda Revolucionaria» se reunieron en Harare y crearon una Convención Popular. Aunque el MDC, el principal partido de la oposición, intentó lograr el apoyo electoral de este foro, muchas de las organizaciones participantes votaron en contra de la propuesta, pues deseaban mantenerse al margen de la política electoral (Tonderai, 2008). En abril de 2008 se celebraron los comicios, pero Mugabe se negó a permitir el recuento de las papeletas. El movimiento a favor de la democracia respondió movilizándose. El 5 de mayo de 2008, la organización del movimiento social Mujeres del Zimbabue Levantaos intentó marchar hasta la sede del Tribunal Supremo, en Bulawayo, exigiendo el fin de la violencia política que asolaba al país. La policía detuvo a diez miembros y, presuntamente, golpeó a docenas de mujeres (Rusere, 2008).

La oposición zimbabuense no estaba sola en su deseo de resolver un problema político mediante la creación de un movimiento social. En 1997, el periódico socialista de Manchester *International View-*

point abogó por la creación de un «movimiento social europeo» que defendiera los derechos de los trabajadores en un momento en el que la Comisión Europea se decantaba por recortar el gasto social (*International Viewpoint*, 1997). A pesar de estar radicada en Europa, la red mundial Jubilee 2000 alzó su voz para pedir la erradicación de la deuda del Tercer Mundo. Según uno de sus organizadores,

> alrededor de esa causa nació y se articuló un movimiento social global. En 2000, después solamente de cuatro años de campaña, las campañas de Jubilee 2000 habían llegado, con una fuerza y un cariz variables, a 68 países. Las campañas nacionales eran autónomas, pero compartían objetivos, símbolos e información, así como un extraordinario sentido de la solidaridad. Hubo campañas en países tan distintos entre sí como Angola y Japón, Colombia y Suecia, Honduras e Israel o Togo y Estados Unidos. La capacidad para colaborar y coordinar las campañas se benefició en gran medida del uso de Internet. (Pettifor 2001: 62.)

En 2008, muchos europeos confiaban en que las movilizaciones contra el capitalismo global no sólo se convertirían en el movimiento que había de devolver a los obreros europeos su esperanza sino también remediar los problemas del Tercer Mundo.

América Latina y Asia se sumaron a la fiesta: en noviembre de 2007, el periódico de Bangladesh *New Nation* publicó que la Alianza para la Soberanía Alimentaria pedía la creación de un movimiento social contra los alimentos genéticamente modificados, que, en sus palabras, constituían una grave amenaza para la salud humana.

También en Estados Unidos ha habido esperanzados llamamientos para fundar movimientos sociales. En 2007, un grupo de activistas pro derechos humanos se reunió en una conferencia internacional en Berkeley, California, bajo el lema de «Responsabilidad para proteger». Uno de los talleres que se celebraron durante la con-

ferencia sirvió para juntar a varios grupos, entre ellos los Estudiantes de la Fe Progresistas, Amnistía Internacional, el Centro para el Progreso Americano, el Grupo sobre la Crisis Internacional, la Coalición pro Darfur de la Bahía de San Francisco, STAND-UC Berkeley, el Consejo de los Asuntos Mundiales del Norte de California y el Movimiento Federalista Mundial-Instituto para la Política Global, con el fin de discutir la creación de un movimiento social para poner fin a las atrocidades en masa. Ese mismo año, Marc Train, de los Veteranos de Irak contra la Guerra, se manifestó a favor de un movimiento contra la guerra que aglutinara a la gente.

Declaró:

> Este modelo también puede servir como fuente de inspiración para que otras organizaciones pacifistas construyan un poderoso movimiento social en este país que permita poner fin a esta guerra y convertir de veras a Estados Unidos en el país que creo que debe ser; el país por el que lucharon y murieron esos patriotas de finales del siglo XVIII que llevan tanto tiempo enterrados. Y cuantos más grupos adopten este modelo, más y más norteamericanos verán que viajamos todos en un mismo barco que naufraga, y más preparados estaremos para coordinarnos y alcanzar el objetivo común, que no es otro que acabar con esta farsa llamada Guerra Global contra el Terrorismo que ya ha ido demasiado lejos y que ya no es (¡jamás lo fue!) motivo de risa. (Train, 2007)

En pleno siglo XXI, gente de todo el mundo vio en la expresión «movimiento social» el toque de rebato, el contrapeso a un poder opresivo, un llamamiento a la acción popular contra un amplísimo abanico de plagas.

Pero no siempre fue así. Aunque hace miles de años que, en todo el mundo, el pueblo se rebela por un motivo u otro, lo que el *Harare Daily News* describió como «organizaciones globales formadas por diferentes grupos de intereses» no existía hace tres siglos en ningún otro lugar del planeta. A finales del siglo XVIII, los habi-

tantes de Europa Occidental y de Norteamérica comenzaron, en un gesto profético, a dar forma a un nuevo fenómeno político, con la creación de los primeros movimientos sociales. Este libro traza la historia de esa forma política inventada. Trata los movimientos sociales como una forma única de la contienda política; contienda por cuanto esos movimientos sociales plantean una serie de reivindicaciones colectivas que, de ser aceptadas, chocarían con los intereses de otras personas; política por cuanto, de un modo u otro, los gobiernos, con independencia de su signo político, figuran en tales reivindicaciones, bien como autores, bien como objeto de la reivindicación, bien como aliados del objeto, bien como árbitros de la disputa (McAdam, Tarrow y Tilly, 2001).

Los movimientos sociales, 1768-2008 demuestra que esta versión particular de la contienda política obliga a un enfoque histórico de una cierta profundidad. La historia es de utilidad porque explica el motivo por el cual los movimientos sociales abrazaron algunos rasgos cruciales (por ejemplo, las marchas callejeras disciplinadas) que distinguieron al movimiento social de otras formas de política. La historia también es de utilidad porque identifica una serie de *cambios* significativos en la labor de los movimientos sociales (por ejemplo, la aparición de actores profesionales debidamente remunerados y de organizaciones especializadas en llevar a la práctica los programas del movimiento social), alertándonos así de la posibilidad de nuevos cambios en el futuro. La historia es de utilidad, por último, porque se centra en las cambiantes condiciones políticas que propiciaron la aparición de los movimientos sociales. Si los movimientos sociales comienzan a desaparecer, su desaparición será la prueba de la debacle de uno de los principales vehículos de participación del ciudadano de a pie en la política pública. El auge y caída de los movimientos sociales marca la expansión y la contracción de las oportunidades democráticas.

A la vista de su desarrollo en Occidente desde 1750, el movimiento social fue el resultado de la síntesis innovadora y trascendental de tres elementos:

1. Un esfuerzo público, organizado y sostenido por trasladar a las autoridades pertinentes las reivindicaciones colectivas (lo denominaremos *campaña*).
2. El uso combinado de algunas de la siguientes formas de acción política: creación de coaliciones y asociaciones con un fin específico, reuniones públicas, procesiones solemnes, vigilias, mítines, manifestaciones, peticiones, declaraciones a y en los medios públicos, y propaganda (denominaremos a este conjunto variable de actuaciones: *repertorio del movimiento social*).
3. Manifestaciones públicas y concertadas de WUNC de los participantes: valor, unidad, número y compromiso, tanto de los actores como de su circunscripción (lo denominaremos *demostraciones de WUNC*).

A diferencia de una petición única, una declaración o una concentración multitudinaria, una *campaña* no se detiene en un solo episodio, a pesar de que los movimientos sociales a menudo recurren a peticiones, declaraciones o concentraciones multitudinarias. Una campaña siempre vincula, como mínimo, a tres partes: el grupo de quienes se atribuyen la autoría de la reivindicación, el objeto u objetos de dicha reivindicación y el público, quienquiera que sea. Aunque las reivindicaciones pueden dirigirse contra funcionarios gubernamentales, las «autoridades» en cuestión también pueden incluir a propietarios, funcionarios religiosos o a otros grupos cuyas acciones (u omisiones) afecten de un modo significativo el bienestar de mucha gente. Lo que constituye el movimiento social no son las actuaciones en solitario de los contendientes, su objeto(s) o su público, sino la interacción entre estos tres elementos. Aun cuando un puñado de fanáticos se entregue en cuerpo y alma al movimiento, el grueso de los participantes divide su tiempo entre la reivindicación pública y otras actividades, como, por ejemplo, la organización cotidiana que hay detrás de una campaña.

El *repertorio* del movimiento social se solapa con el repertorio de fenómenos políticos como la actividad sindical o las campañas electorales. Durante el siglo XX, las asociaciones con un fin específico, y sobre todo las coaliciones transversales, comenzaron a desarrollar un amplio abanico de actividades políticas por todo el mundo. Sin embargo, la integración de la mayoría o de la totalidad de estas actuaciones en el seno de campañas prolongadas es lo que distingue a los movimientos sociales de otras formas de hacer política.

La expresión «WUNC» resulta extraña, pero alude a algo con lo que estamos familiarizados. Las demostraciones de WUNC pueden adoptar la forma de declaraciones, eslóganes o etiquetas que impliquen las nociones de valor, unidad, número y compromiso: Ciudadanos Unidos por la Justicia, Signatarios de la Promesa, Defensores de la Constitución... Con todo, el colectivo suele representarse a sí mismo a través de un lenguaje con el que el público local está familiarizado, por ejemplo:

- *Valor*: conducta sobria; atuendo cuidado; presencia del clero, de dignatarios o de madres con hijos.
- *Unidad*: insignias idénticas, cintas para el pelo, pancartas o vestuario; desfiles; canciones e himnos.
- *Número*: recuento de asistentes, firma de peticiones, mensajes de las circunscripciones, ocupación de las calles.
- *Compromiso*: desafiar al mal tiempo; participación visible de gente mayor o discapacitada; resistencia ante la represión; hacer ostentación del sacrificio, la adhesión o el mecenazgo.

El lenguaje varía enormemente en función del contexto. Sin embargo, si algo comparten estos lenguajes es la difusión general del WUNC.

Evidentemente, hay precedentes históricos tanto de los tres elementos como de sus subdivisiones. Mucho antes de 1750, por citar un ejemplo obvio, los protestantes europeos habían organizado en

repetidas ocasiones prolongadas campañas públicas en contra de las autoridades católicas para defender su derecho a practicar aquella fe hereje. Durante dos siglos, los europeos se enzarzaron en guerras civiles y revueltas articuladas alrededor de la división entre católicos y protestantes (Te Brake, 1998). En cuanto a los repertorios, ya existían por separado distintas variantes de las asociaciones con un fin específico, las reuniones públicas, las marchas y del resto de formas de acción política mucho antes de que se combinaran en el seno de los movimientos sociales. En breve veremos cómo los pioneros de los movimientos sociales adaptaron, ampliaron y conectaron entre sí estas formas de actuación. Desde hacía mucho tiempo, las demostraciones de WUNC habían sido un elemento habitual en el martirio religioso, el sacrificio cívico y la resistencia a la conquista; lo que distingue a las manifestaciones que llevaron a cabo los movimientos sociales de las realizadas por sus predecesores es la regularización de las mismas y su integración en un repertorio estandarizado. El carácter distintivo de los movimientos sociales no se debe a un elemento en concreto, sino a la *combinación*, durante las campañas, del repertorio y de las demostraciones de WUNC.

Coincidiendo con los movimientos sociales, también aparecieron algunos fenómenos políticos que compartían entre sí algunas características. Tal y como se demostrará detalladamente en capítulos posteriores, las campañas políticas, con sus partidos y sus contiendas electorales, interactuaron generosamente en ocasiones con los movimientos sociales, al tiempo que desarrollaban sus propios repertorios de derechos, obligaciones, personal y prácticas. En diferentes momentos del siglo XIX, los obreros de los países capitalistas se hicieron acreedores, en su mayoría, de los derechos de asociación, reunión, huelga y expresión colectiva; en algunos casos, alcanzaron estos derechos gracias a campañas, actuaciones y demostraciones de WUNC de los movimientos sociales. Otros grupos de intereses organizados, como los fabricantes o los profesionales de la medicina también se hicieron con algunos derechos políticos espe-

ciales, como el de expresión o actuación colegiada; sin embargo, en estos casos, raras veces lo lograron por la intervención de los movimientos sociales. En su mayoría, aquellos grupos que ya manejaban una cantidad considerable de recursos y que tenían contactos y prestigio consiguieron esos derechos a través de la negociación directa con los gobiernos.

Durante los siglos XIX y XX, la mayoría de estados que habían fundado iglesias concedieron a las nuevas sectas religiosas al menos el derecho de reunión y de expresión, e incluso el derecho a imponer su doctrina y sus prácticas entre sus miembros. Algunas comunidades separatistas —ya sean religiosas, políticas o las que propugnan otro estilo de vida— han nacido a rebufo de movimientos sociales, aunque la mayoría de regímenes han reprimido estas comunidades o han limitado considerablemente sus actuaciones. Asimismo, en ocasiones las organizaciones que participan en los movimientos sociales han dado el salto a otras esferas políticas, encabezando campañas políticas, fundando sindicatos, creando grupos de intereses duraderos, convirtiéndose en sectas religiosas o instituyendo comunidades separatistas. Esta mezcolanza no ha de ser obstáculo para admitir que, después de 1750, alrededor de los movimientos sociales surgió un poderoso núcleo de leyes y de prácticas.

Interpretaciones de los movimientos sociales

En un libro de 1850 titulado *Historia del movimiento social francés desde 1789 hasta la actualidad*, el sociólogo alemán Lorenz von Stein introdujo la expresión «movimiento social» en los debates académicos sobre las luchas políticas del pueblo (Von Stein, 1959). En un primer momento, la expresión aludía a un proceso continuo y unitario en virtud del cual el conjunto de la clase obrera cobraba conciencia de sí misma y fuerza. Cuando Von Stein escribió su obra, el *Manifiesto comunista* (1848) de Marx y Engels

había adoptado recientemente esas mismas palabras al declarar que «todos los movimientos históricos anteriores fueron movimientos de minorías, o persiguieron los intereses de las minorías. El movimiento proletario es el movimiento consciente e independiente de la inmensa mayoría y obedece a los intereses de la inmensa mayoría» (Marx y Engels, 1958, vol. I, p. 44)

Aun así, los analistas políticos también hablaban de movimientos sociales, en plural: en 1848, el periódico alemán *Die Gegenwart* [El Presente] declaró que «los movimientos sociales no son, por lo general, sino la primera etapa en la búsqueda de un resultado histórico válido» (Wirtz, 1981, p. 20). La mayoría de analistas decimonónicos de los movimientos sociales los distinguían en función de su programa, su organización y su contexto. El propio Engels adoptó la forma en plural en el prefacio a la edición inglesa del *Manifiesto*, de 1888, subrayando que «allá donde los movimientos proletarios independientes siguieron dando signos vitales, fueron perseguidos implacablemente» (Marx y Engels, 1958, vol. I, p. 26). A partir de finales del siglo XIX, los analistas políticos no sólo usaban regularmente el plural para hablar de los movimientos sociales sino que también ampliaron el espectro al que se referían: ahora, no sólo estaban integrados por proletarios organizados, sino también por granjeros, mujeres y una gran variedad de contendientes (Heberle, 1951, pp. 2-11).

Los nombres que reciben los episodios políticos cobran más fuerza cuando la evaluación que se hace de los mismos alcanza una gran difusión y cuando se puede establecer una relación clara entre la adquisición —o la ausencia— de un nombre por parte del episodio y sus consecuencias. Etiquetar un episodio como «disturbios», «una reyerta» o «un ejemplo de genocidio» estigmatiza a quienes participan en él. Decir de un resultado electoral que fue «arrollador» o hablar de victoria militar o de la firma de un acuerdo de paz suele dar más lustre a la reputación de sus artífices. Cuando una u otra cosa suceden a gran escala, tanto los partidarios como los detracto-

res de las acciones objeto de debate intentan conseguir que la etiqueta cale: calificar el encontronazo del enemigo con la policía como «disturbios», llamar «victoria militar» a una situación de tablas, etc. Tal y como indican las noticias que tenemos de Zimbabue, la Unión Europea, Bangladesh y Estados Unidos, la expresión «movimiento social» ha adquirido unas connotaciones atractivas en todo el mundo. Por lo tanto, los participantes, los observadores y los analistas que respaldan un episodio de acción popular colectiva suelen hablar hoy de movimiento social, tanto si ha habido elementos de campaña, repertorio y demostraciones de WUNC como si no.

Sin embargo, la confusión se da con aquellos episodios que, en parte, cumplen claramente con las normas.

1. Los analistas y los activistas a menudo emplean la expresión «movimiento social» de un modo más vago para incluir bajo ese paraguas cualquier actividad de protesta o, cuando menos, todas las protestas populares relevantes con las que están de acuerdo. Las feministas, por ejemplo, incorporan con carácter retroactivo a las heroínas anteriores a 1750 al movimiento feminista, mientras que, para los activistas medioambientales, toda iniciativa popular que se lleve a cabo en cualquier lugar del planeta en nombre del medio ambiente pasa a estar bajo la égida del movimiento ecologista mundial.
2. Los analistas a menudo confunden la acción colectiva de un movimiento con las organizaciones y las redes que respaldan dicha acción, o incluso sostienen que las organizaciones y las redes *conforman* ese movimiento, identificando por ejemplo el movimiento ecologista con la gente, las redes interpersonales y las organizaciones de defensa del medio ambiente antes que con las campañas en las que todos ellos participan.
3. Los analistas a menudo tratan «al movimiento» como a un actor unitario, ensombreciendo así tanto (a) las disputas y los reajustes que constantemente se dan en el seno de los movi-

mientos sociales como (b) la interacción entre los activistas, los votantes, los objetivos, las autoridades, los aliados, los rivales, los enemigos y el público que conforman la textura cambiante de los movimientos sociales.

La inflación del término para que abrace todo tipo de protestas, pasadas o presentes, la refundición del movimiento con la población, las redes o las organizaciones que lo respaldan y el tratamiento de los movimientos como actores unitarios apenas tienen efectos negativos en una discusión política de café. De hecho, en el seno de los movimientos sociales, a menudo resultan beneficiosos en la captación, la movilización y el aliento. No obstante, también repercuten muy negativamente en cualquier intento por describir y explicar el funcionamiento real de los movimientos sociales, sobre todo cuando lo importante es situar a los movimientos sociales en una perspectiva histórica. Esta es la tarea que tenemos entre manos.

Permítanme que exponga claramente mi postura. Nadie tiene el monopolio de la expresión «movimiento social»; tanto los analistas como los activistas o los detractores siguen siendo libres para emplearla a su antojo. Sin embargo, a finales del siglo XVIII, empezó a surgir en los países occidentales una curiosa manera de hacer política pública que cuajó masivamente en Europa Occidental y Norteamérica a principios del siglo XIX, se consolidó hasta convertirse en un conjunto duradero de elementos a mediados de ese mismo siglo, fue evolucionando lenta y progresivamente a partir de ese momento, se propagó por todo el mundo occidental y acabó recibiendo el nombre de movimiento social. Este constructo político combinaba tres elementos: (1) campañas de reivindicaciones colectivas contra las autoridades afectadas; (2) un abanico de actuaciones para llevar a cabo esas reivindicaciones que incluyen a asociaciones con un fin específico, concentraciones públicas, declaraciones en los medios y manifestaciones; (3) manifestaciones públicas del valor, la unidad, el número y el compromiso de la causa. Doy a este constructo histó-

ricamente concreto el nombre de movimiento social. Y este libro repasa su historia.

A pesar de las incesantes innovaciones y de las mínimas variaciones entre un contexto político y otro, los elementos que conforman el movimiento social evolucionaron y se propagaron como un todo interconectado. En este sentido, el movimiento social tiene su propia historia, diferente a la historia de otras formas políticas, como las campañas electorales, las celebraciones patrióticas, las exhibiciones de poderío militar, la toma de posesión de funcionarios públicos o el luto colectivo. Así, cuando este libro habla de movimientos sociales, no alude a todas las acciones populares, a todas las acciones de la gente en nombre de una causa, a todas las personas y organizaciones que respaldan esas mismas causas o a los actores heroicos que han destacado en la historia, sino a un conjunto histórico, concreto, interconectado y cambiante de interacciones y prácticas políticas, a la combinación única de campañas, repertorios y demostraciones de WUNC.

Según estos principios, ¿podemos calificar como movimientos sociales las movilizaciones en Zimbabue, Europa, Bangladesh o Estados Unidos citadas al principio? En su mayoría, sí. En 2007 y 2008, la oposición de Zimbabue empleaba algunos de los mecanismos propios de las reivindicaciones de los movimientos sociales, como las manifestaciones, las reuniones y los comunicados de prensa para plantar cara a un régimen que calificaba de subversivas todas esas reivindicaciones. La campaña en Bangladesh contra los alimentos genéticamente modificados consiguió que granjeros, obreros, organizaciones comunitarias y ONG nacionales y de base aunaran esfuerzos para organizar reuniones y mítines. Ante una Unión Europea cada vez más poderosa y a la vista de la internacionalización del capital, la clase obrera europea llevó a cabo complicados experimentos para trasladar a la esfera internacional las rutinas de los movimientos sociales nacionales con las que ya estaban familiarizados: las cabezas visibles en Europa se implicaron decididamente en la coordinación

de campañas mundiales sobre la deuda del Tercer Mundo, el sida y centenares de cuestiones más. Al alba del siglo XXI, los activistas norteamericanos —tanto los de derechas como los de izquierdas— tenían tras de sí más de doscientos años de asociacionismo, manifestaciones, reuniones y demostraciones de WUNC. En gran parte del mundo, el movimiento social se ha convertido en un vehículo familiar y por lo general fiable de la política popular (Ballard *et al.*, 2006; Buechler, 2000; Edelman, 2001; Ibarra y Tejerina, 1998; Mamdani y Wamba-dia-Wamba, 1996; Nash, 2004; Ray y Fainsod Katzenstein, 2004; Ray y Korteweg, 1999; Tarrow, 1998; Wignaraja, 1993).

En parte a causa del papel incuestionable y predominante en la actualidad del movimiento social, los estudiosos de un movimiento social en concreto apenas han mostrado interés en el lugar que estos ocupan en la historia global de los movimientos sociales como forma de hacer política. En su conjunto, los analistas de los movimientos sociales los consideran más como la expresión de las actitudes, los intereses o las condiciones sociales del momento que como elementos de una historia de largo recorrido. En efecto, los estudiosos de movimientos decimonónicos como el movimiento contra la esclavitud, contra el consumo de alcohol o el sufragista han tenido que contextualizarlos y estudiar su desarrollo histórico (véanse, por ejemplo, d'Anjou, 1996; Buechler, 1990; Drescher, 1986, 1994; Eltis, 1993; Gusfield, 1966; McCammon y Campbell, 2002; Young, 2006). Las presuntas historias de movimientos obreros regionales, nacionales o internacionales a menudo se remontan, en busca de precedentes, a mucho antes de sus días de esplendor durante el siglo XIX, y con frecuencia no se detienen en aquellos movimientos que se ocupaban específicamente del bienestar del proletariado sino que exploran un espectro mucho más amplio (véanse Bogolyubov, R'izhkova, Popov y Dubinskii, 1962; Dolléans y Crozier, 1950; Kuczynski, 1967a, 1967b; Zaleski, 1956).

Del mismo modo, a menudo los grandes estudios sobre protestas, violencia y conflicto político diseccionan la actividad del movimien-

to social (véanse Ackerman y DuVall, 2000; Botz, 1976, 1987; Brown, 1975; Gilje, 1987, 1996; Grimsted, 1998; Lindenberger, 1995; McKivigan y Harrold, 1999; Mikkelsen, 1986; Olzak, 2006; Tilly, Tilly y Tilly, 1975; R. Tilly, 1980; Walton y Seddon, 1994; Williams, 2003). Sin alejarnos demasiado de ese ámbito, la abundante literatura histórica sobre política, vigilancia y represión a menudo retrata, tangencialmente, los movimientos sociales desde ópticas poco habituales (véanse Balbus, 1973; Broeker, 1970; Bruneteaux, 1993; Cunningham, 2005; Earl, Soule y McCarthy, 2003; Emsley, 1983; Emsley y Weinberger, 1991; Fillieule, 1997b; Goldstein, 1983, 2000, 2001; Gurr, 2000, Huggins, 1985, 1998; Husung, 1983; Jessen, 1994; Liang, 1992; Lüdtke, 1989, 1992; Monjardet, 1996; Munger, 1979, 1981; Palmer, 1988; Storch, 1976; Wilson, 1969).

Algunas actuaciones concretas del movimiento social, como por ejemplo las marchas y las manifestaciones en Francia o Irlanda, han dado pie a relatos históricos formidables (Blackstock, 2000; Farrell, 2000; Favre, 1990; Fillieule, 1997a; Jarman, 1997; Mirala, 2000; Pigenet y Tartakowsky, 2003; Robert, 1996; Tartakowsky, 1997). Asimismo, los libros de historia social o política en un sentido más amplio a menudo prestan más atención a los movimientos sociales al tiempo que trazan su evolución histórica de un modo más genérico (por ejemplo, Anderson y Anderson, 1967; Cronin y Schneer, 1982; González Calleja, 1998, 1999; Hobsbawm, 1975, 1988, 1994; Montgomery, 1993). Todos estos tipos de estudios históricos nos serán de utilidad en capítulos posteriores. Con todo, ni siquiera tomados en su conjunto presentan una historia coherente del movimiento social en tanto que fenómeno político que sea comparable, por ejemplo, a las historias sobre las elecciones legislativas, los partidos políticos, las revoluciones o los golpes de Estado.

Para algunos países o períodos determinados, existen estudios históricos de carácter general sobre los movimientos sociales (véanse, por ejemplo, Ash, 1972; Bright y Harding, 1984; Burke, 1988; Castells, 1983; Clark, 1959; Clark, Grayson y Grayson, 1975; Duy-

vendak, van der Heijden, Koopmans y Wijmans, 1992; Fredrickson, 1997; Gamson, 1990; Kaplan, 1992, Klausen y Mikkelsen, 1988; Kriesi, Koopmans, Duyvendak y Giugni, 1995; Lundqvist, 1977; Nicolas, 1985; Tarrow, 1996; Wirtz, 1981). En una de las afirmaciones más certeras de que disponemos sobre este ámbito, John Markoff aborda con gran destreza los problemas explicativos que se plantean:

> Los movimientos sociales tal y como los conocemos en la actualidad empezaron a florecer en Inglaterra a finales del siglo XVIII y arraigaron en Europa, Estados Unidos y demás lugares durante el siglo XIX. Para entender el motivo, debemos considerar una serie de cambios relacionados entre sí: un gobierno reforzado y un rey debilitado; un pueblo que se organizaba para plantear sus reivindicaciones ante esos gobiernos; una elite política propensa a afirmar que gobernaban en nombre del pueblo; las mejoras en los sistemas de transporte y en las relaciones comerciales que permitieron acercar a pueblos alejados entre sí; el inicio de la alfabetización generalizada y la aparición de nuevos medios de comunicación que propiciaron que grupos de gentes separados geográficamente tuvieran la sensación de moverse a un mismo ritmo. (Markoff, 1996b, p. 45)

En general, sin embargo, estos estudios subordinan la historia a otras líneas de análisis, como la demostración que hace S. D. Clark de las diferentes trayectorias de los movimientos canadiense y norteamericano a partir de los años treinta del siglo XIX, o la investigación llevada a cabo por William Gamson para determinar si, durante el siglo XX, se redujeron en Estados Unidos las oportunidades políticas. El propio Markoff supedita su análisis de la formación y la transformación de los movimientos sociales a la difusión de la democracia. Regresaré a estos estudios en repetidas ocasiones, así como a otros estudios históricos sobre determinados movimientos. Presto asimismo una atención especial a cronologías y a catálogos como los de Gamson porque nos proporcionan material para establecer comparaciones y ofrecen pruebas sistemáticas de los cam-

bios (Tilly, 2002b). Con todo, el análisis histórico aquí contenido ha exigido intercalar, sintetizar y recuperar una gran cantidad de textos procedentes de mis propias investigaciones históricas.

La historia del movimiento social plantea una nueva versión de un problema característico del análisis político. Sin lugar a dudas, los movimientos sociales tienen una historia única e interrelacionada. Este libro se limita a repasar esa historia. Las tentaciones, poderosas y en gran medida contrapuestas, que se derivan de este cometido son dos. Por un lado, está la tentación de tratar el movimiento social como un fenómeno *sui generis* y lanzarse a buscar los principios generales de su funcionamiento, una tentación compartida por los estudiosos de revoluciones, huelgas prolongadas o campañas electorales. No obstante, la búsqueda de leyes generales comparables a las leyes de la mecánica de Newton para explicar los asuntos de la humanidad se ha saldado con un fracaso en toda regla. Aunque es posible que existan leyes así (bajo la forma, por ejemplo, de postulados universales genéticos o evolucionistas), no cabe duda de que no son aplicables a procesos o a estructuras concretas como las iglesias, las multinacionales, las revoluciones o los movimientos sociales. Quien quiera explicar las estructuras o los procesos políticos con los datos de que disponemos en la actualidad hará un mejor servicio a la causa poniendo en orden la cantidad limitada de mecanismos causales que provocan el cambio y las variaciones, así como los rasgos más destacados de esas mismas estructuras y procesos. Este esfuerzo pasa necesariamente por distanciarse de las «leyes» de los movimientos sociales para explorar las analogías y las relaciones causales que hay entre los diferentes aspectos de los movimientos sociales y demás formas de política (Goldstone, 2003; Tilly, 2001a, 2001b; Tilly y Tarrow, 2007; Tilly, 2008). Las explicaciones de los movimientos sociales y su historia han de ir de la mano de las explicaciones de otras formas de contienda política.

Este objetivo, sin embargo, acarrea la tentación opuesta: una vez se ha observado la existencia de una cierta regularidad a peque-

ña escala en los movimientos sociales, cabe la posibilidad de ver movimientos sociales por doquier. Por separado, a menudo se dan, fuera del ámbito de los movimientos sociales, campañas, actos como reuniones públicas o peticiones o demostraciones de WUNC, como lucir una insignia o hacer un sacrificio evidente; sucede en las iglesias, en las escuelas, en las multinacionales, en las comunidades intelectuales... (Binder 2002; Davis y Thompson, 1994; Davis, McAdam, Scott y Zald, 2005). En ocasiones, por analogía, atraen para sí incluso la etiqueta de «movimiento». Fijémonos en el movimiento conocido como milicias que surgió en Estados Unidos en los años noventa. A lo largo y ancho del país, centenares de pequeños grupos vagamente conectados entre sí se vistieron con ropa militar, llevaron a cabo simulacros militares, distribuyeron textos apocalípticos, se declararon ajenos a la jurisdicción norteamericana —incluida la obligación de pagar impuestos— y empezaron a prepararse para el Apocalipsis que sus líderes habían presagiado para el año 2000. El Centro de Leyes para la Pobreza en el Sur, que estudia de cerca estos grupos, fijó en 858 el número de milicias que existían en el país en 1996, el momento álgido del fenómeno, una cifra que se redujo hasta 43 en 2007 (*Economist*, 2003a, p. 22; Southern Poverty Law Center, 2008).

Si estos grupos hubieran combinado las campañas con las actuaciones de los movimientos sociales y las demostraciones de WUNC, no cabe duda de que habrían entrado en el terreno de los movimientos sociales en sentido estricto. Si, por otro lado, algunos de ellos ya organizados, como el Partido de las Milicias, hubieran comenzado a presentar candidatos a las elecciones locales o estatales y hubieran empezado a comprar espacios en las cadenas de televisión locales, se habrían decantado por otra de las formas existentes de la política pública: la campaña electoral. Ante la improbabilidad de que se produzcan unos cambios estratégicos como estos, antes que decir que las actividades de las milicias «realmente son» movimientos sociales es mucho más apropiado admitir que nos encontramos ante otra

forma de contienda política. Este reconocimiento nos permite estudiar sus similitudes con los movimientos sociales, así como los problemas únicos que se plantean a la hora de explicar esos grupos.

También aparecen de vez en cuando analogías con los movimientos sociales en mundos tan respetables como el de la ciencia o el de la medicina, aunque en este caso la situación no da lugar las más de las veces a movimientos sociales como tales. Veamos un ejemplo: las disputas que recientemente se han producido a propósito del agua en la cuenca del río Klamath, cerca de la frontera entre California y Oregón. El nacimiento del Klamath, en el lago Upper Klamath, rodeado por un desierto, es la fuente de irrigación para muchos granjeros de secano de las tierras altas. Sin embargo, las aguas también llegan a las tierras bajas, donde se encuentran los criaderos de salmones y donde las tribus klamath se aferran a los derechos que les otorgan los tratados de pesca que se derivan del acuerdo que alcanzaron con Estados Unidos en 1864. En 2002, un informe de la Academia Nacional de Ciencias concluyó que «no [había] una base científica sólida» para interrumpir el flujo de irrigación y enviar así más agua a las piscifactorías situadas río abajo. La declaración de los científicos no satisfizo a ninguna de las partes, ni siquiera a los biólogos que apoyaban a uno u otro bando. «La conclusión del informe», escribió el periodista de la revista *Science* en Klamath Falls, Oregón,

> llevó a esta pequeña comunidad agrícola a denunciar que las agencias federales solamente apoyaban «la ciencia basura» y provocó un llamamiento para reformar o derogar la Ley de Especies Protegidas. Sin embargo, durante el año pasado, también dio pie a las protestas, más discretas, de los biólogos de las piscifactorías. Aseguraban que los análisis del informe eran simples, sus conclusiones exageradas y —tal vez la acusación más grave— que el informe no sólo había provocado un claro sentimiento de rechazo hacia la ciencia, sino que había socavado la credibilidad de muchos de los experimentos que se estaban llevando a cabo en la región. (Service, 2003, p. 36.)

Los grupos de signo contrario están claramente inmersos en campañas y de vez en cuando recurren a actos como conferencias de prensa para dar a conocer sus reivindicaciones. Si los granjeros, los biólogos o los miembros de las tribus klamath empezaran a combinar las campañas públicas, las actuaciones de los movimientos sociales y las demostraciones de WUNC en unas reivindicaciones duraderas contra las autoridades federales o contra la Academia Nacional de Ciencias, llevarían su pugna al terreno de los movimientos sociales. También podrían adoptar las estrategias públicas de las campañas electorales —o, en última instancia, instaurar la figura del lobbista, abrir una oficina en Washington o distribuir publicaciones para difundir su causa, acercándose así a los grupos de intereses ya existentes. Entretanto, sin embargo, entenderemos mejor sus acciones si identificamos los puntos en común y las divergencias y no tratamos el problema de la cuenca del Klamath como una variante más de movimiento social. Otro tanto podemos decir de las disputas similares que se producen en el seno de iglesias, multinacionales, escuelas, disciplinas intelectuales, universos artísticos y vecindarios (Davis, McAdam, Scott y Zald, 2005). Precisamente por eso, el proyecto histórico de describir los mecanismos políticos únicos del movimiento social se enmarca en un programa mucho más amplio: explicar de la mejor manera posible la contienda política.

Hacia unas explicaciones históricas

Este proyecto, por lo tanto, lo forman cuatro aspectos interrelacionados. En primer lugar, debemos trazar los orígenes y las transformaciones que se han producido en los principales elementos del movimiento social: campañas, repertorios y demostraciones de WUNC. Por ejemplo, ¿cómo algo hoy tan habitual como las manifestaciones callejeras cobró forma e incluso adquirió un incómodo

estatuto legal en la mayoría de países democráticos? En segundo lugar, debemos descubrir los procesos sociales que alientan o inhiben la proliferación de movimientos sociales. A la vista de la significativa aunque todavía incompleta correspondencia existente entre democratización y movimientos sociales, por ejemplo, ¿qué relaciones causales explican dicha correspondencia? En tercer lugar, debemos examinar cómo interactuaron los elementos de los movimientos sociales con otras formas de hacer política. ¿Hasta qué punto y cómo, por ejemplo, se interrelacionaron y se influyeron mutuamente las huelgas industriales, las campañas electorales y los movimientos sociales? Por último, debemos demostrar qué causas provocan los cambios y las importantes variaciones que se dan en los movimientos sociales. ¿Acaso, por ejemplo, la aparición de la figura del intermediario político profesional ayuda a explicar la formación de un sector especializado e interconectado de organizaciones del movimiento social en las principales democracias capitalistas (Ibarra, 2003; Meyer y Tarrow, 1998)? Un análisis histórico atento permitirá dar respuesta a estos cuatro tipos de preguntas.

Siguiendo esa línea de investigación, expongo aquí las tesis principales de este libro.

Desde su aparición en el siglo XVIII, los movimientos sociales no sólo han progresado gracias a sus actuaciones individuales, sino gracias también a campañas interactivas. Al igual que las campañas electorales, las revueltas populares o las movilizaciones religiosas son el producto de las interacciones entre grupos de reivindicadores temporalmente vinculados (y a menudo cambiantes) y los objetos de sus reivindicaciones, aunque no podemos pasar por alto a terceros (votantes, aliados, reivindicadores rivales, enemigos, autoridades y otros grupos de gente) que desempeñan a menudo un papel importante conforme la campaña avanza. Para explicar las variaciones y los cambios en los movimientos sociales no sólo hay que prestar atención a los principales reivindicadores, sino también a otros actores políticos, como la policía, a la que los manifestantes

se enfrenta, con la que colabora o junto a la que desarrolla sus estrategias.

Los movimientos sociales combinan tres tipos de reivindicaciones: programáticas, identitarias y de posición. Las reivindicaciones de índole programática conllevan una declaración clara de adhesión o de rechazo por parte de los objetos de las reivindicaciones del movimiento a las acciones reales o propuestas. Las reivindicaciones de índole identitaria se componen de afirmaciones de que «nosotros» —los reivindicadores— somos una fuerza unificada a la que hay que tener en cuenta. Las demostraciones de WUNC (valor, unidad, número y compromiso) respaldan las reclamaciones identitarias. Las reclamaciones sobre la posición refuerzan los vínculos y los puntos en común con otros actores políticos, por ejemplo las minorías excluidas, los colectivos ciudadanos debidamente constituidos o los fieles defensores del régimen. En ocasiones, aluden a la posición de *otros* actores políticos, por ejemplo en los llamamientos para expulsar a inmigrantes o para privarlos de la ciudadanía. Las reivindicaciones relacionadas con aspectos programáticos, identitarios o con cuestiones relativas a la posición se ajustan a unos códigos parcialmente distintos, fruto de la propia historia política de cada régimen: los habitantes de Zimbabue y los norteamericanos no manifiestan el valor colectivo del mismo modo, ni pueden hacerlo.

La importancia relativa de las reivindicaciones programáticas, identitarias o sobre posición varía significativamente entre un movimiento social y otro, entre un reivindicador y otro en el seno de un mismo movimiento y entre las diferentes fases de cada movimiento. Una parte importante de las negociaciones que se llevan a cabo en el seno de los movimientos sociales se centran, en efecto, en la importancia relativa que se concederá a cada una de las reivindicaciones; ¿debemos presentarnos, por ejemplo, como una alianza duradera de individuos privados de sus derechos que han decidido plantar cara a este programa gubernamental (y que mañana podrían alinearse con otro) o como un sector diferenciado del conjunto de la

población cuyo nexo es el perjuicio que este programa en concreto nos causará y que, por lo tanto, tal vez nunca más volvamos a reunirnos para reivindicar otra causa?

La democratización fomenta la formación de movimientos sociales. Por democratización, entendemos el desarrollo de regímenes formados por una ciudadanía relativamente amplia y con los mismos derechos; que organiza consultas vinculantes con los ciudadanos a propósito de las políticas gubernamentales, de su personal y de sus recursos, y que ofrece un cierto grado de protección a los ciudadanos contra las actuaciones arbitrarias de los agentes gubernamentales (Tilly, 2004, 2007). De hecho, la democratización limita hasta qué punto es factible y eficaz la acción colectiva popular. Las instituciones democráticas, por ejemplo, inhiben por lo general las revueltas populares de cariz violento (Tilly, 2006). Sin embargo, la elección de ciudadanos de resultas de unas elecciones reñidas y demás consultas se combina con mecanismos de protección de las libertades civiles como el derecho de asociación y de reunión para vehicular las reivindicaciones populares a través de los canales del movimiento social.

Los movimientos sociales afirman la soberanía popular. Aunque cada movimiento se diferencia claramente del otro en su definición del concepto de «gente», todo el aparato de la campaña, el repertorio y las demostraciones de WUNC no es sino el reflejo de una reivindicación más genérica que reza que las cuestiones públicas dependen, y deberían depender, del consentimiento de los gobernados. Las reivindicaciones no tienen por qué ser necesariamente democráticas, ya que los movimientos étnicos, religiosos y nacionalistas en ocasiones se ponen en manos de un líder carismático en lugar de regirse por un proceso de deliberación democrática, al tiempo que insisten en que esos líderes representan la voluntad popular. Estos movimientos, además, a menudo prescinden de categorías enteras de la población local, a las que consideran indignas de pertenecer al «pueblo». No obstante, la importancia del consenti-

miento popular ataca frontalmente el derecho divino en el que se amparan la monarquía, los gobiernos hereditarios, el control que ejercen los señores de la guerra y el predominio de la aristocracia. Incluso en sistemas de gobierno representativo, como pronto veremos, los movimientos sociales plantean una cuestión fundamental: ¿la soberanía y su sabiduría acumulada yacen en la asamblea legislativa o en el pueblo al que dicen representar?

Comparados con otras formas de política popular más afianzadas a escala local, las dimensiones, la vigencia y la eficacia de los movimientos sociales dependen en gran medida del trabajo de emprendedores políticos. Las rutinas locales de respuesta, revuelta y resistencia que triunfaron en buena parte del mundo antes de la época de los movimientos sociales se inspiraban en un saber local que estaba al alcance de una mayoría de la población y en las redes interpersonales existentes. La combinación que llevan a cabo los movimientos sociales de campañas, demostraciones de WUNC y actuaciones coordinadas, por su parte, siempre es el resultado, cuando menos parcialmente, de un proceso de planificación, de suma de apoyos y de eliminación de las diferencias locales. Como no tardaremos en ver, ya desde los inicios de los movimientos sociales, detrás de las campañas, las actuaciones y las demostraciones de WUNC de los movimientos sociales ha habido hábiles emprendedores políticos. Durante los siglos XX y XXI, sin embargo, los organizadores políticos profesionales, los intermediarios y una serie de organizaciones no gubernamentales y en cierta medida autónomas fueron cobrando más y más peso en el fomento de los movimientos sociales, para consternación de sus detractores populistas. Irónicamente, una parte importante del trabajo que han llevado a cabo los movimientos sociales durante los siglos XX y XXI fue enmascarar el esfuerzo de estos profesionales en beneficio de unos escenarios que presentaran la aparición espontánea de WUNC.

En cuanto los movimientos sociales se enmarcan en un contexto político determinado, los procesos imitativos, la comunicación y la

colaboración facilitan su adopción por parte de otros contextos relacionados. A menudo, en un mismo régimen, los focos iniciales de los movimientos sociales —las más de las veces se trata de reivindicaciones dirigidas contra los gobiernos nacionales— ceden su lugar a otras demandas o peticiones de apoyo, por parte de líderes locales, terratenientes, capitalistas o figuras religiosas. Esta transferencia de las estrategias de los movimientos sociales también se observa entre regímenes conforme los organizadores políticos, los exiliados y los miembros de grupos religiosos internacionales colaboran allende sus fronteras nacionales y a medida que los gobernantes de regímenes autoritarios (sobre todo aquellos que afirman gobernar en nombre de un pueblo unido y coherente) se ven presionados por otros países para hacer algunas concesiones a sus detractores. La miríada de países que ya cuentan con unos movimientos sociales consolidados son un entorno propicio para el aumento de la actividad de los movimientos sociales.

Las formas, personal y reivindicaciones de los movimientos sociales varían y están sujetas a un proceso de evolución histórica. Existen tres fuentes de cambio y variación en los movimientos sociales, diferenciadas aunque interrelacionadas, que provocan variaciones tanto en términos de espacio como de tiempo. En primer lugar, los entornos políticos globales (incluida la democratización y la pérdida de la democracia) alteran parcialmente la independencia del movimiento social e inciden en su carácter. En segundo lugar, en las interacciones que se producen en el seno de los movimientos sociales (por ejemplo, las interacciones entre los manifestantes y la policía), el cambio responde cada vez más a la innovación constante, la negociación y el conflicto. En tercer lugar, quienes participan en los movimientos sociales —incluimos aquí no sólo a los activistas, sino también a las autoridades y a otros objetos de las reivindicaciones— se comunican entre sí y adoptan y adaptan las ideas del prójimo, el personal, los mecanismos de ayuda, la retórica y los modelos de actuación. También adoptan, adaptan e innovan al tiem-

po que compiten entre sí para obtener unas determinadas ventajas o para ganarse para la causa a una circunscripción. En ocasiones, esta adopción y esta adaptación se producen en espacios separados entre sí por muchos kilómetros y tienen como protagonistas a movimientos sociales bastante dispares (Chabot, 2000; Chabot y Duyvendak, 2002; Scalmer, 2002b). Los cambios en los entornos políticos, el crecimiento en el seno del movimiento social y las transferencias entre movimientos provocan, combinados, cambios y variaciones sustanciales en el cariz de los movimientos sociales.

En tanto que institución inventada, el movimiento social podría desaparecer o transformarse en una forma política muy distinta. Así como muchas formas de justicia y revuelta popular que triunfaron en el pasado prácticamente han desaparecido, no tenemos garantía alguna de que el movimiento social que se ha impuesto durante dos siglos pervivirá para siempre. Comoquiera que el movimiento social se propagó con el crecimiento de los Estados centralizados y relativamente democráticos, la descentralización gubernamental, la privatización a gran escala de actividades gubernamentales, la pérdida de peso del Estado en beneficio de poderes transnacionales o un retroceso generalizado de la democracia, por ejemplo, podrían dejar fuera de circulación a los movimientos sociales tal y como los conocemos. En efecto, con todos los cambios a los que la gente se refiere vagamente con el apelativo de «globalización» en marcha, el futuro que tienen ante sí los ciudadanos que confían en los movimientos sociales para hacer oír su voz no es nada halagüeño.

Este libro estudia estos argumentos a partir de un análisis histórico claro. El capítulo 2 se ocupa de la invención del movimiento social en el siglo XVIII y, aunque se concentra en Estados Unidos e Inglaterra, también repasa brevemente otras zonas de Europa Occidental. El capítulo 3 recorre el siglo XIX, una época que asistió a un crecimiento magnífico de los movimientos nacionales e internacionales en Occidente y durante la que también aparecieron algunos en las colonias europeas. El capítulo 4 se centra en el siglo XX, una

etapa de proliferación a escala mundial de la actividad de los movimientos sociales. El capítulo 5 se interesa por el siglo XXI y aborda el desarrollo que se ha vivido en las comunicaciones a escala internacional y en la coordinación entre los activistas de los distintos movimientos sociales.

Llegados a ese punto, el enfoque relativamente cronológico de este libro cede su lugar a una serie de preguntas acuciantes motivadas simplemente por la historia. El capítulo 6 analiza qué nos enseñan los capítulos anteriores acerca de la influencia mutua entre democratización y movimientos sociales: cuándo, cómo y por qué la democratización fomenta los movimientos sociales, así como en qué condiciones y de qué modo los movimientos sociales fomentan la democratización o el retroceso de la democracia. Por último, el capítulo 7 expone una serie de conclusiones al tiempo que se pregunta por el posible futuro que aguarda al movimiento social. Entre esta página y el final del libro, conoceremos la dramática historia de los movimientos sociales, un relato que prácticamente jamás admiten las personas implicadas en los movimientos sociales y que les serviría de mucho si la aceptaran.

Capítulo 2

LA INVENCIÓN DEL MOVIMIENTO SOCIAL

Imaginen un viaje en pleno siglo XVIII para investigar las variaciones en la contienda. Imaginen que zarpan de Londres con rumbo a Boston y Charleston en un año tan turbulento como 1768. En lugar de una guía turística —no en vano, el gran pionero de las guías, Karl Baedeker, no nació hasta 1801—, llevan un atlas de encuentros contenciosos. En un encuentro contencioso, un número de personas (pongamos que unas diez o doce) se reúnen en un lugar de acceso público y plantean de manera colectiva sus reivindicaciones al resto, unas reivindicaciones que, de ser atendidas, afectarían a los intereses de estas otras personas (Tilly, 1995: capítulo 2 y apéndice). Las reivindicaciones pueden ir de los ataques físicos a las peticiones de clemencia o a las expresiones de apoyo político.

En los años sesenta del siglo XVIII, la mayoría de encuentros contenciosos que tienen lugar en Londres, Boston y Charleston nada tienen que ver con las marchas, las reuniones y las delegaciones de los movimientos sociales. Las más de las veces, conllevan el ejercicio directo de la fuerza o las amenazas contra otras partes que han vulnerado las normas del grupo o sus intereses. Aun así, durante los años sesenta del siglo XVIII también se observan signos importantes

de cambio en la contienda popular. Una relación de los encuentros contenciosos que tuvieron lugar en Londres durante abril de 1768 incluiría los siguientes sucesos:

2 de abril: Cerca del suburbio de Brentford, una multitud detiene un carruaje y obliga a sus ocupantes a gritar: «¡Wilkes y Libertad!» en nombre del candidato al parlamento John Wilkes.

14 de abril: En casa de un maestro tejedor, situada detrás de la iglesia de Shoreditch, un grupo de tejedores destrozan las telas de seis telares.

14 de abril: En diferentes casas y talleres de tejedores de Spitalfields, otros trabajadores destrozan las telas de otros seis telares que pertenecían a maestros tejedores estigmatizados.

15 de abril: Durante una refriega en Wapping entre un grupo de carboneros que se habían declarado en huelga y otro que no, diversos participantes saquean las casas situadas en las inmediaciones.

15 de abril: En el camino de Brentford, los partidarios de Wilkes detienen un carruaje y exigen proclamas a favor de Wilkes y de la libertad.

16 de abril: Un grupo de carboneros de Shadwell ataca a un comerciante de carbón cuyo siervo había hecho añicos un panfleto en el que se explicaban los motivos de su huelga.

18 de abril: En Sutton Common, algunos asistentes a una ejecución se apoderan de los cuerpos de las víctimas y los entierran, lanzando gritos en contra de los cirujanos a los que acusan (y con razón) de haberlo previsto todo para llevarse los cadáveres para diseccionarlos.

20 de abril: En la taberna Roundabout de Shadwell, un grupo de carboneros agrede a un comerciante de carbón y tabernero que también trabaja como contratista.

21 de abril: En Goodman's Fields, las trabajadoras de un burdel asaltan a un hombre que intenta impedir que su hija ejerza la

prostitución. Acto seguido, una multitud asola aquella casa de mala nota.

21 de abril: Un grupo de tejedores de Spitalfields entra en unos telares y destroza las telas.

26 de abril: Un grupo de carboneros aborda varios barcos cargados con carbón en Wapping y da una paliza a los capitanes.

27 de abril: Un grupo de partidarios de Wilkes lo acompaña por Strand, cruza con él el puente de Westminster de camino a la cárcel y lo libera de sus captores pero Wilkes se zafa y entra en la prisión por su propio pie.

28 de abril: Alrededor de la cárcel de King's Bench (Southwark), en la que Wilkes ha decidido ingresar, sus partidarios animan a prender fuego a las casas y a quemar una bota y una boina a la manera de un ritual.

Esta frenética cronología da cuenta de un gran número de episodios contenciosos de índole muy diversa que tuvieron lugar en Londres en abril de 1768.

Los encuentros contenciosos que se producen durante ese mes están dominados por tres grandes conflictos. En primer lugar, los carboneros de Shadwell y Wapping (lugares cercanos al principal puerto de Londres) respaldan de ese modo su exigencia de un aumento del precio por pieza obstruyendo la venta y el envío de carbón. En segundo lugar, los tejedores del East End de Londres (sobre todo los de Spitalfields) presionan a los maestros tejedores que defienden un recorte salarial y a los oficiales que siguen trabajando para ellos cobrando un salario menor destrozando la tela almacenada en los telares de aquellos a los que han señalado como culpables. En tercer lugar, un huracán político se desata alrededor de la polémica figura de John Wilkes. En los dos primeros conflictos, observamos las mismas rutinas de presión y respuesta empleadas durante siglos por los obreros ingleses. En el tercer caso, sin embargo, asistimos a una novedad que es, asimismo, el presagio del repertorio

del movimiento social: la transformación de una campaña electoral parlamentaria en una ocasión para hacer gala de la solidaridad y la determinación del pueblo. En una época en la que el derecho de voto estaba todavía muy restringido, la participación disciplinada y masiva de aquellos que no tenían derecho de voto rompe con el decoro electoral tradicional.

Wilkes era un agitador, sí, pero no tenía nada de plebeyo. Su fortuna y su pertenencia a la pequeña nobleza le permitieron hacerse con un escaño en el Parlamento en 1757. Ya como parlamentario, comenzó a editar, en 1762, un periódico contrario al gobierno, *The North Briton*. Wilkes bautizó así aquel polémico diario para responder a *The Briton*, un diario favorable a la administración puesto en marcha ese mismo año, unas fechas antes, por el novelista y agitador escocés Tobias Smollett con el fin, cuando menos parcial, de defender al régimen de los ataques de Wilkes. El título de la publicación de Wilkes aludía despectivamente a los escoceses que formaban parte de la administración real, y más concretamente al favorito del rey, Lord Bute. (La bota y la boina escocesa quemadas el 28 de abril de 1768 jugaban con el apellido y el origen escocés del ministro Bute.)

En el número 45 de *The North Briton* (1763) se criticaba un discurso real, escrito por el ministro, en el que el monarca ensalzaba el Tratado de París que acababa de poner fin a la guerra de los Siete Años: «El *discurso del ministro* del martes pasado no tiene parangón en los anales de este país. Dudo si la carga es más pesada para el Soberano o para la nación. A buen seguro que cualquier amigo de este país lamenta que un príncipe de tantas y tan admirables cualidades, a quien verdaderamente adora Inglaterra, se vea en la tesitura de sancionar en su sagrado nombre las medidas más odiosas y las declaraciones públicas más inadmisibles de un trono que siempre se ha caracterizado por su fidelidad a la verdad, al honor y a una virtud inmaculada». (Rudé, 1962, p. 22). A raíz de estas declaraciones, los abogados de la Corona acusaron a Wilkes de libelo sedicioso. En la

coyuntura legal de la época, ni siquiera un parlamentario podía insinuar públicamente que el rey había mentido. Por ese delito, Wilkes fue encarcelado en la Torre de Londres. En sus posteriores comparecencias ante la justicia, Wilkes denunció la orden en virtud de la cual los funcionarios del rey lo habían arrestado y habían decomisado sus textos. Wilkes también elevó a la categoría de causa general su desgracia personal. En mayo de 1763, ante el Tribunal de Apelaciones Comunes, Wilkes declaró que «la LIBERTAD de todos los pares, los caballeros y, este es un aspecto que me afecta muy especialmente, de todos los miembros de las clases medias y bajas de la población, que más necesitados están de protección, se dirime hoy por fin en la vista de mi caso: una cuestión tan importante como decidir, de una vez por todas, si la LIBERTAD INGLESA es una realidad o una sombra» (Brewer, 1976: 168). Wilkes acabó ganando el caso y el gobierno lo indemnizó por haber sido arrestado ilegalmente y por el decomiso de sus notas. También hizo un llamamiento a la libertad de expresión que le hizo ganarse una ovación en la sala y en las calles. Sus discursos en la sala de vistas fueron el punto de partida para que el grito «¡Wilkes y Libertad!» se convirtiera en una fatídica consigna para plantar cara al poder arbitrario.

La victoria no hizo de Wilkes una persona altiva. Tiempo después, también en 1763, no sólo reimprimió el número 45 sino que también editó un panfleto pornográfico titulado *Ensayo sobre la mujer*. Cuando los agentes del gobierno se hicieron con las pruebas, se inició un nuevo proceso contra Wilkes y el *sheriff* de Londres y el verdugo recibieron la orden de quemar en público, en Cheapside, el número 45. La multitud que se había congregado se abalanzó contra el *sheriff* y el verdugo y rescató de sus manos aquel texto sagrado. Wilkes no tardó en cruzar el Canal de la Mancha para huir a Francia y escapar así del juicio. El Parlamento lo expulsó y los tribunales lo declararon fugitivo.

Sin embargo, Wilkes regresó en secreto a Inglaterra en 1768, volvió a presentarse para el Parlamento, ganó la votación, ingresó

en prisión para ser juzgado por sus delitos del pasado y vio cómo el Parlamento le denegaba el escaño. Todo lo que sucedió alrededor de Wilkes en abril de 1768 y que hemos relatado anteriormente tiene su origen en la campaña de Wilkes al Parlamento. En 1769, el Parlamento volvió a expulsar formalmente a Wilkes y rechazó el resultado de tres elecciones en las que se impuso desde su celda. Mientras Wilkes cumplía condena convertido en un héroe popular, la prensa le dedicaba páginas y páginas y el recluso recibía a visitantes de postín y regalos desde todos los rincones del país; sus partidarios en la ciudad de Stockton, por ejemplo, le enviaron cuarenta y cinco jamones, cuarenta y cinco lenguas y cuarenta y cinco botellas de cerveza *ale* (Brewer, 1976, p. 177). Por esas fechas, el número cuarenta y cinco se estaba convirtiendo en un icono popular no sólo para Wilkes sino también para la libertad en general.

Wilkes tuvo una trayectoria destacada como funcionario público y como voz discordante. En 1769, fue elegido regidor por Londres a pesar de que todavía estaba encarcelado. No lo pondrían en libertad (en medio del clamor popular, un festival de fuegos artificiales, hogueras y salvas de cuarenta y cinco cañones) hasta 1770. En 1771 se convirtió en *sheriff* de Londres y poco después comenzó a hacer campaña para el cargo municipal más importante: la alcaldía. Ganó las elecciones de Londres para dicho puesto en 1772, pero los regidores eligieron en su lugar a su contrincante, James Townsend, una persona que no despertaba tantos recelos. En ese momento, tres mil personas entraron en el patio de Guildhall (la residencia del alcalde) al grito de «Maldito sea el alcalde. Se ha apoderado de lo que es de Wilkes y nosotros lo sacaremos de ahí». (Rudé, 1971, p. 125.)

Después de otro intento fallido, Wilkes fue elegido alcalde en 1774, el mismo año en el que finalmente regresó a la Cámara de los Comunes. Se convirtió en el principal portavoz de la causa norteamericana durante los amargos años de la guerra de la Independencia. A pesar del tiempo pasado entre rejas, su caso sirvió para fijar los

derechos de las publicaciones periódicas británicas a la hora de informar y criticar las acciones del gobierno, así como la Corona. No sólo se ganó un apoyo popular generalizado (tuvo activistas incluso entre los tejedores de Spitalfields) sino que también encontró aliados entre los comerciantes y los funcionarios londinenses que buscaban un contrapeso al poder arbitrario de la Corona. Una asociación elitista que se inició como «Amigos de Wilkes y de la Constitución» pasó poco después a adoptar el nombre de «Sociedad de Partidarios de la Carta de Derechos», nombre bajo el que se convertiría en el futuro en una fuerza importante en la reforma parlamentaria. A pesar de que ninguno de sus miembros utilizaba la expresión «movimiento social», la asociación sentó algunas de las bases del movimiento social en tanto que nueva forma de política pública en Gran Bretaña.

Las acciones de apoyo a la candidatura de Wilkes al Parlamento vieron también cómo se renovaban los partidarios plebeyos de Wilkes. Prácticamente ningún obrero tenía derecho de voto en las elecciones parlamentarias de los años sesenta del siglo XVIII, pero hordas de trabajadores acompañaron a Wilkes a las urnas. Después de que Wilkes se impusiera en la primera vuelta en Brentford el 28 de marzo de 1768, sus partidarios comenzaron a lanzar ataques contra sus contrincantes y los vítores prosiguieron durante toda la elección. El conservador *Annual Register*, fundado en 1758 por Edmund Burke y que sigue siendo, en pleno siglo XXI, una publicación de referencia, criticó: «Aquella banda desplegó una conducta indignante en Hyde Park Corner. Cubrieron de insultos a Cooke, hijo del jefe de la policía, y lo derribaron de su caballo, desmontaron las ruedas de uno de los carruajes, cortaron el arnés y destrozaron los cristales; no fue este el único coche que sufrió graves desperfectos. Justificaron su actuación diciendo que, al frente de la manifestación de los detractores de Wilkes, iba una bandera en la que se leía: "No al blasfemo"» (*Annual Register*, 1768, p. 86).

A la larga, los partidarios de Wilkes superaron los límites de lo hasta entonces permisible en las reuniones públicas. No sólo con-

virtieron las procesiones electorales y las reuniones públicas en demostraciones multitudinarias de apoyo a su héroe, sino que transformaron las delegaciones y las marchas en oportunidades de llenar las calles en lugar de limitarse a enviar a unos cuantos representantes de postín a hablar humildemente en nombre de su circunscripción. Fueron los pioneros de la síntesis de las actuaciones multitudinarias y los llamamientos formales a seguidores y autoridades. Aunque la unión, el número y el compromiso de los partidarios de Wilkes seguía siendo su principal activo —no así las demostraciones públicas de valor—, contribuyeron a dar forma a la relación entre el repertorio del movimiento social y las demostraciones de WUNC.

Mucho antes de los años sesenta del siglo XVIII, los ciudadanos corrientes británicos y norteamericanos ya habían hecho reivindicaciones públicas de uno u otro tipo. Reuniones públicas autorizadas como fiestas patronales, funerales o asambleas parroquiales, por ejemplo, habían brindado desde siempre a la gente la oportunidad de dar a conocer sus quejas o de manifestar su apoyo por los diferentes líderes populares. Dentro de unos límites, los artesanos organizados y las milicias ejercían su derecho a desfilar con motivo de sus festividades, y aprovechaban en ocasiones ese derecho para manifestar su oposición a personajes poderosos o a programas coercitivos. Haciendo gala del debido respeto, también enviaban a humildes delegaciones a solicitar la reparación de un agravio ocasionado al colectivo. Dentro de sus propias comunidades, los obreros, los consumidores y los propietarios de viviendas se organizaban para resistir o para vengarse de quienes quebrantaban los derechos o la moral local (Tilly, 1983). La costumbre de las caceroladas, por ejemplo, consistía en la concentración de un grupo de gente a las puertas de la casa de quien había atentado contra la moral, como por ejemplo un viudo que hubiera pedido en matrimonio a una joven. Una vez congregados, empezaban a armar jaleo golpeando ollas y sartenes, lanzando insultos y cantando canciones obscenas.

La multitud se dispersaba después de haber recibido una compensación, que podía consistir en pagar al grupo de vengadores para que se fueran a beber (Thompson, 1972, 1991). Rituales de venganza como este variaban extraordinariamente en función del lugar, y carecían de la capacidad de adaptación al contexto —la modularidad— que se observa con posterioridad en actuaciones de los movimientos sociales como las manifestaciones o la creación de asociaciones con un fin específico.

Para las autoridades, la teoría implícita de la política pública popular británica a principios del siglo XVIII se articulaba aproximadamente así.

- Los súbditos británicos se agrupan en cuerpos legalmente reconocidos, como gremios, comunidades y sectas religiosas, que ejercen una serie de derechos colectivos definibles, como el derecho a reunirse regularmente en lugares de reunión designados.
- Las leyes protegen estos derechos colectivos.
- Las autoridades locales tienen la obligación de respetar la ley y de hacer que se respete.
- Los representantes electos de esos cuerpos reconocidos tienen el derecho —y ciertamente la obligación— de presentar en público las exigencias del colectivo y sus quejas.
- Las autoridades tienen la obligación de tomar en consideración tales exigencias y quejas y ocuparse de ellas cuando sean justas.
- Fuera de este marco, nadie que no haya sido convocado por las autoridades establecidas goza de un derecho claro de reunión, manifestar sus exigencias o sus quejas o actuar en nombre de un colectivo.
- Todo aquel que diga hablar en nombre del pueblo en sentido amplio fuera de estos límites infringe las prerrogativas del Parlamento; de hecho, ni siquiera los electores tienen derecho

a dar órdenes a sus representantes parlamentarios después de que estos hayan ganado unas elecciones.

Las autoridades locales y nacionales a menudo hacían la vista gorda cuando la población local violaba estos principios recurriendo a los mecanismos habituales de venganza, aprobación o control. Sin embargo, las autoridades sí que invocaban estos principios —tal y como queda de manifiesto, por ejemplo, en la Ley de Disturbios— cuando la actuación popular amenazaba las propiedades de la clase dominante, se dirigía contra miembros influyentes de las clases dominantes o hacía causa común con otros grupos fuera de las fronteras locales. Durante los graves episodios de revuelta y guerra civil como los que asolaron las islas británicas entre 1640 y 1692, el pueblo se protegió manifestando una serie de reivindicaciones de corte radical en nombre de la religión y de la tradición política, y llegaron incluso a violar el último principio de la lista anteriormente expuesta celebrando asambleas sin la autorización del gobierno o desafiando abiertamente al Parlamento (véase, por ejemplo, Mendle, 2001). No obstante, antes de finales del siglo XVIII, la represión que seguía a estas revueltas siempre acallaba estas peligrosas formas de expresión popular.

A ambos lados del Atlántico, los miembros de las clases gobernantes recurrían a mecanismos mucho menos peligrosos para plantear sus reivindicaciones. Las autoridades toleraban sus clubes, sus cenas, sus panfletos e incluso algunas de sus bulliciosas asambleas legislativas. Las elecciones a las asambleas, sobre todo al Parlamento, ofrecían una oportunidad inmejorable para librarse a los excesos, ya que los candidatos trataban con los electores, los compraban y organizaban insólitas demostraciones públicas de su mecenazgo. (A pesar de las extraordinarias restricciones que pesaban sobre el derecho de voto, las elecciones al Parlamento de 1757 le costaron a Wilkes 7.000 libras en una época en la que un granjero de Londres tenía suerte si ganaba treinta libras al año [Armstrong, 1989, pp. 693-698,

Rudé, 1962, p. 19]). Los movimientos sociales innovaron no sólo al inventar cada uno de estos elementos sino al convertirlos, ampliarlos, homogeneizarlos y combinarlos en sólidos vehículos de expresión de las exigencias del pueblo. Tan importante como esto, sin embargo, es que los esfuerzos del movimiento social crearon un espacio legal reñido pero genuino en cuyo seno adquiriría rango político la combinación de campañas, reclamaciones y demostraciones de WUNC.

La guerra y los elementos de los movimientos sociales

La guerra de los Siete Años (1756-1763) dio un gran impulso a este tipo de innovación política. Durante medio siglo, antes de los años cincuenta del siglo XVIII, Francia y Gran Bretaña se habían enfrentado entre sí intermitentemente en Europa, en alta mar, en Asia y en el continente americano. Francia, que ya había conquistado Louisiana y lo que acabaría siendo el este de Canadá, se vio atacada en Norteamérica tanto por los colonos británicos como por los ejércitos británicos. Dado que tanto unos como otros estaban haciendo retroceder los asentamientos amerindios, los franceses acudieron a las grandes tribus indias en busca de aliados dispuestos al combate. Para los residentes de las colonias norteamericanas, la guerra de los Siete Años se convirtió, por lo tanto, en la guerra de franceses e indios.

Aunque los británicos se alzaron con una victoria sin paliativos —arrebatando Canadá a los franceses, por ejemplo—, el tremendo esfuerzo militar en Europa, la India y el continente americano vació las arcas del tesoro británico y dejó al gobierno sumamente endeudado. En las colonias norteamericanas, las autoridades británicas intentaron resarcirse parcialmente de las pérdidas económicas y repartir el coste de su extraordinaria maquinaria militar. Reforzaron la vigilancia en las aduanas e impusieron unos gravosos aranceles sobre un gran número de transacciones comerciales y legales. La

resistencia a las aduanas y la Ley del Sello sirvió para unir a los colonos como nunca hasta entonces, espoleó el boicot a las importaciones británicas y la aparición de una asombrosa red de comunicaciones entre las ciudades de las trece colonias y con algunas en suelo canadiense. Asimismo, nacieron diferentes Capítulos de los Hijos de la Libertad, que se ocuparon de imponer los boicots a lo largo y ancho de las colonias. La derogación de la Ley del Sello (1766) solamente llegó después de que los comerciantes, los artesanos y demás habitantes de las ciudades hubieran creado una densa red de resistencia.

Boston y Massachusetts encabezaron en un primer momento la respuesta, pero el resto de colonias no tardaron en sumarse. Los comerciantes de Boston habían formado una Sociedad para el Fomento del Comercio a principios de los años sesenta del siglo XVIII; dicha sociedad se erigió en el epicentro de una firme oposición a una imposición y una regulación excesivas. Coordinó, por ejemplo, la respuesta de las elites a la Ley del Sello durante 1765 y 1766. Al mismo tiempo, un grupo de pequeños empresarios que mantenían una estrecha relación con los obreros empezaron a hablar en nombre de los Hijos de la Libertad de Boston, vinculando de este modo a la comunidad mercantil y a los activistas callejeros que quemaban efigies, saqueaban edificios y asaltaban a los recaudadores de impuestos. Varios miembros radicales de las elites mercantiles, como Samuel Adams, se convirtieron en enlaces entre uno y otro grupo.

En diciembre de 1766, Adams escribió a Christopher Gadsden, líder de la rama de los Hijos de la Libertad de Charleston, Carolina del Sur, para proponerle la creación de un canal de comunicación regular entre los comerciantes patrióticos de todas las colonias (Alexander, 2002, p. 45). En respuesta a las leyes Townshend de 1767, que imponían una gran variedad de tasas a las colonias, Adams redactó una circular de protesta con la esperanza de contar con el respaldo de Massachusetts y del resto de colonias. Ese mismo año, más tarde, durante una reunión de los habitantes de Boston

organizada por la cada vez mayor red de asociaciones patrióticas se decidió impulsar los productos manufacturados norteamericanos y reducir la dependencia con respecto a las importaciones británicas. En enero de 1768, la mismísima asamblea legislativa de Massachusetts presentó una humilde petición al rey en la que le planteaban, con un estilo discreto y respetuoso, las objeciones de la provincia a los impuestos. Después de ser rechazada inicialmente, la misma asamblea legislativa aprobó, en febrero, una versión mucho más contundente de la circular que Adams había enviado al resto de colonias. Por esas mismas fechas, los patriotas de Massachusetts insistían en que el Parlamento no tenía derecho a aprobar leyes cuyo único fin era aumentar los ingresos procedentes de las colonias.

«Estas resoluciones», comentaba el *Annual Register*, distanciándose prudentemente de las reivindicaciones que llegaban desde Norteamérica,

> fueron adoptadas, u otras similares aprobadas, por la totalidad de las viejas Colonias en el continente. Poco tiempo después, la Asamblea de la Bahía de Massachusetts envió una circular, firmada por el Portavoz, a todo el resto de Asambleas de Norteamérica. El propósito de dicha misiva era poner de relieve la tendencia perversa de las últimas Leyes del Parlamento, presentarlas como inconstitucionales y proponer una unión común de las Colonias para adoptar las medidas legales que permitieran eliminar sus efectos y armonizar las peticiones dirigidas al Gobierno para que las derogara. Asimismo, abundaba en sus derechos naturales como hombres y en sus derechos constitucionales como súbditos ingleses; estas leyes, afirmaban, los vulneraban en su totalidad. (*Annual Register*, 1768, p. 68.)

A pesar de una petición explícita del rey Jorge, la asamblea legislativa de Massachusetts decidió, por 92 votos a favor y 17 en contra, no retirar su respaldo a la circular. Según la opinión de la mayoría, haberlo hecho «habría convertido nuestra pátina de libertad en una mera Apariencia» (Alexander, 2002, p. 55).

Mientras que los principales comerciantes siguieron adelante con su programa a través de una serie de medidas legales decididas, los marineros y los artesanos de Boston a menudo optaron por tomarse la justicia por su mano. Se enfrentaron a las patrullas de reclutamiento, bloquearon el acuartelamiento de soldados, atacaron a los agentes de aduanas y colgaron efigies de funcionarios británicos o de sus colaboradores del árbol conocido como de la Libertad, cerca de las tierras municipales y que, durante la crisis de la Ley del Sello de 1765-1766, había sido uno de los puntos de reunión de las actuaciones. A menudo, asimismo, combinaron su resistencia mercantil y oficial con la acción directa.

El populacho de Boston entraba en escena, por ejemplo, cuando la hostilidad se imponía en las negociaciones con el gobernador —el representante de la Corona en Massachusetts— y con el gobierno británico. En mayo de 1768, los funcionarios de aduanas de Boston embargaron el *Liberty*, el barco mercante (que también se dedicaba al contrabando) de John Hancock, por no haber abonado los impuestos correspondientes. Un grupo de bostonianos tripularon otro navío, soltaron las amarras del barco secuestrado y se lo llevaron. «El populacho, que había respondido multitudinariamente en esta ocasión, acribilló con piedras a los Comisarios de Aduanas, rompió la espada de uno de ellos y les dispensó un trato de lo más humillante; a continuación, asaltaron sus casas, rompieron las ventanas y arrastraron el barco del Recaudador hasta las tierras comunes, donde lo quemaron hasta que no quedaron de él sino las cenizas» (*Annual Register*, 1768, p. 71; para más detalles, véase Hoerder, 1977, pp. 166-168). En un primer momento, los oficiales de aduanas huyeron a un navío de guerra de la marina real antes de poner rumbo a Castle William, en el puerto de Boston. En toda la zona de Boston se organizaron concentraciones de protesta que, sin embargo, carecían de la autorización oficial. Cuando, el 12 de septiembre, llegaron a Boston las noticias de que dos regimientos habían partido de Irlanda y que en Halifax, Nueva Escocia, se estaba

reuniendo otro contingente militar para restaurar el orden en Boston, los miembros de la asamblea de la Bahía de Massachusetts comenzaron a organizar comités de resistencia a lo largo y ancho de la colonia.

Los patriotas de Massachusetts no tardaron en encontrar apoyos en el resto de colonias. La mayoría de sus aliados entraron en liza recurriendo a las formas establecidas de la política pública de las elites: resoluciones, peticiones y reuniones solemnes. Las nuevas variantes de encuentros contenciosos que tuvieron lugar en otros lugares de América se dedicaron a adaptar regularmente el formato de las asambleas toleradas en el pasado. Fijémonos en este relato de la celebración del aniversario del rey en Charleston (Charles Town), Carolina del Sur, en junio de 1768.

> Otro tanto se celebró aquí, con las demostraciones de alegría, afecto y gratitud propias de los súbditos más leales. La mañana se inició con el tañido de las campañas: al alba, los fuertes y los barcos desplegaron sus colores. Antes del mediodía, el destacamento de las tropas de Su Majestad ahí destinado, bajo el mando del capitán Lewis Valentine Fyser, la compañía de Artillería, ataviada con un nuevo y elegante uniforme y encabezada por el capitán Owen Roberts, la compañía de Infantería Ligera, uniformada, y el resto de compañías del regimiento de la Milicia de Charles Town, liderados por el honorable coronel Bexie, formaron en diferentes lugares y se dirigieron al Desfile, donde ofrecieron un magnífico espectáculo y donde Su Señoría el Teniente-Gobernador, acompañado por el Consejo, los Funcionarios Públicos, etcétera, pasó revista. Al mediodía, como de costumbre, los cañones dispararon sus salvas y Su Señoría obsequió con una exquisita recepción en casa del señor Dillon a un nutrido público formado por miembros del Consejo de Su Majestad y de la Asamblea, funcionarios públicos, miembros del estamento civil y militar, el Clero, etcétera. La tarde se destinó a la bebida, como suele ser habitual, y abundaron los brindis patrióticos y leales; la velada concluyó con fuegos artificiales. (*South Carolina Ga-*

zette, 6 de junio de 1768, p. 3; para los brindis como vehículo para las reivindicaciones políticas, véase Epstein, 1994, capítulo 3.)

Obsérvese el paralelismo con las elecciones de otoño a la asamblea colonial, cuando «los trabajadores y demás habitantes de Charles Town» se reunieron en Liberty Point para elegir a los candidatos:

> Zanjada esa cuestión, sin el menor rastro de animosidad o irregularidad, la compañía pasó a disfrutar de un entretenimiento sencillo y campechano, proporcionado por algunos de aquellos a los que esta asamblea honrará por mucho tiempo. Alrededor de las cinco, todos se retiraron al más noble de los robles de Virginia, situado en el prado del señor Mazyck, y formalmente dedicado a la LIBERTAD. Ahí realizaron un buen número de brindis leales, patrióticos y constitucionales, empezando por los gloriosos *NOVENTA Y DOS de la Bahía de Massachusetts contrarios a la anulación* y acabando con *Unanimidad entre los miembros de la siguiente Asamblea para no derogar dichas resoluciones*, seguidos todos ellos de tres hurras. Por la noche, decoraron el árbol con 45 luces y se lanzaron 45 cohetes. A eso de las ocho, toda la compañía, precedida por 45 de los suyos, armados con tantas otras antorchas, se dirigió en procesión hacia la ciudad, por King Street y Broad Street, hasta llegar a la taberna de Robert Dillon; ahí situaron sobre la mesa las cuarenta y cinco antorchas, con 45 cuencos de ponche, 45 botellas de vino y 92 vasos, y pasaron unas cuantas horas pronunciando nuevos brindis, durante los que recordaron prácticamente a todos los célebres patriotas británicos o norteamericanos; y con el mismo orden y buena conducta observada durante el resto del día, a las diez se retiraron. (*South Carolina Gazette*, 3 de octubre de 1768, p. 2.)

Además de su prodigiosa capacidad para ingerir alcohol, el otro elemento que nos sorprende de la asamblea electoral de Charleston es su mezcla de ingredientes políticos. En sentido general, se asemeja a la fiesta de aniversario del rey, si exceptuamos una ausencia

tan notable como la del estamento militar y la de los funcionarios de la corona. No obstante, el Árbol de la Libertad de Charleston imitaba directamente el modelo bostoniano. El brindis por los noventa y dos contrarios a la anulación (los miembros de la asamblea de Massachusetts que habían votado en contra de retirar la circular de Samuel Adams) trazaba un paralelismo entre los patriotas de Carolina del Sur y los de Massachusetts. El número cuarenta y cinco aludía, evidentemente, a la importancia de John Wilkes. Asimismo, las antorchas (en este caso, durante la procesión, en lugar de iluminar las ventanas de la ciudad) se convertían en una declaración pública de lealtad y solidaridad.

Al igual que en 1768, los contrarios al gobierno arbitrario en Londres, Boston y Charleston todavía no habían inventado los movimientos sociales. No obstante, sus innovaciones acercaron la política pública popular a las formas de los movimientos sociales. Reclutaron a ciudadanos de a pie, como artesanos y marineros, en diferentes campañas de oposición continuada a la política de la Corona (a diferencia de los pequeños comerciantes de Boston, los Hijos de la Libertad de Charleston nacieron de una brigada de bomberos voluntaria formada, en su mayoría, por artesanos [Maier, 1972, p. 85]). Asimismo, combinaron la creación de asociaciones con un fin específico, las reuniones públicas, las marchas, las peticiones, la propaganda y una serie de declaraciones de las que se hicieron eco los medios públicos. En cierto sentido, adoptaron incluso las demostraciones de WUNC: valor, unidad, número y compromiso. No en vano, *South Carolina Gazette* aludía al «mismo orden y buena conducta observada durante el resto del día».

Aunque los «trabajadores y demás habitantes» de Charleston seguían siendo perfectamente capaces de atacar a los funcionarios reales, de plantar cara a los agentes de aduanas y de saquear las casas de sus enemigos declarados, cambiaron la acción directa por las reivindicaciones programáticas, identitarias y sobre su posición, al menos en los momentos más protocolarios: somos un pueblo que se

ha puesto en pie, nos merecemos tener voz y nos oponemos decididamente al gobierno arbitrario. De hecho, los artesanos de Charleston «fueron los artífices» de los acuerdos adoptados por la ciudad en contra de las importaciones junto con el comerciante y patriota Christopher Gadsden (Maier, 1972, p. 116). La entrada de las fuerzas populares en las campañas de oposición de las elites dividió a las clases dominantes, pero sirvió para dar un paso importante hacia la creación del movimiento social como forma diferenciada de política pública.

El contexto económico y el político

Si algo caracteriza el contexto en el que apareció el movimiento social en Inglaterra y Estados Unidos, son los profundos cambios económicos y sociales. Cuatro palabras clave sirven para etiquetar estos cambios fundamentales: guerra, parlamentarización, capitalización y proletarización. Como ya ha insinuado la influencia de la guerra de los Siete Años, la guerra no sólo sirvió para movilizar a las poblaciones nacionales; también amplió las estructuras estatales, infló el gasto gubernamental, aumentó los impuestos que se recaudaban entre los súbditos del gobierno, engrosó la deuda y, al menos temporalmente, reforzó el aparato represivo del Estado. En el bando británico, la guerra de los Siete Años quedó eclipsada en estos aspectos por las guerras de Independencia, aunque ambos conflictos a su vez parecen insignificantes en comparación con dos episodios de tanta magnitud como la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas (Brewer, 1989; Mann, 1988, p. 106).

En Norteamérica, las repercusiones de la guerra de los Siete Años fueron considerables, ya que los británicos destacaron un ejército en tiempos de paz de diez mil soldados, reforzaron el control sobre las aduanas e impusieron una serie de medidas fiscales, como la Ley del Sello de 1765. La guerra revolucionaria (el nombre

que recibió en las trece colonias rebeldes la guerra de 1775) tuvo un coste muchísimo mayor para los norteamericanos en términos de personal, económicos y de endeudamiento que el que habían provocado los impuestos británicos aprobados a raíz de la guerra de los Siete Años. El esfuerzo bélico dio lugar a la débil estructura estatal nacional que se mantendría en pie durante décadas. Durante las guerras europeas de la Revolución Francesa y las napoleónicas, los nuevos Estados Unidos esquivaron primero, y derogaron posteriormente, sus obligaciones contractuales con Francia, que había prestado una ayuda crucial a la causa norteamericana durante la Revolución Norteamericana.

Los norteamericanos no volverían a implicarse decididamente en una guerra europea hasta la administración Jefferson, con la compra de Louisiana a la Francia napoleónica por ochenta millones de francos (1803), lo que permitió duplicar el territorio estadounidense. Salvo contadas excepciones, Estados Unidos se mantuvo a partir de entonces al margen de las guerras en Europa hasta 1812, y se dedicó principalmente a combatir a los indios en la frontera occidental y la meridional del país. En 1812, sin embargo, los norteamericanos, tras cinco años de complejas negociaciones, declararon la guerra a Gran Bretaña, invadieron Canadá, se enfrentaron a las tribus indias que presuntamente estaban del lado de los británicos y libraron una serie de batallas marítimas en los Grandes Lagos, el Atlántico y el Golfo de México. Antes de que la guerra europea tocara a su fin en 1814, Estados Unidos sufrió asimismo el incendio de Washington y la invasión de Maine.

La parlamentarización fue un proceso mucho más sutil que la campaña militar, pero tuvo el mismo efecto en la política pública. Constó de dos componentes relacionados: una expansión generalizada del poder del Parlamento y el desplazamiento del foco de atención de las disputas políticas nacionales, que dejaron de girar alrededor del rey y de sus adláteres para centrarse en el Parlamento (Tilly, 1997; Tilly y Wood, 2003). Los impuestos y la deuda, dos

factores vinculados al esfuerzo militar, aumentaron el poder del Parlamento; cada nueva petición del gobierno para conseguir más fondos desencadenaba una batalla que se saldaba con más concesiones a la Cámara. (La aprobación por parte del Parlamento de nuevos impuestos también sirvió para mitigar la revuelta popular contra la fiscalidad, a diferencia de lo que había sucedido en el siglo XVIII en Francia y en las colonias norteamericanas [Brewer, 1989, p. 132]). A medida que aumentaba el poder parlamentario, el mecenazgo real dejó de ser un elemento crucial para el éxito político, el Parlamento incrementó su presencia en los asuntos públicos y las actuaciones parlamentarias fueron cobrando más peso a ojos de los ciudadanos (tanto de los que tenían derecho de voto como de los que no). Los norteamericanos sustituyeron al rey por un ejecutivo débil y apostaron claramente por el poder del Parlamento, tanto a escala nacional como, sobre todo, estatal.

La capitalización se produjo a ambos lados del Atlántico, por cuanto el capital agrícola, el comercial y el industrial aumentaron considerablemente su impacto. Gran Bretaña se estaba convirtiendo en el mayor centro mundial tanto desde un punto de vista industrial como comercial, al tiempo que su producción agrícola crecía de un modo espectacular. Aunque las antiguas colonias norteamericanas y el país que las sucedió, Estados Unidos, eran fundamentalmente una fuente de ingresos para la economía británica, también este país experimentó a partir de 1750 un crecimiento formidable tanto a nivel agrícola como comercial e industrial. Aunque las cosas les iban bien a los terratenientes y los industriales comenzaban a dejar su impronta, fueron sobre todo los capitalistas comerciales los que más importancia cobraron en las economías británica y norteamericana.

Por proletarización no sólo nos referimos al crecimiento de la mano de obra fabril (si bien es cierto que se produjo un aumento sin precedentes de la misma) sino también, y en un sentido más amplio, al incremento en el porcentaje de la población cuya supervivencia

dependía del trabajo remunerado (Tilly, 1984). En la agricultura británica, la concentración de tierras en propiedad y de tierras arrendadas multiplicó la proporción de jornaleros entre los agricultores. La proletarización se dio a un ritmo mayor si cabe en la industria, donde los artesanos autónomos perdieron peso con respecto a los obreros contratados en talleres o fábricas y a los que trabajaban en sus propias casas. La situación era bien distinta en Estados Unidos, donde los esclavos representaban un porcentaje cada vez mayor de la mano de obra en el sur agrícola, a pesar de que, en las zonas costeras comerciales e industriales, se observa un proceso de proletarización semejante al británico. No obstante, el hecho de que el país no dejara de crecer brindaba un sinfín de oportunidades a pequeños propietarios y comerciantes. Evidentemente, no fue un proceso uniforme, sino que se vio dificultado por razones de género, religiosas y étnicas.

¿Qué relación hay entre la guerra, la parlamentarización, la capitalización y la proletarización, por un lado, y el crecimiento de los movimientos sociales, por el otro? Para explicar una cuestión compleja en pocas palabras:

- La movilización y los pagos derivados de la guerra no sólo incrementaron la influencia de la actividad gubernamental sobre el bienestar del pueblo sino que también llevaron a los agentes gubernamentales a negociar los términos en los que terratenientes, comerciantes, obreros, soldados, marineros y demás contribuirían al esfuerzo colectivo.
- A pesar de que el derecho de voto estaba muy limitado, el traspaso de poder al Parlamento provocó un aumento considerable de las iniciativas del poder legislativo sobre el bienestar de los ciudadanos y que, precisamente a causa de la organización geográfica de la representación parlamentaria, todo el mundo en Gran Bretaña y en las colonias trabara una relación más directa con las personas —los legisladores electos— que tomaban unas importantes decisiones políticas.

- Aunque los grandes terratenientes seguían dominando la política nacional, la capitalización amplió la influencia externa de comerciantes y financieros en Londres y demás zonas, por cuanto eran, con frecuencia, los acreedores del gobierno y los gestores del capital.
- Tal y como temían muchos analistas sociales, la proletarización redujo la dependencia de los obreros con respecto a determinados terratenientes, señores y demás patronos, y, por extensión, permitió a los trabajadores (sobre todo a los obreros masculinos y protestantes en el contexto británico) ingresar voluntariamente en la vida política.
- La combinación de estos cambios fomentó alianzas temporales entre, por un lado, aristócratas disidentes y burgueses (su número era insuficiente para enfrentarse por separado al grueso de las clases dominantes) y, por otro, trabajadores insatisfechos (que carecían de la protección social y legal que les brindaban los patronos).
- Estas alianzas, a su vez, facilitaron la apropiación y la popularización de las asociaciones con un fin específico, las reuniones públicas, las peticiones, las marchas organizadas y demás formas de reivindicación por parte de los activistas de la clase obrera y de la pequeña burguesía, al tiempo que dificultaron que las autoridades pudieran mantener las prohibiciones legales sobre estas actividades cuando el pueblo participaba en ellas.
- Estas alianzas alejaron a los activistas de la clase obrera y de la pequeña burguesía de la acción directa y destructiva como herramienta para plantear sus reivindicaciones.
- Las acciones conjuntas de aristócratas disidentes, burgueses radicales, miembros indignados de la pequeña burguesía y trabajadores sentaron precedentes y crearon espacios legales para la actuación del movimiento social, incluso después del cese de las campañas y de las alianzas.

Lógicamente, estos cambios no fueron instantáneos. Habría de pasar medio siglo más de lucha y evolución entre los turbulentos episodios de 1768 y el momento en que la política de los movimientos sociales estuviera al alcance de un gran abanico de actores a ambos lados del Atlántico.

En el bando británico, Londres se erigió en el primer gran escenario de innovación en el ámbito de los movimientos sociales. Londres, que entre 1750 y 1800 había pasado de 675.000 a 865.000 habitantes, competía con Estambul por el título de mayor ciudad de Europa y, por extensión, segunda metrópolis del planeta, después de Pekín. Por esas fechas, Londres se había convertido en el mayor puerto europeo, un centro comercial extraordinariamente influyente y la capital mundial de la banca, pues ahí tenía su sede el poderoso Banco de Inglaterra. Tal y como dijo Adam Smith en 1776:

> La estabilidad del Banco de Inglaterra equivale a la del gobierno británico. Debería perderse todo lo que ha prestado al pueblo antes de que sus acreedores sufragaran la menor pérdida. Ninguna otra empresa bancaria inglesa puede nacer de una decisión del Parlamento o puede estar formada por más de seis miembros. No sólo actúa como si fuera un banco corriente, sino que también es un gran motor del Estado. Ingresa y abona la mayor parte de las anualidades debidas a los acreedores del pueblo, distribuye los billetes del Tesoro Público y adelanta al gobierno el monto anual de los impuestos sobre el suelo y la malta, tasas que, las más de las veces, no se abonan hasta pasados varios años. (Smith, 1910, vol. I, pp. 284-285.)

La clase financiera de Londres le tenía tomado el pulso (o cogido por el cuello) a todo el Imperio Británico.

En Londres, sin embargo, la clase financiera no se radicalizó. Todo lo contrario: los burgueses que apoyaban a Wilkes y a sus sucesores radicales provenían mayoritariamente del mundo de los medianos comerciantes (Rudé, 1971, pp. 172-177). Estaban en contra tanto de la corona como de los grandes capitalistas, a los que

consideraban como cómplices de la conspiración contra el bien común. Quienes, a su vez, les daban respaldo eran, principalmente, los obreros pertenecientes a los sectores mejor organizados de Londres, como marineros, carboneros y tejedores, a los que ya hemos visto en acción previamente, aunque también había un buen número de artesanos y oficinistas.

No toda la clase obrera de Londres apoyaba causas radicales: a ese círculo parece ser que pertenecían, por ejemplo, los millares que movilizó en 1780 la Asociación Protestante Anticatólica de Lord George Gordon. Varios miembros de la Asociación Protestante marcharon junto a Lord Gordon hasta el Parlamento para presentar una petición para que se derogara una ley de 1778 que había hecho algunas concesiones menores a los católicos antes de dividirse en grupos —después de que el Parlamento se negara a negociar bajo presión— y saquear algunas capillas católicas, los hogares de varios católicos prominentes y las casas de diversos funcionarios sospechosos de estar protegiendo los intereses de los católicos. De los arrestados y acusados por haber participado en los ataques contra propiedades católicas, «dos de cada tres juzgados eran asalariados, jornaleros, aprendices, camareros, sirvientes domésticos y trabajadores; un puñado de ellos eran pequeños empresarios, artesanos y comerciantes» (Rudé, 1971, p. 226). Por lo general, sin embargo, las mayores movilizaciones que se vivieron en Londres a finales del siglo XVIII enfrentaron a grupos de burgueses y trabajadores, por una parte, y a coaliciones de financieros y partidarios de la corona. Habitualmente, un pequeño grupo de parlamentarios se manifestaban también en contra de la corona.

Tal y como se deduce de la importancia que, en un momento determinado, alcanzó la Asociación Protestante, las asociaciones que contaban con un gran número de miembros tuvieron un papel de primer orden en las movilizaciones populares británicas. El mayor brote de actividad asociativa durante el siglo XVIII se produjo durante los primeros años de la Revolución Francesa. En esa época,

a las demandas que durante las últimas dos décadas habían hecho las elites para llevar a cabo una serie de reformas parlamentarias se sumaron la del pueblo a favor de una democratización a la francesa; unas y otras contaron con el apoyo de clubes, sociedades, asociaciones populares o congregaciones religiosas. Las sociedades revolucionarias, las sociedades constitucionales y otras asociaciones por el estilo tomaron la Revolución Francesa, la Revolución Norteamericana y la propia Revolución Gloriosa británica de 1689 como puntos de referencia. Los defensores de la iglesia y del rey también se movilizaron en contra de los demócratas seculares a través de asociaciones específicas. Desde 1794 hasta el final de las guerras napoleónicas, la represión gubernamental enfrió la actividad asociativa, sobre todo entre los obreros. Las asociaciones regresaron con más fuerza si cabe una vez acabada la guerra. Por esas fechas, con la única salvedad de las «combinaciones» obreras, que seguían siendo ilegales, las asociaciones y sus reuniones públicas se habían convertido ya en un vehículo habitual de expresión popular.

El movimiento social británico cristaliza

¿En qué momento podemos afirmar que el movimiento social era ya una forma diferenciada, interrelacionada, reconocida y ampliamente difundida de la política pública? Necesitamos lugares y momentos en los que la gente que planteó reivindicaciones colectivas contra las autoridades formó con frecuencia asociaciones con un fin específico o dio un nombre a las coaliciones surgidas, celebró reuniones públicas, trasladó sus programas a los medios de comunicación a su disposición, organizó marchas, reuniones o manifestaciones y llevó a cabo, por medio de estas actividades, demostraciones públicas concertadas de valor, unidad, número y compromiso. Cuando todo esto se dé al mismo tiempo y con regularidad fuera de las campañas electorales y de las luchas entre obreros y patronos,

podremos afirmar con certeza que el movimiento social existe ya por sí mismo. Todos estos elementos están presentes por separado en la política pública británica de finales del siglo XVIII. Sin embargo, según estos mismos estándares, la política británica no institucionalizó los movimientos sociales hasta finales de las guerras napoleónicas.

En Gran Bretaña, esos últimos años de la contienda bélica se revelaron cruciales. A partir de 1812, aproximadamente, se llevaron a cabo por todo el país diferentes campañas a favor de las reformas parlamentarias: ampliación del derecho de voto, una representación más equitativa del electorado, sesiones anuales del Parlamento y otros detalles mucho más sutiles como votaciones secretas o fijar un estipendio para los parlamentarios, lo que permitiría que personas más pobres pudieran desempeñar también ese cargo. Al mismo tiempo, en un esfuerzo que no dejaba de ser redundante, se puso el acento como nunca hasta entonces en organizar a los trabajadores para que exigieran al parlamento que actuara en su nombre y que reclamara la paz después de una guerra larga, costosa y perjudicial. En las elecciones para cubrir el escaño de Bristol de 1812, el radical Henry Hunt perdió clamorosamente porque buena parte de su apoyo provenía de los obreros sin derecho de voto «que se manifestaron multitudinariamente al grito de "Hunt y Paz" detrás de una barra de pan ensartada en un mástil y de una Gorra de la Libertad, proclamaron a los cuatro vientos sus arengas, atacaron a todo aquel que vistiera una prenda azul lanzándole una bola de fango, piedras o gatos muertos y asaltaron el León Blanco (sede del Club Leal y Constitucional) y el Ayuntamiento. Hubo que llamar a las tropas para restaurar el orden» (Prothero, 1979, p. 82).

En 1812, la Gorra de la Libertad, que se inspiraba en el tocado que los romanos imponían al esclavo liberado, tenía ya una larga tradición como icono en Gran Bretaña. Tomada de los holandeses cuando Guillermo de Orange se convirtió en rey inglés en la Gloriosa Revolución de 1688-1689, había simbolizado el fin del yugo

español al que estuvieron sometidos los holandeses. En Gran Bretaña, se erigió en símbolo de la libertad en el sentido wilkesista del término (Epstein, 1994, pp. 78-80). De hecho, durante las campañas de agitación wilkesista de los años sesenta del siglo XVIII, William Hogarth realizó un famoso dibujo lleno de rabia que muestra a un Wilkes inquietante que sostiene un mástil coronado por una Gorra de la Libertad.

En las primeras décadas del siglo XIX, los radicales no lograron salir elegidos a pesar de las manifestaciones en las que se lucían las Gorras de la Libertad. Aquello, sin embargo, sirvió para dar más relieve al apoyo popular del que gozaban los programas radicales. Comoquiera que los funcionarios solían denegar a los reformistas populares la autorización para reunirse en edificios públicos, las asambleas se celebraban, una y otra vez, en las calles o en los campos, lo que las convertía en actos con tanto de reunión como de manifestación. Más aun, las delegaciones a menudo desfilaban hasta llegar al punto de encuentro, hermanando de este modo las dos formas que podía revestir una manifestación: la marcha callejera y la asamblea disciplinada en un espacio público. Aunque Londres siguió desempeñando un papel de primer orden, las principales innovaciones se produjeron en los distritos industriales del norte de Inglaterra, donde los trabajadores se organizaron y actuaron con contundencia tras el fin de la guerra.

En Stockport, un centro de producción de algodón, la creación en octubre de 1818 del Sindicato de Stockport para la Promoción de la Felicidad Humana sirvió para movilizar a los habitantes del norte industrial con el fin de conseguir la liberación de los prisioneros políticos y en aras de las reformas parlamentarias. La Ley de Reuniones Sediciosas de 1817 había prohibido las reuniones cerradas en las que se planearan acciones directas para presionar al gobierno; sin embargo, sí que toleraba las reuniones abiertas en las que se apoyara la reforma parlamentaria. El Sindicato de Stockport encabezó la respuesta de las organizaciones de la política popular a este

nuevo escenario represivo, erigiéndose así en el modelo en el que se inspirarían los sindicatos políticos de todo el país, incluidos los de Londres.

El Sindicato de Stockport auspició un buen número de reuniones a favor de las reformas, organizó peticiones en favor de los prisioneros políticos, emitió notas de protesta y celebró manifestaciones. El sindicato envió una delegación de unos 1.400 hombres y 40 mujeres que desfilaron ordenadamente con pancartas durante el famoso encuentro reformista del 16 de agosto de 1819 en St. Peter's Fields, Manchester, una reunión contra la que cargaron los terratenientes de Manchester y de Salford (aquel episodio sería conocido por el triste nombre de Peterloo). El comerciante de Manchester Francis Philips dijo, a propósito de la marcha de la delegación: «El 16 de agosto, fui al camino de Stockport a eso de las once, o tal vez un poco más tarde, y ahí me encontré con un gran número de personas que se dirigían a Manchester, con la misma disciplina que un regimiento aunque no vestían uniforme. Iban en fila, a menudo de a tres. Llevaban consigo dos pancartas. A los lados, algunas personas hacían las veces de líderes y ordenaban las filas. Lo cierto es que aquel orden era un espectáculo precioso» (Glen, 1984, p. 245).

Organizaciones concretas como el Sindicato de Stockport vivieron sus años de auge y caída, y no dejaron de enfrentarse en todo momento a la vigilancia del gobierno ni a la represión frontal. Los gobiernos que se sentían amenazados intentaron repetidamente aplastar su actividad organizativa con leyes como la Ley de Coerción y Reuniones Sediciosas de 1817, las extremadamente represivas Seis Leyes de 1819 y la Ley de Allanamiento Malicioso de 1820. Sin embargo, las organizaciones disidentes y sus aliados parlamentarios no se rindieron. Y, en ocasiones, llegaron incluso a imponerse. En 1824, por ejemplo, el Parlamento dio su brazo a torcer al revocar las Leyes de Combinación que había promulgado en 1799 para suprimir las asociaciones obreras; esa medida legalizó parcialmente la actividad pública de los sindicatos. El menor celo

represivo fomentó la actividad del movimiento social. A finales de los años veinte del siglo XIX, todos los elementos esenciales de los movimientos sociales —campañas, repertorios y demostraciones públicas de WUNC— habían cuajado y estaban prácticamente al alcance de todos los grupos organizados de intereses de Gran Bretaña.

Las multitudinarias y exitosas movilizaciones de los años veinte y treinta del siglo XIX a favor de los derechos de los trabajadores, la emancipación católica y las reformas parlamentarias permitieron consolidar todos estos elementos (Belchem, 1990, pp. 73-144; Tilly, 1995, pp. 240-339). En el ínterin, el repertorio del movimiento social fue distanciándose cada vez más de las fórmulas empleadas en el pasado para mostrar apoyo o rechazo como los incendios provocados, las caceroladas, las serenatas o el saqueo de casas. A finales de los años treinta del siglo XIX, además, las estrategias del movimiento social no sólo estaban al alcance de los reformistas o los radicales, sino también de los activistas conservadores. Entre los usuarios conservadores de las tácticas del movimiento social se cuentan los extraordinariamente influyentes opositores ingleses a la emancipación católica, que, sin embargo, fracasaron en última instancia (Hinde, 1992; O'Ferrall, 1985; Tilly, 2004, pp. 149-165).

Y SIN EMBARGO, SÍ QUE ERAN MOVIMIENTOS SOCIALES

En 1925, el gran historiador norteamericano J. Franklin Jameson dedicó un famoso ciclo de conferencias a «La Revolución Americana considerada como un movimiento social». Coincidiendo con el inicio de los fastos conmemorativos del 150.º aniversario de la revolución, Jameson invitó a los estudiosos de la Revolución Americana a emular a los especialistas en la Revolución Francesa y sumar el estudio de la historia social al de la política y la militar. «La corriente revolucionaria», sostenía,

> no puede verse limitada por unas márgenes estrechas, sino que debe desbordarse y anegar la tierra. La lucha política liberó muchos deseos económicos, muchas aspiraciones sociales, y muchos fueron los aspectos de la sociedad colonial que sufrieron un *vuelco de resultas* de las fuerzas así desencadenadas. Las relaciones de las diferentes clases sociales entre sí, la institución de la esclavitud, el sistema de propiedad de la tierra, el curso de los negocios, las formas y el espíritu de la vida intelectual y religiosa sufrieron la mano transformadora de la revolución, y salieron de ese proceso revistiendo

1956, p. 9.)

Cerró el ciclo de conferencias con su célebre alegato: «que todas las distintas actividades que llevan a cabo los hombres de un mismo país y durante un mismo período están íntimamente relacionadas entre sí, y que no podemos obtener una panorámica satisfactoria de cualquiera de ellas si las estudiamos por separado» (Jameson, 1956, p. 100). Para Jameson, el «movimiento social» equivalía más a una transformación social a gran escala que a una forma concreta de política. Como podríamos deducir de lo expuesto anteriormente sobre lo sucedido en Boston y Charleston, Jameson no insistió en los líderes heroicos y los momentos decisivos de la acción revolucionaria, sino en la participación masiva de los colonos en los combates que fueron de 1765 hasta 1783. Sin embargo, no se refirió a la revolución en tanto que movimiento social en el sentido histórico más estricto de la expresión.

¿Podemos, sin embargo, considerar la Revolución Americana como un movimiento social o como una sucesión de movimientos sociales? Fijándose en el mismo período que hemos examinado en los casos de Londres y Boston, Sidney Tarrow señala algunas innovaciones en las acciones políticas: entre la quema de efigies y el saqueo de casas, la organización de boicots y los acuerdos para impedir las importaciones indican la aparición de formas «modulares» de política que fácilmente podrían trasladarse de un lugar a otro, de

un grupo a otro o de un terreno a otro: «Por lo tanto, la decisión de acabar con las importaciones o los boicots se convirtió en el arma modular de la revuelta norteamericana, y encontramos su máximo exponente en la polémica sobre el té que estalló en el puerto de Boston. La eficacia de aquella táctica no pasó inadvertida en Gran Bretaña: en 1791, la asociación inglesa contra la esclavitud utilizó un boicot a la importación de azúcar procedente de las Antillas para presionar al Parlamento para que aboliera el comercio de esclavos. De ser una respuesta local contra los nuevos impuestos surgida en la periferia del Imperio Británico, el boicot había llegado hasta el corazón del mismo» (Tarrow, 1998, p. 38). Tarrow acierta al señalar que la invención de estas tácticas modulares y que pasan rápidamente de un contexto a otro es uno de los hitos de la actividad del movimiento social, así como una de las características que lo distingue claramente de actuaciones con connotaciones más localistas como las caceroladas, la quema de efigies o el saqueo de casas. Aun así, ¿basta con la aparición de estas tácticas modulares para calificar de movimiento social la Revolución Americana?

Seguimos necesitando momentos y lugares en los que la gente que planteaba sus reivindicaciones colectivas ante las autoridades formó con frecuencia asociaciones con un fin específico o dio un nombre a las coaliciones surgidas, celebró reuniones públicas, trasladó sus programas a los medios de comunicación a su disposición, organizó marchas, reuniones o manifestaciones y llevó a cabo, por medio de estas actividades, demostraciones públicas concertadas de valor, unidad, número y compromiso. Como sucediera en Gran Bretaña durante ese mismo período, la respuesta es evidente: por separado, encontramos todos esos elementos en Estados Unidos en 1783, pero todavía no habían cuajado en una forma de política popular diferenciada y al alcance de todo el mundo. Como sucediera en Gran Bretaña, la proliferación de asociaciones interconectadas a partir de 1765 transformó la política popular y sentó las bases para la aparición de movimientos sociales maduros. Sin embargo, ha-

brían de pasar varias décadas antes de que todo el aparato de los movimientos sociales estuviera al alcance de los reivindicadores populares.

Aun así, ¿podríamos considerar, tal y como insinúa Tarrow, la movilización contra la esclavitud como una excepción crucial? Durante los años setenta y ochenta del siglo XVIII, jueces británicos y norteamericanos comenzaron a dictar sentencias que ponían en duda la legalidad de la esclavitud. La constitución de Vermont de 1777 prohibía la esclavitud mientras que, entre 1780 y 1784, Pensilvania, Massachusetts, Rhode Island y Connecticut tomaron medidas legales a favor de la emancipación general. (Nueva York no se unió al movimiento a favor de la emancipación general hasta 1799, y no decretó la liberación generalizada de los esclavos hasta 1827.) Tanto en Gran Bretaña como en las colonias norteamericanas, las organizaciones de cuáqueros empezaron a crear asociaciones contra la esclavitud en los años setenta del siglo XVIII. De hecho, las congregaciones de hermanos a ambos lados del Atlántico expulsaban a aquellos miembros que se negaban a liberar a sus esclavos.

En 1783, los cuáqueros ingleses enviaron al Parlamento la primera (y no sería la última) petición para abolir el comercio de esclavos. No obstante, las campañas nacionales contra el comercio de esclavos no comenzaron en Gran Bretaña hasta 1787, con las peticiones masivas y la creación de la Sociedad para la Abolición del Comercio de Esclavos. En ese punto, las cabezas visibles del movimiento contra la esclavitud trabajaban mayoritariamente en el seno de congregaciones de cuáqueros o evangélicas, por lo que los servicios religiosos se confundían con reuniones de las que salían estas peticiones. (Davis, 1987; Drescher, 1982, 1986; Temperley, 1981; Walvin, 1980, 1981). La iniciativa no nació en Londres sino en el norte industrial, sobre todo en Manchester. Las once mil firmas de la petición de Manchester de diciembre de 1787 suponían aproximadamente dos tercios de todos los hombres de la ciudad con posibilidad de firmar (Drescher, 1986, p. 70). Asimismo, tal y como

dice Tarrow, los activistas contrarios a la esclavitud introdujeron otra poderosa innovación: un boicot general contra el azúcar que se producía con el trabajo de los esclavos y en el que participaron unas 300.000 familias en 1791 y 1792 (Drescher, 1986, p. 79).

Entre 1806 y 1808 hubo nuevas peticiones. Coincidiendo con las mismas, Gran Bretaña (o, mejor dicho, el Reino Unido, pues en 1801 había anexionado formalmente Irlanda a Inglaterra, Gales y Escocia) y Estados Unidos ilegalizaron el comercio de esclavos. En 1833, después de muchas movilizaciones, el Parlamento aprobó finalmente una ley de emancipación para todas sus colonias. La cuestión de la esclavitud siguió siendo motivo de división irreconciliable en Estados Unidos, donde acabó estallando una guerra civil por esta cuestión. Con todo, durante los años treinta del siglo XIX, la abolición también se había convertido en el centro de un vasto movimiento social norteamericano. En esta secuencia, ¿dónde podemos ubicar, sin faltar a la verdad, a los movimientos sociales?

Todo depende de nuestro punto de vista. En algún lugar entre la petición de Manchester de 1787 y la abolición de la esclavitud en el Imperio Británico por parte del Parlamento en 1833 cuajaron los diferentes elementos —campaña, repertorio y demostraciones de WUNC. ¿Cuándo sucedió? Dividamos la pregunta en dos: ¿Cuándo reunió el movimiento contra la esclavitud todos los requisitos para convertirse en un movimiento social genuino? ¿En qué momento la forma política representada por el movimiento contra la esclavitud estuvo al alcance de otro tipo de reivindicaciones? La respuesta a la primera parte de la pregunta es que, en algún momento entre 1791 (el boicot del azúcar) y 1806 (la segunda gran oleada de peticiones), los abolicionistas británicos reunieron en un sólo recipiente político los ingredientes de campaña, repertorio y demostraciones de WUNC. Por esto, tienen un cierto derecho a ser considerados como el primer movimiento social de la historia.

Para responder a la segunda parte de la pregunta, sin embargo, debemos dejar pasar otra década; en diferentes modelos directa-

mente inspirados en el movimiento contra la esclavitud, vemos como obreros, reformistas, católicos y otros colectivos crean regularmente asociaciones con un fin específico, celebran reuniones públicas en lugares cerrados o al aire libre, adoptan eslóganes y distintivos, organizan marchas, editan panfletos y realizan reivindicaciones programáticas, identitarias y sobre su posición. Los veinticinco años que van de 1791 hasta 1816 parecen una transición sumamente rápida para un cambio tan complejo y trascendental.

¿Podrían los francófilos abogar por la preeminencia de los franceses? No cabe duda de que, conforme fue desarrollándose la Revolución de 1789, los activistas franceses fundaron asociaciones políticamente motivadas a un ritmo frenético, realizaron una serie de reivindicaciones concertadas sirviéndose de dichas asociaciones, celebraron reuniones públicas, se manifestaron por las calles, adoptaron eslóganes y distintivos, editaron panfletos y llevaron a cabo una serie de revoluciones locales en la mayor parte del país (Hunt, 1978, 1984; Jones, 2003; Markoff, 1996a; McPhee, 1988; Woloch, 1970, 1994). Si estas movilizaciones hubieran proseguido a partir de 1795 *y* si hubieran podido acogerse a ellas una gran cantidad de reivindicaciones de diversa índole, probablemente podríamos considerar a los franceses como los inventores, o cuando menos los coinventores junto con sus homólogos británicos, del movimiento social. Sin embargo, las características de las reivindicaciones de los movimientos sociales tardarían otro medio siglo en alcanzar un estatus político duradero en Francia, aproximadamente con la Revolución de 1848 (Tilly, 1986, capítulo 9). Incluso entonces, la represión practicada durante el II Imperio de Luis Napoleón retrasó durante otras dos décadas la implantación de la política del movimiento social en buena parte del país.

Más sorprendente resulta si cabe que, para algunos, los activistas holandeses del siglo XVIII puedan haber tenido un cierto papel en el nacimiento de los movimientos sociales, al menos desde un punto de vista temporal. En lo que los historiadores holandeses llaman la cuarta guerra inglesa (1780-1784), las fuerzas holandesas se impli-

caron indirectamente en los combates de la Revolución Americana, sufriendo un duro revés a manos de una marina británica superior. Mientras los desastrosos combates navales continuaban, en Holanda estalló una especie de guerra propagandística. Los partidarios del príncipe de Orange atacaron a los líderes de Ámsterdam y de su provincia, Holanda, mientras sus rivales patriotas (la mayoría vivían en Holanda) respondían del mismo modo; cada bando culpaba al otro de la lamentable situación del país. Inspirándose explícitamente en el ejemplo norteamericano, los patriotas hicieron un llamamiento a favor de una revolución (preferiblemente, pacífica). En el pasado, las reivindicaciones en los Países Bajos se habían ajustado a las variantes locales de las antiguas fórmulas que ya hemos visto en el caso británico y norteamericano (Dekker, 1982, 1987; Van Honacker, 1994, 2000). Sin embargo, durante los años ochenta del siglo XVIII, las campañas para respaldar diferentes peticiones arrancaron con fuerza: primero, para exigir el reconocimiento de John Adams como representante legal de aquella controvertida entidad, Estados Unidos de América; en segundo lugar, para proponer diferentes soluciones a una serie de problemas políticos domésticos.

Poco después aparecieron en todas las ciudades holandesas comités ciudadanos (posiblemente inspirados en los comités de correspondencia norteamericanos) y milicias ciudadanas. En un sistema político altamente parcelado, la incesante presión que estos ejercieron sobre las autoridades locales y regionales acabó dando sus frutos. Entre 1784 y 1787, las facciones de patriotas consiguieron promulgar unas constituciones nuevas y menos aristocráticas en diferentes ciudades holandesas e incluso en toda una provincia, Overijssel. Con todo, el príncipe de Orange y sus partidarios seguían contando con dos ventajas cruciales: el apoyo financiero británico y el respaldo militar que les brindaba el cuñado del príncipe, el rey Federico Guillermo de Prusia. A finales de 1787, una invasión prusiana acabó con la Revolución Patriótica holandesa (Te Brake, 1989, 1990; Schama, 1977).

Dado que la Revolución Francesa estalló poco después, los patriotas holandeses que no habían abandonado el país depositaron en ella sus esperanzas, conspiraron e incluso (a finales de 1794) llevaron a cabo un intento de golpe de Estado pésimamente coordinado. El siguiente ejército invasor llegó en enero de 1795, cuando las fuerzas revolucionarias francesas crearon una República de Batavia gracias al apoyo activo de unos patriotas que parecían resurgir. (En Leiden y Ámsterdam se plantaron Árboles de la Libertad [Schama, 1977, p. 194]). A pesar de unos cambios gubernamentales inspirados en el modelo francés, la nueva república llegó poco tiempo después a un callejón sin salida por las disputas entre los partidarios de unas reformas centralizadoras siguiendo el ejemplo francés y los del federalismo neerlandés tradicional. Entre 1798 y 1805, cuatro golpes de Estado apoyados por una u otra facción —y sin una movilización popular masiva— propiciaron unos cambios políticos de enjundia. La república cedió su lugar a un estado satélite de Francia, el Reino de Holanda (1806), antes de su incorporación directa a Francia (1810-1813).

El acuerdo posnapoleónico creó un reino bicéfalo que, hasta 1839, incluía nominalmente a Holanda y a lo que acabaría convirtiéndose en Bélgica. A partir del momento en que los franceses se hicieron con el país, el estado holandés asumió una estructura administrativa mucho más centralizada que la que había existido en el momento álgido de las provincias autónomas. Con la República de Batavia de 1795, los comités, las milicias y los patriotas regresaron temporalmente al poder, aunque no tardarían en integrarse en aquel nuevo tipo de régimen, supervisado en todo momento muy de cerca por los franceses. Los movimientos sociales como tales no comenzaron a aparecer de manera generalizada en Holanda hasta la caída de Napoleón, de modo que la contrarrevolución, la reacción y la conquista echan por tierra otra posible candidatura al título de inventor del movimiento social. Gran Bretaña conserva su posición de privilegio, junto con sus colonias norteamericanas.

UNA VUELTA DE TUERCA MÁS A LOS ARGUMENTOS

Armados finalmente con un buen número de poderosos argumentos históricos, podemos ahora regresar a las tesis que articulan este libro para ver adónde nos conducirán.

Desde su aparición en el siglo XVIII, los movimientos sociales no sólo han progresado gracias a sus actuaciones individuales, sino gracias también a campañas interactivas. Los casos británico y norteamericano que hemos repasado demuestran a las claras que los movimientos sociales nacieron de una lucha que enfrentaba a varias partes y que cada campaña se centraba en los esfuerzos reiterados de una coalición cambiante para provocar un conjunto relativamente bien definido de cambios políticos. Cuando menos en los primeros compases de los movimientos sociales, las coaliciones entre figuras políticas pertenecientes a las elites (que gozaban de un cierto grado de protección a la hora de plantear sus reivindicaciones) y unos sectores de las clases obreras relativamente organizados (que tenían a su favor el número, los contactos internos y la implantación local) desempeñaron un papel fundamental.

Los movimientos sociales combinan tres tipos de reivindicaciones: programáticas, identitarias y de posición. En las disputas que hemos repasado siempre encontramos programas a favor del cambio político, pero también incluían reivindicaciones en el sentido de que los ponentes de dichos programas tenían medios para organizar una acción autónoma y eficaz y los participantes disponían del peso político suficiente para hablar de esas cuestiones en público. (Hasta el momento, no nos hemos topado con peticiones para excluir a *otros* de la arena política, pero todo llegará.) En la transición entre el siglo XVIII y el siglo XIX, asistimos a la aparición de una combinación duradera de los tres tipos de reivindicaciones en reuniones públicas, peticiones, declaraciones públicas, manifestaciones y símbolos compartidos de pertenencia a un grupo.

La importancia relativa de las reivindicaciones programáticas, identitarias o sobre posición varía significativamente entre un movimiento social y otro, entre un reivindicador y otro en el seno de un mismo movimiento y entre las diferentes fases de cada movimiento. Todavía no hemos apreciado un grado de variación suficiente entre movimientos sociales para demostrar de una manera concluyente este punto. Aun así, ya hemos intuido la alternancia entre (1) el apoyo a la liberación o a las reformas parlamentarias por parte de los movimientos obreros británicos después de las guerras napoleónicas; (2) la afirmación de que los trabajadores organizados conforman una fuerza formidable y de gran valor; y (3) la denuncia de que ocupan una posición injustamente marginal en el seno del régimen.

La democratización fomenta la formación de movimientos sociales. Apenas hemos explorado esta parte del análisis. Aun así, los ejemplos británico y norteamericano, más los experimentos abortados en Francia y Holanda, trazan una correspondencia plausible entre democratización y proliferación de movimientos sociales. Estas historias revelan, asimismo, una serie de puntos en común importantes entre la actuación del movimiento social, la parlamentarización de la política pública y el aumento de unos procesos electorales reñidos y vinculantes. No obstante, las sutiles relaciones causales en ambas direcciones siguen siendo un terreno por explorar.

Los movimientos sociales afirman la soberanía popular. Los cuatro casos que hemos expuesto ilustran afirmaciones incipientes de soberanía popular. Asimismo, demuestran de qué modo estas afirmaciones pueden suscitar cuestiones políticas de peso: ¿quién tiene derecho a hablar en nombre del pueblo? ¿Acaso ese derecho a expresarse incluye el derecho a atacar al régimen gobernante? ¿En qué contextos el interés del orden público anula ese derecho? Mucho más que los rituales de venganza, las revueltas populares o incluso las elecciones, los movimientos sociales hacen de estas preguntas de índole jurídica el centro de su política popular. Gracias a

su a menudo escaso grado de tolerancia con respecto a la nueva síntesis de campañas, repertorios y demostración de WUNC, las autoridades británicas y norteamericanas se quedaron sin argumentos ante la afirmación de que eran sus detractores, y no ellos, quienes hablaban de veras en nombre del pueblo.

Comparados con otras formas de política popular más afianzadas a escala local, las dimensiones, la vigencia y la eficacia de los movimientos sociales dependen en gran medida del trabajo de emprendedores políticos. Los encuentros de jóvenes locales en una esquina podían desembocar en caceroladas o en sacar a alguien del pueblo a rastras. El abolicionismo, por su parte, no habría llegado a ninguna parte de no haber sido por la intervención del clero, de los líderes de las congregaciones y de los legisladores que lograron mantener viva la cuestión en la prensa, tendieron puentes entre diferentes grupos de activistas, organizaron reuniones públicas y campañas e incluyeron el tema de la esclavitud en las campañas electorales. Durante los años sesenta del siglo XVIII, el Londres de John Wilkes y de sus lugartenientes (así como el Boston de Samuel Adams y de sus aliados) encabezó los principales episodios reivindicativos por parte de los movimientos sociales. Sin embargo, carecían todavía de los conocimientos relativos a las campañas, las actuaciones y las demostraciones de WUNC que los emprendedores políticos británicos (y norteamericanos) darían por sentados cincuenta o sesenta años más tarde.

En cuanto los movimientos sociales se enmarcan en un contexto político determinado, los procesos imitativos, la comunicación y la colaboración facilitan su adopción por parte de otros contextos relacionados. Ya hemos observado la generalización de las estrategias del movimiento social en diferentes sectores en Norteamérica y, sobre todo, en las islas británicas. Asimismo, hemos prestado atención a algunos de los precursores del acercamiento y la colaboración internacional en Estados Unidos, Gran Bretaña, Holanda y Francia; cada uno de ellos tomó prestadas algunas de las innovacio-

nes del movimiento social de al menos uno de los países restantes. El movimiento contra la esclavitud, en especial, no tardó en convertirse en una empresa internacional. No obstante, el siglo XIX traería consigo un mayor grado de acercamiento a escala internacional de los movimientos sociales, gracias por ejemplo al respaldo que brindaron los emigrantes y los simpatizantes de esa causa en Inglaterra y Estados Unidos a los activistas antibritánicos irlandeses (Hanagan, 1998).

Las formas, personal y reivindicaciones de los movimientos sociales varían y están sujetas a un proceso de evolución histórica. Esta podría ser la conclusión principal de este repaso preliminar a la historia de Europa y de Norteamérica. Todos los demás elementos que podamos apreciar en las disputas que se produjeron entre 1765 y los años treinta del siglo XIX presentan, sin lugar a dudas, unas diferencias sustanciales y dan muestras de una evolución constante. Como veremos con todo detalle más adelante, los mecanismos reivindicativos del movimiento social nacen de los desafíos a las autoridades nacionales. Sin embargo, no tardarían en emplearse no sólo en demostraciones de apoyo a esas mismas autoridades sino también en reivindicaciones contra otras autoridades, como las elites locales, los líderes religiosos o los capitalistas. Estamos ante un fenómeno político profundamente arraigado en las historias regionales y nacionales.

En tanto que institución inventada, el movimiento social podría desaparecer o transformarse en una forma política muy distinta. Este punto se desprende, en un principio, de los argumentos anteriores. Podríamos incluso convertir los comentarios que hemos hecho sobre los reveses sufridos en Francia y Holanda en pruebas de que los elementos que conforman los movimientos sociales no tienen necesariamente que perdurar y que, de hecho, son vulnerables a la represión autoritaria. Como veremos en numerosos ejemplos más adelante, además, la proliferación reciente de contactos internacionales entre activistas podría estar dando lugar a nuevas maneras de

hacer política desde la base vagamente semejantes a las que hemos visto en el primer medio siglo de existencia del movimiento social. Con todo, hemos de profundizar en el análisis antes de decidir qué condiciones son fundamentales, y cuáles funestas, para la supervivencia de los movimientos sociales. El repaso que haremos en el siguiente capítulo al siglo XIX abundará en esta línea.

Capítulo 3

AVENTURAS DECIMONÓNICAS

El 25 de febrero de 1848, llegaron a Lyon las noticias de una nueva revolución francesa que había estallado la víspera en París. Varios centenares de tejedores se desplazaron hasta el centro de la ciudad desde el barrio de Croix-Rousse, donde se encontraban los telares. Al son de *La Marsellesa*, siguieron el cauce del Ródano antes de cruzar la isla central de la ciudad para llegar a la Place des Terreaux y al Ayuntamiento. Asediados por la multitud, los militares ahí presentes pidieron al alcalde en funciones que proclamara la República desde un balcón del ayuntamiento. Después de hacerlo, varios miembros de aquella muchedumbre entraron en el edificio y eligieron un comité ejecutivo formado por tejedores y una minoría de la burguesía republicana. Durante la Monarquía de Julio anterior (1830-1848), los tejedores, organizados, habían aprovechado prácticamente todas las oportunidades que se les habían presentado para demostrar su poder, desfilando en funerales y en las festividades autorizadas. También habían desfilado durante las insurrecciones de 1831 y 1834. Sin embargo, salvo en los momentos de crisis y en las asambleas públicas autorizadas, por lo general habían evitado hasta la fecha cualquier episodio semejante a aquella manifestación espontánea de febrero de 1848, fundamentalmente para evitar que los

funcionarios reales pudieran interpretar esas mismas asambleas organizadas como la demostración de que estaban infringiendo claramente la prohibición legal que pesaba sobre las *coaliciones* obreras.

Conforme el régimen revolucionario fue consolidándose, las organizaciones de obreros y revolucionarios existentes en la clandestinidad política de Lyon dieron paso a las milicias populares. También se multiplicaron las asociaciones políticas; algunas de ellas eran de nuevo cuño, mientras que otras no eran sino la transformación en entidades legales de células clandestinas o de reuniones informales de café. A menudo, estos grupos celebraban ceremonias patrióticas que incluían la plantación de Árboles de la Libertad. A pesar de los esfuerzos de un gobierno cada vez más conservador por contener a los radicales de Lyon, las milicias y los clubes se reunieron y se manifestaron por las calles de la ciudad en repetidas ocasiones entre la revolución de febrero de 1848 y el golpe de Estado de Luis Napoleón de diciembre de 1851. En su número del 14 de marzo de 1848, por ejemplo, el periódico izquierdista lionés *Tribun du peuple* informó:

> Con cuatro hombres tocados con la gorra de la libertad, un numeroso ejército de ciudadanos cruzó la ciudad el día 12. Tras el sagrado emblema de nuestra liberación, el cortejo avanzó formando dos filas. Hacia la mitad de la comitiva, otro emblema tanto o más significativo concitaba una gran atención. Era un hombre atado con unas gruesas cuerdas y sostenido por un grupo de ciudadanos que formaban un cuadrado a su alrededor. Enarbolaba una bandera penosamente descolorida y con un crespón negro; era una bandera blanca, portada casi horizontalmente y atada al mástil de cualquier manera, cual si fuera el ataúd de un miserable criminal camino del cementerio, para gozo de todo el mundo. (Robert, 1996, p. 86.)

La gorra roja simbolizaba la revolución y la bandera blanca, la legitimidad, la reivindicación de la antigua rama borbónica (que había recuperado el poder después de la derrota de Napoleón y que lo

había perdido en la revolución de 1830) de su derecho a gobernar sobre Francia. Dos semanas después de la revolución parisina, los ciudadanos de Lyon organizaban o presenciaban regularmente manifestaciones callejeras. Asimismo, los manifestantes recurrían a símbolos nacionales ampliamente conocidos para representar el valor, la unidad, el número y el compromiso —el WUNC— de su causa.

¿Podemos afirmar que, en marzo de 1848, Lyon y Francia habían hecho del movimiento social un vehículo habitual para la política pública? La pregunta no sólo es interesante, sino también polémica. Sólo un análisis minucioso de los acontecimientos de 1848 nos permitirá dirimir si la combinación de campaña, repertorio y demostraciones de WUNC estaba ya al alcance de un gran número de reivindicadores. La mejor respuesta posible es que sí, aunque sólo sea temporalmente.

Centrándose en la manifestación antes que en todo el aparato del movimiento social, el historiador lionés Vincent Robert afirma que, a pesar de la oleada de manifestaciones durante la II República (1848-1851), estas no se convirtieron en una herramienta para plantear reivindicaciones colectivas al alcance de todo el mundo hasta las grandes movilizaciones del 1 de mayo de los años noventa del siglo XIX, cuando sí saltaron a un primer plano. (Advertencia: la palabra *manifestation*, que Robert emplea y que aquí traducimos como «manifestación» no desplazó en el francés cotidiano a otras palabras como *cortège*, *défilé*, *démonstration* o *rassemblement* hasta la segunda guerra mundial [Pigenet y Tartakowsky, 2003, p. 84].) Las propias autoridades no admitieron las manifestaciones como formas válidas de acción política, según Robert, hasta poco antes de la primera guerra mundial. En ese momento, las autoridades lionesas comenzaron a asignar efectivos policiales para proteger y controlar las manifestaciones en lugar de dispersarlas por sistema por tratarse de asambleas ilegales.

Aun así, Robert admite la celebración de protomanifestaciones en Lyon en una fecha tan temprana como 1831. El 19 de enero de

ese año, unos 1.400 trabajadores cruzaron el Saona después de salir del centro de Lyon mientras se manifestaban al grito de «trabajo o pan»; las autoridades acabaron arrestando a 15 participantes (Rude, 1969, pp. 198-202). El 12 de febrero hubo otra manifestación (en esta ocasión, enarbolaban la bandera negra de la insurrección) y otra el 25 de octubre (participaron unas seis mil personas), antes de que estallara la gran insurrección que se inició con una manifestación multitudinaria que tomó la ciudad entre el 21 y el 24 de noviembre (Rude, 1969: 208, 316, 357-596). Con la colaboración parcial de los rebeldes parisinos, los tejedores de Lyon organizaron otra gran insurrección en 1834. Cuando menos entre ese colectivo, las manifestaciones ya habían sentado los cimientos de una sólida historia política mucho antes de la revolución de 1848. Desde ese momento, las manifestaciones fueron haciéndose más frecuentes en momentos de menor represión o de democratización, y más esporádicas cuando la represión gubernamental volvía a endurecerse.

Durante el primer mes de la revolución de 1848, al menos ocho manifestaciones cruzaron Lyon. Entre marzo y abril, el Club Democrático Central organizó varias concentraciones multitudinarias en nombre de la democracia radical (Robert, 1996, pp. 94-100). Poco después, grupos de mujeres, clubes políticos, veteranos de los ejércitos napoleónicos, escolares, trabajadores de las fábricas nacionales decididos a combatir el desempleo y grupos de huelguistas que sí tenían un puesto de trabajo se manifestaron en Lyon. La mayoría lo hacían para solidarizarse con el nuevo régimen, y aprovechaban la ocasión para plantear una serie de peticiones concretas. Sus reivindicaciones giraban alrededor de aspectos programáticos, identitarios y de posición, e insistían en que tanto los participantes como la gente a la que representaban tenían derecho a hacerse oír.

No obstante, las marchas callejeras populares y las asambleas cesaron poco después, yugulados por la represión; durante quince años, las manifestaciones desaparecieron del mapa. En los últimos

años del II Imperio de Luis Napoleón, una época de rápida industrialización en Francia, el régimen relajó un tanto la presión que ejercía sobre las organizaciones obreras y sus acciones. En 1864, el imperio aprobó el derecho a la huelga, aunque con limitaciones. En 1868, se legalizó el derecho de los obreros a celebrar reuniones públicas sin necesidad de autorización previa por parte del gobierno. Ese mismo año, algo más tarde, un edicto imperial autorizó la creación de sindicatos, con la condición de que las autoridades aprobaran sus estatutos, los sindicatos entregaran a las autoridades las actas de sus reuniones y permitieran la asistencia de observadores de la policía.

Respaldados por una legalidad parcial, los obreros de Lyon volvieron a manifestarse asiduamente durante 1870, el año de la crisis del II Imperio. Tal y como informó el 30 de abril el agente de policía al frente de la comisaría del Jardín Botánico:

> Anoche, un grupo de unas doscientas personas llegó a mi barrio desde Croix-Rousse, encabezados por un improvisado maestro de ceremonias que portaba una duela y detrás del cual iban cuatro personas con antorchas en la mano y un chico de dieciséis años con una bandera roja... Dos tercios de todos esos individuos, cuyas edades parecían estar comprendidas entre los catorce y los veinticinco años, llevaban también duelas. Cantaron *La Marsellesa*, la canción de los girondinos y «¡Abajo el Emperador! ¡Larga vida a la República!» al son de *Los Lampiones*. A cada lado de la calzada, unas treinta personas de entre treinta y cuarenta y cinco años de edad seguían a aquella banda; parecían ser obreros encargados de la seguridad. (Robert, 1996, pp. 168-169; el lampión, en sentido literal una antorcha, procede del nombre de una antigua canción revolucionaria que constaba de tres golpes por cada nota.)

Entre esa fecha y la nueva revolución que estalló el 4 de septiembre de 1870, las autoridades y los manifestantes jugaron en Lyon al gato y al ratón.

Desde septiembre hasta la primavera, en el ayuntamiento de Lyon ondeó una bandera roja revolucionaria. La ciudad promulgó una versión sui generis de la comuna radical y autónoma que fue brutalmente aplastada por las fuerzas gubernamentales en abril de 1871 (Aminzade, 1993; Gaillard, 1971; Greenberg, 1971). Durante ese nuevo intervalo revolucionario las manifestaciones reaparecieron, aunque a un ritmo menor que en 1848. Sin embargo, en cuanto las autoridades de la III República restauraron el orden jerárquico, las manifestaciones que durante más de dos décadas se celebraron en Lyon consistieron principalmente en adaptaciones de ese formato convocadas coincidiendo con otro tipo de acontecimientos: funerales anticlericales, conmemoraciones locales de la toma de la Bastilla, ceremonias oficiales, procesiones religiosas y visitas de las delegaciones obreras a las autoridades municipales o estatales. La legalización de los sindicatos (1884) apenas varió la situación. Las manifestaciones no volverían a cobrar importancia en la vida pública de Lyon hasta el auge de las asociaciones de voluntarios, a finales de los años ochenta del siglo XIX.

Como sucediera en tantos otros lugares de Francia (Tilly, 1986, pp. 313-319), el 1 de mayo de 1890 inauguró una gran serie de manifestaciones obreras de carácter anual en Lyon; en aquella primera gran demostración internacional de solidaridad obrera participaron alrededor de quince mil trabajadores (Robert, 1996: 270). Durante las siguientes dos décadas, Lyon fue el escenario de manifestaciones de muchos otros grupos, además de los obreros: católicos, anticatólicos y antisemitas, entre muchos otros, coordinados con los movimientos sociales nacionales y con una frecuencia cada vez más parecida a la de estos. Tal y como explica Robert, en la primera guerra mundial, «la manifestación se había convertido en una forma normal de vida política urbana, así como en un elemento importante de la vida política en su sentido más amplio; a pesar de que la organización de una marcha dependía de la obtención de un permiso oficial, por aquel entonces las autoridades sabían que sería mu-

cho más peligroso prohibirla que autorizarla y que, a menos que sucediera un accidente, transcurriría pacíficamente» (Robert 1996, p. 373). Robert opta, en su conclusión, por poner en entredicho mi datación de los cambios en el repertorio que se produjeron en Francia. Aun así, coincidimos: con la revolución de 1848, muchas de las antiguas formas de reivindicaciones públicas comenzaron a perder fuerza a gran velocidad en todo el país toda vez que, durante un período extraordinario de un año aproximadamente, la manifestación se convirtió en el mecanismo más habitual para apoyar programas, proyectar identidades y reivindicar posiciones políticas en Francia.

Después de la revolución de 1848, habría de pasar otro medio siglo de alternancia entre regímenes relativamente represivos y regímenes relativamente permisivos hasta que la manifestación adquirió la popularidad que conservaría hasta la conquista alemana de 1940, y un estatus que recuperaría con más fuerza si cabe tras la Liberación, en 1944-1945 (Duyvendak, 1994; Fillieule, 1997a; Tartakowsky, 1997; Tilly, 2003, pp. 207-213). Sin embargo, lo mismo podríamos decir de otros elementos de los movimientos sociales: la creación de coaliciones y asociaciones con un fin específico, la organización de reuniones para plantear una serie de reivindicaciones públicas, la multiplicación de las demostraciones de WUNC o la inclusión de estos y otros elementos en campañas públicas prolongadas. Con todos estos datos, podemos situar la consolidación en Francia de los movimientos sociales como forma de política popular ampliamente difundida alrededor de las últimas décadas del siglo XIX.

Reuniones y manifestaciones en Bélgica

¿Qué sucedió en Bélgica, el vecino de Francia? La historiadora belga Gita Deneckere ha recopilado un catálogo de «acciones colectivas» en Amberes, Bruselas, Gante y Lieja que van desde el año

1831 hasta 1918 a partir de los materiales encontrados en una gran cantidad de archivos, publicaciones oficiales, periódicos y obras históricas. Su relación incluye 440 situaciones en las que la gente se reunió y planteó exigencias colectivas «en la esfera socioeconómica del conflicto», es decir, y en sentido general, acciones de obreros y acciones relacionadas con el trabajo (Deneckere, 1997, p. 10). En realidad, el relato de Deneckere trasciende esa definición, pues incluye episodios como la resistencia patriótica a la creación de un Gran Ducado de Luxemburgo autónomo dentro del acuerdo de independencia de Bélgica de 1838-1839 (Deneckere, 1997, pp. 66-68).

El principio a partir del que Deneckere ha hecho su selección sigue excluyendo la violencia generalizada que estalló a raíz de la separación entre Iglesia y Estado decretada por Holanda en 1834, coincidiendo con los primeros indicios de ruptura en la incómoda unión entre norte y sur. Del mismo modo, también omite todas las disputas sobre las relaciones entre Iglesia y Estado que se produjeron entre 1879 y 1884. Asimismo, la cronología de acciones colectivas de Deneckere apenas se hace eco del agrio enfrentamiento entre francoparlantes y hablantes de neerlandés por los derechos lingüísticos y el poder político (Carter, 2003; Zolberg, 1978). Con todo, dentro del ámbito escogido por Deneckere, las pruebas que aporta demuestran un fuerte aumento de las actuaciones vinculadas al repertorio del movimiento social.

Las pruebas de Deneckere ponen de manifiesto unas variaciones significativas en las formas belgas de contención entre 1830 y 1900. Antes de las movilizaciones semirevolucionarias de 1847-1848, los sucesos contenciosos a los que se refiere Deneckere son asambleas de trabajadores y marchas para presentar peticiones, ataques contra los bienes o los empleados de los comerciantes de comida que vendían sus productos a unos precios elevados o interrupciones del trabajo por parte de grupos de personas que se presentaban en diferentes talleres de un mismo gremio. A principios del siglo XIX, apenas hubo iniciativas conjuntas entre los demócratas más fervientes y los

obreros. Tal y como explica Deneckere, «antes de 1848, la idea de un nuevo repertorio de acciones colectivas apenas caló entre los trabajadores. Los esfuerzos concertados [de los radicales] para crear un movimiento obrero que coincidiera con la estructura del joven estado belga fueron infructuosos. La respuesta de los obreros a los demócratas radicales fue escasa o nula. En ningún lugar del país los auténticos líderes obreros rompieron con las estructuras organizativas que ya estaban en pie» (Deneckere, 1997, p. 68). Las más de las veces, los obreros apostaban en sus acciones por las concentraciones: un pequeño grupo de instigadores de un sector de actividad local iban de taller en taller pidiendo a otros oficiales que abandonaran su puesto de trabajo para unirse a una multitud que no dejaba de crecer. Una vez concluida la ronda, los participantes se congregaban en un lugar seguro (a menudo, un campo en los límites de la ciudad), daban rienda suelta a sus quejas, formulaban sus exigencias y las presentaban a los maestros de su sector (a menudo, en una reunión a la que asistían delegaciones de ambos bandos), y no volvían a su puesto de trabajo hasta que los maestros daban una respuesta satisfactoria o los obligaban a regresar. Antes de 1848, apenas se observa el recurso al repertorio del movimiento social.

Inmediatamente después del estallido de la revolución de 1848 en Francia, los republicanos y los radicales belgas empezaron a hacer llamamientos a favor de una revolución fraternal en su país. El gobierno, sin embargo, reaccionó con rapidez y, entre otras medidas, expulsó del país a Karl Marx el 4 de marzo. En el momento de la salida apresurada de Marx, el gobierno belga, dominado por los liberales, ya había tomado medidas para impedir la movilización revolucionaria en Bélgica. La más importante fue rebajar los requisitos económicos para ejercer el voto y para ocupar un cargo público, doblando así prácticamente el número de electores en Bélgica. El gobierno también se benefició de la división entre francoparlantes y hablantes de neerlandés, pues el número de francófonos republicanos y partidarios del modelo francés era desmesuradamente alto, un

detalle que suscitaba las dudas sobre los programas democráticos de los flamencos, siempre recelosos de cualquier trama que pretendiera incorporar Bélgica a Francia (Dumont, 2002, capítulo 3).

Entre las reformas políticas de 1848 y los años noventa del siglo XIX, el cariz de la contención belga, según se desprende del catálogo de Deneckere, varió sustancialmente. Las concentraciones, por ejemplo, prácticamente desaparecieron al tiempo que las manifestaciones y las huelgas en las grandes empresas se fueron haciendo más habituales e importantes. En los años noventa, las huelgas generales coordinadas se erigieron, tanto a escala nacional como regional, en la principal forma de acción contenciosa. La relación de Deneckere también pone sobre el tapete un cambio significativo que se produjo durante las últimas décadas del siglo XIX y que hizo de la manifestación el foro de las reivindicaciones. La relación aproximada de reuniones públicas, manifestaciones y peticiones que tuvieron lugar en Bélgica, divididas por décadas, y que encontramos en el catálogo de Deneckere permite hacerse una idea del alcance de este cambio. La tabla 3.1 recoge dicha relación.

Las organizaciones obreras estaban detrás de muchas de esas reuniones, manifestaciones y peticiones. Las delegaciones que trasladaban las peticiones desaparecieron poco después como vehículo para dar a conocer las reivindicaciones y cedieron su lugar a reunio-

TABLA 3.1. Reuniones, manifestaciones y peticiones en Bélgica, 1831-1900

Década	*Reuniones*	*Manifestaciones*	*Peticiones*
1831-1840	4	2	7
1841-1850	0	1	3
1851-1860	2	0	0
1861-1870	1	3	0
1871-1880	1	11	0
1881-1890	0	59	0
1981-1900	2	57	0

Recopilado en Deneckere, 1997, pp. 403-411.

nes organizadas de manera autónoma y, sobre todo, a las manifestaciones. (El descenso de las reuniones públicas es fruto, en parte, de un espejismo: en Bélgica, las manifestaciones solían empezar, o incluían, con una reunión pública; sin embargo, esta tabla acepta la distinción que hace Deneckere entre reuniones y manifestaciones.) Los obreros organizados fueron relacionándose cada vez más con el extranjero: la primera noticia que tenemos de la participación de la Asociación Internacional de Trabajadores se remonta a una manifestación en Gante en 1876.

Muchas de las manifestaciones posteriores coincidieron con los intentos por organizar huelgas generales. Tal y como comenta Deneckere, los obreros y los líderes socialistas querían que las huelgas generales fueran multitudinarias, respondieran a un formato tradicional, estuvieran coordinadas con episodios similares en otras poblaciones y se dirigieran contra los gobernantes nacionales. En lugar de representar a una localidad o a una profesión determinada, los participantes solían presentarse como socialistas u obreros. El proletariado belga comenzó a plantear reivindicaciones programáticas nacionales en nombre del movimiento socialista, reivindicaciones identitarias como si de un grupo cohesionado de trabajadores se tratara y reivindicaciones sobre su posición insistiendo en que habían sido injustamente excluidos del poder. Estas nuevas acciones supusieron un cambio significativo en términos de repertorio. Para unas mentes tan despiertas como las nuestras, son la prueba de que los movimientos sociales aparecieron en la política popular belga entre 1848 y 1900.

Deneckere ve una interdependencia cada vez mayor entre la contienda popular y la política nacional. En los años noventa del siglo XIX

> la correspondencia entre las sucesivas acciones multitudinarias de los socialistas y el paso al frente que dio el parlamento en favor del sufragio universal es demasiado sorprendente para que se nos pase por alto la existencia de una conexión causal. Basándonos en la

> correspondencia editada y en la inédita entre los miembros del círculo de poder, podemos concluir que la huelga general tuvo un impacto real, de hecho mucho más importante que el que en su momento le atribuyeron los socialistas. Una y otra vez, las protestas de los obreros socialistas enfrentaban a quienes ostentaban el poder con una amenaza revolucionaria que sentó las bases para una expansión súbita de la democracia. (Deneckere, 1997, p. 384.)

Así, en Bélgica, como en Francia, la política callejera y la política parlamentaria acabaron dependiendo mutuamente. Los movimientos sociales fueron uno de los elementos importantes en esta conexión.

La historia de las manifestaciones en Francia y Bélgica, por lo tanto, sirve para trazar la institucionalización en sentido amplio de los movimientos sociales en la política pública francesa y belga. Este fenómeno se da claramente, a lo largo del siglo XIX, en otros países occidentales embarcados en la vía democrática, así como en algunas de sus colonias. Gran Bretaña, que en el siglo XVIII había tomado la delantera, institucionalizó las manifestaciones y demás actuaciones del movimiento social mucho antes que Francia y Bélgica (Prothero, 1997, pp. 202-229). A principios del siglo XIX, las festividades públicas, los funerales y demás reuniones autorizadas que, hasta bien entrado ese siglo, siguieron atrayendo a los detractores de la clase política y a los reivindicadores en Francia y Bélgica, perdieron buena parte de su atractivo para los reivindicadores británicos, norteamericanos y canadienses. Las elecciones eran, sin embargo, harina de otro costal: gracias al aumento en el número de electores y al mayor número de exigencias que planteaban los ciudadanos que no tenían derecho de voto, tanto las campañas electorales como las sesiones parlamentarias se convirtieron en escenario de reivindicaciones. En Gran Bretaña, por su parte, los movimientos sociales a menudo daban a conocer sus reivindicaciones por medio de carteles frente al Parlamento. La parlamenta-

rización fomentó los movimientos sociales (Tilly, 1997; Tilly y Wood, 2003).

No hay mejor ejemplo de los orígenes históricos de las actuaciones concretas de los movimientos sociales que las manifestaciones. A pesar de su generalización posterior y de su difusión entre un amplio espectro de situaciones, cuestiones y reivindicadores, las manifestaciones adoptaron una u otra forma en función de su lugar de origen. Las condiciones iniciales aportaron a las manifestaciones tres rasgos: modelos de interacción, precedentes legales en términos de reunión y movimiento y representaciones de las relaciones entre los manifestantes y otros actores políticos, incluidas las autoridades y los objetos de las reivindicaciones. Ya hemos visto cómo, en Gran Bretaña, la manifestación tomó su forma, sus precedentes legales y sus representaciones de las delegaciones, las peticiones, las festividades públicas, los desfiles de los artesanos, las asambleas electorales y las reuniones autorizadas. También los desfiles militares proporcionaron algunos de esos modelos, e incluso precedentes legales.

Mientras que las milicias ciudadanas conservaron su estatus legal hasta el siglo XVIII —así sucedió, por ejemplo, en Holanda, pero no en Francia—, los desfiles de las milicias armadas no sólo brindaron un modelo, sino también un (arriesgado) precedente legal. En países católicos como Francia o España, las procesiones religiosas dejaron su impronta: eran una ocasión para dar rienda suelta a unos sentimientos que las autoridades apenas podían contener y una oportunidad inmejorable para las demostraciones de WUNC. En Irlanda, durante el siglo XIX, las manifestaciones se inspiraron en más de un siglo de procesiones religiosas, excursiones de órdenes fraternales, fiestas gremiales y marchas de las milicias; estos referentes del pasado siguen proyectándose en las manifestaciones que tienen lugar en Irlanda en pleno siglo XXI (Bryan, 2000; Kinealy, 2003; Tilly, 2003, pp. 111-127). Sí, en comparación con el alquitranado, el emplumado o los cuarenta y cinco brindis, la manifestación calleje-

ra posee unas cualidades modulares que facilitan su difusión en el universo de los movimientos sociales. No obstante, estas cualidades no lo aíslan de la historia.

Otro tanto podemos decir del resto de actuaciones del movimiento social: la creación de asociaciones con un fin específico y de coaliciones, las reuniones públicas, las procesiones solemnes, las vísperas, los mítines, las campañas a favor de una petición, las declaraciones a los medios y en los medios y la propaganda. Aunque acabaron coincidiendo en un repertorio ampliamente popular que distinguía a los movimientos sociales de otras formas de política, cada una de estas actuaciones posee una historia con su propio significado y sus prácticas, fija los límites entre qué usos son admisibles y cuáles inadmisibles, varía ligeramente entre un escenario y otro y provoca una serie de cambios internos dentro de la misma actuación.

Tomemos un ejemplo discreto pero significativo sacado de los informes sobre las manifestaciones que ya hemos examinado. Durante las primeras manifestaciones a las que alude Robert en el caso de Lyon se recurrió a símbolos llamativos, como la Gorra de la Libertad, se representaron escenas de una cierta importancia política y se entonaron canciones emotivas, pero la presencia de material impreso durante las mismas fue escasa o nula. Hacia el final de ese mismo siglo, los manifestantes franceses marchaban, por lo general, detrás de carteles y pancartas en las que se leían eslóganes y que identificaban con palabras, en lugar de hacerlo con imágenes, a qué sectores de la sociedad representaban. Detrás de ese cambio no sólo está el progreso en la alfabetización del pueblo, sino también que las restricciones legales sobre la libertad de expresión se habían relajado. Estos cambios en el contexto político y social también influyeron en la actividad de las asociaciones con un fin específico, al acceso a los medios de comunicación y en toda la panoplia de actuaciones del movimiento social.

Los cartistas

Para ver más claramente lo sucedido en cuanto los movimientos sociales se institucionalizaron, regresemos por un momento a Gran Bretaña —o, mejor dicho, al Reino Unido, pues en 1801 Irlanda se incorporó a Inglaterra, Gales y Escocia. Después de que las luchas de los años veinte y de principios de los años treinta del siglo XIX hubieran consolidado a los movimientos sociales en el mapa político, el Reino Unido, Irlanda incluida, se erigió en uno de los principales creadores de movimientos sociales. Como ya hemos visto, el movimiento contra la esclavitud continuó hasta lograr, en 1833, su abolición. Los movimientos sociales ayudaron a que los disidentes protestantes obtuvieran derechos políticos en 1828 y los católicos, en 1829. Durante los tres años siguientes, abundaron las movilizaciones de los movimientos sociales en nombre de la reforma parlamentaria, que culminaron con la Ley de Reforma de 1832 (Tilly, 1995, pp. 284-339). La ley no concedía el derecho de voto a los muchos obreros que secundaron la movilización, pero aun así aumentó el número de comerciantes y de maestros con derecho a voto al tiempo que acercaba al sistema a una representación proporcional al número de electores. También los obreros organizados recurrieron con más frecuencia a las herramientas del movimiento social —campañas, repertorio y WUNC— para exigir que se les desagraviara y se equipararan sus derechos.

Los trabajadores y sus aliados radicales se quejaban amarga, públicamente y con razón de que aquella burguesía que había obtenido el derecho de voto los había vendido al aceptar la Ley de Reforma de 1832. La legislación excluía explícitamente a los trabajadores asalariados y, además, establecía unos requisitos en términos de propiedades en aquellos distritos parlamentarios que, al menos hasta la fecha, habían permitido votar a algunos trabajadores con una situación próspera. También alzaron su voz cuando el Parlamento sancionó, poco después de constituirse, un giro liberal en la política

económica al aprobar una Nueva Ley de Pobres (1834) que autorizaba a las parroquias a colaborar en los Sindicatos de la Ley de Pobres. Estos sindicatos acabaron con las ayudas que prestaban a los trabajadores sanos, optaban por enviarlos a diferentes talleres cuando no encontraban un trabajo adecuado y endurecieron las condiciones dentro de los talleres. Ambas cuestiones dieron lugar a diferentes movimientos sociales a finales de los años treinta del siglo XIX, pero acabaron engullidas por el sensacional movimiento de masas conocido como cartismo.

Publicada en mayo de 1838, la Carta del Pueblo fue fruto de la negociación y el compromiso entre líderes radicales y reformistas. Quedaron fuera, por ejemplo, las reivindicaciones de los radicales de conceder el derecho de voto a las mujeres y limitar la jornada laboral a diez horas. También omitió una de las exigencias más populares entre los reformistas liberales: la abolición de las Leyes sobre el Maíz que, hasta 1846, habían brindado a los productores de cereales británicos una protección a partir de una escala fluctuante contra las importaciones que competían con sus productos, aumentando de este modo el precio del pan. La carta adoptó una forma previsible: una petición que se iniciaba con la fórmula: «Ante los Honorables Comunes del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda reunidos en sede parlamentaria, los abajo firmantes, sus sufrientes conciudadanos, muestran humildemente esta Petición». Después de un prefacio en el que exageraban la miseria en la que vivían los trabajadores en una época de abundancia y de criticar abiertamente la Ley de Reforma de 1832, la carta pasaba a exponer las siguientes reivindicaciones:

1. Sufragio universal [es decir, masculino].
2. Votaciones secretas [en lugar de ser de viva voz] en las elecciones parlamentarias.
3. Parlamentos anuales.
4. Dietas para los parlamentarios.

5. Abolición de la necesidad de tener tierras para aspirar a ingresar en el Parlamento.
6. Distritos electorales de igual tamaño en todo el país. (Black, 1969, pp. 127-131.)

La propuesta nació en la Asociación de Proletarios Londinenses, de talante reformista y formada en 1836, pero no tardó en ganar adeptos entre los miembros de un asombroso abanico de grupos reformistas, radicales y asociaciones con un fin específico a lo largo y ancho del Reino Unido.

Muchas de las asociaciones obreras existentes se sumaron al movimiento. En Manchester apareció, en 1840, la Asociación Nacional de la Carta (NCA), que poco después contaba ya con cuatrocientas filiales, muchas de ellas colectivos obreros locales activos en el pasado. La NCA «organizó una petición de firmas en 1841, secundada por dos millones de personas para reclamar la puesta en libertad de los prisioneros cartistas y reunió, en 1842, tres millones de firmas en una segunda petición a favor de la Carta» (Prothero, 1997, p. 222). Los líderes cartistas tildaban a menudo sus actividades de «movimiento». Asimismo, recurrieron deliberadamente a una serie de símbolos reconocibles: en la manifestación cartista celebrada en Londres en 1842, por ejemplo, la policía arrestó a dos hombres que llevaban una gran bandera británica y «un pequeño pedazo de seda azul y blanco, en el que habían impreso las palabras «Reforma en la Iglesia y en el Estado», rematado por una Gorra de la Libertad de color carmesí» (Goodway, 1982, p. 108).

Entre 1839 y 1848, los cartistas celebraron, con una periodicidad prácticamente anual, Convenciones Generales de las Clases Trabajadoras. Aunque las convenciones eran el resultado de los veinte años de iniciativas radicales para crear un Parlamento en la sombra con el fin de subrayar la debilidad de aquel órgano, la celebración de unas elecciones para una gran asamblea nacional habría supuesto un desafío frontal al rol legal del Parlamento como repre-

sentante de la nación. Para evitar que les cayera encima el peso de la ley, las reuniones nacionales congregaban por lo general a un número reducido de delegados. Sin embargo, estos delegados habían sido elegidos en las votaciones celebradas de viva voz durante las multitudinarias reuniones organizadas en diferentes localidades de todo el país. Asimismo, coincidiendo con esas convenciones se organizaban manifestaciones masivas y un sinfín de concentraciones públicas.

En Nottingham, por ejemplo, los organizadores intentaron atraer a los tenderos a la concentración multitudinaria que había de servir para preparar la convención de 1839 repartiendo entre ellos unas octavillas que rezaban que «ni mucho menos creemos que los tenderos sean un sector inútil de la sociedad, y sus intereses y los nuestros son los mismos: a menos que las clases trabajadoras reciban un salario digno por su trabajo, los tenderos no podrán existir como un cuerpo respetable, sino que compartirán el mismo destino que las clases trabajadoras. Por lo tanto, os invitamos, compatriotas, a que nos ayudéis en esta lucha justa... dad un paso al frente para respaldar a los delegados del Pueblo. Que las clases trabajadoras formen una falange que no pueda doblegar el Despotismo» (Church, 1966, p. 131). Fijémonos en este intento por proyectar WUNC: valor, unidad, número y compromiso. Los cartistas combinaban aquí unas reivindicaciones programáticas centradas en la propia Carta con reivindicaciones identitarias en tanto que sectores valiosos e interrelacionados de las clases trabajadoras y con reivindicaciones sobre su posición, pues protestaban por haber sido excluidos del poder político.

Quede claro que no toda la actividad de los cartistas fueron demostraciones pacíficas de WUNC; también encontramos tanto reuniones pacíficas como ataques contra los enemigos del movimiento. (De hecho, los historiadores a menudo diferencian por esos mismos motivos entre dos grupos de cartistas: los representantes de la «fuerza moral» y los de la «fuerza física».) En el seno del movimiento cartis-

ta se produjeron, sin éxito, varios intentos de insurrección, reprimidos de inmediato y brutalmente perseguidos. Coincidiendo con la revolución francesa de 1848, en muchas manifestaciones cartistas se pudieron ver banderas tricolores francesas y se escucharon consignas a favor del cambio revolucionario. El poeta, abogado y cartista Ernest Jones declaró en 1848: «Creo que estamos a las puertas de conseguir nuestros derechos. Un paso más, aunque haya que darlo con un tacón de hierro, y serán nuestros. Creo sinceramente que el pueblo está preparado para reivindicar la Carta. Y yo digo: hagámoslo... Y que Dios defienda ese derecho. Respetaremos la ley si los legisladores nos respetan. Si no, ¡Francia es hoy una República!» (Ward, 1973, p. 200). Como en tantos otros movimientos sociales multitudinarios de finales del siglo XIX, el cartismo no era un movimiento homogéneo en cuanto a sus exigencias locales y a sus estrategias. Aun así, seguía girando alrededor del papel preponderante que se concedía a la reivindicación para equiparar los derechos políticos en todo el Reino Unido.

Después del último gran brote de 1848, el cartismo se desintegró en tanto que movimiento nacional. Algunos activistas se pasaron al movimiento contra el consumo de alcohol, a las cooperativas y a programas para la mejora local, mientras que otros ingresaron en movimientos a favor de la reforma de la educación, la agraria o la de la propiedad. Sólo una minoría permaneció en las asociaciones cartistas locales o regionales (Price, 1986, pp. 56-67). En su conjunto, el programa formal del cartismo no pasó a formar parte del derecho británico hasta el siglo XX, pero sus reivindicaciones más populistas no prosperaron (Thompson, 1984, pp. 335-337). No obstante, el movimiento cartista fue un semillero y un modelo para las grandes movilizaciones populares del siglo XIX. Las reivindicaciones posteriores para ampliar el derecho de voto, a favor del sufragio femenino, de la separación entre Estado e Iglesia Anglicana y del autogobierno en Irlanda siguieron algunas de las líneas marcadas por el cartismo.

UN VISTAZO A LA SITUACIÓN EN ESTADOS UNIDOS DURANTE EL SIGLO XIX

¿Qué sucedió en los movimientos sociales norteamericanos durante el siglo XIX? En un estudio único sobre los movimientos sociales norteamericanos entre 1800 y 1945, William Gamson inventó una curiosa manera de catalogar un mundo tan difícil de categorizar como el de las campañas, las actuaciones de los movimientos sociales y las demostraciones de WUNC. Junto con su equipo de investigación, repasaron 75 obras históricas de referencia, señalando el nombre de cualquier organización ahí citada que hubiera participado en una gran variedad de movimientos sociales o actividades de protesta. De esa lista de casi 4.500 organizaciones, tomaron una muestra aleatoria que representaba el 11 por ciento del total —467 organizaciones—, antes de escoger 53. El examen atento de las mismas reveló que (1) pretendían movilizar a un sector de la población que no había sido movilizado y que (2) presentaron sus reivindicaciones a un antagonista ajeno a ese grupo. De esas 53, las 27 organizaciones que aparecen en la tabla 3.2 comenzaron su actividad antes de 1900, y nos permiten esbozar un calendario aproximado de los inicios del movimiento social en Estados Unidos en el siglo XIX.

Como ya he comentado anteriormente, las organizaciones del movimiento social (SMO) y los movimientos sociales no son ni mucho menos la misma cosa; los movimientos no son organizaciones, sino campañas interactivas. En ocasiones, las SMO sobreviven a las campañas, y en las campañas casi siempre participan varias organizaciones, coaliciones cambiantes y redes informales anónimas. El cartismo británico nos muestra que un buen número de los sectores de la población que ya se habían movilizado en el pasado (y que el sistema de Gamson obvia a menos que surgiera una nueva organización para movilizarlos) se unieron en un vasto movimiento social. Tal y como sucede con el estudio por sí solo de las manifestaciones, la relación de organizaciones de Gamson se fija única-

TABLA 3.2. Lista de los grupos contenciosos del siglo XIX y de sus reivindicaciones programáticas según William Gamson

Año(s)	*Grupo*	*Reivindicaciones programáticas*
1816-1834	Sociedad para la manumisión de Carolina del Norte	Promoción de la manumisión voluntaria de los esclavos
1825-1830	Sociedad para la disciplina penitenciaria	Reforma penitenciaria
1831-1833	Sociedad para la promoción del trabajo manual en las instituciones literarias	Forma física
1832-1840	Sociedad nacional femenina contra la esclavitud	Abolición de la esclavitud
1833-1836	Sociedad sindical de oficiales de sastrería	Prestaciones profesionales
1833-1840	Sociedad americana contra la esclavitud	Abolición de la esclavitud
1843-1847	Partido republicano americano (Partido americano supremacista)	Protestantes anticatólicos
1858-1873	Hijos de Vulcano unidos	Prestaciones para los trabajadores del metal
1865-1872	Grandes ligas a favor de las ocho horas	Legislación para aprobar la jornada laboral de ocho horas
1869-1872	Liga americana del libre comercio	Revocación de los aranceles
1869-1876	Asociación internacional de trabajadores (Primera Internacional)	Política socialista
1880-1887	Clubes sociales revolucionarios (anarco-comunistas)	Reorganización económica
1880-1905	Liga de conductores americanos	Eliminación de las restricciones viarias sobre las bicicletas
1881-1912	Hermandad de carpinteros y carpinteros de obra unidos de América	Prestaciones profesionales
1881-1935	Federación obrera norteamericana	Apoyo político y legal para el movimiento obrero
1882	Liga de la liberación	Oposición a la mano de obra china

Año(s)	*Grupo*	*Reivindicaciones programáticas*
1885-1891	Hermandad nacional de jugadores de béisbol	Prestaciones profesionales
1885-1934	Orden de conductores de tren	Prestaciones profesionales
1886-1888	Partido americano	Contra la inmigración
1887	Partido obrero progresista	Candidatos políticos socialistas
1888-1910	Industriales judíos unidos	Prestaciones para los trabajadores judíos inmigrantes
1888-1935	Asociación internacional de maquinistas	Prestaciones profesionales
1892-1915	Hermandad del Reino	Religión y condiciones sociales
1892-1921	Asociación mixta de trabajadores del tranvía y de los ferrocarriles eléctricos	Prestaciones profesionales
1892-1933	Asociación internacional de estibadores (este)	Prestaciones profesionales
1893-1932	Liga americana para la representación proporcional	Representación política proporcional en lugar de urbana
1896-1914	Hermandad de las comunidades cooperativas	Cooperativas y poder electoral

Fuente: Gamson, 1990, pp. 277-285.

mente en una cara determinada del rompecabezas de la actividad del movimiento social norteamericano.

Con todo, esa imagen nos permite advertir algunos momentos álgidos sorprendentes:

1. Se observa una aceleración considerable en la creación de movimientos sociales durante los últimos años del siglo XIX. Solamente siete organizaciones de las veintisiete del siglo XIX empezaron a trabajar antes de 1850, y la mayoría de ellas lo hicieron después de 1875.
2. El tipo de organizaciones que formaban el universo de los movimientos sociales sufrió una transformación profunda. Antes de 1850, se advierte la presencia de asociaciones tan predecibles como las contrarias a la esclavitud o las partida-

rias de la reforma social, pero solamente encontramos una asociación obrera (la Sociedad Sindical de los Oficiales de Sastrería) y un partido político incipiente (el Partido Republicano Norteamericano, de carácter supremacista). Superado el ecuador del siglo, los grupos que intentan organizar a la masa de trabajadores tanto por los beneficios profesionales que pueden obtener como a partir de un programa político genérico, desde la exclusión de los chinos hasta la revolución socialista, crecieron exponencialmente.

3. La mayoría de los grupos reivindicativos aspiraban a conseguir ventajas o protección para unos intereses determinados antes que a extender los derechos políticos al grueso de la población. Vistos desde el siglo XXI, algunos de ellos —especialmente, las movilizaciones supremacistas— parecen claramente reaccionarios (véanse Hoffmann, 2003; Kaufman, 2002; Skocpol, 1999, pp. 72-75).

A lo largo del siglo XIX, las reivindicaciones del movimiento social se popularizaron entre un porcentaje mucho mayor de los grupos de intereses norteamericanos. Casualmente, el procedimiento adoptado por Gamson a la hora de elegir su muestra obviaba al movimiento contra el consumo de alcohol y al sufragista, dos de las principales cuestiones abordadas en el siglo XIX por el movimiento social. También se deja en el tintero la mayoría de contramovimientos, como por ejemplo la masiva movilización anterior a la guerra civil *en contra* del abolicionismo (Grimsted, 1998; McKivigan y Harrold, 1999). No obstante, sí que se hace eco del movimiento cooperativo y del movimiento por la reforma municipal. El listado de Gamson muestra hasta qué punto la actividad del movimiento social se generalizó y se aceleró en Estados Unidos durante los últimos años del siglo XIX.

La historia de la política pública en Nueva York, San Francisco y Nueva Orleans durante el siglo XIX de Mary Ryan ilustra profusa-

mente, y por lo general confirma, la impresión de cambio que se desprendía del estudio de Gamson. A pesar de que concede más importancia a las divisiones étnicas y raciales, la lista de organizaciones decimonónicas de Ryan guarda un gran parecido con la de Gamson. Describe, por ejemplo, la actividad del Sindicato de Trabajadores Voluntarios de Nueva York como una suerte de sociedad de protección de los trabajadores irlandeses durante los años cuarenta del siglo XIX, sitúa la aparición de un Partido Norteamericano supremacista en Nueva Orleans en una fecha tan temprana como 1856 y la creación de un Comité de Comerciantes para el Desagravio de la Gente de Color en 1863, en respuesta a los disturbios que se produjeron en Nueva York con motivo de la leva, da 1865 como el año en que Nueva Orleans acogió la Convención de Hombres de Color de Louisiana, 1867 como el del desfile de los trabajadores de San Francisco agrupados en la Liga de las Ocho Horas y 1877 como el del éxito de la campaña de agitación contra los chinos por parte del Partido de los Trabajadores de California, amén de referirse a organizaciones segregadas por motivos raciales, étnicos o de trabajo, como la Antigua Orden de los Hibernianos o la Asociación de los Leales a Orange (Ryan, 1997, pp. 79, 82, 148-150, 173, 229, 262, 282, 290-291). Sin embargo, Ryan también señala 1863 como el año de ingreso en la política pública de la neoyorquina Liga Nacional de Mujeres Leales y de la Liga Nacional por la Igualdad de Derechos, con sede en Nueva Orleans (Ryan, 1997, pp. 179, 262). Las pruebas que aporta revelan una gran cantidad de reivindicaciones programáticas, un abanico espectacular de reivindicaciones identitarias y varias reivindicaciones sobre posición que se repiten una y otra vez —y entre ellas la exigencia de que otros actores políticos, o incluso todo el país, perdieran sus derechos políticos.

De nuevo trazando una analogía con las observaciones de Gamson, Ryan alude a la importancia cada vez mayor de las organizaciones obreras en la política pública de esas tres ciudades después de la guerra civil.

> En 1877, cuando las grandes huelgas de los ferrocarriles consumieron a pueblos y pequeñas ciudades, grupos de trabajadores tomaron las calles de las grandes ciudades por una causa común. Los trabajadores de la industria tabaquera anunciaron su militancia en las calles de Nueva Orleans y de Nueva York haciendo gala de una vehemencia y una solidaridad especiales. La prensa de Nueva Orleans comunicó que se habían reunido en Congo Square y que se oyeron discursos en castellano, francés e inglés. Otras interrupciones similares del trabajo en Nueva York se hicieron acreedoras de reacciones favorables en las aceras y en la prensa. A propósito del «Desfile callejero de los fabricantes de cigarros», el *Tribune* apuntó: «En los rostros de los fabricantes de cigarros en huelga se veía una sonrisa triunfal a medida que se congregaban ayer frente al Concordia Hall para participar en la marcha de la organización. Hombres, mujeres y niños acudieron por separado o en grupos desde los talleres, portando cada uno de ellos una bandera y una pancarta con diferentes lemas». Entre las banderas se veían los colores de Alemania, Bohemia y Austria y, al igual que los colectivos lingüísticos reunidos en Congo Square, daban cuenta de una nueva movilización dentro del público urbano: la de la «mano de obra» en galas multiétnicas. (Ryan, 1997, p. 256.)

Ryan resume la trayectoria global de la política urbana norteamericana durante el siglo XIX diciendo que estuvo a caballo «entre las diferencias y el dualismo, la representación y la burocracia, la ciudadanía y la base fiscal, las asociaciones y los movimientos sociales» (Ryan, 1997, p. 259). Conforme esta ocupación festiva del espacio urbano fue perdiendo fuerza en Estados Unidos, entraron en liza las reivindicaciones disciplinadas —y, las más de las veces, minoritarias— de los movimientos sociales. El auge del movimiento social, insinúa Ryan, aplacó la bravucona democracia callejera de principios del siglo XIX (véase Vernon, 1993, sobre Inglaterra en el siglo XIX).

MOVIMIENTOS SOCIALES: ¿DÓNDE, CUÁNDO Y POR QUÉ?

¿Qué añaden las experiencias decimonónicas que se vivieron en Francia, Bélgica, el Reino Unido y Estados Unidos a nuestros conocimientos sobre las condiciones y las causas de los movimientos sociales? Lo cierto es que bastante. En primer lugar, unas instantáneas tan sucintas como estas nos permiten apreciar hasta qué punto incluso las actividades más insignificantes del movimiento social decimonónico se inspiraban en la cultura local y regional: canciones, eslóganes, símbolos, vestuario e insignias, cuyo sentido se derivaba de prácticas y entidades del pasado. En cuanto a la convergencia que se produjo en esos cuatro países entre las asociaciones con un fin específico, las concentraciones públicas y las manifestaciones, se observan a lo largo del tiempo unas diferencias que enmarcan las campañas de reivindicaciones, las actuaciones del movimiento social y las demostraciones de WUNC en sus contextos inmediatos, lo que las hizo comprensibles para el público local. La modularidad no equivale a una uniformidad perfecta: vista desde un lado, una manifestación o una asociación con un fin específico conservaban unos rasgos culturales reconocibles a escala local, aun cuando, desde el otro lado, sus elementos característicos pudieran trasladarse fácilmente de un contexto a otro.

El cambio en los repertorios observado en los cuatro países tiene serias implicaciones en términos de la participación popular en la política pública. Los saqueos de casas, las ceremonias de humillación, los incendios provocados y los ataques directos contra los malhechores perdieron rápidamente fuerza conforme el pueblo apostó por otras maneras de plantear sus reivindicaciones y las autoridades endurecieron la represión sobre las viejas fórmulas. La eficacia absoluta de las estrategias del movimiento no explica ni mucho menos el cambio. Las acciones directas del viejo repertorio raras veces provocaban la adopción de reformas políticas a escala nacional, a pesar de que servían para zanjar las cuestiones de un

modo rápido y definitivo. El grueso de la población de Bélgica, Francia y las islas británicas se quedó sin algunas de sus herramientas de venganza, coerción, súplica y amenaza más apreciadas y que tan útiles habían demostrado ser.

Asimismo, varios sectores de la población que carecían de vínculos con emprendedores políticos y con asociaciones con un fin específico acabaron perdiendo en parte su capacidad para ejercer presión. Lógicamente, en esta exclusión se observan divisiones por cuestión de género, religión y etnia. Antes de la aparición del cartismo, por ejemplo, los jornaleros británicos habían podido ejercer, cuando menos esporádicamente, una cierta presión colectiva sobre los granjeros y sobre las autoridades locales a través de la humillación pública, los llamamientos a los patronos locales, la destrucción colectiva de la maquinaria agrícola y la interrupción coordinada del trabajo; en los años cuarenta del siglo XIX, sus herramientas se habían reducido a los incendios, los robos ocasionales y la caza clandestina de animales (Archer, 1990). Incluso el cartismo prefirió engrosar sus filas recurriendo a artesanos y a trabajadores cualificados antes que a obreros. Este cambio en el repertorio propició un descenso marcado de los asaltos contra personas y propiedades fruto de las reivindicaciones colectivas; la mayoría de las actuaciones públicas del movimiento social transcurrieron sin el menor atisbo de violencia. Asimismo, las refriegas que de vez en cuando se producían entre la policía y los manifestantes solían ocasionar muchos menos destrozos que las agresiones que se producían de acuerdo con el repertorio del pasado.

¿Por qué sucedió? En su conjunto, la parlamentarización parece haber sido un poderoso aliciente para la creación de movimientos sociales en los cuatro casos. Recordemos cuáles son los dos elementos principales de la parlamentarización: (1) un aumento del poder absoluto de las instituciones representativas en relación con actividades gubernamentales como los impuestos, la guerra, la oferta de servicios públicos y la creación de infraestructuras públicas;

(2) un aumento en el poder *relativo* de las instituciones representativas en comparación con los gobernantes hereditarios, los grandes patronos, los sacerdotes y los gobernantes a escala local.

En los cuatro casos, los parlamentos en cuestión se organizaron territorialmente, ocupando todo el espacio nacional. No todos los parlamentos actuaron así; en efecto, los Estados Generales, lo más parecido que tenía Francia a un parlamento nacional antes de la revolución de 1789, no representaba a las regiones francesas sino a los miembros nacionales de los tres estados: el clero, la nobleza y el pueblo llano. Las luchas revolucionarias de 1789 y 1790 transformaron los Estados Generales en un órgano geográficamente representativo (Lepetit, 1982, 1988; Margadant, 1992; Markoff, 1996a; Ozouf-Marignier, 1986; Schultz, 1982; Tilly, 1962; Woloch, 1994). En Francia, como en otros lugares, esta organización territorial mejoró la proximidad social y geográfica entre los gobernantes nacionales y sus circunscripciones. El aumento del impacto absoluto y relativo de las decisiones parlamentarias propició, por extensión, que los ciudadanos afectados centraran sus reivindicaciones en unos objetivos potencialmente mucho más accesibles: sus representantes regionales en el Parlamento.

La parlamentarización también provocó otros efectos políticos que, por lo general, favorecieron a las reivindicaciones del movimiento social:

- La pérdida de importancia política de las ya antiguas cadenas patrono-cliente como principal herramienta de política nacional.
- Un aumento considerable de las oportunidades para los emprendedores políticos que podían forjar alianzas temporales entre funcionarios públicos y diferentes grupos interconectados de ciudadanos agraviados.
- El auge de las reivindicaciones gubernamentales para tomar la palabra en nombre de un pueblo unido e interrelacionado.
- La celebración regular de audiencias semipúblicas de los ór-

ganos representativos que, a su vez, se convertían en foros geográficos y temporales para las reivindicaciones.

En el siglo XIX, las sesiones y las deliberaciones parlamentarias en el Reino Unido, Estados Unidos, Francia y Bélgica centraron la mayoría de campañas del movimiento social. Basta con recordar el vínculo que Deneckere establece entre las «acciones multitudinarias socialistas» y la decisión del parlamento belga de ampliar el sufragio a toda la población masculina en 1893.

Con todo, hay que señalar la existencia de unas diferencias significativas entre los regímenes políticos relativamente centralizados de Francia y Bélgica y las estructuras políticas más segmentadas del Reino Unido y, sobre todo, de Estados Unidos. Aunque los datos de que disponemos no nos permiten hacer comparaciones precisas, sí que podemos aventurar que, en los regímenes centralizados, el foco de atención del movimiento social parecía ser más el Estado nacional. Fijémonos en el caso de los trabajadores: aunque en Francia y Bélgica arremetían contra los patronos, sus reivindicaciones en materia de derechos, medidas políticas y reformas iban dirigidas contra las autoridades nacionales; el objeto de los diferentes intentos de la clase obrera belga por convocar una huelga general no eran los patronos, sino el Estado. En el Reino Unido, si bien el parlamento fue el destinatario de un buen número de las reivindicaciones del movimiento social, otro tanto podemos decir de las autoridades locales y regionales. En Estados Unidos, los responsables políticos de ciudades y estados centraron la mayoría de las reivindicaciones del movimiento social. Las estructuras políticas nacionales determinaban la actividad del movimiento social.

Asimismo, las formas de organización que ya existían sobre el terreno también influyeron en el devenir del movimiento social en los cuatro países. Organizaciones como la Liga de Conductores Norteamericanos o el Partido Norteamericano nacieron precisamente de estas reivindicaciones. No obstante, incluso aquellas organizaciones del

movimiento social que nacían durante las movilizaciones del movimiento social se inspiraban en las organizaciones que veían a su alrededor. Las congregaciones religiosas, las sociedades de ayuda mutua, las fraternidades y las asociaciones étnicas, por ejemplo, se erigen, una y otra vez, en el contexto a partir del que emergen otras coaliciones y asociaciones de carácter más generalista que encontramos en los movimientos sociales norteamericanos. Los enfrentamientos entre organizaciones católicas y sus opositores anticlericales tuvieron mucho más peso en Francia y Bélgica. Incluso ahí donde la colaboración estrecha y la emulación son algo transversal, con la aparición del movimiento social en otras regiones cabría esperar un grado de implantación similar de sus formas específicas de organización en un entorno local. Habida cuenta de que se trata de una forma compleja de interacción política, nada debería hacer pensar que el movimiento social, a diferencia de lo que sucede con los teléfonos móviles, las camisetas con eslóganes impresos o el término «OK», habría de propagarse conservando por doquier prácticamente la misma forma.

Derechos políticos

La influencia de los derechos políticos avalados por el Estado, o su ausencia, a la hora de explicar estas diferencias fue considerable. En las historias que hemos examinado, los derechos de reunión, asociación y expresión tuvieron una importancia especial (véase Anderson y Anderson, 1967, capítulos 6 y 7 para una explicación adecuada). Allá donde los regímenes lograron recortar seriamente estos derechos (como sucediera durante los primeros años del II Imperio francés), los movimientos sociales tendieron a perder fuerza. El derecho de reunión afectaba directamente a todas las grandes actuaciones del movimiento social y a las demostraciones de WUNC derivadas; a diferencia de las rutinas de los viejos repertorios fruto de encuentros habituales autorizados, como mercados o

fiestas patronales, las rutinas del movimiento social estaban íntimamente ligadas a las concentraciones.

El derecho de asociación se reveló como un elemento fundamental para las organizaciones con un fin específico y las coaliciones transversales de movimientos sociales; las organizaciones clandestinas y las redes informales podían coordinar algunas formas de reivindicación, pero el derecho de asociación facilitaba enormemente la movilización y la coordinación de las reivindicaciones públicas. También se multiplicaron el número de actores políticos amenazados por la negativa del régimen a conceder el derecho de asociación a cualquier grupo de interés concreto, aun cuando esos mismos actores fueran contrarios a dichos intereses; los promotores belgas del predominio francés o flamenco ahondaron en las formas de organización desplegadas por sus opositores.

Evidentemente, la libertad de expresión era de una importancia capital a la hora de dar a conocer en público las reivindicaciones del movimiento social en todas sus formas: reunión, manifestación, propaganda, mensajes en los medios de comunicación... De todos los casos examinados con anterioridad, el cartismo es el que nos proporciona los mejores ejemplos; las autoridades británicas vigilaron de cerca las actividades de los cartistas en busca de indicios de conspiración criminal o intento de rebelión para poder acusarlos, pero se vieron incapaces de limitar su expresión en público. En los años treinta del siglo XIX, los activistas populares del Reino Unido ejercían plenamente su derecho a criticar a sus gobernantes y a proponer una serie de transformaciones políticas radicales.

Esta manera de describir la situación implica, sin embargo, un escenario que no acaba de reflejar la realidad: en primer lugar, un régimen otorga una serie de derechos; a continuación, el pueblo se beneficia de esos derechos. De hecho, ya hemos visto cómo, a partir de John Wilkes, los activistas populares y los emprendedores políticos trabajaron para conseguir el derecho de reunión, de asociación y de expresión. Las más de las veces, lo hicieron llevando al

límite los derechos que ya existían en diversos pueblos, actividades, organizaciones o lugares. La victoria en los tribunales de Wilkes en 1768, que sentó un importantísimo precedente en el derecho británico en cuanto a la protección del discurso político, es un ejemplo inmejorable.

De un modo tal vez menos evidente pero mucho más decisivo, el trabajo cotidiano en el terreno de las reivindicaciones contenciosas permitió ampliar el alcance de los derechos ya existentes. Los ciudadanos que ya disfrutaban de unos derechos de reunión limitados en tanto que contribuyentes o como miembros de congregaciones religiosas se atrevían a utilizar las reuniones de contribuyentes o los servicios religiosos para formular y manifestar una serie de demandas compartidas. Las autoridades tenían más problemas a la hora de limitar el ejercicio por parte del pueblo de estos derechos allá donde las clases gobernantes recurrían a la libertad de reunión, asociación y expresión para intentar alcanzar sus metas colectivas —como, por ejemplo, en el Boston anterior a la revolución—. Esto era así, sobre todo, cuando los miembros disidentes de las elites buscaban el favor popular o se aliaban deliberadamente con los opositores al régimen.

El proceso de negociación se aceleraba considerablemente en los momentos de lucha política a escala nacional o de revoluciones. Este proceso podía nacer tanto desde la base como desde la cúpula. Cuando nace desde la base, el pueblo amplía su acceso a los derechos de reunión, asociación y expresión mientras que unas elites divididas se enfrentan entre sí y, en ocasiones, buscan el respaldo popular. Cuando se da en el sentido inverso, los reformistas y los revolucionarios se hacen con el control de los estados centrales y proclaman derechos bien por una cuestión de principios, bien como herramienta para consolidar su poder. Como ya hemos visto, en Lyon, durante la revolución francesa de 1848, la ampliación de derechos se dio en ambos sentidos; los obreros y demás reivindicadores lioneses se aprovecharon de las divisiones revolucionarias para

pasar de las sombras a la política pública, pero los revolucionarios que se hicieron con las riendas del Estado francés en febrero-marzo de 1848 también instauraron un programa legal que respaldaba la libertad de reunión, asociación y expresión. La intervención desde la cúpula propició un auge temporal de la actividad del movimiento social en Lyon y demás ciudades francesas. En 1870-1871, los radicales lioneses invirtieron el proceso: se hicieron con el poder a pesar de la oposición de las autoridades nacionales y, durante seis meses, proclamaron una comuna que otorgó a sus ciudadanos un mayor grado de libertad de reunión, asociación y expresión.

Uno de los principales alicientes para la aparición de movimientos sociales fue una de las innovaciones políticas que siempre promovieron las altas instancias: la instauración de unas elecciones cuyos resultados fueran vinculantes. Como tan a menudo sucede en la historia de Gran Bretaña y Estados Unidos, incluso con un electorado escaso y desigual, este tipo de elecciones sirvieron para promover la actividad del movimiento social. Las elecciones vinculantes espolearon las campañas, las actuaciones y las demostraciones de WUNC del movimiento social de diferentes maneras.

1. Más o menos tal y como sucedía con las fiestas oficiales, las más de las veces se celebraban asambleas públicas, durante las cuales las autoridades se las veían para excluir de las mismas a todas aquellas personas sin derecho de voto; así, estas asambleas se erigían en una ocasión inmejorable para plantear públicamente las reivindicaciones.
2. Brindaron un modelo de apoyo público a los programas de los rivales personificados en los candidatos en liza; en cuanto los gobiernos autorizaron el debate público de las principales cuestiones durante las campañas electorales, fue más y más difícil silenciar esos debates fuera de las campañas electorales.
3. Las elecciones magnificaron la importancia de los números; gracias a la celebración de elecciones, todo grupo que reci-

biera un apoyo disciplinado de un gran número de seguidores se convertía en un posible aliado o rival en las urnas.

4. Los candidatos solían tener otros intereses a la hora de exhibir el apoyo popular con el que contaban, incluido el respaldo que les brindaban aquellos que no tenían derecho de voto; estas manifestaciones reforzaban la imagen que ellos mismos proyectaban como representantes «del pueblo» en un sentido amplio y con un apoyo mucho mayor que sus rivales electorales (Morgan, 1988).
5. En tanto las circunscripciones electorales obedecían a cuestiones geográficas, tanto las campañas como las votaciones brindaban la oportunidad de introducir cuestiones locales o regionales en el debate público.
6. Las divisiones legales evidentes entre aquellos que tenían derecho de voto y quienes no lo tenían fomentó las reivindicaciones por parte de los excluidos de esos derechos, que no hacían sino subrayar, a su vez, esa exclusión.

En Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia y Bélgica, la institucionalización durante el siglo XIX de las elecciones nacionales fomentó la actividad del movimiento social. Asimismo, la ampliación del derecho de voto facilitó por partida doble el crecimiento del movimiento social: aquellos que tenían derecho de voto gozaban ahora de más derechos de participación política, mientras que quienes no disfrutaban de ese derecho tenían ahora más motivos para denunciar colectivamente su situación.

¿Equivalen los movimientos sociales a democratización?

¿Acaso significa todo esto que nos encontramos ante una gigantesca tautología, a saber que movimientos sociales equivale a democratización (Guigni, McAdam y Tilly, 1998; Ibarra, 2003;

Markoff, 1996b)? En efecto, en los casos históricos que hemos estudiado se observa una cierta afinidad general entre movimientos sociales y democratización. Sin embargo, lo cierto es que los movimientos sociales y la democratización siguen siendo fenómenos distintos, tanto desde un punto de vista lógico como empírico o causal. Lógicamente, la proliferación de movimientos sociales no implica un proceso de democratización, pues las campañas, las actuaciones y las demostraciones de WUNC de los movimientos sociales pueden darse, en principio, en nombre de la desigualdad y de la exclusión en lugar de en nombre de la igualdad y la inclusión; cabe la posibilidad (altamente lógica) de que existan movimientos que trabajen por la expulsión de las últimas oleadas de inmigrantes. Empíricamente, los movimientos antidemocráticos han sido un fenómeno que se ha dado en repetidas ocasiones; basta con recordar las movilizaciones supremacistas que aparecían en la relación que hizo de William Gamson de Estados Unidos durante el siglo XIX.

Causalmente, los movimientos sociales y la democratización también se encuentran en contextos de independencia parcial; en casos de conquista y de revolución, por ejemplo, los nuevos gobernantes a veces imponen de repente una serie de instituciones democráticas a pesar de que no ha existido una movilización previa del movimiento social a favor de la democracia; pensemos en los casos de Japón y Alemania después de la segunda guerra mundial. No existe una conexión necesaria entre los movimientos sociales y la democracia. Si alguna generalización podemos hacer a partir de las pruebas de que disponemos, es que existe más bien un camino opuesto: los movimientos sociales (democráticos o no) suelen llegar después de la democratización.

El estudio comparativo de Ruth Berins Collier sobre democratización en Europa Occidental y Sudamérica nos brinda una oportunidad para puntualizar un poco más todas estas aseveraciones (para la explicación y la crítica del análisis de Collier, véase Tilly, 2001a).

En un esfuerzo sistemático por detectar los efectos de la participación de la clase media y de la clase obrera en las transiciones democráticas, Collier compara diecisiete casos «históricos» de democratización, la mayoría del siglo XIX, con diez casos «recientes» que se produjeron entre 1974 y 1990. Para Collier, democratización supone (1) la instauración de un régimen constitucional liberal, (2) la celebración de elecciones a la manera clásica y (3) una asamblea legislativa independiente y elegida por el pueblo (Collier, 1999, p. 24). La tabla 3.3 muestra los casos históricos de su estudio, desde Suiza (1848) hasta España (con tres transiciones, todas ellas tarde o temprano derrocadas, entre 1868 y 1931). Para explicar la interrelación entre movimientos sociales y transiciones democráticas según Collier, tenemos que decidir en qué transiciones poner el acento, situar en el tiempo la disponibilidad de los movimientos sociales en la política popular y comparar ambos factores. Tal y como sugiere la historia de Francia, no siempre será fácil; las fechas que da Collier para las transiciones democráticas francesas, 1848 y 1875-1877, anteceden claramente la fecha de aparición de un movimiento social duradero, según se desprende de la historia de las manifestaciones; sin embargo, no cabe duda de que, en 1848, en Francia se multiplicaron temporalmente las asociaciones, las concentraciones, las manifestaciones y demás actuaciones del movimiento social.

Basándonos en las descripciones de Collier y en diferentes obras históricas, permítanme ofrecerles una tabla aproximada de los casos de Collier. La tabla distingue entre aquellos casos en los que la actividad del movimiento social proliferó claramente antes de la fecha de transición que da Collier y otros en los que la creación de unas instituciones democráticas precedió evidentemente al crecimiento extensivo de los movimientos sociales. La tabla 3.4 muestra el resultado final. España aparece en esta tabla en dos ocasiones —la democratización abortada de 1868 precedió cualquier movilización significativa del movimiento social, mientras que las nuevas transiciones de 1890 y 1931 llegaron después de que los movimien-

TABLA 3.3. Casos «históricos» de democratización de Ruth Berins Collier, con las fechas respectivas de la transición

País	*Año(s)*
Suiza	1848
Francia	1848, 1875-1877
Dinamarca	1849, 1915
Grecia	1864
Chile	1874/1891
Gran Bretaña	1884, 1918
Noruega	1898
Finlandia	(1906), 1919
Suecia	1907/1909, 1918/1920
Portugal	1911, 1918
Argentina	1912
Italia	1912 (1919)
Holanda	1917
Bélgica	1918
Alemania	1918-1919
Uruguay	1918
España	1868, 1890, 1931

Fuente: Collier, 1999, p. 23.
Clave: fecha/fecha: los diferentes elementos del gobierno democrático llegaron en diferentes fases; (fecha): posible alternativa a la fecha propuesta; fechas repetidas: instauración parcial seguida de una revocación o de un largo paréntesis

tos sociales hubieran comenzado a proliferar, cuando menos en las principales ciudades del país (Ballbé, 1983; González Calleja, 1998, 1999). Otros países aparecen solamente una vez, aunque en ocasiones se dan varios años, que reflejan transiciones interrumpidas, transiciones parciales o fechas alternativas. No obstante, salvo en el caso de España, la multiplicidad de fechas no influye en la decisión sobre qué se produjo antes, si la transición o los movimientos sociales.

¿Cómo se dividen los países? Aunque los movimientos sociales precedieron a las transiciones democráticas en doce de los diecio-

TABLA 3.4. Orden de los movimientos sociales y las transiciones democráticas en los casos «históricos» de Collier

Movimientos sociales primero	*Transición primero*
Dinamarca, 1849, 1915	Suiza, 1848
Gran Bretaña, 1884, 1918	Francia, 1848, 1875-1877
Noruega, 1898	Grecia, 1864
Finlandia (1906), 1919	Chile, 1874/1891
Suecia, 1907/1909, 1918/1920	Portugal, 1911, 1918
Argentina, 1912	España, 1868
Italia, 1912 (1919)	
Holanda, 1917	
Bélgica, 1918	
Alemania, 1918-1919	
Uruguay, 1918	
España, 1890, 1931	

Fuentes: Alapuro, 1988; Ballbé, 1983; Birmingham, 1993; Caramani, 2003; Collier, 1999; Deneckere, 1997; Dolléans y Crozier, 1950; Dowe, 1970; González Calleja, 1998, 1999; Lida, 1972; López-Alves, 2000; Lundqvist, 1977; Öhngren, 1974; Paige, 1997; Rock, 1987; Sabato, 2001; Seip, 1974, 1981; Skidmore y Smith, 1984; Stenius, 1987; Tilly, 1986, 1995; Wåhlin, 1986; Wirtz, 1981.

cho casos que cita Collier, en los seis restantes, unas transiciones democráticas con una base reducida dieron pie más tarde a unos movimientos sociales precisamente en unos países en los que estos apenas habían tenido peso político o ninguno en absoluto. En aquellos regímenes en los que, en el pasado, los gobernantes habían promulgado constituciones liberales, organizado elecciones y en los que el pueblo había elegido a los miembros de las asambleas legislativas, todos estos pasos se dieron, por lo general, antes de que los movimientos sociales se desarrollaran plenamente; ya hemos examinado atentamente el ejemplo francés. Dejando de lado lo que resulta evidente, no se observa una diferencia marcada ni en cuanto a la ubicación geográfica, ni en el tipo de régimen previo entre los países de un grupo y los del otro.

Con todo, sí que podemos citar una excepción atendiendo a criterios geográficos: los países nórdicos —Dinamarca, Noruega, Fin-

landia y Suecia— ocupan los primeros lugares en la columna «Primero, los movimientos sociales». Durante mucho tiempo, la región báltica se había distinguido del resto de Europa por su excepcional mezcla de una poderosa religión de Estado (luterana) con un amplio abanico de derechos ciudadanos. La temprana promulgación en Dinamarca de una constitución relativamente democrática (1849) fue fruto de la decisión de un joven monarca reformista, tomada inmediatamente después de las revoluciones de 1848. Sin embargo, incluso en Dinamarca, los campesinos, los obreros y los activistas religiosos llevaban ya un siglo fundando asociaciones con un fin específico que saltaban a continuación al terreno de la política pública (Wåhlin, 1986). A pesar de que, en el capítulo anterior, hemos situado la aparición del movimiento social en Inglaterra y Estados Unidos en las primeras décadas del siglo XIX, los países nórdicos podrían tener motivos para reclamar, cuando menos en parte, su paternidad. No obstante, ni los avances que ahí se produjeron durante el siglo XVIII se propagaron rápidamente, ni llegaron a una gran masa de la población.

Durante la mayor parte del siglo XIX, los movimientos sociales bulleron en Noruega, Finlandia y Suecia. Las organizaciones respaldadas por la iglesia dieron el primer empujón, pero los liberales seculares, los rivales religiosos de la religión de Estado, los partidarios de las cooperativas, los defensores del nacionalismo popular, las organizaciones obreras y, sobre todo a partir de 1880, los contrarios al consumo de alcohol organizaron grandes campañas, adoptaron la manera de actuar del movimiento social y realizaron demostraciones regulares de WUNC para dar voz a sus reivindicaciones (Alapuro, 1988; Lundqvist, 1977; Öhngren, 1974; Seip, 1974, 1981; Stenius, 1987). Así, ajenos en parte a las transiciones democráticas, los procesos sociales regionales y nacionales dieron lugar, en ocasiones, a movimientos sociales.

El rompecabezas suizo

La aparición de Suiza en el primer lugar de la lista de los países en los que primero se produjo la transición resulta toda una sorpresa, habida cuenta de que la fama que acompaña al país es la de ser un lugar con un extraordinario grado de participación cívica. Cabría la posibilidad de creer que, mucho antes de 1848, los ciudadanos suizos estaban ocupados creando asociaciones, manifestándose y diseñando campañas del movimiento social. Nada más lejos de la realidad. Lejos de abrazar la democracia como consecuencia de unas costumbres y de una cultura ancestrales, las instituciones democráticas suizas fueron una solución de compromiso, polémica e improvisada, a una crisis revolucionaria (para más datos históricos, véanse Bonjour, 1948; Bonjour, Offler y Potter, 1952; Capitani, 1986; Deutsch, 1976; Gilliard, 1955; Gossman, 2000; Kohn, 1956; Wimmer, 2002, pp. 222-268).

Sobre todo en las zonas montañosas del país, las ciudades y los cantones suizos tenían una larga historia de participación cívica, aunque circunscrita a la variante del antiguo régimen de los pueblos campesinos y las ciudades-Estado europeas. Algunos terratenientes y sus hijos formaban asambleas que acordaban los principales impuestos y gastos, elegían anualmente a los funcionarios y podían vetar las actuaciones oficiales si existía una mayoría contraria. No obstante, estos orgullosos electores solían excluir a quienes no tenían posesiones, y a menudo gobernaban sobre unos territorios dependientes cuyos habitantes no tenían ni voz, ni voto en los asuntos públicos (Böning, 1998; Wyrsch, 1983). Oligarquía sería un nombre mucho más acertado que democracia para describir ese sistema.

La Revolución Francesa trastocó las relaciones económicas y políticas entre Suiza y Francia, y también expuso al pueblo suizo, y especialmente a la burguesía comercial y al creciente proletariado industrial, a los nuevos modelos y doctrinas francesas. A partir de 1789, en varios lugares de Suiza aparecieron movimientos revolu-

cionarios. En 1793, Ginebra (que no formaba parte de la federación aunque estaba estrechamente ligado a Suiza) vivió una revolución a la francesa. Conforme la amenaza de la invasión francesa se agudizaba a principios de 1798, Basilea, Vaud, Lucerna, Zúrich y otras regiones suizas también apostaron por la vía revolucionaria. Basilea, por ejemplo, pasó de tener una constitución según la cual solamente los ciudadanos de la ciudad podían escoger a los senadores cantonales a otra en la que la población rural tenía la misma representación que la urbana.

Conquistada por Francia con la ayuda de los revolucionarios suizos en 1798, el mismo año en que, posteriormente, se promulgó una nueva constitución, Suiza adoptó un modelo mucho más centralizado que amplió significativamente la ciudadanía. El nuevo régimen incorporó los territorios de los cantones de St. Gall, Grisons, Thurgau, Ticino, Aargau y Vaud bajo las mismas condiciones que los cantones más antiguos, si bien siguió la práctica revolucionaria francesa de reducir los cantones a unidades administrativas y electorales. Aun así, el gobierno central seguía siendo frágil; entre 1800 y 1802, hubo cuatro golpes de Estado. Tras la retirada de las tropas francesas en 1802, estallaron multitud de revueltas que pusieron a Suiza al borde de la guerra civil. Solamente la intervención de Napoleón y la imposición de una nueva constitución en 1803 mantuvieron unido al país.

El régimen de 1803, conocido en la historia de Suiza como la Mediación, devolvió a los cantones una gran cantidad de atribuciones pero no restableció el antiguo régimen. La nueva federación suiza funcionaba con una asamblea nacional, era oficialmente multilingüe, existía una relativa igualdad entre los cantones y los ciudadanos tenían libertad para desplazarse de un cantón a otro. A pesar de algunos ajustes territoriales, unos poderes legislativo, judicial y ejecutivo débiles y centralizados sobrevivieron a la derrota de Napoleón. Sin embargo, esta supervivencia sólo llegó después de otro conato de guerra civil, abortado en esta ocasión por la intervención de la Gran Potencia, en 1813-1815. En el acuerdo de paz de 1815,

Austria, Francia, Gran Bretaña, Portugal, Prusia, Rusia, España y Suecia aceptaron un tratado entre los veintidós cantones bautizado como el Pacto Federal (incluía a los de Valais, Neuchâtel y Ginebra) al tiempo que garantizaban la neutralidad perpetua de Suiza y la inviolabilidad de sus fronteras.

Los vencedores de 1815 no pusieron al alcance de las autoridades centrales suizas los medios adecuados para gestionar la complejidad del país. La Suiza del Pacto Federal funcionaba sin una burocracia permanente, un ejército permanente, una moneda común, un sistema de pesos y medidas estándares o una bandera nacional, sino que seguía teniendo multitud de aranceles internos, una capital rotatoria y abundaban las disputas entre unos representantes cantonales que no tenían derecho a desoír las instrucciones de los votantes de sus circunscripciones. A escala nacional, los suizos vivían en un sistema más proclive al veto que a los cambios concertados. En esa época, los movimientos sociales apenas tenían peso en la vida pública suiza.

Con la revolución francesa de julio de 1830, el anticlericalismo cobró más protagonismo en las filas del radicalismo suizo. Después de 1830, Suiza acogió a un buen número de revolucionarios en el exilio (por ejemplo, a Giuseppe Mazzini, Wilhelm Weitling y, por sorprendente que parezca, al futuro emperador Luis Napoleón), que colaboraron con los radicales suizos en los llamamientos reformistas de estos. Los historiadores de la Suiza de los años treinta del siglo XIX hablan de un movimiento de regeneración a través de «la publicidad, los clubes y las marchas multitudinarias» (Nabholz, Von Muralt, Feller y Bonjour, 1938, II, p. 406). Sin embargo, este «movimiento» se asemejaba a las reducidas movilizaciones impulsadas desde las cúpulas que, como ya hemos visto, se dieron en Francia y Bélgica antes de 1848. Un alud de nuevos periódicos y panfletos acompañaron la agitación política de 1830-1831 (Andrey, 1986, pp. 551-552). En los cantones, por su parte, los liberales que ocupaban el poder comenzaron a promulgar reformas típicamente

decimonónicas, como la limitación de la mano de obra infantil o la popularización de las escuelas públicas. No obstante, las nuevas constituciones cantonales aprobadas durante la movilización ponían el acento mucho más en la libertad y en la fraternidad que en la igualdad.

Entre 1830 y 1848, Suiza experimentó una serie de procesos políticos contradictorios. Aunque es indudable que las disputas de aquellos años hicieron que muchos demócratas convencidos se pusieran a trabajar, también propiciaron el enfrentamiento entre concepciones contrarias de la democracia. Todo esto, además, se desarrolló con la pugna por el control de la federación suiza como telón de fondo. Los cantones más ricos del país, donde el protestantismo tenía más fuerza, intentaron imponer sus propias versiones de la democracia. Estos cantones crearon instituciones representativas en lugar de ponerse en manos de la democracia directa de los ciudadanos varones, como durante tanto tiempo se había hecho en las comunidades y los cantones montañosos. Los activistas procedentes de los cantones reformados recurrieron a continuación a las armas para obligar a sus vecinos, ajenos a las reformas, a abrazar la democracia representativa. Lo hicieron en primer lugar por medio de incursiones militares a través de las fronteras cantonales, antes de que estallara una breve guerra civil, la guerra del Sonderbund de 1847 (Bucher, 1966; Remak, 1993). Solamente después de que el bando liberal se impusiera claramente en la guerra empezaron las negociaciones que habrían de culminar en una constitución democrática.

Durante la crisis, asimismo, los requisitos confesionales para obtener la ciudadanía cobraron más importancia. Tal y como explicó sucintamente un observador tan perspicaz como Alexis de Tocqueville,

> en ningún otro lugar la revolución democrática que está agitando hoy al mundo se ha desarrollado bajo unas circunstancias tan complejas y extrañas. Un pueblo formado por diferentes razas, que ha-

> bla diferentes lenguas, profesa diferentes credos y en el que conviven distintas sectas disidentes, con dos iglesias con el mismo estatus y los mismos privilegios, un pueblo para el que cada asunto político no tarda en girar alrededor de cuestiones religiosas y para el que cualquier cuestión religiosa desemboca en un asunto político, realmente dos sociedades, una muy antigua y la otra muy joven, casadas a pesar de la diferencia de edad. Eso es Suiza. (Tocqueville, 1983, pp. 635-636.)

En su conjunto, Suiza aparcó la democracia entre 1830 y 1847. Sin embargo, el acuerdo de 1848 sirvió a todas luces para que, a escala nacional, la democracia alcanzara unos niveles muy superiores a los que había tenido en 1798, 1803, 1815 o incluso en 1830. El proceso de democratización de Suiza abriría en un futuro inmediato la puerta a los movimientos sociales. Poco después de 1848, los ciudadanos suizos comenzaron a crear todo tipo de movimientos sociales estrechamente relacionados con las instituciones consultivas —por ejemplo, la celebración de referéndums a escala cantonal y nacional— surgidas del acuerdo de paz constitucional. Así nació la política pública suiza tan participativa que conocemos en la actualidad (Frey y Stutzer, 2002, capítulos 8-9; Kriesi, Levy, Ganguillet y Zwicky, 1981; Steinberg, 1996; Stutzer y Frey, 2002; Trechsel, 2000).

Movimientos sociales en Argentina

Echemos ahora un vistazo a un escenario nacional mucho más desconcertante. Argentina figura en la columna de países en los que los movimientos sociales precedieron a la transición democrática. Habida cuenta de la historia de caudillos, coroneles y regímenes represivos del país, cabría esperar que Argentina se asemejara a Grecia, Chile o Portugal. De hecho, la extraordinaria desigualdad en las relaciones entre centro y periferia en el país propició la aparición de islas para la actividad del movimiento social. Cuando menos en Buenos

Aires, la política del movimiento social asomó la cabeza muy pronto. Tal y como resume la historiadora argentina Hilda Sabato,

> Durante los años sesenta y setenta del siglo XIX, el pueblo de Buenos Aires a menudo se movilizó para animar, protestar o influir de cualquier otro modo en la actuación del gobierno. Se celebraron manifestaciones multitudinarias, por ejemplo, en 1864 para apoyar a Perú en su conflicto con España, para respaldar la guerra de la Triple Alianza contra Paraguay un año más tarde, para solidarizarse con Cuba en 1869 y en 1873, para oponerse a la pena de muerte cuando Pascual Castro Chavarría fue condenado a muerte en 1870, para alzar la voz contra la organización oficial creada con motivo de la epidemia de fiebre amarilla en 1871, para protestar por la devolución de la iglesia de San Ignacio a sus propietarios originales, los jesuitas, en 1875, para oponerse a la ley de 1878 que gravaba con un impuesto extraordinario el alcohol, el tabaco y los juegos de cartas o para manifestarse a favor de la paz a la vista de los hechos revolucionarios de 1880. (Sabato, 2001, p. 118.)

La actividad del movimiento social prosiguió durante los años ochenta de ese mismo siglo. En 1889, los estudiantes de Buenos Aires formaron una organización, la Unión Cívica de la Juventud, para oponerse a las políticas gubernamentales. Poco tiempo después, la organización se ganó las simpatías de personas ajenas al mundo estudiantil y se transformó en una unión cívica de carácter general. En 1890, la Unión organizó en Buenos Aires una manifestación en la que participaron treinta mil personas. Ese mismo año, unos meses más tarde, una milicia popular alineada con la Unión atacó a las fuerzas gubernamentales en una revuelta frustrada, lo que permitió descubrir que las figuras políticas que habían alentado el ataque habían llegado a un acuerdo secreto para cambiar el gobierno. A pesar de la combinación de militares y caciques en la vida política argentina, los años noventa del siglo XIX supusieron la entrada en la escena nacional de la política popular organizada.

Entre 1890 y 1914, la vida asociativa floreció en Argentina. Un amplio movimiento semiconspirativo de personas que se hacían llamar radicales puso en contacto a un gran número de clubes políticos locales de la clase media con la jerarquía de los aparatos de los partidos. Adoptaron las herramientas habituales del movimiento social, incluidas las reuniones y las manifestaciones multitudinarias. En la región de Buenos Aires, asimismo, aparecieron varias federaciones anarquistas. Además de las manifestaciones organizadas con motivo del 1 de mayo o del día de Año Nuevo, los anarquistas convocaron media docena de huelgas generales en Buenos Aires y alrededores entre 1899 y 1910. Sin embargo, cuando amenazaron con sabotear los fastos del bicentenario de la independencia de Argentina en 1910, el gobierno comenzó a arrestar a los anarquistas, acusándolos de pertenecer a grupos de vigilancia, y destrozó sus lugares de reunión.

Entretanto, los socialistas argentinos (que se desmarcaban claramente de los anarquistas) pusieron en marcha una serie de campañas prototípicas del movimiento social para obtener créditos para el proletariado, viviendas, educación, una ley para el divorcio, el sufragio femenino y una jornada laboral de ocho horas. El Partido Socialista, fundado en 1894, reunió a trabajadores, profesionales e incluso a algunos pequeños fabricantes. Cuando el partido logró su primer representante en el Congreso de los Diputados argentino, en 1904, la política del movimiento social ya había arraigado en el país. Todo esto demuestra que, en el caso de Argentina, los movimientos sociales precedieron claramente a la transición democrática que Ruth Berins sitúa en el año 1912, cuando la ley Sáenz Peña concedió el derecho de voto a los varones de más de dieciocho años e instauró el voto secreto.

Conviene reseñar que tanto las fechas que da Collier para el caso argentino como las mías pasan por alto un problema desconcertante que en ninguno de los ejemplos citados se aprecia: la variabilidad en el acceso a la democracia y a los movimientos sociales en cada régimen. En 1912, Buenos Aires se había convertido en la capital cos-

mopolita de un país grande y próspero. Sin embargo, la mayoría del país seguía siendo agrícola, en algunas regiones importantes vivían aún un gran número de pueblos indígenas cuya participación en la política nacional era escasa y había grandes zonas del país bajo el control de terratenientes, rancheros y caciques regionales (Rock, 1987, pp. 179-183). En todos los países que hemos estudiado, las fechas en cuestión omiten las enormes desigualdades en el acceso a las instituciones democráticas y a los movimientos sociales, y se limitan, las más de las veces, a señalar el momento en el que una parte importante de la población nacional logró dicho acceso.

La internacionalización de los movimientos sociales

Otro detalle más importante si cabe que se desprende de las experiencias nacionales decimonónicas que hemos repasado en este capítulo es que, a pesar de que la aparición y el cariz de los movimientos sociales dependían principalmente de la estructura cambiante de la política nacional, las relaciones internacionales marcaron una diferencia sustancial. Ya hemos visto la estrecha relación existente entre los activistas británicos y norteamericanos durante el siglo XVIII, en las etapas de formación del movimiento social. El movimiento en contra de la esclavitud cobró muy pronto dimensión internacional. Durante el siglo XIX, las relaciones internacionales tuvieron importancia por tres motivos.

1. Los movimientos sociales respondían a los cambios provocados por contactos internacionales como, por ejemplo, los flujos migratorios; tenemos un buen ejemplo de ello en los movimientos supremacistas norteamericanos.
2. En su intento por esquivar a las autoridades nacionales, los líderes del movimiento social se organizaron deliberadamente a escala internacional. Ya hemos visto que, en los años

sesenta y setenta del siglo XIX, se puso en marcha la Asociación Internacional de Trabajadores, pero también podríamos haber señalado la gran influencia que tuvieron los exiliados irlandeses y sus simpatizantes en los movimientos nacionalistas irlandeses del siglo XIX.

3. Los contactos internacionales entre gobernantes y aspirantes al gobierno también incidieron en la actividad del movimiento social, por cuanto unos y otros buscaban un refrendo externo a sus políticas. Asegurar que el régimen o la oposición representaban a un pueblo unificado y comprometido acercaba a ambos bandos a las reivindicaciones de estos, demostrando así su postura, una condición para obtener el apoyo internacional. Asimismo, conforme el siglo avanzaba, las aseveraciones de los gobernantes de que el régimen era democrático, así como las de la oposición, de que el régimen no era democrático, fueron llamando, más y más, la atención de los agentes externos, e incluso su implicación.

Las reivindicaciones a favor de un gobierno legítimo, a su vez, invitaron a determinados pueblos oprimidos a adoptar las estrategias de los movimientos sociales —campañas, repertorios y demostraciones de WUNC— en su empeño por lograr respaldo externo en su lucha contra los opresores. Así nació, en 1885, el Congreso Nacional Indio. Durante sus primeros años de vida, el Congreso presentó sus reivindicaciones como si de un grupo disciplinado de presión británico se tratara, mediante la presión, la presentación de peticiones y los discursos; se comportaba como una organización del movimiento social (Bose y Jalal, 1998, pp. 116-117; Johnson, 1996, pp. 156-162). No obstante, la difusión y la internacionalización de los movimientos sociales se aceleraron extraordinariamente durante el siglo XX. El relato de los hechos durante el siglo XIX se ha concentrado principalmente en Europa Occidental y Estados Unidos. En el siglo XX, la historia es distinta.

Capítulo 4

SIGLO XX: EXPANSIÓN Y TRANSFORMACIÓN

La teleología y el pensamiento positivo a menudo coinciden. Contamos cuentos sobre el pasado en los que toda la historia conspira para engendrar el presente tolerable en el que vivimos y un futuro glorioso. En 1962, en nombre del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, el Departamento de Historia del *Movimiento Internacional Obrero y de Liberación Nacional* de la Alta Escuela del Partido aplicó este principio al pie de la letra. Publicó dos gruesos volúmenes en los que repasaba la historia del movimiento internacional obrero y de liberación nacional desde el siglo XVIII hasta el pasado reciente. Curiosamente, 1917, el año de la revolución bolchevique, era la fecha que cerraba un volumen e iniciaba el otro. La obra dedicaba 644 páginas a los sucesos anteriores a 1917 y 634 a lo sucedido entre 1917 y 1939. Antes de 1917, parecían decir, todo habían sido preparativos; desde 1917, acción. A sus ojos, el pasado ofrecía una visión reivindicativa del futuro (Bogolyubov, R'izhkova, Popov y Dubinskii, 1962).

Cada volumen constaba de una serie de ensayos especialmente encargados para la ocasión sobre los principales acontecimientos, los cambios económicos, los movimientos obreros en las zonas in-

dustriales y los movimientos de liberación en las no industriales. Asimismo, resumía la situación en cada país y en cada región del mundo. Fijémonos en los títulos de los capítulos inicial y final de ambos volúmenes:

Volumen I, capítulo 1: Formación de un proletariado productor y primeras apariciones autónomas de obreros en Inglaterra, Francia y Alemania.
Volumen I, capítulo 33: Movimientos obreros y de liberación nacional durante la primera guerra mundial.
Volumen II, capítulo 1: El significado histórico mundial de la Gran Revolución socialista de octubre.
Volumen II, capítulo 27: Movimientos obreros internacionales, 1917-1939. La Internacional Comunista.

Tenemos ante nosotros una versión actualizada de la historia del Manifiesto Comunista sobre la formación de clase y la cristalización de la acción popular en los movimientos militantes, con la revolución bolchevique como el presagio de la actuación colectiva mundial contra la tiranía. El último capítulo del segundo volumen se cierra con el siguiente resumen de las condiciones en 1939:

> A pesar de la imposibilidad de celebrar un congreso del Komintern por el estallido de la guerra y las dificultades de mantener el contacto entre los diferentes partidos y los órganos rectores del Komintern, los partidos comunistas de la mayoría de países consiguieron elaborar unos acertados análisis de las condiciones y las relaciones de las fuerzas de clase y dibujar unas líneas tácticas correctas, reunir a su alrededor a las masas populares en la lucha por los intereses de los proletarios, por la libertad y la independencia de sus respectivos países, por la democracia, contra la reacción y el fascismo. Aquí hemos descrito el extraordinario papel que desempeñó la Internacional Comunista en el desarrollo del movimiento comunista mundial. (Bogolyubov, R'izhkova, Popov y Dubinskii, 1962, vol. II, p. 625.)

Toda vez que, para un lector del siglo XXI, la prosa en la que hace cuarenta años se expresaba la línea del Partido, con sus «acertados análisis» y sus «líneas tácticas correctas», tiene un claro regusto añejo, recoge una visión de la actividad social durante el siglo XX compartida por quienes formaban parte de ese círculo: estamos escribiendo una página de la historia y venceremos.

Aunque es indudable que pusieron el acento en los partidos comunistas y en el Komintern, estos historiadores soviéticos de 1962 repasaron un gran número de movimientos importantes de todos los rincones del mundo. La tabla 4.1 recoge las cronologías que figuran en el segundo volumen para los años 1935 y 1936. Durante aquellos años decisivos, las cronologías de los grandes acontecimientos

TABLA 4.1. Cronología de los movimientos durante 1935 y 1936 según los historiadores soviéticos

1935	
Julio	Ley Wagner, o ley sobre las relaciones industriales en Estados Unidos
Julio	Manifestaciones antifascistas en París y otras ciudades francesas
Julio-agosto	VII Congreso del Komintern
1 de agosto	Discurso del Partido Comunista de China en el que se invitó al pueblo chino a formar un frente unido contra Japón
Octubre	Conferencia del Partido Comunista de Alemania en Bruselas
Octubre	Conferencia antifascista italiana en Bruselas
A lo largo de todo el año	Movimiento antifascista multitudinario en Polonia, con huelgas generales en Lodz, Cracovia y Lvov
1936	
Enero	Publicación del programa del Frente Popular en Francia
Febrero	Victoria del Frente Popular en las elecciones españolas
Mayo	Victoria del Frente Popular en las elecciones francesas
Julio	Levantamiento fascista en España. Inicio de la guerra popular nacional-revolucionaria española contra los rebeldes fascistas y los intervencionistas germano-italianos
Julio	Inicio del multitudinario movimiento antifascista internacional para la defensa de la República española

Fuente: Bogolyubov, R'izhkova, Popov y Dubinskii, 1962, vol. II, p. 633.

de la historia incluyen episodios como la legislación que dio lugar, en Estados Unidos, al New Deal, una doctrina que nada tenía que ver con el comunismo y que, sin embargo, abrió las puertas a los sindicatos industriales (en oposición a los gremiales), las acciones antifascistas, organizadas o no por los comunistas, y las victorias electorales de las coaliciones de izquierdas en España y Francia. (No ha de sorprendernos que los cronistas omitieran las sangrientas purgas en el seno del Partido Comunista de la Unión Soviética, el traslado masivo de poblaciones rurales y las expulsiones en masa de personas sospechosas de actividades contrarrevolucionarias residentes en Moscú y Leningrado decretadas por Stalin durante ese mismo período.) En los años del siglo XX que van hasta 1939, la imagen del movimiento obrero internacional que estas cronologías proyectan es la de un movimiento que sufrió algún revés, como por ejemplo las contramovilizaciones fascistas y las revueltas frustradas, pero que, en líneas generales, cobró fuerza, amplió su influencia internacional y —después del fatídico año de 1917— se inspiró en el Partido Comunista de la Unión Soviética.

En las cronologías recopiladas sobre el siglo XIX encontramos una serie de episodios que ya hemos visto en el repaso anterior a ese mismo siglo: la legalización parcial de las organizaciones obreras en Inglaterra (1824), las insurrecciones proletarias en Lyon de 1831 y 1834, el movimiento cartista británico, la revolución francesa de 1848 y la aparición de partidos obreros militantes, así como las grandes huelgas en Estados Unidos a partir de los años sesenta del siglo XIX y la fundación del Partido Socialista Argentino (1896). Francia es uno de los países a los que más atención se presta, en parte por su tradición revolucionaria, en parte porque Marx, Engels y Lenin escribieron distintos análisis sobre la historia política del país durante el siglo XIX que se prestan a ser citados. Fuera de Europa y de Estados Unidos, las cronologías también recogen las guerras de independencia en América Latina (1810-1826), la guerra del opio entre Inglaterra y China (1839-1842), la rebelión de Tai-

ping en China (1851-1864), las revueltas hindúes contra el gobierno británico (1857-1859), la fundación del Congreso Nacional Indio (1885), la creación de la Sociedad Sun Yat-sen (Sun Yixian) para la Regeneración de China (1894), la revuelta cubana contra España (1895-1898), la formación del Partido Socialista Chileno (1897) y la revuelta de los bóxers en China (1899-1900).

Con todo, la obra soviética guarda un silencio clamoroso sobre algunos puntos, cuando menos para aquellos oídos familiarizados con los movimientos sociales. A pesar de los largos capítulos dedicados a la industrialización en Inglaterra y a la guerra civil norteamericana, no hay ni rastro en el volumen dedicado al siglo XIX de los movimientos contra la esclavitud. Y tampoco encontramos en la historia británica mención alguna a la emancipación católica, la reforma parlamentaria y el movimiento sufragista. En el caso de Estados Unidos, pasan por alto la supremacía, el movimiento contra el consumo de alcohol y las reformas municipales. Tampoco se dice nada de la Unión Cívica argentina. Los años 1847-1848 abundan en movimientos sociales, pero no se hace mención alguna a la guerra civil suiza. Los investigadores del Departamento de Historia del Movimiento Obrero Internacional y de Liberación Nacional se tomaron en serio su trabajo. No estaban estudiando todos los movimientos sociales y todas las luchas políticas del mundo, sino solamente aquellos que tenían algo que ver con la misión de reunir a los trabajadores del mundo en una lucha colectiva por la libertad encabezada por los comunistas.

Dentro de esa perspectiva más restringida, ¿qué imagen de los movimientos sociales del siglo XIX resulta del proyecto soviético? En 1962, parece un siglo de grandes promesas: el proletariado europeo y norteamericano no tarda en dar muestras de conciencia de clase, al tiempo que las masas latinoamericanas se abalanzan contra sus señores españoles. Poco después, el pueblo chino, hindú y también latinoamericano comienza a plantar cara a otras formas de colonialismo y a relacionarse con movimientos obreros de alcance mundial.

Conforme la historia soviética del movimiento llega al siglo XX, la revolución rusa de 1905 conecta a Rusia con la tradición revolucionaria decimonónica, a pesar de que también muestra a un proletariado que todavía no está preparado para asumir el poder. La revolución bolchevique consolida los esperanzadores proyectos del siglo XIX al brindar un modelo concreto de revolución proletaria y un régimen comunista lo suficientemente fuerte como para inspirar a los movimientos obreros de todo el mundo. Entre 1917 y el fin de la cronología, 1939, encontramos una serie de luchas revolucionarias inmediatamente posteriores a la primera guerra mundial, la creación del Komintern y la popularización de la movilización progresista, que pasa de aquellos enclaves en los que había florecido antes de 1917 a lugares como Japón, Corea, México, Indonesia, Irán, Turquía, Uruguay, Mongolia, Egipto, Hong Kong, Siria o Filipinas, entre otros, así como la formación, en los años treinta, de una coalición antifascista de largo alcance. Los historiadores soviéticos que escribieron en 1962 sabían, por supuesto, que los regímenes fascistas de Italia y Alemania se habían derrumbado en la segunda guerra mundial y que una Unión Soviética maltrecha había salido victoriosa de la guerra. Esta posición estratégica ayuda a explicar la combinación de teleología y pensamiento positivo que impregna su historia de los movimientos hasta 1939.

Si ese mismo grupo de expertos hubiera continuado con el relato hasta finales del siglo XX, ¿qué rasgos del período comprendido entre 1939 y 2000 habrían adivinado? Posiblemente se habrían atribuido haber augurado la movilización anticolonial, subrayando la frecuencia con la que los líderes de los movimientos independentistas se llamaban a sí mismos socialistas y buscaban el aliento de China o de la Unión Soviética. Tal vez se habrían felicitado hasta cierto punto por la aparición de unos poderosos movimientos obreros en Japón, Corea, Brasil y otros países que habían experimentado un rápido proceso de industrialización. Cuando menos a posteriori, probablemente habrían arrimado a su ascua la sardina del

movimiento por los derechos civiles norteamericano de los años sesenta. Aun así, se habrían topado con tres extraordinarias sorpresas: la proliferación de lo que los observadores occidentales acabarían bautizando como nuevos movimientos sociales, la desintegración de prácticamente todos los regímenes socialistas y las relaciones que los historiadores del futuro empezarían a trazar entre los nuevos movimientos sociales, por un lado, y la oposición al socialismo de Estado, por la otra.

El estallido del movimiento social de 1968

Tal vez, de todos los años del siglo XX posteriores a la redacción de su obra, 1968 y 1989 habrían sido los más sorprendentes para los historiadores soviéticos. En 1968, por ejemplo, Berlín Occidental, separada por un muro de Berlín Oriental, bajo gobierno comunista, era una isla occidental en el medio de una sólida República Democrática de Alemania comunista (para un análisis actual de 1968, véase Suri, 2003, capítulo 5). No obstante, durante 1968, la Universidad Libre de Berlín Occidental se convirtió en el epicentro de las multitudinarias manifestaciones contra la intervención norteamericana en Vietnam y contra el mismísimo gobierno de la República Federal de Alemania. Fuera de las fronteras de los estados socialistas, Italia era el país donde existía el partido comunista más poderoso. Ahí, en 1968, a los comunistas se les unieron los católicos practicantes y los ciudadanos de clase media, a veces por separado, a veces conjuntamente, a la hora de manifestar una serie de reivindicaciones que se alargaron hasta principios de los años setenta (Tarrow, 1989).

El episodio más célebre fueron los ataques parcialmente coordinados que los estudiantes y los trabajadores franceses lanzaron conjuntamente contra el régimen de Charles de Gaulle y Georges Pompidou; parecían estar en disposición de derrocar al régimen. En

mayo de 1968, la revista *Nouvel Observateur*, de simpatías izquierdistas, publicó una entrevista con el líder estudiantil franco-alemán Daniel Cohn-Bendit, de veintitrés años, realizada ni más ni menos que por Jean-Paul Sartre. La entrevista se iniciaba así:

> *Jean-Paul Sartre*: En pocos días, sin necesidad de convocar una huelga general, Francia se vio esencialmente paralizada por una serie de huelgas y de ocupaciones de fábricas. Y todo eso porque los estudiantes tomaron las calles del Barrio Latino. ¿Cómo interpreta el movimiento que ha puesto en marcha? ¿Hasta dónde puede llegar?
>
> *Daniel Cohn-Bendit*: Creció mucho más de lo que podríamos haber imaginado en un primer momento. Hoy, nuestro objetivo es provocar la caída del régimen. Pero no depende de nosotros que suceda o no. Si el Partido Comunista, la Confederación General del Trabajo y el resto de sindicatos nacionales compartieran realmente nuestros fines, no habría problemas: el régimen caería en un santiamén porque no tiene cómo repeler una demostración de fuerza de todos los trabajadores. (Bourges, 1968, p. 86.)

La historia tomó otro camino: las oportunas concesiones de Pompidou al movimiento obrero acabaron con aquella alianza temporal entre estudiantes y trabajadores, y un referéndum celebrado en junio se saldó con una victoria aplastante de De Gaulle. Aun así, el movimiento había sacudido los cimientos del régimen francés.

La movilización de 1968 traspasó las fronteras de Europa Occidental. En Canadá, prácticamente en todas las universidades estallaron revueltas y cuarenta mil estudiantes quebequeses declararon una huelga general para reclamar un estado socialista independiente (Westhues, 1975, pp. 392-394). En México, las libertades civiles reivindicadas por los estudiantes llevaron a la celebración de varias huelgas generales en los campus y de unas multitudinarias manifestaciones que congregaron, en ocasiones, a más de cien mil participantes. Este clima desembocó en la concentración del 2 de octubre

en la Plaza de las Tres Culturas, de Tlatelolco, durante la que el ejército y la policía mataron a centenares de manifestantes y arrestaron a más de dos mil. En la Polonia socialista, y a pesar de la dureza de la represión, estudiantes e intelectuales se unieron en una serie de reuniones, manifestaciones y reivindicaciones: querían derechos políticos y una reforma económica. En Pakistán, los estudiantes pusieron en marcha una campaña a escala nacional para protestar por una ley que autorizaba al gobierno a retirar el título a cualquier estudiante. En muestra de solidaridad, los trabajadores convocaron varias huelgas generales (Katsiaficas, 1988, p. 56). En Praga, varios intelectuales disidentes denunciaron la censura comunista y ayudaron al reformista Alexander Dubek a hacerse con las riendas del Partido Comunista Checoslovaco. La movilización checoslovaca de 1968 marcó el inicio de un clima de liberalización que concluyó con la dramática resistencia presentada contra las tropas y los tanques que, con el respaldo de los soviéticos, invadieron en agosto el país.

También Estados Unidos participó de un modo decidido en los movimientos de 1968:

- El Movimiento Indio Americano irrumpió en la escena nacional.
- Las protestas contra la guerra del Vietnam se aceleraron.
- El asesinato de Martin Luther King Jr. desembocó en una serie de ataques contra la propiedad y en enfrentamientos con la policía en barrios mayoritariamente negros de unas 125 ciudades.
- Los estudiantes radicales de la Universidad de Columbia y demás instituciones cerraron las facultades.
- Las Panteras Negras, un grupo con sede en Oakland, distribuyeron ejemplares de los escritos de Mao en el campus de Berkeley de la Universidad de California.
- La imagen de guerrillero de Che Guevara, recientemente ejecutado por tropas bolivianas, se puso de moda entre una gran variedad de grupos disidentes.

- Una Marcha de Gente Pobre congregó a miles de manifestantes en Washington.
- El presidente Lyndon Johnson renunció a presentarse a la reelección a la vista de la oposición generalizada.
- La convención del Partido Demócrata que se celebró en Chicago para proclamar a su candidato suscitó una oleada de manifestaciones y disturbios callejeros.
- El candidato republicano, Richard Nixon, derrotó al candidato demócrata, Hubert Humphrey, en unas elecciones muy disputadas.

Aunque los organizadores del movimiento social de ese año no alcanzaron ni mucho menos los objetivos anunciados, 1968 marcó un punto de inflexión claro en la política pública norteamericana, así como la poderosa expansión del radio de acción de las actuaciones del movimiento social.

De las reacciones a los conflictos de 1968 en Estados Unidos y otros lugares nació la idea de que los «viejos» movimientos sociales, cuyo objetivo era dar el poder a los trabajadores y a otras categorías de explotados, iban de capa caída. A ojos de muchos observadores, estaban siendo sustituidos por los «nuevos» movimientos sociales, que defendían la autonomía, la autoafirmación y la crítica de la sociedad postindustrial. El sociólogo francés Alain Touraine, un veterano analista de los movimientos obreros en Europa Occidental y América Latina, articuló algunos de los postulados más influyentes en este sentido y esgrimió algunos de los argumentos que se harían más populares. Antes de que acabara 1968, Touraine publicó una de las declaraciones más importantes, titulada *El movimiento de Mayo, o comunismo utópico*. Las guerras de liberación nacional estaban sucumbiendo ante el poder de los estados dominantes del mundo, afirmaba, mientras que la guerra fría había puesto en punto muerto el enfrentamiento abierto del pasado entre capitalismo y socialismo. La capacidad absoluta de los gobiernos, las multinacionales y los

medios de comunicación de masas para provocar una reacción de un conformismo agobiante, proseguía Touraine, se había convertido en el enemigo de la creatividad y el cambio.

Según Touraine, un nuevo tipo de movimientos sociales mantenían con vida la esperanza de acabar con ese dominio burocrático. La tarea crucial, concluía, era «dar a conocer las fuerzas y conflictos sociales que operan en este nuevo tipo de sociedad, aún demasiado nueva para ser consciente de su naturaleza y de sus problemas. Y es en esta renovada lucha de clases, entre el dominio por parte del aparato de control y aquellos que están sintiendo el cambio, donde radica la importancia del movimiento de mayo, lo que lo convierte no sólo en el punto de inflexión de una crisis sino en el inicio de unas nuevas luchas que serán tan importantes y duraderas en nuestra sociedad como lo fue el movimiento obrero durante la industrialización capitalista» (Touraine, 1968, p. 279). El lenguaje de Touraine invitaba a establecer una comparación entre la resistencia al socialismo de Estado y los ataques contra los gobernantes de las democracias capitalistas; ambos podían mostrar el camino para liberarse del yugo de unos sistemas opresivos de control por parte de la cúpula de poder. Este nuevo tipo de movimientos sociales podían desempeñar un papel fundamental en una u otra situación.

Pronto, la expresión «nuevo movimiento social» se amplió hasta incluir las movilizaciones en nombre del feminismo militante, los derechos de los homosexuales, las drogas psicodélicas, los pueblos indígenas, el medio ambiente y muchas otras causas que no encontraban fácilmente cabida en la propia crítica de Touraine a la opresión postindustrial. Los activistas y los analistas comenzaron a afirmar que la clave estaba en la «identidad», a diferencia de los objetivos ostensiblemente instrumentales que habían caracterizado a los movimientos sociales del pasado (Cohen, 1985). También comenzaron a relacionar esos nuevos movimientos sociales con la creación —ojalá— de una sociedad civil efervescente y autónoma, tanto en los países capitalistas como en los postsocialistas (Cohen y

Arato, 1992). Refiriéndose a un sensacional trabajo de investigación llevado a cabo por franceses y polacos sobre el movimiento polaco de base obrera Solidaridad, Alain Touraine y sus colegas se preguntaban: «¿Qué fin persigue este movimiento social? ¿Hacerse con el poder? ¿Instaurar una dictadura del proletariado? ¿O acaso entregar el poder a los consejos obreros? Nada de todo eso. En primer lugar, porque los acuerdos de Gdansk, que desde un primer momento se erigieron en los estatutos de Solidaridad, reconocen explícitamente el liderazgo estatal del partido. En segundo lugar, porque los propios militantes no quieren hacerse con el poder, sino liberarse de su yugo. El fin de Solidaridad, repetido una y otra vez, es liberar a la sociedad del dominio totalitario del partido» (Touraine, Dubet, Wieviorka y Strzelecki, 1982, p. 93). A diferencia del deseo de empaparse de poder y de lograr cuantos más beneficios mejor de sus predecesores, unos individuos que se movían por sus propios intereses, los nuevos movimientos sociales, centrados en la identidad, podrían reformular, proseguía el argumento, el marco mismo de la vida social.

Craig Calhoun supo reventar ese globo. En un artículo de título ingenioso, «Nuevos movimientos sociales de principios del siglo XIX», Calhoun señalaba la frecuencia con la que las movilizaciones del siglo XIX en nombre de las minorías étnicas, las mujeres, el resurgir religioso y los derechos de los trabajadores también habían respaldado reivindicaciones relacionadas con la autonomía y la identidad. Debemos contemplar, concluía Calhoun, «la posibilidad de que la proliferación de nuevos movimientos sociales sea un fenómeno normal de la modernidad y que no precise de una explicación especial porque viola la oposición entre derecha e izquierda, lo cultural y lo social, lo público y lo privado, lo estético y lo instrumental que articula buena parte de nuestras ideas» (Calhoun, 1995, p. 205; para unas dudas por el estilo basadas en el estudio atento de los movimientos sociales italianos, véase Tarrow, 1989, pp. 194-195). Siguiendo la terminología empleada en este libro, Calhoun subrayaba cuán a menudo las reivindicaciones identitarias van de la

mano de reivindicaciones programáticas y sobre la posición, convirtiéndose en ocasiones en el centro de la actividad del movimiento social. Los movimientos sociales siempre están planteando nuevas reivindicaciones al menos en una de estas áreas. Cuando aparecen nuevos actores políticos en la escena de los movimientos sociales, las afirmaciones identitarias se convierten en un elemento crucial para el impacto de esos mismos actores en su electorado, en los competidores, en los aliados potenciales y en el objeto de sus reivindicaciones programáticas o sobre la posición, al tiempo que desaparece la línea que separa al movimiento «identitario» del movimiento de «intereses».

Crisis y transiciones en 1989

¿Qué sucedió en 1989? Algunos de los titulares publicados ese año por *The New York Times* (tabla 4.2) relatan una serie de historias que a buen seguro habrían dejado boquiabiertos a los cronistas soviéticos de 1962. En pocas palabras, asistimos al florecimiento del movimiento Solidaridad en Polonia, a la instauración de un sistema político electoral en la mayoría de regímenes europeos del socialismo de Estado, a un aparente proceso de democratización en regímenes autoritarios tan rígidos como el albanés, a una serie de movilizaciones que desembocaron en la caída del muro de Berlín, a manifestaciones multitudinarias en Budapest, Berlín y Praga, a una mezcla de movimiento social y guerra civil en Rumania y —tal vez lo más sorprendente de todo— a un mes durante el que los estudiantes, los trabajadores y los habitantes de Pekín se hicieron con el control de los espacios públicos del centro de la ciudad e incluso contuvieron al ejército antes de que una sangrienta intervención militar acabara, el 4 de junio, con ese movimiento. Yugoslavia comenzaba a tambalearse ante las reivindicaciones de las diferentes repúblicas federadas, que exigían autonomía y un cambio de régimen.

TABLA 4.2. Titulares del *New York Times* de 1989 relacionados con el movimiento social en los estados con gobiernos socialistas

6 de febrero	(Varsovia) Varsovia inicia conversaciones con Solidaridad
26 de marzo	(Moscú) Los ciudadanos soviéticos disfrutan del derecho de voto en las elecciones más libres desde 1917
2 de abril	(La Habana) Gorbachov inicia su visita a Cuba con un abrazo de Castro
4 de mayo	(Pekín) 100.000 personas desoyen a la policía e instan al gobierno a abrazar la democracia
13 de mayo	(Tirana) El líder albanés afirma que el país se democratizará aunque seguirá siendo socialista
13 de mayo	(Pekín) Gorbachov, el héroe chino de la democracia
17 de mayo	(Pekín) Un millón de chinos se manifiestan, y añaden más leña al fuego del cambio
4 de junio	(Pekín) El ejército ataca y yugula la protesta en Pekín; Miles de personas responden y varias decenas son asesinadas
8 de junio	(Varsovia) Varsovia acepta la victoria aplastante de Solidaridad y la derrota humillante del Partido
11 de junio	(Pekín) El movimiento democrático pone fin a su actividad... de momento
16 de junio	(Budapest) El húngaro que encabezó la revuelta de 1956 es enterrado como un héroe
15 de octubre	(Berlín Occidental) El movimiento germano oriental, superado por la respuesta obtenida
4 de noviembre	(Berlín Oriental) 500.000 personas se congregan en Berlín Oriental reclamando un cambio; Occidente abre sus puertas a los emigrantes
20 de noviembre	(Praga) 200.000 personas se manifiestan en Praga mientras cada vez son más las voces que reclaman un cambio
25 de noviembre	(Praga) Los líderes del Partido en Praga dimiten; Inesperada elección del nuevo líder, de 48 años; 350.000 personas se congregan para vitorear a Dubček
26 de noviembre	(Budapest) Los húngaros celebran las primeras elecciones libres en 42 años, desoyendo el llamamiento al boicot
27 de noviembre	(Praga) Millones de checoslovacos aumentan la presión sobre el Partido con una huelga general de dos horas
4 de diciembre	(Praga) Los mítines de protesta vuelven a las calles de Praga para derrocar al nuevo gobierno
24 de diciembre	(Bucarest) El ejército rumano se impone en la capital pero los combates continúan

Fuente: Gwertzman y Kaufman, 1991

Los movimientos sociales, proscritos durante tantos años de la política pública del socialismo de Estado, parecían estar haciendo saltar por los aires el viejo sistema socialista. De los regímenes socialistas con mayor visibilidad, solamente Albania y Cuba lograron mantener las riendas del poder. Incluso en Cuba, una visita oficial del líder soviético Mijail Gorbachov, del 2 al 5 de abril, fue motivo de sonrojo para el régimen de Fidel Castro cuando Gorbachov aprovechó la tesitura para pronunciar un discurso en el que renunciaba a la política de exportar la revolución.

Varsovia y Moscú empezaron ese año, pero Pekín no tardó en copar todos los titulares. La democracia sufrió una derrota sin paliativos en los enfrentamientos que se produjeron en Pekín, que sirvieron asimismo para centrar durante esas semanas la atención mundial en la movilización popular china. La tabla 4.3 presenta un resumen de los sucesos acontecidos únicamente en Pekín; de hecho, en junio, estudiantes y trabajadores de todo el país participaban en los hechos de Pekín de un modo u otro. Los grupos conectados de disidentes que se enfrentan a regímenes autoritarios suelen tener ante sí tres opciones: esperar en silencio a que se llegue su momento, participar en acciones de destrucción prohibidas y clandestinas o aprovechar al máximo las pocas oportunidades autorizadas de que disponen para reunirse y expresarse. En el tercer caso, las críticas a los regímenes se dan, las más de las veces, durante festividades o ceremonias públicas —Mardi Gras, inauguraciones, funerales, bodas reales...—, aprovechando que las autoridades consienten en esas fechas la celebración de más reuniones públicas, y más multitudinarias, que de costumbre. Así fue precisamente como empezaron los sucesos de Pekín, con homenajes estudiantiles al fallecido Hu Yaobang, un antiguo secretario general del Partido Comunista Chino que había sido realmente impopular con los estudiantes mientras ocupó ese cargo pero de quien posteriormente se dijo que había sido derrocado en 1987 por sus excesivas simpatías para con las reivindicaciones estudiantiles.

TABLA 4.3. Cronología del movimiento estudiantil de Pekín, 1989

16 de abril	Tras la muerte de Hu Yaobang, antiguo secretario general del Partido Comunista de China, los estudiantes llenan de coronas y versos elegíacos la plaza de Tiananmen y muchas facultades de Pekín
17 de abril	Los estudiantes desfilan hasta Tiananmen para recordar a Hu Yaobang
20 de abril	Altercados entre la policía y los estudiantes en la puerta de Xinhua; algunos estudiantes empiezan a boicotear las clases
22 de abril	Funeral de Hu en el Gran Palacio del Pueblo; unos 50.000 estudiantes desfilan hasta Tiananmen para participar en las exequias; entre las muchas acciones que llevan a cabo los estudiantes, un grupo se arrodilla en la escalinata del Gran Palacio para entregar una petición y solicitar una audiencia al primer ministro Li Peng
23 de abril	Los estudiantes forman el Comité Provisional del Sindicato Autónomo de Estudiantes de Pekín
26 de abril	El *Diario del Pueblo* califica la movilización estudiantil de «conspiración planeada» y de «agitación»
27 de abril	Alrededor de cien mil estudiantes se congregan en Tiananmen para protestar por el editorial. El Consejo del Estado anuncia su voluntad de reunirse con los estudiantes
29 de abril	Varios funcionarios de peso del gobierno se reúnen con 45 estudiantes escogidos de dieciséis universidades de Pekín, a pesar de que otros estudiantes se oponen tanto al diálogo como a los representantes estudiantiles
4 de mayo	Los estudiantes desfilan para conmemorar el Movimiento del 4 de mayo (de 1919)
5 de mayo	Los estudiantes forman la Delegación para el Diálogo de los Estudiantes de Pekín. La mayoría de estudiantes pone fin al boicot de las clases
13 de mayo	300 estudiantes empiezan una huelga de hambre en Tiananmen, pero la cifra de huelguistas acabará alcanzando los 3.000, apoyados por varios millares de personas más
14 de mayo	Una delegación estatal de alto nivel se reúne con los activistas estudiantiles. La discusión acaba siendo caótica a causa de las divisiones entre los estudiantes. Los estudiantes se retiran de las conversaciones
15 de mayo	Mijail Gorbachov llega para realizar una visita oficial. A causa de la ocupación de Tiananmen, el gobierno celebra la recepción oficial en el aeropuerto de Pekín

17 de mayo	Más de un millón de pequineses se manifiestan para mostrar su apoyo a los estudiantes y a quienes se han declarado en huelga de hambre
19 de mayo	El gobierno declara la ley marcial, pero los residentes y los estudiantes bloquean a las tropas. Los estudiantes de fuera de Pekín siguen llegando a la ciudad
3 de junio	Se inicia la represión militar. Las tropas gubernamentales matan a centenares de personas
4 de junio	Las tropas rodean a los 4.000 estudiantes que permanecen en Tiananmen; los estudiantes abandonan la plaza

Fuente: Adaptado de Zhao, 2001, pp. xxv-xxvi.

Los estudiantes rápidamente aprovecharon la situación para transformar aquel homenaje en una movilización típicamente china que, sin embargo, se asemejaba extraordinariamente a las movilizaciones del movimiento social de otros puntos del planeta. Cuando el gobierno celebró un funeral de Estado en memoria de Hu en el Gran Palacio del Pueblo de Tiananmen el 22 de abril, unos cincuenta mil estudiantes se reunieron en la plaza para asistir a la ceremonia. Siguiendo una rutina ancestral y familiar, varios grupos de estudiantes llegaron a Tiananmen portando unas pancartas que representaban a las facultades a las que pertenecían (Perry, 2002, p. 313). Algunos de estos estudiantes reprodujeron los rituales del pasado y se arrodillaron en la escalinata del Gran Palacio para presentar una petición y rogar humildemente que se les concediera una audiencia con el primer ministro Li Peng. Desde mediados de abril hasta principios de junio, varios grupos de estudiantes jugaron al escondite con las fuerzas armadas gubernamentales: se manifestaron a pesar de la prohibición de celebrar asambleas, proclamaron eslóganes, se declararon en huelga de hambre, se resistieron a las órdenes de evacuación de diferentes espacios públicos y lanzaron botellas y zapatos a la policía. Entretanto, una visita oficial de Mijail Gorbachov el 14 y el 15 de mayo avergonzó a los líderes del régimen (no pudieron obsequiar a Gorbachov con la tradicional recepción oficial en Tiananmen) y animó a los estudiantes a hacer un

llamamiento para que se decretaran una serie de reformas similares a las aprobadas por Gorbachov.

Por aquel entonces, millares de personas ajenas al mundo estudiantil se habían unido a los activistas estudiantiles en aquel desafío frontal al régimen. Tal y como se observa en las dos cronologías que presentamos, más de un millón de personas desfilaron por las calles de Pekín el 17 de mayo para mostrar su apoyo a los estudiantes que se manifestaban y a los que se habían declarado en huelga de hambre. Los manifestantes y sus partidarios detuvieron a los cien mil soldados que habían sido enviados para despejar la plaza de Tiananmen la noche del 19 al 20 de mayo. Diversos actores privados contribuyeron con dinero, servicios y equipo, como por ejemplo megáfonos que funcionaban a pilas para los portavoces estudiantiles. A pesar de la firme oposición de los organizadores estudiantiles (hasta que las amenazas de represión fueron ya tan evidentes que cambiaron de parecer), también contaron con la ayuda y el respaldo a la movilización de Tiananmen de un gran número de trabajadores (Perry, 2002, pp. 318-323). El número de personas que se congregaron en la plaza fue en aumento gracias a la multitud de estudiantes que habían comenzado a llegar desde otros lugares del país. La movilización estaba desbordando a las organizaciones estudiantiles de Pekín.

Los residentes a menudo insultaban y agredían a los soldados encargados de velar por el cumplimiento de la ley marcial que se habían desplegado por Pekín y sus alrededores. Sin embargo, cuando las tropas lanzaron su ofensiva sobre Tiananmen la noche del 3 de junio, lo hicieron con una contundencia insólita. En su empeño por recuperar la ciudad, mataron a unas 250 personas y sufrieron media docena de bajas. Entre las 4.30 y las 6.30 de la madrugada del día 4, el resto de estudiantes abandonaron Tiananmen a través de unas columnas abiertas por los militares (Zhao, 2001, pp. 203-207). A finales de 1989, en China ya no quedaba ni rastro de las movilizaciones públicas de estudiantes y trabajadores a favor de las libertades civiles.

La movilización del movimiento social en la Europa del Este cosechó uno de sus más duraderos éxitos. El *Annual Register* iniciaba su análisis sobre lo acontecido en Europa del Este durante aquel turbulento año trazando una comparación con la Revolución Francesa, que había estallado exactamente dos siglos antes:

> Si repasamos el año 1989, las celebraciones por el bicentenario del inicio de la Revolución Francesa en julio parecen casi un prólogo histórico de los dramáticos acontecimientos que, desde octubre, se están viviendo en la Europa del Este, y que se han ganado el calificativo de revolucionarios por su alcance y por la velocidad a la que se suceden. Entre la toma de la Bastilla y la caída del Muro de Berlín, episodios ambos inaugurales y simbólicos de una transformación de Europa mucho más profunda, existe, qué duda cabe, una cierta afinidad ancestral. Porque la Declaración de los Derechos del Hombre, que se erigió en el manifiesto ideológico de la Revolución Francesa, fue el tatarabuelo de las reivindicaciones de libertad personal y democracia política que, de la noche a la mañana, inundaron el bastión del gobierno autoritario en la Alemania del Este y, posteriormente, en Checoslovaquia, antes de dar paso a unas reformas más graduales, aunque no por ello menos radicales, en Polonia y Hungría, de propiciar a regañadientes un cambio en Bulgaria y de culminar con un levantamiento triunfal en Rumania. (*Annual Register*, 1989, p. 1.)

Aunque la palabra «movimiento» que encontramos en el *Annual Register* alude a la política de cada uno de estos países, el editorialista no describía lo sucedido en 1989 como un movimiento social o como una serie de movimientos sociales. En efecto, el anónimo autor invocaba la autoridad del fundador del *Annual Register*, Edmund Burke, para lanzar la siguiente advertencia: «Él supo prever que, si partes de las reivindicaciones de las personas, distintas a las de las sociedades a las que pertenecen, acabas llegando al despotismo de una autoridad central en tanto que encarnación de la

soberanía del pueblo» (*Annual Register*, 1989, p. 3). Es difícil expresar con más claridad la preocupante relación entre las reivindicaciones del movimiento social y los llamamientos a la soberanía popular. Eso era precisamente lo que reclamaban los activistas de la Europa del Este. A diferencia de la participación en la política pública, en las décadas precedentes, de ciudadanos corrientes de la Alemania del Este, Rusia, China, Polonia, Hungría, Checoslovaquia o Rumania, la combinación de campañas, demostraciones de WUNC y actuaciones a partir del repertorio del movimiento social que se observa en 1989 alcanzó unas cotas sorprendentes.

Tomemos el caso de Checoslovaquia, donde un régimen represivo seguía firmemente anclado en el poder bien entrado el año 1989. Las fuerzas gubernamentales, por ejemplo, dispersaron implacablemente una reunión en Praga el 21 de agosto para conmemorar el aniversario de la invasión de Checoslovaquia en 1968 a cargo de efectivos del Pacto de Varsovia. Sin embargo, cuando la policía y las milicias volvieron a disolver, el 17 de noviembre, una concentración estudiantil para recordar a un estudiante asesinado por el gobierno nazi en 1939, los estudiantes y las compañías teatrales recurrieron a sus contactos nacionales para convocar una huelga general. Un nuevo grupo, llamado Foro Cívico, respaldó una declaración redactada por el dramaturgo Václav Havel en la que se exigía un castigo para las fuerzas represivas que habían intervenido en la manifestación del 17 de noviembre y la proclamación de las libertades civiles. Según las estimaciones, tres cuartas partes de la población de Checoslovaquia siguió una huelga de dos horas el 27 de noviembre. Después de aquello,

> cuando el primer ministro Adamec propuso una reforma del ejecutivo el 3 de diciembre de 1989 en la que los miembros del Partido Comunista seguirían siendo mayoritarios, el Foro Cívico rechazó la oferta y volvió a amenazar con la convocatoria de una huelga. El 7 de diciembre, el gobierno capituló y Adamec dimitió. Después de

> dos días de negociaciones frenéticas entre los movimientos cívicos y los representantes del régimen leninista, el presidente Gustav Husák anunció, antes de presentar su dimisión, la formación de un Gobierno de Concertación Nacional en el que los miembros del Foro Cívico ostentaban la mayoría. Con el nombramiento del portavoz del Foro Cívico, Václav Havel, como presidente del 30 de diciembre de 1989 se completó la rápida caída del Partido Comunista en Checoslovaquia. (Glenn, 2001, p. 8.)

La rápida caída de un régimen socialista hasta entonces resistente se vio acelerada por la asombrosa proliferación de estrategias propias del movimiento social que la acompañaron.

Europa del Este se convirtió en el escenario de otras situaciones similares, cada una de ellas con su propia cadencia. Concentrándose en la Unión Soviética y en los estados que la sucedieron, Mark Beissinger ha realizado el estudio más exhaustivo sobre el despliegue del repertorio del movimiento social en Europa del Este antes, durante y después de 1989. A partir de un amplio abanico de fuentes, ha dividido los sucesos en dos categorías: manifestaciones públicas de cien mil personas o más y «sucesos multitudinarios violentos», durante los que un mínimo de quince personas se congregan para atacar a otras personas o propiedades (Beissinger, 2002, pp. 462-465). Beissinger señala que las manifestaciones y los asaltos fueron un fenómeno esporádico en la Unión Soviética antes de que Mijail Gorbachov pusiera en marcha sus reformas. En abril de 1965, por ejemplo, cien mil personas se reunieron en Ereván, Armenia, para recordar a las víctimas de la expulsión y masacre de los armenios por parte del Imperio Otomano, acontecida cincuenta años atrás (Beissinger, 2002, p. 71). Sin embargo, bajo aquel régimen represivo, tanto las manifestaciones como los ataques colectivos que no fueran obra de las autoridades estatales eran algo sumamente extraño.

No obstante, la llegada del reformista Gorbachov a la dirección del Partido Comunista en 1985 desencadenó una extraordinaria

proliferación de reivindicaciones similares a las del movimiento social: no sólo manifestaciones multitudinarias, sino también la creación de asociaciones con un fin específico, huelgas, campañas en la prensa y peticiones de apoyo por parte de la comunidad internacional. (Estos llamamientos a menudo incluían mensajes de protesta en inglés, y no en la lengua local.) Aunque, en un primer momento, las reivindicaciones de los movimientos sociales soviéticos se centraron en la reforma política y económica, las exigencias nacionalistas no tardaron en imponerse. Los propios rusos llegaron a exigir, en ocasiones, un reconocimiento especial dentro de la Unión Soviética; cuando llegó al poder, Boris Yeltsin era un nacionalista. Sin embargo, el grueso de las reivindicaciones, así como la mayoría de los sucesos violentos, se centraban en el reconocimiento, la autonomía o la independencia de aquellas subdivisiones de índole étnica que convivían en el seno de la Unión Soviética, como Estonia, Armenia y Chechenia.

La relativa coincidencia de sucesos violentos y no violentos y nacionalistas y no nacionalistas responde a su propia historia. Las manifestaciones no violentas con un trasfondo reivindicativo no nacionalista alcanzaron su apogeo en 1989-1990, mientras diferentes grupos reivindicativos intentaban influir en la forma del gobierno, el reparto de las prebendas, el mantenimiento de la seguridad y demás asuntos relacionados con la participación cívica. Las manifestaciones no violentas para reclamar derechos étnicos y nacionales aumentaron significativamente en 1989, y fueron mucho más frecuentes si cabe en 1991, antes de que empezaran a decaer. Los ataques violentos centrados en cuestiones no nacionalistas jamás fueron demasiado frecuentes, aunque su número aumentó a partir de 1989. El cambio más llamativo se produjo en la violencia nacionalista: a pesar de experimentar un ligero crecimiento en 1989 y 1990, alcanzó unos niveles sin precedentes en 1992, antes de reducirse rápidamente (Beissinger, 2002, p. 105, 284). Beissinger explica la secuencia como una consecuencia del ciclo político: los pri-

meros en alzar su voz, por lo general, o bien alcanzaban algún resultado o bien se desmovilizaban pacíficamente; sin embargo, quienes persistían a pesar de los fracasos anteriores o llegaban tarde al mundo del movimiento social, y sobre todo si su programa se centraba en la autonomía política o la independencia, se topaban con una resistencia cada vez mayor y se implicaban más si cabe en unos procesos reivindicativos que incitaban a la violencia o la desencadenaban.

Grzegorz Ekiert y Jan Kubik prepararon una catálogo similar de «sucesos contestatarios» en Polonia entre 1989 y 1993. (Un suceso se considera contestatario si sus participantes plantean unas exigencias específicas de un modo que no es habitual y si implica a tres o más personas —o a una persona como mínimo en el caso de la inmolación u otros actos «extremos».) En Polonia, las manifestaciones multitudinarias acompañaron la caída del régimen comunista en 1989 y resurgieron en 1991, cuando un amplio abanico de reivindicadores dieron a conocer su postura en materia política, identitaria y programática. Sobre el calendario del año 1993:

> En enero, aproximadamente unas 7.000 personas se manifestaron en contra del presidente y quemaron su efigie frente a su residencia. En marzo, más de 10.000 funcionarios públicos recorrieron las calles de Varsovia exigiendo aumentos salariales y una mayor inversión del Estado en materia de educación y sanidad. En mayo, 4.000 granjeros vertieron balas de heno frente al edificio gubernamental, en señal de protesta por la política agrícola del gobierno y exigiendo un control sobre los precios, unos aranceles que los protegieran y garantías de crédito. En junio, varios miles de manifestantes se enfrentaron a la policía en las calles de Varsovia; la protesta acabó con la quema de una imagen de un cerdo rojo frente al edificio gubernamental. (Ekiert y Kubik, 1999, p. 108.)

Estos son solamente los sucesos contestatarios más visibles de los 250 que ocurrieron en Polonia y que Ekiert y Kubik recogen en

el caso del año 1993. A la vista de la reciente salida de Polonia del socialismo de Estado, estos acontecimientos destacan, paradójicamente, por lo sumamente familiares que nos resultan: dejando de lado los códigos específicos, como utilizar un cerdo rojo para referirse a los antiguos dirigentes comunistas, guardan un extraordinario parecido con las manifestaciones que hubo en otros muchos puntos del mundo democrático o en vías de democratización.

¿Podemos considerarlos como movimientos sociales?

¿Hasta qué punto cabe considerar las movilizaciones populares de 1989 en países con regímenes autoritarios como movimientos sociales? Nos movemos aquí en un terreno movedizo y delicado. En la mayoría de la Europa del Este, cuando no en China, los movimientos sociales fácilmente reconocibles como tales según nuestro estudio del siglo XIX se popularizaron extraordinariamente como herramienta para las reivindicaciones políticas. Si echamos un vistazo a la situación actual en Polonia o en la República Checa, vemos una y otra vez la combinación de campañas, demostraciones de WUNC y actuaciones siguiendo el repertorio del movimiento social, como por ejemplo la organización de manifestaciones, los comunicados de prensa o la creación de asociaciones con un fin específico y centradas en un programa público concreto. Además de los disidentes políticos, muchos otros grupos emplean estas herramientas para plantear sus reivindicaciones. Sin embargo, ¿en qué momento cronológico y en qué punto del proceso político podemos afirmar razonablemente que esta síntesis del movimiento social de campaña, repertorio y demostración de WUNC se popularizó entre grupos, cuestiones y objetos de las reivindicaciones? La importancia de esta pregunta es doble: por un lado, porque aborda las relaciones causales generales entre movimientos sociales y democratización; en segundo lugar, porque si, de hecho, cada régimen inventó

sus propios movimientos sociales de un modo más o menos independiente, este detalle pondría en entredicho la historia de una invención única y de la difusión posterior y adaptada a las circunstancias que he presentado en los capítulos anteriores al referirme a los siglos XVIII y XIX.

Volvamos a centrarnos en las tres preguntas fundamentales que hemos planteado a la hora de examinar otras decisiones similares: (1) *Semejanza*: ¿Se asemeja esta campaña, actuación o demostración de WUNC concreta a aquellas que se suelen producir en otros movimientos sociales plenamente consolidados?; (2) *Combinación*: ¿Combina acaso esta campaña concreta actuaciones y demostraciones de WUNC de un modo evidentemente similar a cómo lo hacen los movimientos sociales de otras zonas?; (3) *Disponibilidad*: En esta tesitura, ¿acaso la combinación característica de campaña, actuaciones y demostraciones de WUNC es lo suficientemente popular en términos de reivindicaciones, reivindicadores y objetos de la reivindicación? En cuanto nos planteamos la cuestión así, resulta sumamente fácil admitir que, en sus principios, las movilizaciones del socialismo de Estado de 1989 encajaban, todas ellas, bajo la primera categoría: a pesar de la inclusión de códigos locales, como el hecho de arrodillarse en la escalinata del Gran Palacio o la quema de imágenes de cerdos rojos, todas ellas guardaban relación con otras actividades habituales de los movimientos sociales del resto del mundo. En ese momento, sin embargo, todavía no habían llegado al tercer escalafón: a saber, que las campañas, las actuaciones y las demostraciones de WUNC fueran un recurso al alcance de una gran parte de la población en la política pública popular. Todas se encontraban en una tierra de nadie, aunque unas habían recorrido más trecho que otras a la hora de sintetizar las campañas, las actuaciones y las demostraciones de WUNC en unos movimientos sociales duraderos que pudieran reclamar un cambio de régimen.

Todos los países implicados tenían dos fuentes en las que podían inspirarse las acciones del movimiento social: su propia histo-

ria y los datos que poseían acerca de los movimientos sociales en el mundo no socialista. Antes de optar por el socialismo, China, Rusia, Polonia, Hungría, Alemania del Este, Rumania y Checoslovaquia habían atravesado, en el siglo XX, largos períodos durante los que al menos algunos sectores de la población se habían entregado decididamente a la creación de asociaciones y a la planificación de reuniones, manifestaciones, comunicados y campañas que caracterizan a los movimientos sociales. Estos esfuerzos del pasado seguían siendo modelos a su alcance. Asimismo, gracias a la radio, la televisión, la mensajería electrónica y algún que otro viaje al extranjero o alguna visita procedente de fuera de las fronteras nacionales, muchos ciudadanos de los países con regímenes socialistas recibían información sobre la política pública en Estados Unidos, Europa Occidental y los países capitalistas del este asiático. Al menos a partir del movimiento estudiantil de Berlín Occidental de 1968, los alemanes del este tuvieron acceso a modelos del movimiento social procedentes de la República Federal de Alemania. A partir de la síntesis de la historia local y de los modelos a su alcance, los disidentes de los regímenes socialistas de 1989 estaban empezando a forjar sus propios sectores de movimiento social.

Por aquel entonces, los movimientos sociales se habían convertido en un rasgo habitual de la política pública en muchos países de fuera de Europa Occidental y Estados Unidos. La revuelta de 1968 nos ha permitido descubrir la participación de estudiantes mexicanos en las reivindicaciones del movimiento social. En otros países de América Latina proliferaron durante 1989 movimientos sociales similares. En Argentina, por ejemplo, las disputas a raíz del traspaso de poderes del radical Raúl Alfonsín al peronista Carlos Saúl Menem, el primer cambio de partido en el gobierno que se producía de un modo pacífico desde 1916, provocó un alud de movilizaciones por parte de sindicatos, grupos proderechos humanos, veteranos del ejército y las Madres de la plaza de Mayo. No obstante, ningún movimiento social emergió en un país con un régimen autoritario como

Chile (el general Pinochet seguía en el poder), en Paraguay (donde un golpe de Estado derrocó, tras muchos años de presidencia, al dictador Alfredo Stroessner para sustituirlo por otro general) o Cuba (donde la particular versión de Fidel Castro del socialismo de Estado incluía un férreo control sobre la expresión popular).

Todos estos países con regímenes autoritarios habían atravesado en el pasado diferentes fases de actividad del movimiento social, una actividad acallada por déspotas y dictadores. En Cuba, por ejemplo, los movimientos sociales habían florecido antes del golpe de Estado de Fulgencio Batista en 1952, y siguieron asomando la cabeza intermitentemente en momentos de debilidad del régimen hasta la revolución castrista de 1959. En 1955,

> una serie de episodios marcó al movimiento contra Batista. Los auténticos, los ortodoxos y demás grupos políticos se reagruparon y parecían estar mejor coordinados. Los estudiantes universitarios eligieron a una nueva cúpula y volvieron a manifestar su descontento. Hacia finales de año, el veterano de la guerra de independencia Cosme de la Torriente formó la Sociedad de Amigos de la República y planteó la necesidad de un diálogo cívico y de un nuevo ciclo electoral. Todo el resto de sectores de la oposición se sumaron a esta iniciativa con la salvedad del movimiento 26 de julio. Aunque Batista aceptó la invitación, no accedió a celebrar elecciones antes de la fecha prevista, 1958. Su intransigencia reafirmó en su postura a los que sostenían que no había otra manera de enfrentarse a él que la lucha armada. (Pérez-Stable, 1993, p. 56.)

A pesar de hacerse llamar Movimiento 26 de julio, en cuanto alcanzó el poder en 1959, el grupo de Castro suprimió de inmediato las campañas, las actuaciones y las demostraciones de WUNC de la oposición (Pérez-Stable, 1993, pp. 52-81). Resumiendo: en 1989, el mapa de los movimientos sociales en América Latina se correspondía aproximadamente con las fronteras de unos regímenes relativamente democráticos. Los muchos gobernantes autoritarios que

había en el continente seguían abortando la combinación de campañas orquestadas desde la base, actuaciones del movimiento social y demostraciones de WUNC.

A finales de siglo, esta generalización básica se aplicaba a todo el mundo: los movimientos sociales actuaban en aquellos países donde había unas instituciones democráticas relativamente importantes. Más aún, ahí donde se estaba avanzando decididamente hacia la democracia —Corea del Sur, Taiwán o Sudáfrica, entre otros—, esas iniciativas solían traer consigo la aparición de campañas, actuaciones y demostraciones de WUNC a imagen y semejanza de las del movimiento social. En ocasiones, parecía como si los movimientos sociales hubieran arrasado todo el mundo, democrático o autoritario; la televisión, por ejemplo, mostraba de vez en cuando la parafernalia de unas manifestaciones —encuentros en lugares públicos, desfiles ordenados, eslóganes, pancartas...— que se celebraban en lugares remotos del planeta. Con todo, conviene recordar aquí los tres elementos de nuestra prueba: (1) semejanza, (2) combinación y (3) disponibilidad.

En el año 2000, no había país que no satisficiera de vez en cuando el primer requisito, y los partidarios o los detractores del régimen adoptaban algún elemento semejante a los que caracterizaban al movimiento social. Comoquiera que la gran mayoría de países se declaraban democráticos de un modo u otro, la simple presencia de medios de comunicación internacionales de masas provocaba de vez en cuando alguna manifestación reivindicativa popular pública, a través de campañas, de la actuación del movimiento social o (las más de las veces) de demostraciones de WUNC. Sin embargo, solamente una minoría de regímenes cumplían claramente con el tercer requisito. En el caso de otra minoría sustancial, algunos sectores privilegiados de la población podían participar en las pocas reivindicaciones permitidas al movimiento social, siempre y cuando se mantuvieran dentro de los límites prescritos y evitaran ofender a los principales actores del régimen. Los estudiantes, que a menudo

eran hijos de las clases dirigentes, disfrutaban de aquel precario privilegio en varios regímenes semiautoritarios.

Tenemos un claro ejemplo de esta situación en Indonesia. Aunque los procesos electorales comenzaron a provocar algún que otro cambio en Indonesia a finales de los años noventa, el ejército indonesio conservaba un gran poder tanto dentro del gobierno como entre bastidores, administraba algunas zonas rebeldes y recurría al uso de la fuerza de manera generalizada sin temor a las consecuencias. En el año 2000, la organización de seguimiento de la democracia Freedom House, con sede en Nueva York, situó a Indonesia en la mitad de su clasificación en términos de derechos políticos y libertades civiles, calificando al país de «parcialmente libre» (Karatnycky, 2000, p. 235). Después de retrasar el anuncio de los resultados de las elecciones nacionales celebradas en junio de 1999,

> el 23 de septiembre, los estudiantes de Yakarta advirtieron al gobierno de que saldrían a la calle si este tomaba medidas que fueran en contra de la reforma. Aquel día, el parlamento aprobó una ley sobre seguridad nacional que contaba con el respaldo del ejército y que habría otorgado al ejército amplios poderes para declarar el estado de excepción a escala regional o nacional. Los grupos a favor de la democracia y las organizaciones estudiantiles se movilizaron por millares para protestar por ello, y el enfrentamiento posterior con las fuerzas de seguridad se saldó con cuatro muertos, uno de ellos un agente de la policía. El 24 de septiembre, el gobierno anunció que suspendía la entrada en vigor de la ley. (Human Rights Watch, 2000, pp. 193-194.)

Sin embargo, mientras que en Yakarta se presentaba una primera oportunidad para actuar a la manera del movimiento social, buena parte del país estaba enzarzada en una política de sino muy distinto, lo que Human Rights Watch califica como «disturbios comunales», en los que intervienen grupos religiosos, separatistas, milicias de mercenarios o una combinación de estos tres grupos.

Ahí donde hubo protestas pacíficas, además, estas no guardaban el menor parecido con las interacciones de los movimientos sociales. En febrero de 1999, por ejemplo,

> en lo que se dio en llamar «diálogo nacional» sobre el futuro estatuto político de Irian Jaya, cien destacadas figuras públicas de Irian Jaya presentaron al presidente Habibie una declaración que recogía el deseo de independencia del pueblo de Irian Jaya. El gobierno rechazó cualquier tipo de negociación sobre la independencia y, en abril, después de que los asistentes a una reunión intentaran dar a conocer los resultados de la misma ante un público más amplio en su región, el jefe de policía de Irian Jaya prohibió cualquier nueva discusión. En agosto, se supo que el 28 de junio se había prohibido abandonar Indonesia a cinco destacadas figuras de la región. La prohibición, decretada por los militares e impuesta por los funcionarios de inmigración, se basaba en razones de seguridad nacional sin especificar. (Human Rights Watch, 2000, p. 195.)

Aunque apenas tenemos motivos para considerar a la Unión Soviética y a los estados que la sucedieron entre 1989-1992 como democracias consolidadas, el análisis de Beissinger de las reivindicaciones que ahí se hicieron durante esos años deja claro que la Unión Soviética estaba mucho más cerca de la institucionalización de los movimientos sociales en 1989 que Indonesia en 1999.

En ambos casos, sin embargo, lo que marcó la diferencia en lo tocante a las actuaciones del movimiento social y su supresión fue el marco internacional. Así como los manifestantes soviéticos que reclamaban un mayor grado de autonomía política se dirigían a unos apoyos potenciales extranjeros al tiempo que se enfrentaban a las autoridades soviéticas, los estudiantes de Yakarta pudieron tomar las calles en parte porque formaban parte de una elite nacional, pero también porque la televisión internacional dio a conocer sus reivindicaciones —y tal vez también sus enfrentamientos con la policía— al día siguiente. En nuestro test de tres pasos, podríamos si-

tuar algunas de las movilizaciones estudiantiles en Indonesia en el paso 2, pero bajo ningún concepto podríamos incluir a Indonesia en la lista de países que, a finales del siglo XX, habían institucionalizado definitivamente los movimientos sociales.

Transmutaciones en el siglo XX

La minoría de regímenes nacionales que habían regularizado los mecanismos de reivindicación del movimiento social en el año 2000 habían dejado tras de sí un siglo de cambios sustanciales tanto en el cariz como en la distribución de los movimientos sociales. Las tendencias más importantes durante el siglo XX incluían:

- Carácter rutinario de (algunas) relaciones entre los organizadores del movimiento social y las autoridades locales, sobre todo la policía encargada del mantenimiento del orden público y del control de las muchedumbres.
- Evolución de las campañas, las actuaciones del movimiento social y las demostraciones de WUNC para dar respuesta a unos medios de comunicación cambiantes.
- Adopción por parte de los opositores a los movimientos radicales o reformistas de las campañas del movimiento social.
- Adaptación sustancial de las campañas, los repertorios y las demostraciones de WUNC del movimiento social a la cultura política local y nacional en países situados fuera de la zona donde se produjeron las primeras transformaciones del movimiento social.

A lo largo del siglo, en las relaciones entre los activistas de los movimientos sociales y las autoridades se produjeron una serie de cambios de enjundia. A finales del siglo XX, muchos actores de los movimientos sociales seguían viendo a la policía y a las autoridades

locales como a sus enemigos, y relataban hasta la saciedad historias de brutalidad y represión. Con todo, si comparamos esta situación con la del siglo XIX, el marco legal había variado significativamente. Ahí donde los movimientos sociales eran un fenómeno habitual, las autoridades seguían exigiendo en ocasiones un permiso para celebrar una reunión o una manifestación, que las organizaciones sospechosas se inscribieran, las hostigaban vigilando sus pasos, infiltrándose en ellas, acusándolas de conspiración o inspeccionando sus finanzas, limitaban el acceso de los disidentes a los medios de comunicación, protegían a las figuras públicas de los ataques o hacían la vista gorda ante el juego sucio de los opositores a estos movimientos. En comparación con abatir a los manifestantes, encarcelar a los activistas del movimiento acusándolos de subversivos y prohibir cualquier organización disidente, las prácticas que se estilaban a finales del siglo XX en los principales centros de actividad del movimiento social reflejaban, sin embargo, un cambio de actitud en las relaciones entre los activistas y los regímenes.

Para ver este cambio de un modo mucho más claro, rebobinemos la película del siglo hasta situarnos en la ciudad de Berlín a principios del siglo XX. El historiador alemán Thomas Lindenberger es el autor de un sensacional y completísimo estudio de la «política callejera» berlinesa entre 1900 y 1914, en el que se refiere a «la pequeña guerra cotidiana entre la policía y el pueblo». Lindenberger tomó como puntos de referencia para su ambicioso estudio de la contienda callejera tres categorías importantes: «pequeñas guerras callejeras», huelgas industriales y manifestaciones callejeras. En el caso de los enfrentamientos callejeros, Lindenberger preparó una relación semejante a las de Deneckere, Beissinger, Ekiert y Kubik. Los 405 «disturbios callejeros» que recopiló a partir de las informaciones locales publicadas por el periódico *Vossische Zeitung* incluían situaciones en las que veinte o más personas se reunieron en una plaza pública y la policía intervino —da lo mismo si el suceso se había iniciado o no de resultas de un encontronazo en-

tre la policía y los civiles (Lindenberger, 1995, pp. 107-108). Las estadísticas oficiales, los informes policiales y la prensa le proporcionaron una extraordinaria cantidad de documentación sobre las huelgas. Los muchos informes policiales, así como los ejemplares del *Vossische Zeitung* y los del periódico socialista *Vorwärts*, también le permitieron elaborar un inventario exhaustivo de las manifestaciones callejeras más multitudinarias que se produjeron durante ese mismo período. Centrémonos en las manifestaciones.

Al igual que se deduce de los datos de que disponemos sobre la Francia del siglo XIX, Lindenberger señala que, antes de principios del siglo XX, la mayoría de cuasi-manifestaciones se produjeron en el contexto de cortejos fúnebres o festividades públicas (Lindenberger, 1995, pp. 308-316). También como en Francia, el 1 de mayo se convirtió, de manera oficiosa, en la fiesta del trabajo allá por 1890, y en la ocasión para celebrar diferentes reuniones reivindicativas. Sin embargo, la policía solía abortar los frecuentes intentos de los participantes en reuniones en recintos cerrados de tomar las calles tras la concentración. No obstante, cuando en 1906 se inició la campaña para ampliar el derecho de voto a las clases trabajadoras, la situación cambió. Desde entonces y hasta la primera guerra mundial, Berlín fue un hervidero de manifestaciones callejeras, a pesar de los intensos esfuerzos por impedirlas de las autoridades de la ciudad y de la policía. «Cuando menos en la fase inicial, y hasta 1910 —señala Lindenberger—, las manifestaciones callejeras se sucedieron con los enfrentamientos contra la policía por el control de las calles como telón de fondo» (Lindenberger, 1995, p. 386).

La tabla 4.4 recoge las principales manifestaciones que se celebraron en Berlín durante diez semanas de 1910. Permiten imaginar un régimen que, a regañadientes, hacía concesiones a los activistas del movimiento social aunque recurría al orden público para contener o para prohibir actuaciones públicas, como por ejemplo las concentraciones o las manifestaciones organizadas por los opositores al régimen. A pesar de la presencia de diputados socialdemócratas

y de la Alianza Democrática en el parlamento nacional, la policía de Berlín vigiló muy de cerca las actividades callejeras de uno y otro partido. Por lo tanto, lo más parecido a una manifestación consistía, por lo general, en celebrar una reunión pública autorizada (con presencia de un funcionario de la policía para tomar notas y pedir refuerzos si era necesario) y que la gente abandonara la reunión para hacer notar brevemente su presencia en las calles bajo la atenta mirada de la policía. En ese punto, podríamos considerar que Alemania había entrado, aunque tímidamente, en la tercera fase de nuestro test: disponibilidad generalizada de las campañas, las actuaciones y las demostraciones de WUNC del movimiento social. Hasta que se vino abajo con la llegada al poder de los nazis en 1933, la República de Weimar, que había nacido de resultas de la primera guerra mundial, brindó un amplio marco para las reivindicaciones del movimiento social.

Saltemos a finales del siglo XX. Las autoridades germanas jamás dejaron de seguir de cerca a los movimientos sociales, y después del paréntesis represivo del régimen nazi y la segunda guerra mundial, definieron un generoso marco legal en la política alemana para las campañas conjuntas, las actuaciones del movimiento social y las demostraciones de WUNC. Retomando su comparación entre la «política de la protesta» en Alemania e Italia entre 1950 y 1990, Donatella della Porta concluye que

> en Italia, como en Alemania, entre 1950 y 1990 el control de las protestas evolucionó hasta adoptar unas formas más flexibles, basadas en una interpretación mucho más liberal de los derechos de manifestación. En ambos países, las políticas relacionadas con el orden público pasaron a ser más tolerantes, más selectivas, más orientadas a la prevención, más respetuosas con los procedimientos democráticos y «más suaves», toda vez que no se puede decir que esta evolución fuera lineal (ambos países tuvieron «recaídas», por ejemplo cuando los conflictos políticos abrazaron formas violentas). Asimismo, podemos añadir que, con el tiempo, las diferencias transna-

TABLA 4.4. Manifestaciones en Berlín, febrero-mayo de 1910

13 de febrero	200.000 personas participan en 42 concentraciones socialdemócratas por toda la ciudad que desembocan en manifestaciones callejeras en las que intervienen decenas de miles de personas
15 de febrero	Diversas concentraciones del movimiento femenino de la ciudad, seguidas de pequeñas manifestaciones
20 de febrero	Reunión de librepensadores tras la cual se celebra una breve manifestación
27 de febrero	Ocho mil personas participan en una reunión de intelectuales de izquierdas seguida de una manifestación frente al palacio real que congrega a varios millares de personas
6 de marzo	Manifestación anunciada en Vorwärts pero prohibida por las autoridades: un «paseo a favor del derecho de voto» organizado apresuradamente va desde el parque Treptow hasta el Zoo, donde unas 150.000 personas se manifiestan. La policía acudió al parque Treptow y al Zoo a pie y a caballo, y cargó contra los participantes en la reunión a golpes de espada
13 de marzo	Cinco mil personas participan en una reunión de la Alianza Democrática, una organización liberal y de izquierdas. A continuación, se celebra una manifestación
15 de marzo	48 concentraciones socialdemócratas, sin que haya manifestaciones tras las reuniones, se celebran en el área metropolitana de Berlín. Sin embargo, la policía ha promulgado diversos decretos que prohíben cualquier demostración pública
17 de marzo	Reunión socialdemócrata en Spandau. A continuación, se celebra una manifestación
18 de marzo	Altercados entre la policía y los socialdemócratas después de una reunión en el cementerio del bosque de Friedrich
10 de abril	Tres reuniones autorizadas y al aire libre de los socialdemócratas y la Alianza Democrática en el parque Treptow, el bosque Friedrich y el bosque Humboldt congregan a unas veinticinco mil personas
1 de mayo	La conmemoración del 1 de mayo prosigue sin episodios de violencia entre la policía y los manifestantes después del período autorizado, que concluía al final de la mañana

Fuente: Lindenberger, 1995, pp. 326-327.

> cionales parecieron atenuarse, probablemente a causa de la cooperación internacional y de los flujos transnacionales de información en los que participaban tanto las organizaciones del movimiento como los agentes de la ley. (Della Porta, 1995, p. 71; véase también Della Porta y Reiter, 1998.)

Los movimientos sociales atravesaron por diferentes fases, siguiendo el ritmo que marcaba la historia política de cada país. El auge de movimientos sociales que suponían una amenaza para el régimen casi siempre espoleó los intentos del ejecutivo por suprimirlos. Sin embargo, y por lo general, las autoridades, la policía y los organizadores del movimiento social acababan negociando una serie de rutinas que brindaban un marco de actuación generoso para llevar a cabo campañas no violentas, demostraciones de WUNC y recurrir al repertorio del movimiento social.

Movimientos y medios de comunicación

Desde el momento, en el siglo XVIII, en que los movimientos sociales asomaron la cabeza, los periódicos, las revistas, los panfletos y demás medios de comunicación impresos difundieron sus mensajes de campaña, anunciaron sus nuevas actividades, evaluaron dichas actividades e informaron de sus éxitos o sus fracasos. No obstante, el cambio y la expansión experimentadas en el siglo XX por los medios de comunicación ofrecieron a los movimientos sociales una ventana al mundo y un sinfín de oportunidades sin precedentes. La radio, la televisión, la mensajería electrónica, los sondeos de opinión y la proliferación de periódicos de alcance mundial provocaron una serie de cambios en las campañas, las actuaciones del movimiento social y las demostraciones de WUNC.

Comparada con los ataques directos y la negociación personal, la difusión de las reivindicaciones del movimiento a través de los

medios de comunicación públicos es mucho mayor entre terceras personas. Entre estos terceros no sólo están aquellas figuras que son objeto de las reivindicaciones de los activistas, sino también personajes importantes, así como diferentes tipos de público que harán un juicio relevante en elecciones, compras, sondeos de opinión y demás muestras de apoyo, adeptos potenciales a la causa y, además, aliados del objetivo u objetivos que podrían reconsiderar su postura (Koopmans, 2004). Así, la difusión a través de medios de comunicación de masas como periódicos y revistas de las reivindicaciones programáticas, identitarias o sobre posición del movimiento, amplía el espectro de personas interesadas por los movimientos sociales y las demostraciones de WUNC.

Una mayor implicación con los medios de comunicación de masas también provoca una suerte de cámara de eco que permite a los activistas saber cómo interpretan otras personas sus reivindicaciones programáticas, identitarias o sobre su posición. Tanto el alcance como el carácter de cualquier información se convierten, por lo tanto, en objetos de la estrategia del movimiento. Sin embargo, los movimientos sociales del siglo XX no establecieron, ni mucho menos, una relación dominante, ni siquiera una de igualdad, con los medios de comunicación de masas. Los movimientos llamaron la atención de estos en tanto en cuanto sus campañas, actuaciones o demostraciones de WUNC podían ser noticia: grandes, coloristas y relevantes a escala local o centradas en cuestiones que ya formaban parte del debate público (Hocke, 2002; McCarthy, McPhail y Smith, 1996; Oliver y Maney, 2000; Oliver y Myers, 1999; Scalmer, 2002a; Tilly, 2002b). Esta asimetría intrínseca suponía que los activistas raramente podían contar con la cobertura de los medios, apenas podían controlar el retrato que de ellos hacían y, las más de las veces, no quedaban satisfechos con el tratamiento que se les había dispensado.

A la larga, el efecto más elocuente de los nuevos medios de comunicación no sólo fue que cambió la imagen que estos mismos

medios tenían de los movimientos, sino que además puso en contacto a los activistas y al público circunscrito a ese medio y, por lo tanto, los *alejó* de las personas a las que ese mismo medio excluía. Los periódicos tuvieron un efecto reductor en el público del movimiento social a causa del bajo grado de alfabetización y del reducido número de lectores. Internet, con su acceso tan desigual —menos del 10 por ciento en los países en desarrollo, pero cerca del 60 por ciento en los países desarrollados en 2006— tiene, qué duda cabe, un efecto similar (Unión Internacional de Telecomunicaciones, 2007). Supera con creces el círculo inmediato de cualquier activista, pero lo hace de un modo muy selectivo.

Los medios de comunicación difieren poderosamente en términos de asimetría. Los medios impresos, la radio y la televisión apenas permiten conocer la respuesta de los receptores, a pesar de las cartas al director, las columnas de opinión, los programas de entrevistas y otras concesiones a la simetría. Los teléfonos e Internet, por su parte, permiten un mayor grado de simetría entre el emisor y el receptor; los organizadores del movimiento social del siglo XX, por ejemplo, solían emplear cadenas de llamadas telefónicas para congregar a los participantes en las actuaciones del movimiento. Sin embargo, tal y como reflejan las llamadas comerciales, los anuncios en Internet y los sitios web, incluso esa simetría choca con unos límites serios, y podría homogeneizar las relaciones entre partes que ya se definen como iguales, o abrir una puerta para que los proveedores bien organizados dominaran los flujos de información.

Evitemos, por lo tanto, el determinismo tecnológico: la mera invención de nuevos medios de comunicación no cambió por sí sola el carácter de los movimientos sociales. Lo que sucedió, como en tantas otras situaciones, fue que algunos de los organizadores del movimiento social adaptaron aquellos nuevos medios de comunicación que tenían a su alcance para acomodarlos a una actividad que ya estaban llevando a cabo; la mayoría de estas adaptaciones fracasaron, pero algunas tuvieron tanto éxito que propiciaron cam-

bios en la organización que las había implantado y se convirtieron en un modelo para otras organizaciones inmersas en campañas similares.

Tomemos el ejemplo de Charles Edward Coughlin. Este sacerdote católico, de origen canadiense, se convirtió en uno de los líderes más influyentes del movimiento social norteamericano durante los años treinta, hasta que la iglesia lo silenció devolviéndolo al trabajo parroquial en 1942. Nacido en 1891 y educado en Toronto, el padre Coughlin comenzó dando clases en Assumption College, cerca de Windsor, Ontario, en la otra orilla del río, frente a Detroit. En 1923 fue nombrado vicario de una parroquia de Kalamazoo, Michigan, antes de ser trasladado a una parroquia del centro de Detroit. Consciente de la elocuencia de Coughlin y de sus dotes organizativas, el obispo de Detroit no tardó en nombrarlo pastor de una pequeña población, antes de ofrecerle el cargo de párroco de una iglesia en Royal Oak, una zona residencial del norte en la que el Ku Klux Klan se había dedicado a quemar cruces para intimidar a los católicos.

En esos años, la radio comercial era un medio de comunicación nuevo que solamente llevaba funcionando media docena de años. En 1926, con el fin de recaudar fondos, el padre Coughlin acudió a la radio para participar en una emisión que se inició como un programa infantil. Sus alocuciones radiofónicas no tardaron en versar sobre temas políticos y económicos, abordados desde una óptica populista. Esta es la descripción que de Coughlin hace Samuel Eliot Morison en su historia general de Estados Unidos: «un consumado orador radiofónico, sus teorías ganaron popularidad gracias a su sentido del humor irlandés; y siendo como era un defensor de las monedas de plata y del papel moneda, resucitó la vieja creencia populista de que el oro era el origen de todo el mal y los banqueros neoyorquinos, el demonio» (Morison, 1965, p. 972). Coughlin alcanzó tal grado de popularidad que la Columbia Broadcasting Service (CBS) lo pasó a la programación nacional.

Según unas estimaciones totalmente divergentes, las emisiones de Coughlin del domingo por la tarde pronto congregaron a un público de entre diez y cuarenta millones de oyentes; el propio Coughlin elevaba esa cifra hasta los cuarenta y cinco millones (Brinkley, 1983, p. 304). Su Liga Radiofónica de Little Flower comenzó poco después a financiar el Santuario de Coughlin de la Iglesia de Little Flower, así como un movimiento nacional que promovía su propia versión de la justicia social. Desde el primer momento, arremetió contra la Unión Soviética, a la que consideraba como un bastión del ateísmo y una amenaza para unos valores familiares sólidos. Cuando empezó a lanzar sus ataques contra las políticas del gobierno y contra capitalistas tan eminentes como Henry Ford, la CBS acabó con el programa (1931), lo que llevó a Coughlin a crear su propia red de emisoras de radio. En 1932, Coughlin mostró su clara oposición a la reelección del presidente Herbert Hoover y, por lo tanto, apoyó la candidatura de Franklin D. Roosevelt, su rival para la presidencia. (Como sacerdote católico, Coughlin no se atrevía a respaldar explícitamente a un candidato a la presidencia. Varios años más tarde, vencería esas reticencias.) Después de la victoria de Roosevelt, las organizaciones de Coughlin empezaron a hacer campaña para crear un banco central nacional, formaron diferentes sindicatos para competir con aquellos que se le antojaban manchados por el comunismo y se unió a Huey Long en su apoyo a una Ley de Compensación para los veteranos de la primera guerra mundial. Ambos se implicaron extraordinariamente en distintas actividades relacionadas con el movimiento social.

Roosevelt perdió rápidamente el favor de Coughlin. En 1934, Coughlin formó un Sindicato Nacional para la Justicia Social que se oponía frontalmente al New Deal de Roosevelt. Coughlin estuvo a punto de impedir, él solo, que el Senado refrendara la propuesta de Roosevelt para ingresar en el Tribunal Mundial de la Liga de Naciones (Brinkley, 1983, pp. 135-136). Bajo el nombre de Partido de la Unión, su organización llegó incluso a apoyar a su propio can-

didato populista en las elecciones presidenciales de 1936. Después del estrepitoso fracaso del partido en unas elecciones que se saldaron con una victoria apabullante de Roosevelt, Coughlin cambió el Sindicato Nacional por el Frente Cristiano, aislacionista y cada vez más anticomunista, y bautizado así en un claro contraste con los Frentes Populares de la izquierda europea. Su revista, *Social Justice*, trasladó su mensaje a millones de norteamericanos, e incluso comenzó a publicar el falso texto antisemita *Los protocolos de los sabios de Sión*.

A partir de ese momento, el tono de las emisiones semanales de Coughlin se endureció más y más al referirse a la «conspiración comunista» de FDR y, por si fuera poco, se tiñeron de un discurso cada vez más antisemita. En 1940, Coughlin se pronunció a favor de la destitución de Roosevelt aduciendo que trasladar material militar a Gran Bretaña y seguir apoyando a la Unión Soviética constituía un abuso de sus atribuciones. En cuanto Estados Unidos entró en la segunda guerra mundial, el gobierno lo condenó en aplicación de la Ley de Espionaje, canceló los privilegios postales que tan importantes eran para sus campañas de recaudación de fondos y brindó al obispo de Detroit la oportunidad que tanto tiempo llevaba esperando: el obispo confinó al desaforado lenguaraz de su diócesis al trabajo parroquial en Little Flower, donde Coughlin permaneció hasta 1966. Sin embargo, Coughlin no guardó silencio, y siguió escribiendo panfletos anticomunistas hasta su muerte en 1979.

El padre Coughlin fue el pionero en el uso de la radio en tanto que herramienta organizativa del movimiento social, y la radio no desapareció de la escena del movimiento social con la marcha del padre Coughlin. Todo lo contrario: su importancia fue en aumento durante y después de la segunda guerra mundial. Los boletines informativos daban noticias sobre actividades de los movimientos como las marchas (en directo) y, muy de vez en cuando, transmitían mensajes del movimiento con sus reivindicaciones programáticas, identitarias y sobre posición. En una fecha tan reciente como 2003,

la izquierda norteamericana lamentaba su exclusión del circuito de los programas de entrevistas que tanto público congregan, y al menos un grupo de inversores de riesgo de tendencias izquierdistas se mostraron dispuestos a financiar emisiones «liberales» para contrarrestar la influencia de los fanáticos de derechas (Gans, 2003, p. 29; Herztberg, 2003). No obstante, a partir de los años sesenta, la televisión se erigió en un medio mucho más influyente si cabe en la representación de los movimientos sociales norteamericanos.

Mi colega en la Universidad de Columbia, Todd Gitlin, fue, entre 1963 y 1964, el presidente nacional de la organización del movimiento social por antonomasia en Estados Unidos durante los años sesenta—Estudiantes por una Sociedad Democrática (SDS)—, y siguió en activo en la organización hasta 1966. En ese momento comenzó a distanciarse de las actividades del SDS y, a finales de los años sesenta, «se sentía ya cada vez más lejos de la dirección que había tomado la organización nacional» (Gitlin, 1980, p. 294; para el contexto histórico, véase Fendrich, 2003). Llegó a la conclusión, por ejemplo, de que la interacción de la organización con los medios de información estaba llevando al SDS a adoptar unas posturas radicales de lo más ineficaz que no promovían un cambio progresivo sino que invitaban a la represión.

No obstante, en lugar de marcharse despotricando sin más, Gitlin acabó estudiando a fondo la interacción entre esta organización de la Nueva Izquierda y los medios de comunicación. Su estudio se concentraba en la cobertura informativa que le dispensaron la cadena de televisión CBS y *The New York Times* entre 1965 y 1970. Adoptando una idea que había llegado al mundo de la sociología gracias a Erving Goffman, Gitlin examinó en qué medida incidían los «marcos» interpretativos en el relato de una historia y en la imagen que de la misma llegaba a los activistas. Gitlin concluyó que la cobertura informativa animaba a los activistas a seguir siendo noticia a través de una serie de innovaciones que no siempre aportaban algo a la causa, a sustituir aquellos elementos que les decían los

medios informativos por la observación directa de los efectos de sus acciones, a prestar una atención desproporcionada a símbolos, eslóganes, atuendos y actuaciones llamativas y, en ausencia de una información veraz sobre sus propios éxitos y fracasos, a moverse a caballo de la desesperación y el deseo de venganza. (Recordemos las palabras que, por esa misma época, dijera Daniel Cohn-Bendit a Jean-Paul Sartre: que su movimiento podría derribar al régimen francés solamente si contaba con el apoyo de las organizaciones obreras.)

A pesar de su pesimismo, Gitlin demuestra dos puntos de suma importancia para nuestro análisis: 1) que la clara disponibilidad de un medio no alteraba por sí misma las campañas, las actuaciones y las demostraciones de WUNC del movimiento, y 2) que los propios organizadores del movimiento desempeñaban un papel activo a la hora de incorporar el acceso de los medios de comunicación a su propia planificación de campaña. No podemos olvidar, sin embargo, que los compromisos de los medios de comunicación provocan a menudo una serie de consecuencias no deseadas o nocivas. Así lo indican también los análisis más recientes sobre la interacción entre medios de comunicación y movimientos (véanse, por ejemplo, Granjon, 2002; Hocke, 2002; Oliver y Maney, 2000). No obstante, incluso en una época como la nuestra, donde la tecnología es tan importante, los medios no engendran, por sí mismos, movimientos sociales.

Annelise Riles demostró el uso que hacían los activistas de un abanico extraordinario de medios de comunicación al combinar un estudio de las organizaciones que participaban en la IV Conferencia Mundial de las Naciones Unidas sobre la Mujer (Pekín, 1985) con un estudio etnográfico sobre la actividad del movimiento en Fiji después de la conferencia. Descubrió que había organizaciones que utilizaban activamente Internet, el fax, el teléfono, las comunicaciones vía satélite y los boletines informativos y que, a pesar de que la mayoría de activistas desempeñaban su trabajo ajenas a los

medios de comunicación o subordinándolos al mantenimiento de las relaciones interpersonales ya existentes, algunas eran fervientes usuarias de estos canales para vehicular la información, los contactos y sus influencias (Riles, 2000, pp. 54-55).

Así como la prodigiosa expansión de la telefonía móvil y de los aparatos que permiten el envío de mensajes de texto parece tener como fin principal facilitar las comunicaciones entre personas que ya están estrechamente relacionadas, las feministas de Fiji preferían recurrir a aquellos métodos que reforzaban las conexiones ya existentes. «Quienes trabajaban en instituciones burocráticas en Suva tenían mil y una maneras de compartir la información que obraba en su poder», comenta Riles:

> Podían cruzar la calle para ir de un despacho a otro y reunirse; a la hora de la comida, era prácticamente inevitable que se encontraran en alguno de los restaurantes de Suva donde quienes trabajaban por esa zona solían ir a comer. Podían enviarse cartas, faxes o informes, o enviar incluso a los chóferes para que trasladaran algún mensaje. También podían organizar reuniones y conferencias. Sin embargo, el medio más popular para la comunicación cotidiana era el teléfono. El teléfono era útil precisamente porque se consideraba que era personal (en oposición a institucional), privado (en comparación con los despachos colectivos en los que se celebraban las reuniones cara a cara) e informal. Tal y como me contó uno de los miembros de estas redes, y como yo misma comprobé y llevé a la práctica, las conversaciones telefónicas eran largas; no era extraño que la gente estuviera al teléfono una hora o más. (Riles, 2000, p. 67.)

En este escenario burocratizado, podríamos concluir que los activistas habían abandonado la organización de campañas, el despliegue de las actuaciones del movimiento social y la creación de demostraciones de WUNC, pero estaríamos incurriendo en un error, pues sí que siguieron reivindicando una serie de cuestiones que afectaban a la mujer en un entorno como aquel, aparentemente

insensible a sus llamamientos. La diferencia es que lo hicieron empleando los mismos mecanismos que las organizaciones no gubernamentales de finales del siglo XX.

La apropiación por parte de la derecha de las formas del movimiento social

A medida que los movimientos sociales del siglo XX llegaban a acuerdos parciales con las autoridades e incorporaban los nuevos medios de comunicación a su repertorio, también crecieron para abrazar un mayor número de reivindicaciones propias de la derecha. Si bien la supremacía norteamericana y las movilizaciones a favor de la esclavitud sirven para recordarnos que, en el siglo XIX, no todos los movimientos sociales adoptaron un enfoque progresista, la apropiación por parte de la derecha de las formas del movimiento social se acentuó mucho más durante el siglo XX, a menudo a través de movilizaciones para dar respuesta a movimientos reformistas o radicales cuando estos comenzaban a suponer una amenaza para los intereses conservadores. Las movilizaciones autoritarias que, en Europa, se produjeron en contra de los obreros, la izquierda o los judíos en Alemania, Italia, España, Francia o Rumania, por ejemplo, constituyen los mejores ejemplos de este fenómeno (Birnbaum, 1993; Brustein, 1998; Paxton, 1995).

Bastará con fijarnos en un caso bien documentado. El magistral estudio de Rudy Koshar de la vida organizativa en la ciudad universitaria de Marburgo entre 1880 y 1935 nos muestra cómo penetraron los nazis en un floreciente paisaje organizativo para transformarlo y ponerlo al servicio de sus intereses. El número de asociaciones de voluntarios en Marburgo fue creciendo de un modo regular, pasando de 10 por cada mil habitantes en 1913 a 15,9 por cada mil habitantes —una organización por cada 63 personas— en 1930 (Koshar, 1986, p. 136). Durante ese mismo período, un buen número de sindicatos

socialistas estaban perdiendo fuerza, mientras que las asociaciones de veteranos, de amas de casa y de propietarios crecían a un ritmo vertiginoso y las estudiantiles se mantenían. Cuando, a partir de 1923, el Partido Nazi arraigó en Marburgo, sus primeros miembros procedían principalmente de organizaciones de derechas, nacionalistas y antisemitas ya existentes. Sus activistas se dedicaban a desfilar, quemar banderas rojas y gritar contra los partidarios de la izquierda, pero su influencia en la política local fue escasa hasta 1929. (Anheier, Neidhardt y Vortkamp, 1998, documentan un aumento similar en la actividad de las organizaciones nazis en Múnich en 1929; véase también Anheier y Ohlemacher, 1996, para las tendencias nacionales entre los miembros del Partido Nazi.)

A finales de los años veinte, los nazis comenzaron a hacerse oír, a hacer proselitismo en las zonas rurales y a implicarse activamente en las campañas electorales. También se infiltraron en las organizaciones ya existentes en la universidad y en la comunidad. Sus llamamientos antisemitas y antibolcheviques reforzaron unas posturas políticas que ya estaban consolidadas en Marburgo. A diferencia de la situación en Berlín antes de la guerra, un buen número de los agentes de la policía de Marburgo pertenecían al Partido Socialdemócrata, y rompieron con los funcionarios municipales conservadores, cuya reacción ante la organización desplegada por los nazis iba desde una tolerancia no exenta de preocupación hasta el respaldo. «Al hundir más sus raíces en la sociedad», concluye Koshar,

> el NSDAP [Partido Nacional Socialista, o Nazi] se situó en el centro de un contexto *völkisch* [racista-nacionalista] en crecimiento. El éxito con el que se saldó la visita de Hitler a Marburgo en abril de 1932, que atrajo a 20.000 personas de la ciudad y las zonas rurales, no sólo se debió al carisma del Führer; también fue la consecuencia directa de que el partido se había convertido en un vehículo de participación popular en la vida pública local. Hitler era una atracción porque el partido lo era; el partido era atractivo en parte por la ima-

> gen positiva que se tenía de él en las conversaciones en el mercado, en las tiendas locales, en las aulas universitarias, en las fraternidades, en las salas de reuniones, en los campos de fútbol y en los hogares. Cuesta creer que los aparentemente esotéricos llamamientos de Hitler a las masas hubieran podido alcanzar tal importancia de no haber mediado aquella imprevista propaganda cotidiana. (Koshar, 1986, p. 204.)

El partido no sólo impuso su voluntad en el pueblo de Marburgo, cuando menos no antes de que los nazis se alzaran con el poder en 1933. Se adaptó al tejido organizativo local y combinó la captación de miembros de asociaciones ya existentes que nada tenían que ver con los nazis con la creación de organizaciones paralelas auspiciadas por el partido. En 1932, logró la mitad o más de los votos en las elecciones en Marburgo. Derrotó con creces a los comunistas y a los socialdemócratas, con los que las patrullas nazis se enzarzaban de vez en cuando en reyertas callejeras. Mientras ponía rumbo al poder, adoptó las actuaciones, las campañas y las demostraciones de WUNC de los movimientos sociales.

Adaptación internacional de las formas del movimiento social

El caso de Marburgo demuestra la importancia de la implantación a escala local de los movimientos sociales nacionales. Pero la lección es mucho más genérica. Tal y como ya hemos observado al echar un vistazo a China, Indonesia y Fiji, las campañas, las actuaciones y las demostraciones de WUNC del movimiento social no sólo migran de una cultura política a otra sin que nada las afecte (Chabot, 2000; Chabot y Duyvendak, 2002; Scalmer, 2002b). Precisamente porque los organizadores del movimiento social se dirigen las más de las veces a un público regional o nacional acerca de cuestiones regionales o nacionales, no tienen más remedio que re-

currir a un lenguaje relativamente familiar, a exhibir unos cuantos símbolos que resulten conocidos y a basarse en formas organizativas ya existentes, por más que opten también por innovar y por tomar prestados elementos procedentes de otros lugares. La proliferación sin precedentes de la actividad del movimiento social en todo el planeta que se produjo durante el siglo xx dio lugar, por irónico que parezca, a una cierta homogeneización y a un cierto grado de diversidad. Provocó homogeneización porque actuaciones del movimiento social como las manifestaciones o la creación de frentes, coaliciones o asociaciones con un fin específico brindaron modelos en los que se podían inspirar aquellos que quisieran emularlos, allá donde estuvieran; provocó diversidad porque los organizadores de cada región encontraron la manera de incorporar las estrategias del movimiento social a las condiciones locales.

De nuevo, bastará con examinar un solo caso, en esta ocasión uno de unas dimensiones considerables. India, el segundo país en número de habitantes del planeta y la mayor democracia mundial, ha acogido diversas formas de actividad del movimiento social al menos desde la creación del Congreso Nacional Indio en 1885. Mohandas Gandhi fue un genio a la hora de organizar asociaciones, marchas, declaraciones, campañas y, principalmente, demostraciones de WUNC adaptando el estilo del movimiento social a una variante personal. Se había convertido en todo un veterano organizador de la oposición no violenta en Sudáfrica. Después de una estancia en Inglaterra para organizar un batallón hindú para entrar en combate, Gandhi regresó a la India en 1914, después de haber pasado veinte años en Sudáfrica.

De vuelta a la India, Gandhi apoyó el esfuerzo bélico británico, que provocó el envío de tropas indias hindúes a Europa, Mesopotamia, Palestina, Egipto y el este de África. Sin embargo, también desempeñó un papel fundamental en la expansión del papel político del Congreso Nacional Indio y a la hora de sellar una alianza con la Liga Musulmana de la India. Los encontronazos en las filas de

la coalición entre musulmanes e hindúes eran frecuentes, ya que los activistas musulmanes se oponían, por lo general, al desmantelamiento del Imperio Otomano (a la sazón, la principal potencia musulmana del mundo), no en vano uno de los principales objetivos del esfuerzo bélico británico. En efecto, en 1915, un grupo de conspiradores musulmanes e hindúes se dirigieron a los alemanes en busca de su apoyo para un levantamiento contra los británicos en la India y Afganistán.

Conforme avanzaba la primera guerra mundial, el Congreso y la Liga Musulmana de la India empezaron a exigir la elección de una asamblea legislativa hindú como primer paso hacia el autogobierno. En 1916, se pusieron incluso de acuerdo en un programa que, hasta la fecha, había provocado el rechazo de los nacionalistas indios: listas diferenciadas para los votantes musulmanes. Paralelamente a los acontecimientos que se sucedían en Europa, el fin de la guerra trajo consigo un aumento de la movilización popular. Gandhi encabezó una campaña de huelgas, manifestaciones y resistencia pasiva para responder a la represión desplegada por el gobierno. Las autoridades arrestaron a Gandhi en abril por violar la orden de no trasladar fuera de la región del Punjab su actividad organizativa. El punto de inflexión se produjo en abril de 1919, cuando un general británico ordenó a sus tropas que abrieran fuego contra los asistentes a una multitudinaria concentración de protesta en Amritsar, Punjab. Mientras las tropas bloqueaban la única salida del recinto, sus descargas mataron a 379 manifestantes e hirieron a otros 1.200. El gobierno empeoró su situación declarando la ley marcial e imponiendo unos duros castigos a los participantes. Estas demostraciones de venganza colonial incluían azotes en público y la obligación de arrastrarse por las calles. Tanto en la India como en Gran Bretaña, las campañas multitudinarias de condena aceleraron la introducción de reformas orientadas hacia el autogobierno, o cuando menos destinadas a propiciar una mayor participación de los hindúes en el gobierno de la India.

La reforma dividió al Congreso; el grupo de Gandhi se oponía frontalmente a las medidas parciales de los británicos. En 1920, el Congreso puso en marcha una gran campaña de no cooperación con las autoridades británicas y de boicot de los productos británicos. Los indios se movilizaron alrededor de tres consignas, *satyagraha* (fuerza del alma), *hartal* (boicot) y *swaraj* (gobierno autónomo), cada una de ellas con un sinfín de matices religiosos, morales y políticos. El programa incluía dimitir de los cargos públicos, negarse a participar en las elecciones, retirarse de las escuelas y desacatar a los tribunales de justicia, pero también proponía algunas acciones espectaculares, como una gigantesca hoguera de ropa de origen extranjero iniciada por Gandhi en Bombay (agosto de 1921). Por aquel entonces, los nacionalistas hindúes se habían lanzado decididamente a crear sus propias formas de reivindicación del movimiento social confrontándolas a las formas desplegadas por el gobierno británico.

Entretanto, los musulmanes practicantes organizaron sus propias campañas para mantener al sultán (emperador) otomano como líder de los musulmanes del mundo, devolver el Imperio Otomano a sus fronteras de 1914 y restablecer el control musulmán sobre todos los lugares sagrados del Oriente Próximo. El Congreso Indio, mayoritario, respaldó tibiamente el programa de sus aliados musulmanes. Aunque Gandhi y sus seguidores insistían en la no violencia, en muchas zonas de la India se produjeron ataques contra terratenientes, prestamistas y funcionarios. De hecho, los ataques de musulmanes contra terratenientes desembocaron en graves enfrentamientos entre musulmanes e hindúes, y provocaron diferentes escisiones en el movimiento a favor del autogobierno. Coincidiendo con una escalada del conflicto en 1922, el gobierno colonial encarceló a Gandhi, cortando así de raíz una gran y turbulenta campaña de desobediencia civil. No obstante, a pesar de todas las veces que ingresó en prisión, Gandhi siguió actuando como el principal artífice del movimiento social de la India hasta que, en 1948, fue asesinado por un nacionalista hindú descontento. Evidentemente, fue

una gran fuente de inspiración religiosa, pero también un consumado activista político.

La desaparición de Gandhi no supuso el fin de los movimientos sociales en la India. Después de la independencia de la India, en 1947, los líderes hindúes siguieron empleando e inventando distintas versiones del repertorio del movimiento social. Fijémonos en la extraordinaria y turbulenta campaña organizada con el fin de construir un templo hindú en el lugar donde se alzaba un santuario musulmán, afirmando de este modo la prioridad histórica, política y religiosa de los hindúes. Ayodhya, en la región india de Uttar Pradesh, había acogido desde el siglo XVI la mezquita musulmana de Babri Masjid. Se cuenta que el primer emperador mughal (y musulmán), Babur, construyó la mezquita en el año 1528. Ayodhya centró la atención mundial el 6 de diciembre de 1992, cuando varios militantes hindúes destruyeron Babri Masjid, iniciaron la construcción de un templo hindú en ese mismo lugar y desencadenaron unos enfrentamientos a escala nacional que se saldaron con 1.200 víctimas (Bose y Jalal, 1998, p. 228; Madan, 1997, pp. 56-58; Tambiah, 1996, p. 251; Van der Veer, 1996).

La campaña que respaldaba aquel suceso del que se hicieron eco todos los medios de comunicación se había iniciado, sin embargo, mucho antes. Durante el siglo XIX, un hito en el supuesto lugar de nacimiento de Ram, héroe épico del clásico hindú Ramayana, se alzaba junto a la mezquita. Aquello era la prueba histórica de que, durante la conquista acaecida en el siglo XVI, el emperador mughal había derruido un antiguo templo hindú para construir, en su lugar, una mezquita.

Aquel hito fue el motivo de no pocas refriegas entre hindúes y musulmanes, y se erigió en el eje del proyecto de construcción de un templo hindú en aquel lugar. (Brass, 1994, p. 241). Las autoridades coloniales frustraron el proyecto. Poco después de la independencia, entre 50 y 60 hindúes de la zona ocuparon una noche aquel enclave e instalaron ahí varios ídolos hindúes. No obstante, en respuesta a las demandas musulmanas, el gobierno de la India, país que había al-

canzado recientemente la independencia y que se declaraba inequívocamente secular, se hizo con el control del lugar y clausuró la mezquita. En los años ochenta, los grupos hindúes militantes empezaron a exigir la destrucción de la mezquita y la construcción de un templo en honor a Ram. Justo antes de las elecciones de 1989, varios activistas del Partido Bharatiya Janata (BJP) transportaron lo que consideraban ladrillos sagrados a Ayodhya y celebraron una ceremonia durante la que pusieron la primera piedra del templo.

Un año más tarde, el presidente Lal Advani, del BJP, hizo un peregrinaje (*rath yatra*) con su caravana de carros por el norte de la India, prometiendo durante el mismo que empezaría a construir el templo de Ram en Ayodhya. Advani inició el peregrinaje en Somnath, el lugar donde, según la leyenda, se había alzado otro gran templo hindú destruido por los maleantes musulmanes. «Por el bien del templo —declaró durante el trayecto—, sacrificaremos no a uno, sino a muchos gobiernos» (Chaturvedi y Chaturvedi, 1996, pp. 181-182). Quienes seguían a Advani habían decorado la furgoneta Toyota para convertirla en una versión del carro del legendario héroe Arjuna, una imagen familiar gracias a la película de Peter Brook *Mahabharata*. A medida que la caravana del BJP transitaba por pueblos y ciudades, las mujeres locales cubrían el carro de Advani de pétalos de flores, incienso, pasta de sándalo y oraciones. Las autoridades arrestaron a Advani antes de que pudiera iniciar la última etapa de su viaje hasta Ayodhya, pero muchos de sus seguidores ya habían entrado en la ciudad antes que él. Cuando algunos de ellos cruzaron las barricadas de la policía, emplazadas cerca de la ofensiva mezquita, la policía abrió fuego, matando a «decenas» de activistas del BJP (Kakar, 1996, p. 51).

Ambos bandos definieron sus acciones como violencia justificada: unos, porque habían defendido el orden público; los otros, porque se habían sacrificado por una causa sagrada. Los activistas hindúes celebraron una gran ceremonia durante la que incineraron los cadáveres de las víctimas en la orilla de un río cercano, antes de de-

volver las cenizas de los mártires a sus hogares, en diferentes lugares de la India. Poco después, los desgraciados sucesos de Ayodhya se convirtieron en el motivo de enfrentamientos entre la policía y las comunidades musulmana e hindú en todo el país. Estos conflictos se entremezclaron con la resistencia pública de los estudiantes de las castas superiores contra la recuperación por parte del gobierno nacional de un programa de discriminación positiva en nombre de las Otras Clases Desfavorecidas (Tambiah, 1996, p. 249).

La disputa se ha trasladado al siglo XXI: a menudo, los líderes hindúes militantes prometen construir (o, como ellos mismos reiteran, reconstruir) el templo en el lugar donde se alza Babri Masjid. En 2003, el tribunal del estado de Uttar Pradesh ordenó al Estudio Arqueológico de la India (ASI) que realizara un peritaje científico del enclave. Las excavaciones del ASI identificaron cincuenta pilares, así como otros elementos, que mostraban patrones característicos de los templos del norte de la India. Sin embargo, en lugar de zanjar la cuestión aprovechando la frialdad de la ciencia, los nuevos descubrimientos provocaron unas agrias disputas entre los arqueólogos, al tiempo que eran recibidos con gritos triunfales por parte de los activistas hindúes. Lal Advani llegó a declarar que el informe del ASI «resplandece sobre decenas de millones de devotos del dios Rama» (Bagla, 2003, p. 1305). En 2003, un tribunal desestimó los cargos penales que pesaban sobre Advani desde su incitación, en 1992, a atacar la mezquita de Ayodhya. Sin embargo, en 2005, un alto tribunal revocó esa sentencia; a pesar de que era probable que Advani fuera el candidato del BJP en las elecciones presidenciales de 2009, se llegó a especular con la posibilidad de que se reabriera el caso. En 2005, un grupo de presuntos militantes islámicos atacó el enclave utilizando un vehículo todoterreno cargado de explosivos con el fin de abrir un agujero en el muro del complejo. Cinco personas murieron (BBC, 2005a).

Estos dramáticos sucesos solamente podrían haber sucedido en la India. Con todo, en ellos se combinaron una campaña (no sólo para construir un templo hindú, sino también para lograr respaldo

político para el BJP), las actuaciones del movimiento social (asociaciones, reuniones, procesiones y demás) y distintas demostraciones sensacionales de valor, unidad, número y compromiso. En este sentido, el trabajo político de los activistas hindúes de la India guardaba un cierto parecido con el de los líderes del movimiento social nacionalista de todo el planeta, y se completaba con la rimbombante reivindicación nacionalista de que «nosotros llegamos aquí primero». Así como Gandhi y sus colaboradores lideraron una variante exclusivamente hindú de reivindicaciones del movimiento social dirigidas contra el sistema colonial británico y que convirtieron al mismísimo gobierno británico en uno de sus blancos, el BJP incorporó a sus campañas, actuaciones y demostraciones de WUNC una serie de claras referencias hindúes, al tiempo que aspiraba a alzarse con el poder en un estado hindú secular sobre el papel. Es difícil que las campañas hindúes pudieran encontrar otra manera de marcar más claramente la dualidad característica de los movimientos sociales: locales a la par que internacionales tanto en sus formas como en sus prácticas y significados.

A finales del siglo XX, los movimientos sociales eran un vehículo de política popular a disposición de todo el mundo en el mundo democrático, así como en los países en vías de democratización. Estaban al alcance de unos programas que habrían horrorizado a un buen número de los pioneros de los movimientos sociales de principios del siglo XIX. Habían adoptado unas formas culturales y unas herramientas técnicas que ningún activista de los movimientos sociales del siglo XIX habría podido imaginar. En las democracias occidentales, cuando menos, los organizadores del movimiento social, las autoridades y la policía habían negociado distintas rutinas que minimizaban considerablemente la violencia de las reivindicaciones del movimiento social. Por su parte, los organizadores habían comenzado a establecer alianzas internacionales de un modo mucho más activo que sus predecesores decimonónicos. Este proceso, sin embargo, nos traslada al siglo XXI.

Capítulo 5

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES ENTRAN EN EL SIGLO XXI

En mayo de 2007, un grupo de activistas locales del sur de China que se oponían a la construcción de una fábrica química en la ciudad de Xiamen enviaron varios mensajes de texto desde sus teléfonos móviles. El gobierno local «está armando una bomba atómica en la ciudad de Xiamen», rezaban; provocará «leucemia y deformaciones en los bebés». El mensaje proseguía: «¡En nombre de nuestros hijos y de nuestros nietos, actúa! Únete a otras 10.000 personas el 1 de junio a las ocho de la mañana frente al edificio del gobierno municipal. Lleva en la mano un lazo amarillo. Envía este mensaje a todos tus amigos de Xiamen» (*Asia Sentinel*, 2007). Los trabajos de construcción de la fábrica de Tenglong Aromatic PX Co. Ltd. se habían iniciado en noviembre de 2006 en Xiamen, en el distrito de Haicang, cuya población es de unos 100.000 habitantes. En marzo de 2007, Zhao Yufen, un investigador local de la Facultad de Química e Ingeniería Química de la Universidad de Xiamen, organizó una petición ante el parlamento de Pekín para reubicar la fábrica lejos de las zonas residenciales. «El paraxileno es altamente tóxico y podría provocar cáncer y deformaciones en los fetos», declaró Zhao en una entrevista al periódico chino *China Business* (Qui, 2008). Los blo-

gueros se hicieron eco del mensaje de Zhao. Lian Yue colgó en su blog las críticas de Zhao Yufen al proyecto y añadió: «si los funcionarios encargados de la protección del medio ambiente son incapaces de velar por este, ¡qué esperan que haga la gente de Xiamen!». Ese comentario desencadenó el debate a escala nacional.

Según las informaciones publicadas por *Asia Sentinel*, *Sydney Morning Herald* y otros diarios, fue entonces cuando comenzaron a circular los mensajes de texto en contra del proyecto. El *Sentinel* publicó que, el 29 de marzo, el mensaje fue censurado mientras algunas voces afirmaban que había llegado a un millón de personas. Las palabras presuntamente censuradas eran, entre otras, «benceno», «manifestación», «atómica» y «leucemia».

Con todo, el 1 de junio, decenas de miles de habitantes de Xiamen se manifestaron en contra del proyecto y para denunciar el historial contaminante de la compañía en la región. Luciendo pancartas y unos lazos amarillos en los que se leía «el sustento del pueblo, democracia, los derechos del pueblo, armonía», la multitud recorrió las calles. A medida que los manifestantes avanzaban, subían fotografías, videos y mensajes de texto a diferentes blogs. Según las crónicas, los residentes de la zona llevaron agua a los manifestantes, y la gente entonó canciones tradicionales. Cuando llegaron a las dependencias gubernamentales, cantaron «Servid al pueblo» antes de superar el cordón policial al son del himno nacional chino. La manifestación siguió durante todo el día. Los blogs recibieron millares de visitas y, cuando una página era bloqueada, otro bloguero recuperaba esa información para seguir distribuyéndola. El gobierno comenzó a rebatir a los manifestantes con sus propios mensajes. Un bloguero recibió el siguiente mensaje: «Si sigues los canales normales para dar a conocer tu opinión al gobierno, te garantizamos que compartiremos tus puntos de vista y tus sugerencias con los expertos medioambientales... Fuente: 09599 Voz de China Mobile». En diciembre de 2007, el gobierno chino anunció el traslado de la fábrica a Guangzhou (Kennedy, 2007).

Tres meses más tarde, en marzo de 2008, los residentes de Guangzhou y de otras poblaciones cercanas organizaron tres jornadas de protesta contra la decisión de trasladar la fábrica a su zona. Imitando a los residentes de Xiamen, los activistas de la región fueron puerta por puerta repartiendo panfletos (Cody, 2008). En el primer día de las protestas en Dongshan, diez mil hombres, mujeres y niños llevaron pancartas que rezaban «Preferimos morir antes que ser descendientes de la muerte». Después de manifestarse por las calles, el grupo realizó una sentada para cortar el tráfico de la carretera principal. Al día siguiente, cuando la policía y los funcionarios locales intentaron dispersar a los manifestantes, la situación se agravó y los manifestantes comenzaron a lanzar piedras contra los vehículos policiales y la comisaría de policía. En las manifestaciones que se celebraron en toda la región, una docena de personas fueron detenidas y varias más resultaron heridas. Aun así, las protestas parecieron dar sus frutos. El lunes, el gobierno local envió a un equipo de funcionarios a recorrer la zona con megáfonos para negar las informaciones que aseguraban que se iba a construir la fábrica química cerca de aquella agradable comunidad a orillas del mar.

¿Acaso se hará realidad en algún momento del siglo XXI el tan anhelado sueño de los movimientos de entregar el poder al pueblo en todo el mundo? ¿Se convertirán acaso las tecnologías de la información, como por ejemplo los mensajes de texto de los teléfonos móviles que propagaron las noticias por el sur de China a tanta velocidad, en las herramientas que activistas y gente corriente necesitan para decantar el equilibrio táctico en detrimento de capitalistas, líderes militares y políticos corruptos? ¿O, por el contrario, la concentración de miles de personas en las calles ahí y en otros lugares fue el canto de cisne de la política popular en vísperas de la llegada del fenómeno masivo de la globalización? El analista tecnológico Howard Rheingold ha calificado esas protestas como «multitudes inteligentes»: «gente que es capaz de actuar conjuntamente a pesar de que no se conocen entre sí» (Rheingold, 2003, p. xii). Subraya el

extraordinario entusiasmo que provocan los mensajes de texto en gente de todo el mundo. Otras voces han replicado diciendo que la utilización de un medio como ese posiblemente seguirá vigente en los países en vías de desarrollo por cuanto son los habitantes de esos países los nuevos usuarios de teléfonos móviles que han mostrado un mayor grado de entusiasmo. Aunque la cifra estimada de 46 teléfonos por cada cien habitantes en China para el año 2010 no es comparable a la de los países desarrollados, el índice de penetración de la telefonía móvil ha aumentado considerablemente durante los últimos años (*China Daily*, 2008). Globalmente, los teléfonos móviles vía satélite y la mensajería de texto empiezan a presentarse como sendas alternativas serias a las telecomunicaciones terrestres, sobre todo ahí donde la pobreza, los disturbios políticos y una geografía problemática impiden la creación de una infraestructura telecomunicativa que cuente con el apoyo del gobierno.

Los teléfonos móviles capaces de enviar mensajes de texto, imágenes y de realizar videollamadas, se han convertido, junto con Internet, en un elemento más de las protestas del siglo XXI. Estos son algunos de los diferentes ejemplos en este sentido:

- En septiembre de 2007, los ciudadanos que protestaban por la represión policial y militar por parte del régimen birmano hicieron fotografías y grabaron videos con sus teléfonos móviles y los colgaron en blogs, lo que permitió su difusión tanto a escala local como internacional.
- Las protestas contra la guerra de 2003 en Nueva York recurrieron a la telefonía móvil y a las radios para coordinar el apoyo médico y legal a los manifestantes que estaban atrapados en barricadas y que se arriesgaban a ser detenidos.
- En Pakistán, en mayo de 2007 los usuarios de teléfonos móviles adoptaron un tono de llamada para marcar su oposición a Musharraf, y se emplearon miles de mensajes de texto para organizar las protestas después de la destitución, por parte del

primer ministro pakistaní, del presidente del tribunal supremo del país.

- En 2008, el parlamentario canadiense Charlie Angus (elegido por la circunscripción de la bahía de Timmins-James) puso en marcha una campaña a través de YouTube para presionar al gobierno conservador con el fin de que financiara una escuela indígena en la ciudad de Attawapiskat, en el norte de Canadá.

Cuando menos superficialmente, todos estos medios de comunicación tienen la ventaja, a ojos del pueblo, de que es difícil que caigan bajo el control gubernamental. No obstante, los gobiernos se están adaptando rápidamente a las nuevas tecnologías, tanto implicándose en movimientos como el que se articuló alrededor de las escuelas indígenas como actuando como cuerpos represivos. Desde 2006, los gobiernos de Irán, China y Birmania, entre otros, han bloqueado con frecuencia el acceso a mensajes de texto, Internet y teléfonos móviles. Como hemos podido ver en el caso de Xiamen, los gobiernos también han comenzado a emplear las nuevas tecnologías.

Sin duda, los activistas del movimiento social de principios del siglo XXI han incorporado los últimos avances en materia de nuevas tecnologías a sus estructuras organizativas y a sus acciones reivindicativas. No obstante, cabe plantearse algunas preguntas fundamentales: ¿Acaso están cambiando los movimientos sociales gracias a las nuevas tecnologías? En caso afirmativo, ¿de qué modo? ¿Cómo provocan sus efectos? ¿Cómo interactúan en los movimientos sociales del siglo XXI las nuevas tácticas con las nuevas formas de organización? De un modo más genérico, ¿hasta qué punto y en qué sentido se deben los cambios experimentados recientemente por los movimientos sociales a los cambios que se han producido en esta interrelación internacional que la gente ha bautizado con un término tan vago como globalización?

Este capítulo muestra que los cambios importantes que se han producido en los movimientos sociales se han dado, ciertamente, a

principios del siglo XXI. Si los comparamos con la situación en el siglo XX, las redes de activistas organizadas a escala internacional, las organizaciones no gubernamentales internacionales y los objetivos con proyección internacional, como por ejemplo multinacionales o instituciones financieras internacionales, ocupan un lugar destacado en los movimientos sociales más recientes, sobre todo en las zonas más ricas y mejor conectadas del mundo. Incluso algunos movimientos con una orientación más local, como la campaña contra la fábrica química en China, concitan, por lo general, más atención internacional y un mayor grado de intervención que sus homólogos del siglo pasado.

Con todo, este capítulo también lanza cuatro claros avisos.

- Evitar el determinismo tecnológico; reconocer que la mayoría de los nuevos rasgos que presentan los movimientos sociales son el resultado de los cambios acaecidos en sus respectivos contextos sociales y políticos, y no el de las innovaciones tecnológicas como tales.
- Advertir que, como ya sucediera durante los siglos XIX y XX, las innovaciones en el terreno de las comunicaciones que se han producido durante el siglo XXI siempre se dan simultáneamente en dos planos: por un lado, reducen los costes de coordinación entre los activistas que ya están conectados entre sí; por otro, excluyen de un modo más rotundo si cabe a todos aquellos que no tienen acceso a los nuevos medios de comunicación y, por extensión, acentúan el carácter desigual de las comunicaciones.
- Recordar que la mayoría de la actividad del movimiento social durante el siglo XXI sigue fundamentándose en las formas de organización locales, regionales y nacionales que ya estaban vigentes a finales del siglo XX.
- Aunque no podemos olvidar que la globalización está transformando la distribución mundial de los movimientos sociales,

> hay que evitar la suposición de que el enfrentamiento entre la globalización y la antiglobalización es el elemento dominante hoy en la escena del movimiento social.

Ignorar estas advertencias nos llevaría a obviar los cambios sociales reales que influyen en las reivindicaciones colectivas a escala mundial, así como la pervivencia de cuestiones de índole local, regional y nacional en los movimientos sociales.

Globalización

Ante todo, entendamos correctamente la globalización. Cada vez que un conjunto característico de prácticas y relaciones sociales pasa de la dimensión regional a la transcontinental, nos encontramos ante un proceso de globalización. Cada vez que un conjunto transcontinental ya existente de prácticas y relaciones sociales se fragmenta, se desintegra o desaparece, nos encontramos ante un proceso de desglobalización. Solamente cuando el primer proceso se impone claramente al segundo, podemos afirmar sin riesgo a equivocarnos que la humanidad en su conjunto se está globalizando.

Durante los quinientos años que han transcurrido desde 1500, se han producido tres grandes oleadas de globalización. La primera llegó alrededor del año 1500, y fue el resultado de la rapidez a la que aumentaba la influencia de Europa, del crecimiento del Imperio Otomano y de la expansión comercial de chinos y árabes por el océano Índico y el Pacífico. Los otomanos ampliaron sus dominios hasta el sur de Europa, el norte de África y el Oriente Próximo, mientras los europeos occidentales levantaban imperios comerciales y territoriales en África, el Pacífico y las Américas. Entretanto, los mercaderes musulmanes siguieron conectando por mar los puertos de África, Oriente Próximo y el océano Índico. En Asia, la actividad comercial de europeos y musulmanes entró en contacto con

la enérgica expansión comercial de China en aguas del Pacífico bajo la dinastía Ming (1368-1644).

La expansión otomana tocó a su fin en el siglo XIX, y los europeos desplazaron parcialmente a los mercaderes musulmanes en los océanos Índico y Pacífico. Sin embargo, los europeos y los chinos trasladaron al siglo XX aquel primer amago de proceso globalizador posterior al año 1500. Los europeos empezaron a colonizar zonas de clima más temperado en África, América y en el Pacífico. También se trasladaron al sudeste asiático y al Pacífico millones de emigrantes chinos. He aquí uno de los signos de la creciente interrelación que se observa en el mundo: en el siglo XVII, una gran cantidad del producto de las minas de plata de Sudamérica acababa en las arcas chinas, como pago por la exportación a Occidente de delicados productos chinos.

Podemos situar entre 1850 y 1914 la segunda oleada de globalización posterior al año 1500. Repasemos las cifras de las grandes migraciones de larga distancia que se produjeron entre 1850 y la primera guerra mundial: tres millones de hindúes, nueve millones de japoneses, diez millones de rusos, veinte millones de chinos y 33 millones de europeos. Durante este período, el comercio internacional y los flujos de capital alcanzaron unas proporciones sin precedentes, sobre todo a ambas orillas del Atlántico. Las mejoras en el transporte y la comunicación, como los ferrocarriles, los barcos de vapor, el teléfono y el telégrafo, redujeron los costes de estos flujos y aceleraron las transferencias. Los flujos masivos de mano de obra, productos y capitales uniformizaron un tanto los precios de los bienes comerciales en todo el mundo, y redujeron las diferencias salariales entre los países que estaban más implicados en estos flujos. Entre los principales beneficiarios de toda esta situación encontramos a Japón, Europa Occidental y los países más ricos del norte y del sur del continente americano. Para el mundo en su conjunto, la segunda oleada de la globalización acentuó las diferencias en términos de riqueza y bienestar que existían entre estos beneficiarios y el

resto de países. Con la salvedad de zonas habitadas por colonos europeos como Australia, en términos generales las colonias europeas no participaron de esta prosperidad del mismo modo.

Las migraciones, el comercio y los flujos de capital redujeron su ritmo entre la primera y la segunda guerra mundial. No obstante, mientras Europa y Asia se recuperaban de la segunda guerra mundial se inició una tercera oleada de esta globalización posterior al año 1500. En esta ocasión, las migraciones intercontinentales no alcanzaron el mismo ritmo que entre 1850 y 1914. En comparación con ese período, pocas economías experimentaron un descenso pronunciado en términos de mano de obra, y los obreros estaban ahí mucho mejor organizados para impedir la competencia de los inmigrantes. Por todo esto, las migraciones de larga distancia se bifurcaron para concentrarse, por un lado, en sectores como los de los oficiales y técnicos, adonde fue a parar un número relativamente pequeño de inmigrantes, y, por otro, en el inmenso mercado de trabajadores domésticos y sin cualificación alguna, que concentró a la mayoría. Dado que las diferencias en términos de riqueza y seguridad entre los países ricos y pobres se estaban ampliando ostensiblemente, los trabajadores potenciales procedentes de países pobres intentaban desesperadamente emigrar a algún país más rico, bien para instalarse ahí permanentemente, bien para permanecer en el país el tiempo suficiente como para ganar una cantidad de dinero que les permitiera regresar a casa. Industrias enteras prosperaron alrededor del negocio del envío de inmigrantes ilegales, semilegales o legales hacia países más ricos, siempre por medios brutales.

Los flujos de bienes y capitales superaron incluso los niveles alcanzados durante el siglo XIX. Muchos de estos flujos se daban en el seno de empresas, coincidiendo con la ampliación, por parte de las multinacionales, de mercados, centros de producción, centros de decisión y canteras de materias primas. Sin embargo, el comercio internacional entre países y empresas también creció a un ritmo vertiginoso. Los productos de alta tecnología y de última genera-

ción fabricados en el este de Asia, Europa Occidental y Norteamérica estaban ahora prácticamente al alcance de cualquier persona del mundo. Desde sus centros en los países más ricos, los capitalistas invertían cada vez más en la fabricación allá donde los costes laborales eran menores que en su país de origen, importando a menudo a sus propios mercados ropa, aparatos electrónicos y otros bienes producidos en países donde los salarios eran bajos para competir así con el resto de productos. Al mismo tiempo, las instituciones políticas, los sistemas de comunicación, la tecnología, la ciencia, las enfermedades, la contaminación y la actividad criminal adoptaron una dimensión internacional. Durante los primeros años del siglo XXI, esta tercera oleada de globalización posterior a 1500 avanzaba a toda máquina.

Las oleadas de globalización de 1850-1914 y del año 1950 en adelante son claramente distintas. A pesar de la expansión imperial y de la importancia cada vez mayor de Japón, el crecimiento durante el siglo XIX se centró en el Atlántico, beneficiando de entrada a los estados europeos más importantes y luego, y de manera también considerable, a Estados Unidos. En los procesos de los siglos XX y XXI, la implicación de Asia fue mucho mayor. Ya fuera como centros de producción, como destino de las inversiones o, cada vez más, como mercados, China, Japón, Corea, Taiwán, India, Pakistán, Bangladesh, Indonesia, Malasia, Singapur, Tailandia, Filipinas y otros países asiáticos participaron ampliamente en el crecimiento global.

No acaban aquí las diferencias: durante la oleada de 1850-1914, el crecimiento económico dependió fundamentalmente del carbón y el acero. Por lo tanto, los capitales y la mano de obra se desplazaron, sobre todo, a un número determinado de regiones dedicadas a la industria pesada, lo que propició las tan características y lúgubres concentraciones de ciudades industriales a lo largo del curso de una vía fluvial o férrea. A finales del siglo XX, el petróleo, el gas natural, los generadores hidroeléctricos y los reactores nucleares habían despla-

zado claramente al carbón como fuente de energía en las regiones más ricas del mundo. La globalización posterior a 1945 asistió a la aparición de industrias de alta tecnología, como la electrónica o la farmacéutica. Estas industrias dependían de centros importantes de conocimiento científico y técnico, como Paris-Sud o Silicon Valley, en California. No obstante, dado que los productos que fabricaban eran de un alto valor y que su coste de transporte era relativamente bajo, era fácil dividir la producción atendiendo a la disponibilidad de mano de obra y de mercados. Las industrias de servicios e información apostaron más si cabe por esta opción: en el sur de la India, por ejemplo, un equipo de empleados con unos salarios bajos se encargaban de procesar datos para empresas radicadas en Nueva York y Londres, gracias a que el cable de fibra óptica y las conexiones vía satélite permiten transmitir los datos al instante en ambas direcciones.

En su versión decimonónica, la globalización sirvió para consolidar los estados. Aumentó el grado de control de estos sobre los recursos, las actividades y la gente dentro de sus fronteras al tiempo que se aprobaban más y más leyes para regular internacionalmente esos flujos. Entre 1850 y la primera guerra mundial, por ejemplo, los estados del mundo regularizaron los pasaportes nacionales y la sólida vinculación de los ciudadanos con uno u otro estado (Torpey, 2000). Entretanto, los gobiernos, el capital y la mano de obra alcanzaron una serie de acuerdos laborales nacionales, incómodos pero eficaces. La mano de obra organizada, el capital organizado, los partidos políticos organizados y los burócratas organizados llegaron a acuerdos después de duras negociaciones. A raíz de estos acuerdos, los estados abandonaron el libre comercio para abrazar la protección de unas industrias que empleaban a una mano de obra numerosa y que contaban con un capital fijo también importante. A la cabeza de este proceso se situaron la industria química, la del acero y la metalúrgica.

En lo que supone un contraste dramático, la variante de globalización que encontramos en los siglos XX y XXI socavó el poder cen-

tral de la mayoría de estados y abrió las puertas a que el capital viajara a gran velocidad de un país a otro cada vez que se presentara una posibilidad de obtener beneficios. Los estados posteriores a 1945 también perdieron eficacia a la hora de contener los flujos de comunicación, conocimiento científico, drogas, armas, diamantes o emigrantes que, a una velocidad cada vez mayor, cruzaban sus fronteras. Incluso Estados Unidos, a pesar de su posición predominante, fracasó en su empeño por bloquear el considerable flujo de contrabando, dinero negro e inmigrantes ilegales. La mayoría del resto de estados perdieron el control de un modo mucho más dramático en comparación con Estados Unidos. Al mismo tiempo, las organizaciones no gubernamentales y supragubernamentales escapaban ahora parcialmente al control de cualquier estado en concreto. Entre estas nuevas y poderosas organizaciones no estatales encontramos a las multinacionales, las instituciones financieras mundiales, las Naciones Unidas, organismos políticos como la Unión Europea, alianzas militares como la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y grupos internacionales de activismo como Médicos Sin Fronteras. Hay algo, sin embargo, que no deja de ser irónico: en un primer momento, Estados Unidos auspició, o cuando menos apoyó, la creación de muchas de estas organizaciones transnacionales. En sus primeros compases, Estados Unidos a menudo las acomodó a sus intereses nacionales. Sin embargo, con el inicio del siglo XXI, ni siquiera Estados Unidos, la mayor potencia mundial desde un punto de vista financiero y militar, era ya capaz de lograr que estas organizaciones se plegaran a sus deseos.

Globalización y movimientos sociales

Considerado como el contexto de los cambios que se han producido en los movimientos sociales, el proceso de globalización se entiende mejor si distinguimos entre los contactos que parten desde

la cúpula, la adaptación desde las bases y un término medio que abre las puertas a la negociación. En los que parten de la cúpula, la globalización pone en contacto a diferentes centros de poder: se establecen conexiones comerciales entre nodos financieros, conexiones coercitivas entre cuerpos militares, conexiones culturales entre grupos de poder religiosos o étnicos o una combinación de las tres. En los que parten de las bases, la globalización presenta un aspecto totalmente distinto: consta de una densidad cada vez mayor de conexiones, como por ejemplo los flujos migratorios de larga distancia, las llamadas telefónicas transfronterizas y transoceánicas, las remesas de dinero y los regalos que los emigrantes envían a sus lugares de origen y la puesta en común del saber acumulado por los organizadores del movimiento social. Tal y como lamentan a menudo sus detractores, es cierto que comporta la difusión a escala mundial de unos bienes de consumo y unos servicios homogéneos, pero no lo es menos que también son muchas las variantes que incorporan estos bienes y servicios a las culturas locales en lugar de limitarse a homogeneizar estas mismas culturas (Watson, 2006; Zelizer, 1999).

En la zona intermedia de negociación, la gente responde a las oportunidades y amenazas que surgen de los procesos que parten desde la cúpula recurriendo a redes integradas por elementos de las bases para redefinir sus relaciones con los centros de poder. En esta zona intermedia no sólo encontramos las confrontaciones coordinadas, como la movilización mundial contra la invasión norteamericana de Irak el 15 de febrero de 2003, sino también los negocios de contrabando a escala mundial, como la compra ilegal de armas, drogas, madera o servicios sexuales. Esta zona intermedia depende en gran medida de los contactos surgidos tanto en la primera variante de la globalización como en la segunda. Por ejemplo, los flujos de contrabando a menudo salen de sus puntos de origen a través de o con destino a grupos de emigrantes bien conectados, las formas más provechosas de comercio ilícito emplean circuitos finan-

cieros internacionales para blanquear el dinero y los contactos internacionales entre activistas de los movimientos sociales separados por muchos kilómetros de distancia suelen producirse inicialmente en las conferencias de las organizaciones internacionales.

Por medio de estos procesos, la integración global aumenta al tiempo que se incrementan también las desigualdades entre categorías. Esto queda de manifiesto si echamos un vistazo a cómo inciden las nuevas tecnologías de la información en la política contenciosa. Aunque Howard Rheingold y muchos otros entusiastas de la tecnología aseguran que estas tecnologías están cambiando totalmente la organización y la estrategia del movimiento social, es útil admitir que, desde el principio, los activistas del movimiento social han respondido a los medios de comunicación de masas. Ya hemos visto el impulso que, para los movimientos sociales, supuso el extraordinario incremento de medios impresos durante los siglos XIX y XX antes de la aparición de Facebook. La radio y la televisión desempeñaron un papel similar durante el siglo XX. Estas nuevas innovaciones tecnológicas están escribiendo la larga historia de estos medios. La tabla 5.1 presenta algunas fechas cruciales de aquellas innovaciones tecnológicas cuya relación con los movimientos sociales hay que tener en cuenta.

Debemos andarnos con pies de plomo antes de decantarnos por el determinismo en las comunicaciones, tanto en un sentido genérico como en otro más concreto: en un sentido genérico, suponiendo que cada una de estas innovaciones ha transformado por sí misma la vida social y la acción política; en un sentido concreto, imaginando que Internet y los teléfonos móviles nos brindan un poder de comunicación tan grande que alejan a la gente de las relaciones y las prácticas sociales previamente existentes. En su concienzudo y exhaustivo estudio de los usos de Internet, Carolina Haythornthwaite y Barry Wellman sostienen que Internet no ha hecho sino acelerar una tendencia del pasado.

TABLA 5.1. Nuevas tecnologías de la comunicación

Año	*Tecnología*
1833	Introducción del telégrafo
1876	Introducción del teléfono
1895	Demostración de Marconi de la radio
Década de 1920	Televisión experimental
1966	Inicio de las comunicaciones vía satélite
1977	Primer sistema de telecomunicaciones por móvil (Arabia Saudí)
1978	Primer ordenador moderno
1989	Plan inicial para la World Wide Web
1995	Acceso público a Internet en Estados Unidos
1996	Protocolo de aplicación sin hilos

Fuente: adaptado de UNDP, 2001, p. 33.

> El paso de unas comunidades globales y con un cierto grado de control social a unas comunidades personales, fragmentadas e individualizadas es anterior incluso a la aparición de Internet. La mayoría de amigos y familiares con los que mantenemos una relación social estrecha no están físicamente cerca. Estos lazos abarcan las zonas metropolitanas y a menudo van de una punta a otra del país o cruzan el mar. El correo, el teléfono, los coches, los aviones y, hoy, el correo electrónico e Internet son los elementos que sustentan estos lazos. La mayoría de gente no lleva una vida limitada a una sola comunidad. Antes bien, se mueve a caballo de muchas comunidades parciales y especializadas, y se compromete con cada una de ellas de un modo concreto. Su vida está «globalizada»: es una combinación de relaciones de larga distancia y una participación constante en el hogar, el vecindario y el centro de trabajo. (Haythornthwaite y Wellman, 2002, p. 32.)

Evidentemente, estas observaciones se aplican más a los países occidentales que al mundo en su conjunto. No obstante, permiten entender mejor de qué modo la integración en las relaciones y las prácticas sociales ya existentes de las innovaciones en el terreno de las comunicaciones amplía aquellos proyectos que ya se están lle-

vando a cabo y resalta sobre todo aquellas relaciones que ya estaban en marcha a pesar de lo complejo que resultaba mantenerlas. Estas ideas refuerzan dos puntos cruciales que aparecieron al examinar la adopción por parte de los movimientos sociales del siglo xx de nuevos medios como la radio. En primer lugar, cada nueva forma de contacto posible gracias a las comunicaciones facilita un conjunto específico de relaciones sociales al tiempo que excluye a otras personas, aquellas que no tienen acceso a la tecnología en cuestión. En segundo lugar, los medios de comunicación varían poderosamente en su grado de simetría y asimetría: los periódicos, la radio y la televisión reflejan una relación entre sus participantes extraordinariamente asimétrica, pues son pocos los productores y muchos los consumidores, mientras que las comunicaciones digitales recomponen este equilibrio en la medida de lo posible.

Asimismo, las relaciones comerciales y las relaciones políticas no sólo unen a las comunidades y a los individuos de un modo nuevo, sino que aíslan aún más a aquellos que no forman parte de ese circuito. Analizando sobre todo las relaciones económicas bajo una luz similar, Viviana Zelizer admite con tino la existencia de unas relaciones sociales que ha bautizado como «circuitos comerciales». Cada uno de esos circuitos consta de cuatro elementos: (1) una frontera bien definida con un cierto grado de control sobre las transacciones que la cruzan; (2) un conjunto diferenciado de transacciones económicas; (3) unos medios diferenciados —sistemas de cambio y divisas— que se emplean para llevar a cabo dichas transacciones y (4) un vínculo significativo entre los participantes (Zelizer, 2004). Entre los ejemplos, encontramos las redes de crédito, las relaciones de ayuda mutua entre profesionales de diferentes organizaciones y los sistemas de divisas especializados. Estos circuitos dan lugar a una estructura institucional que refuerza el crédito, la confianza y la reciprocidad dentro de su perímetro, y que articula la exclusión y la desigualdad de aquellos que están fuera de dicho círculo. Este tipo de circuitos traspasan las fronteras de comunida-

des, hogares y organizaciones, y forjan entre sus participantes unos lazos importantes de coordinación, comunicación e interdependencia. La idea es fácilmente aplicable a lo que podríamos llamar *circuitos políticos*: no se trata simplemente de redes de contacto entre diferentes activistas políticos, sino el conjunto de fronteras, controles, transacciones políticas, medios de comunicación y relaciones significativas. Los movimientos sociales aglutinan, crean y transforman los circuitos políticos. En este sentido, los medios de comunicación empleados por sus miembros marcan la diferencia precisamente por los motivos que acabamos de mencionar: porque cada medio refuerza, a su manera, algunos contactos, facilita otros que, de otro modo, sería difícil establecer o mantener y excluye muchas otras posibilidades. Una vez se ha ingresado en el club o en la órbita de un circuito político, los participantes negocian relaciones entre medios de comunicación, transacciones y vínculos sociales significativos al tiempo que trazan y controlan la frontera entre aquellos que forman parte del grupo y los que están fuera. Más que participar del determinismo de las comunicaciones, los participantes políticos están activamente inmersos en la innovación organizativa.

Todas las innovaciones tecnológicas anteriormente mencionadas o sus aplicaciones acabaron estando al alcance de los organizadores y los activistas del movimiento social. En general, redujeron los costes de comunicación al aumentar el ámbito geográfico que cubrían ahora las comunicaciones del movimiento social. También permitieron establecer una relación mucho más sólida entre los agentes del movimiento social y el resto de usuarios de esas mismas tecnologías, y distanciarlos de quienes no las empleaban. En este sentido, tuvieron unos efectos importantes en términos de selección, unos efectos que suelen ser el reflejo de categorías más amplias, como la desigualdad racial, de género o de clase.

También en su momento los avances en el terreno de los medios de transporte, como los trenes de vapor interurbanos, los tranvías eléctricos y la aviación a motor, facilitaron el contacto entre los

miembros del movimiento social que vivían separados entre sí, a pesar de que les impidieron entrar en contacto con gente que compartía esas mismas ideas y que vivía, sin embargo, fuera de la ruta de las principales líneas de transporte. Ni en el ámbito de las comunicaciones, ni en el del transporte, con todo, el desarrollo tecnológico dominó las alteraciones que se produjeron en la organización, la estrategia y la práctica del movimiento social. Los cambios en el contexto político y organizativo incidieron de un modo mucho más directo e inmediato en el trabajo de los movimientos sociales que en las propias transformaciones técnicas.

Sea como fuere, un rápido vistazo a la distribución mundial de los canales de comunicación echa por tierra la fantasía de que Internet permitirá, en un futuro próximo, que los movimientos sociales de todo el mundo se coordinen. La tabla 5.2 presenta los datos relevantes de una serie de países, que van desde algunos relativamente pobres (como el Congo) hasta otros muy ricos (como Noruega). Obsérvese la gran disparidad en el número de teléfonos móviles y conexiones a Internet. El número de teléfonos móviles por habitante va desde aquellos países europeos en los que esta cifra es de más de uno por habitante hasta el Congo, donde menos del 5 por ciento de la población posee uno (UNCTAD, 2007). Las variaciones en las conexiones a Internet son mucho mayores. En el caso del acceso a los teléfonos y las conexiones a Internet, se ha observado un cierto grado de equiparación entre los países. Sin embargo, si hablamos de conexiones a Internet de banda ancha, esenciales para muchas actividades en línea, la rápida expansión de estos servicios en los países más ricos está agrandando la brecha. Asimismo, en el ámbito de Internet estas desigualdades son más profundas si cabe de lo que las cifras permiten intuir: los productores norteamericanos, por ejemplo, dominan las páginas web del mundo, y hacen que el inglés sea la *lingua franca* de la red (Di Maggio, Hargittai, Neuman y Robinson, 2001, p. 312; UNCTAD, 2007, p. 27; Base de datos de la ONU, 2008).

TABLA 5.2. Acceso a las telecomunicaciones en diferentes países, 2000-2006

País	*Acceso a la banda ancha por cada mil habitantes, 2000*	*Ratio, 2000/1990*	*Contratos de telefonía móvil por cada mil habitantes, 2000*	*Ratio, 2000/1990*	*Usuarios de internet por cada mil habitantes, 2000*	*Ratio, 2006/2000*
Australia	191	15,1	906	2,1	698	2,1
Canadá	236	2,1	514	5,4	520	5,4
China	39	10,1	302	6,1	85	9,2
Congo	–	–	48	300,1	17	–
República Checa	106	50,1	1.181	3,1	344	7,4
Gabón	1	–	542	5,1	57	–
Islandia	292	7,2	1.095	5,4	647	9,2
India	2	–	148	23,1	54	10,1
Indonesia	1	–	284	4,1	72	8,1
Israel	199	3,2	1.175	1,1	266	6,0
Kazajstán	2	–	529	10,1	84	4,3
Noruega	275	6,1	1.086	10,9	878	3,1
Paraguay	3	–	513	3,1	41	6,1
Filipinas	–	–	492	8,3	55	11,4
Arabia Saudí	9	9,2	781	4,1	187	9,1
Reino Unido	217	7,1	1.164	5,4	560	2,1
Estados Unidos	191	3,1	775	8,7	685	3,2
Mundo	43	7,2	406	5,4	173	13,3

– = no hay datos o 0 en 2000 y 2002, según convenga

Fuentes: UNCTAD, 2007-2008, pp. 186-189; Base de Datos de la división de estadística de la ONU, 2008; Unión Internacional de Telecomunicaciones, 2008.

De todo esto extraemos dos conclusiones. La primera: en la medida en que los movimientos sociales internacionalmente coordinados dependan de las comunicaciones electrónicas, su situación será muchísimo más cómoda en los países ricos que en los pobres. La segunda: las comunicaciones electrónicas ponen en contacto de un modo selectivo a los activistas del movimiento social, tanto internacional como nacionalmente. Toda aquella persona en la India o Kazajstán, por ejemplo, a la que un organizador noruego puede llegar por medios electrónicos forma parte de una reducidísima elite en el terreno de las comunicaciones. A la larga, la difusión de las comunicaciones de última generación debería equiparar las oportunidades al alcance del movimiento social a escala internacional. En el ínterin, este aspecto importante de la globalización está haciendo del mundo un lugar más desigual.

Obviamente, dentro del mundo de la alta tecnología, los promotores de los movimientos sociales a escala internacional han incorporado masivamente a sus actuaciones la tecnología de las comunicaciones digitales. Los sitios web, las peticiones en línea, las listas de discusión electrónicas, los blogs, los programas de redes sociales, el correo electrónico, las páginas de chat y de video e incluso la coordinación de acciones locales a través de teléfonos móviles o de radios portátiles no sólo aceleran las comunicaciones, sino que amplían el número de gente con las que una persona cualquiera puede estar en contacto. Aquí empiezan las preguntas difíciles: ¿acaso está transformando la entrada de las tecnologías digitales en las prácticas del movimiento social estas prácticas a una velocidad mayor y de un modo más generalizado a cómo lo hicieron los medios de comunicación y los sistemas de transporte del pasado, como el teléfono, la televisión o los autobuses de larga distancia? ¿Están surgiendo, por lo tanto, nuevos tipos de relaciones entre los activistas? ¿Acaso están cambiando de cariz las campañas, los repertorios y las demostraciones de WUNC del movimiento social de un modo mucho más drástico que en el pasado como consecuencia de todo esto?

Muchos son los trabajos que han investigado el efecto que están teniendo los medios digitales en el activismo internacional (Bennett, 2003; Della Porta *et al.*, 2006, 2007; Diani, 2001, 2003; Tarrow, 2004). El estudio de Lance Bennett sobre esta cuestión, excepcionalmente exhaustivo y objetivo (Bennett, 2003), sostiene que los medios de comunicación digitales están cambiando el activismo internacional de varias maneras, a cual más importante, y entre ellas:

- Creando unas redes algo menos estructuradas, en contraposición con las redes relativamente densas de los primeros movimientos sociales, fundamentales para la comunicación y la coordinación entre los activistas.
- Debilitando la identificación de los activistas locales con el movimiento en su conjunto al permitir que haya más posibilidades de incorporar cuestiones locales al discurso del movimiento.
- Socavando la influencia de la ideología en la implicación personal en los movimientos sociales.
- Disminuyendo la importancia relativa de las organizaciones locales y nacionales específicas, duraderas y con una gran cantidad de recursos como centros del activismo del movimiento social.
- Aumentando las ventajas estratégicas de las organizaciones sin tantos recursos en el seno de los movimientos sociales.
- Promoviendo la creación de campañas permanentes (por ejemplo, antiglobalización o a favor de la protección del medio ambiente) con unos objetivos inmediatos rápidamente cambiantes.
- Combinando las antiguas actuaciones presenciales con otras virtuales.

Bennett y otros estudiosos de estas cuestiones concluyen que estos cambios, a su vez, hacen que los movimientos sociales sean

progresivamente más vulnerables a problemas de coordinación, control y compromiso.

Podemos estudiar estos problemas más de cerca si echamos un vistazo al uso cada vez mayor que hacen las organizaciones del movimiento social del software de las redes sociales. En las protestas que tuvieron lugar en 2008 contra la postura china a propósito de las manifestaciones en Birmania, los activistas se movilizaron utilizando la red social de Facebook y formando un grupo titulado «Apoya a los monjes que protestan en Birmania» que atrajo a más de 350.000 miembros. Aunque estos «miembros» pueden acceder a la información, firmar peticiones en línea o estar al corriente de los acontecimientos que suceden en su región, la actividad en línea no implica automáticamente un compromiso fuera de la esfera virtual, la existencia de una estrategia colectiva o una participación prolongada.

Sin embargo, ni siquiera Bennett se atreve a afirmar que las tendencias que él mismo describe puedan considerarse hechos probados; en el fondo, no hace sino ayudarse de su olfato avezado para olisquear lo que flota en el ambiente. Seamos cautos, por si, en efecto, se avecina una tormenta. A la hora de reflexionar sobre el lugar que ocupan las tecnologías de la comunicación en las relaciones sociales en sentido amplio, así como en los movimientos sociales del pasado, conviene mantener una postura escéptica ante un determinismo tecnológico rotundo. Cualquiera que sea la influencia de estas tecnologías, está condicionada por unas culturas, unas prácticas y unas competencias previas de sus usuarios, así como por las rutinas organizativas de estos (Garrett y Edwards, 2007). Por último, es probable que algunos de los cambios detectados por Bennett no sean tanto el resultado de la adopción de las tecnologías digitales como de las alteraciones en las circunstancias políticas y económicas de los activistas del movimiento social (Diani, 2001; DiMaggio, Hargittai, Neuman y Robinson, 2001; Sassen, 2002; Tarrow, 2005; Wellman, 2000, 2001a, 2001b). La proliferación de organizaciones internacionales, tanto gubernamentales como no gubernamentales,

la importancia cada vez mayor de las multinacionales y de las redes financieras, la pérdida de poder de los estados a la hora de controlar los flujos de bienes, personas, capitales o contrabando y el aumento de las comunicaciones entre posibles objetivos de las reivindicaciones del movimiento social son factores que inciden positivamente en los cambios a los que se refiere Bennett. Plantean nuevos desafíos para los activistas del movimiento social y fomentan la formación de nuevos circuitos políticos como centros de la movilización del movimiento social.

Ahora debemos ampliar nuestro horizonte para pasar de las dinámicas que rodean a la comunicación electrónica a las que giran alrededor de la globalización. En principio, ¿de qué modo podrían afectar las tres tendencias de cambio en el ámbito de la globalización —los cambios iniciados desde la cúpula, los iniciados desde la base y los intermedios— a los movimientos sociales de todo el mundo? Utilizaremos el ejemplo de un movimiento campesino internacional como Vía Campesina, que no deja de crecer. Esta red de pequeños granjeros y jornaleros de cincuenta y seis países nació en 1993. El objetivo principal de Vía Campesina es «potenciar la solidaridad y la unidad entre las organizaciones de pequeños agricultores con el fin de promover la paridad y la justicia social en el marco de unas relaciones económicas justas, la conservación de la tierra, el agua, las semillas y demás recursos naturales, la soberanía alimentaria y una producción agrícola sostenible a partir de pequeños y medianos productores». Con el fin de «globalizar la lucha contra las injusticias y el neoliberalismo mundial», el grupo organiza dos días de actuaciones globales y, regularmente, conferencias entre las organizaciones que lo forman. En el día global de la lucha campesina celebrado el 17 de abril de 2008, los granjeros protestaron simultáneamente en veinte países. Un ejemplo como este nos ayuda a plantearnos por separado la naturaleza cambiante de las campañas, los repertorios y las demostraciones de WUNC.

- Comoquiera que los cambios impulsados desde la cúpula, desde la base o los intermedios incrementan los contactos entre una serie de centros que comparten unos determinados intereses y, por lo general, reducen el coste de la comunicación entre esos mismos centros, cabría esperar un aumento en la frecuencia de las *campañas* dirigidas contra objetivos idénticos o similares y que se llevan a cabo simultáneamente en diferentes lugares.
- En cuanto a los *repertorios*, cabría esperar una dependencia menor en el planteamiento de reivindicaciones programáticas, identitarias o sobre su posición que precisen de la presencia física de todos los participantes en favor de actuaciones conjuntas a escala local conectadas entre sí por un hilo de comunicación largo y sutil. A lo sumo, esta tendencia podría desembocar en actuaciones virtuales que no exigieran presencia física, como por ejemplo las sentadas virtuales.
- En lo tocante a las *demostraciones de WUNC*, cabría esperar una dicotomía interesante: por un lado, maneras de señalar el valor, la unidad, el número y el compromiso que sean inmediatamente reconocibles en todo el mundo; por otro lado, unos códigos WUNC más y más locales que anuncien la relación de los grupos participantes con su entorno local. Un ejemplo de esto lo encontramos en los granjeros coreanos que lucen unas cintas en la cabeza con mensajes inteligibles para la población local y pancartas en inglés que muestran a las cámaras de televisión en las protestas contra los acuerdos de libre comercio (Vía Campesina, 2008).

Los cambios previsibles en las campañas y los repertorios llevan produciéndose desde finales del siglo XX. En ausencia de una relación detallada de episodios, esta dicotomía a la que se enfrentan *las demostraciones de WUNC sigue siendo hoy un fenómeno in*cierto pero plausible. Si nuestras especulaciones son correctas, una

comparación minuciosa de los sucesos demostrará que (en comparación con movimientos sociales más localizados) las actuaciones con un enfoque internacional combinan unos códigos que tejen una estrecha relación entre los participantes y sus localidades y la participación de grupos con otros códigos WUNC de índole mundial, como el signo de la paz o los cantos al unísono.

Del mismo modo que debemos evitar caer en el simple determinismo tecnológico, no debemos tampoco atribuir todos los cambios que se han producido en los movimientos sociales en el siglo XXI a la globalización; la coincidencia no demuestra la existencia de una relación causal. Sobre todo, no debemos dejar que los espectaculares episodios en los que los activistas coordinan sus reivindicaciones en varios continentes nos convenzan de que los movimientos sociales locales, regionales o nacionales pertenecen al pasado. Las conexiones internacionales acercan a gente que sigue actuando sobre todo en países con unas fronteras definidas y que se sigue tomando en serio a los gobiernos de esos mismos países. Muchos observadores y participantes describen todas las relaciones internacionales como si fueran de índole global y, por lo tanto, como si trascendieran la vieja política de unos estados centralizados y con unas fronteras claras. De hecho, los estados son, todavía hoy, actores, objetivos y escenarios destacados de los movimientos sociales de principios del siglo XXI, como lo demuestra la movilización de Xiamen en contra del gobierno chino. La extraordinaria presencia de Estados Unidos en tanto que actor, objetivo y escenario de la política del movimiento social del nuevo siglo subraya más si cabe este aspecto.

Regreso a China

Volver al análisis de la protesta en China en 2007 nos ayudará a esclarecer el lugar que ocupan los movimientos sociales en la política pública del siglo XXI, y nos dará elementos para ser más escép-

ticos si cabe a propósito de la afirmación que reza que las nuevas tecnologías de la comunicación se lo están llevando todo por delante. China ha experimentado un cambio vertiginoso en los últimos veinte años, tanto desde un punto de vista político como económico. Desde la creación en 1949 de la República Popular de China, en varias ocasiones se ha intentado modernizar su sistema económico y político. No obstante, hasta los años setenta la mayoría de estos cambios se llevaban a cabo en un clima de aislamiento relativo con respecto a los flujos financieros globales. Desde entonces, sin embargo, China ha fomentado la inversión extranjera y se ha incorporado rápidamente a la economía global. Con esta transición, el crecimiento económico se ha disparado, pero también lo han hecho las desigualdades. Si aplicamos el coeficiente Gini, la medida estándar para evaluar las desigualdades, rápidamente apreciamos este aumento: del 0,31 en 1979 pasamos al 0,38 en 1988, al 0,43 en 1994 y al 0,47 en 2004; en 2007, el índice se ha mantenido estable (Gu y Yang, 2004, p. 222; Banco Mundial, 2007). La distribución de estas desigualdades no es homogénea a lo largo y ancho del país, pues han sido las zonas rurales las más afectadas (Kwan Lee y Selden, 2007). En los últimos cinco años, el país también ha intentado dar algunos pasos en pos de la democratización, aumentando la transparencia y los mecanismos para responder por las decisiones tomadas, pero la mayoría de observadores coinciden con Freedom House en que el país «no es libre» desde un punto de vista de los derechos políticos y las libertades civiles. Aun así, cada vez son más los ciudadanos chinos que participan en las protestas públicas. En 1994, según el Ministerio de Seguridad Pública de China, hubo 10.000 protestas. En 2005, fueron 87.000, y la cifra sigue en aumento. (Watts, 2006).

La política contenciosa en China tiende a concentrarse alrededor de seis grandes cuestiones relacionadas con la situación del país: en las zonas rurales, el asunto principal son los impuestos y el control sobre la tierra. En las zonas urbanas, las protestas a menudo

son la respuesta al desempleo y a los recortes salariales o están relacionadas con el gasto social. En las regiones donde habitan las minorías étnicas, la libertad religiosa, el respeto y la autonomía local son las cuestiones que más preocupan, como se ha visto en los recientes conflictos que han estallado en Tíbet y sus alrededores. En Hong Kong, de vez en cuando hay movilizaciones para protestar por el control que ejerce Pekín. Las reivindicaciones de libertad de creencias espirituales no están tan vinculadas a una u otra región, como ya hemos visto en los disturbios relacionados con el movimiento Falun Gong y en alguna que otra campaña a favor de la libertad política y los derechos civiles (Ming Xia, 2006). Muchas de estas disputas no entrarían dentro de la categoría de movimientos sociales porque no hay campañas o demostraciones de WUNC. No obstante, hay indicios de que el movimiento social está propagando lentamente sus innovaciones y las va adaptando al contexto local, así como de un uso cada vez más habitual de la retórica de los derechos humanos. Movilizaciones como la de Xiamen son algo bastante inusual, pero si en algún lugar de China hubiera de aparecer un movimiento medioambiental, ese lugar sería una ciudad como Xiamen.

Xiamen es una ciudad costera situada en el sudeste de la provincia de Fujian, y está muy relacionada con instituciones y culturas de fuera de China. Puerto desde el año 1000, da al estrecho de Taiwán. Cuna de muchos chinos en el extranjero, la ciudad ha sido una de las puertas entre China y el mundo exterior. En los años ochenta del siglo XX, se convirtió, junto con las zonas rurales que la circundan, en una de las primeras Zonas Económicas Especiales de China. Desde entonces, Xiamen ha atraído una gran cantidad de inversiones extranjeras directas, procedentes sobre todo de Hong Kong, Taiwán y Macao. Está considerada como uno de los destinos predilectos de los inversores extranjeros. Las principales actividades económicas de Xiamen son la pesca, los astilleros, los robots de cocina, los curtidos, el textil, la fabricación de máquinas de herra-

mientas, la industria química, las telecomunicaciones y los servicios financieros. Con tres universidades y un gran número de facultades, la ciudad ocupa una extensión de 1.565 kilómetros cuadrados, y cuenta con una población de cinco millones de habitantes. Recientemente, fue considerada como la ciudad más limpia de China y la segunda en calidad de vida.

La clase media emergente de ciudades como Xiamen participa activamente en la formación de organizaciones que, desde la sociedad civil, ponen el acento en cuestiones medioambientales. Durante los últimos diez años, un número cada vez mayor de ONG medioambientales chinas y de grupos universitarios ecologistas, surgidos gracias al impulso de ONG como World Wildlife Fund y de inversores como la Fundación Ford, han comenzado a dar forma a un movimiento medioambiental (Turner y Zhi, 2006). Han cosechado un éxito relativo, y al menos 2.000 organizaciones ecologistas independientes se han inscrito ante el gobierno chino. En el contexto de una crisis medioambiental cada vez más evidente y un crecimiento económico pronunciado, el gobierno ha comenzado a incorporar objetivos medioambientales a sus Planes Quinquenales. Este cambio parece ir de la mano de una liberalización política más general, cuando menos en lo que respecta a algunos grupos y a algunas cuestiones. En 2004 se aprobaron diversas leyes y medidas que dieron un mayor rango legal a la participación del pueblo y de las ONG en la toma de decisiones políticas (Turner y Zhi, 2006). No obstante, las reticencias de las ONG medioambientales chinas a oponerse explícitamente al gobierno son el reflejo de la limitada democracia de que goza China. En su lugar, estas ONG se vuelcan, mayoritariamente, en labores de asesoramiento, de educación pública y en estrategias legales. Otros grupos medioambientales se organizan principalmente a través de Internet, evitando de este modo la necesidad de inscribirse ante el gobierno.

El éxito de los manifestantes de Xiamen demostró la existencia de una oportunidad política para otros grupos críticos con el régi-

sistir a un aumento de la actividad del movimiento social. A principios de 2008, Jane Kurtenbach, de Associated Press, recogía las iguientes declaraciones de Ding Xueliang, analista político del Carnegie Endowment for International Peace en Pekín: «Antes de os sucesos de Xiamen, la tendencia general siempre era que nada odía detener el avance de la gran fábrica, la gran carretera o el ran puente. Hoy, los habitantes de Shanghai confían más en que se es escuchará» (Belle Kearns, 2008). La segunda oleada de protestas contra la fábrica química en Guangzhou, Donshan y demás lugares indica que, a pesar incluso de la cautela de las organizaciones ue componen el movimiento medioambiental en China, los emrendedores con unas redes de activistas con una menor implantación están más dispuestos a ofrecer resistencia. Estos actores, sobre odo a la vista de la mayor atención internacional que se presta a China a causa de los Juegos Olímpicos de 2008, les permiten relacionar sus críticas a la política medioambiental con unas críticas nás genéricas hacia el régimen.

¿Qué conclusiones extraemos de las disputas chinas de 2007 y 2008 sobre los movimientos sociales del siglo XXI? En primer lugar, que, a pesar de la falta de libertades políticas y derechos civiles, se están llevando a cabo en otros lugares experimentos con movimientos sociales institucionalizados. Sazonadas con muchos elementos autóctonos, las marchas, las sentadas y los piquetes pertenecían claramente al repertorio del movimiento social internacional: formaban parte de una campaña prolongada para influir en el gobierno, ran la manifestación de una serie de reivindicaciones programáticas, identitarias y sobre su posición y se componían de diversas demostraciones de WUNC. Como ya sucediera a finales del siglo XX, os procesos de democratización y los movimientos sociales fueron e la mano en todo el mundo a principios del siglo XXI.

En segundo lugar, las reivindicaciones chinas ponen de manifiesto que los movimientos sociales están apareciendo en países

segmentados social y geográficamente. Los participantes en las protestas de Xiamen provenían, en su mayoría, de las clases medias de una región próspera. Sin embargo, las diferencias geográficas trazan, en la política china, una división mucho más clara que la que responde a las diferencias de clase. En regiones tan conflictivas como Tíbet o la región autónoma uigur de Xinjiang, en la política pública no participan los movimientos sociales, sino los líderes religiosos, los bandidos, los secuestradores, las redes entre patronos y clientes y las fuerzas de la guerrilla. Dos países tan cercanos como Nepal y Birmania también están segmentados en regiones importantes donde las campañas del movimiento social han tenido como escenario las grandes ciudades, pero existen también grandes zonas en las que sería imposible confiar en obtener avances políticos combinando en campañas prolongadas las actuaciones y las demostraciones de WUNC del movimiento social. No sólo los países con regímenes autoritarios han permanecido fuera del mundo de los movimientos sociales, sino también sectores autoritarios de países parcialmente democráticos.

En tercer lugar, los contactos internacionales tuvieron un peso indudable en este conflicto. Las relaciones económicas, las ONG internacionales y los patrones migratorios unen a esta ciudad con Taiwán y el resto del mundo. Los blogueros difundieron en línea las noticias de las protestas, y ahí acudieron los medios internacionales en busca de sus historias. La cobertura de los medios internacionales (alentada en parte por la comunicación electrónica) provocó que los activistas de Xiamen no tuvieran más remedio que actuar, simultáneamente, a escala local y mundial. ¿Convierte esto los sucesos de 2007 en un ejemplo o en una consecuencia de la globalización? No en tanto en cuanto la intensificación de los contactos internacionales no constituyó ni precipitó la movilización contra el gobierno. Todo lo más que podemos decir es que, a principios del siglo XXI, incluso algunas pequeñas ciudades chinas estaban ya tan integradas en los circuitos mundiales de poder y comunicación que

los gobernantes chinos se veían incapaces de controlar eficazmente las actividades políticas domésticas e internacionales de sus ciudadanos.

En cuarto lugar, el uso generalizado de teléfonos móviles y de blogs influye poderosamente en los nuevos movimientos. Los ciudadanos afectados pudieron movilizarse sin necesidad de constituirse en organizaciones formales y pudieron comunicarse entre sí a través de sus redes personales. Por todo ello, su movilización fue mucho mayor, aunque posiblemente también menos predecible.

En quinto lugar, la cultura local y el Estado siguen siendo elementos importantes. Las multitudes de Xiamen tal vez se formaron más rápidamente o congregaron a más gente que en el pasado gracias a unas comunicaciones rápidas y baratas. Sin embargo, el perfil general de la movilización popular —cuando menos, desde la distancia— se asemeja extraordinariamente a las actuaciones de la política contenciosa china anterior a la aparición de los teléfonos móviles e Internet y al de los movimientos sociales del pasado que aparecieron en otras zonas del mundo democrático o semidemocrático: desobediencia civil, vestirse con determinados colores en señal de protesta, reunirse en lugares cargados de simbolismo, implicar en las movilizaciones a personajes famosos y marchas con destino a edificios gubernamentales.

Por todo esto, el uso que podemos hacer de las fuentes documentales limita nuestro conocimiento. Las informaciones aparecidas en los medios de comunicación nos ayudan enormemente a la hora de concretar qué tipo de acciones debemos explicar, quiénes son los actores principales (individuales y colectivos) que aparecen en público y qué alianzas forman estos actores a ojos de la gente. Sin embargo, por sí mismos, todos estos elementos no dan respuesta a preguntas tan preocupantes como hasta qué punto ejercen las movilizaciones populares una influencia independiente sobre el resultado. Es imposible decirlo sin un estudio más atento de las interacciones entre los diferentes participantes en la campaña.

Se me antoja que la lectura más plausible que podemos hacer de las pruebas de que disponemos es la siguiente: los emprendedores políticos que se oponían a la fábrica movilizaron la insatisfacción. Los mensajes de texto y los blogueros amplificaron esa insatisfacción e hicieron llegar el mensaje a los observadores. Xiamen, con su crecimiento urbanístico desmesurado, y, en un sentido más amplio, China, con los tibios pasos que estaba dando en pos de la democratización, brindaron una pequeña oportunidad política. Asimismo, los contactos internacionales se encargaron de proporcionar el discurso relacionado con los derechos, convertido en herramienta para las reivindicaciones del colectivo. Todo ello propició la organización de marchas y manifestaciones y, sin necesidad de mucho ruido, que el movimiento social se popularizara como un medio para que el pueblo diera a conocer sus reivindicaciones.

Internacionalización

En buena parte del mundo, entretanto, los movimientos sociales se están internacionalizando. Evidentemente, hemos visto relaciones internacionales entre los movimientos sociales desde su aparición: recordemos la importancia de símbolos británicos como el número 45 de John Wilkes en los sucesos de Charleston, Carolina del sur, de junio de 1768. El abolicionismo no tardó en convertirse en un movimiento transatlántico con ramificaciones en varios países a ambos lados del océano. Durante el siglo XIX, los movimientos contra el consumo de alcohol, los derechos de las mujeres o la independencia de Irlanda siguieron dando pie a la colaboración entre personas a lado y lado del Atlántico (Hanagan, 2002; Keck y Sikkink, 2000; Kish Sklar y Stewart, 2007).

Por lo tanto, no sólo buscamos ejemplos de interacciones a escala internacional entre los movimientos sociales, sino indicios de un cambio significativo en la orientación de los movimientos sociales.

La figura 5.1 presenta un esquema de esta internacionalización. Distingue entre (1) *quienes plantean reivindicaciones* (por ejemplo, las campañas contra la Organización Mundial del Comercio) programáticas, identitarias o sobre su posición por medio de demostraciones de WUNC integradas en las actuaciones del movimiento social y (2) los *objetos de esas reivindicaciones* (por ejemplo, la Organización Mundial del Comercio), cuya respuesta, reconocimiento o eliminación esperan quienes plantean las reivindicaciones. A lo largo de los dos siglos de historia de los movimientos sociales que cubre este libro, tanto quienes plantean las reivindicaciones como los objetos o los objetivos de las mismas han pertenecido a la esfera local y a la regional, la nacional y la internacional. A menudo, ambos han operado al mismo nivel: reivindicadores locales contra objetos locales, reivindicadores regionales contra objetos regionales... Sin embargo, cada vez es más común encontrar reivindicaciones presentadas de manera coordinada por distintos actores situados en un nivel y cuyo objeto se encuentra en un escalafón distinto, como sucedió, por ejemplo, cuando los abolicionistas de Boston y Filadelfia se unieron a la petición presentada ante la Cámara de Representantes para poner fin a la esclavitud, o cuando los activistas nazis locales de Marburgo y demás ciudades comenzaron a coordinar sus reivindicaciones para conseguir el ascenso de Hitler al poder.

Del mismo modo, reivindicadores nacionales como los partidarios de independizarse de la Unión Soviética que surgieron tanto en las repúblicas soviéticas como en los estados satélite durante 1989 no sólo dirigieron sus reivindicaciones contra los gobernantes soviéticos sino también contra las autoridades internacionales, incluida la Unión Europa y Estados Unidos. El segundo caso supuso un paso fundamental en la senda de la internacionalización. No alcanzó el punto máximo —la esquina superior derecha de la figura 5.1— porque no logró movilizar a actores que se pronunciaran en nombre de un «nosotros» internacional, sino solamente como reivindicadores regionales o nacionales. Aun así, la construcción

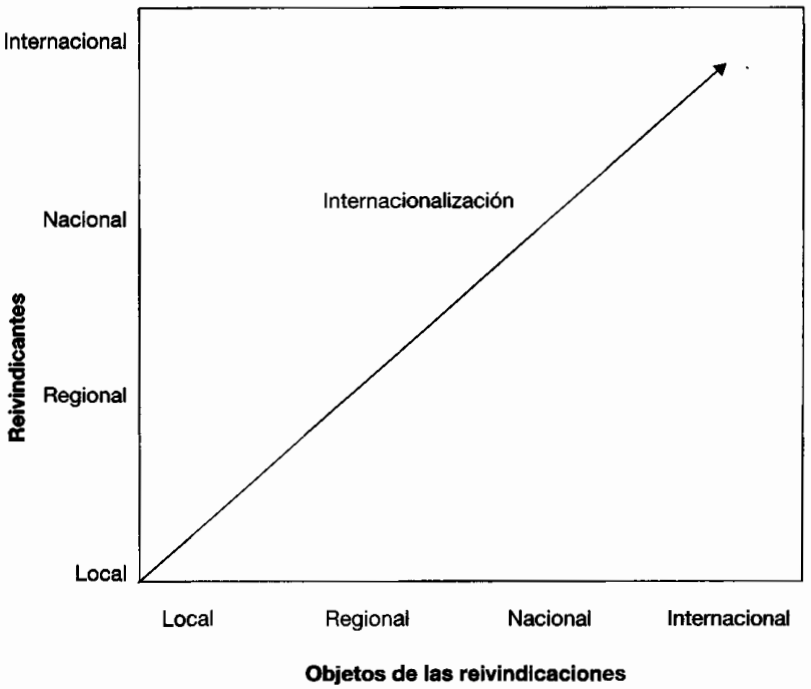


FIGURA 5.1. Internacionalización de los movimientos sociales.

internacional de este «nosotros» se convirtió en un rasgo más y más habitual de los movimientos sociales del siglo XXI.

Los objetos de las reivindicaciones también pasaron a este escalafón internacional (Tarrow y McAdam, 2005). Conforme las multinacionales y las empresas nacionales que trabajaban en varios países —pensemos en Nike, McDonald's, Coca-Cola o Royal Dutch Shell— fueron creciendo y multiplicándose, también se erigieron en objetivos para la coordinación multinacional del movimiento social. La creación de organismos internacionales como las Naciones Unidas, la Organización del Tratado del Atlántico Norte, la Unión Europea o la Organización Mundial del Comercio trajo consigo la aparición de una serie de actores cuya influencia, políticas e intervenciones centraron las reivindicaciones del movimiento social de

muchos países (véanse, por ejemplo, Deibert, 2000; Wood, 2004). Cuando estos actores celebraban reuniones de alto nivel, esas mismas citas atraían también una serie de protestas coordinadas a escala internacional y motivadas por sus políticas. La «cumbre alternativa» más famosa de todas tuvo lugar en Seattle, Washington, en noviembre de 1999 y se dirigió contra la Organización Mundial del Comercio. Jackie Smith describe así la movilización que se produjo alrededor de aquel encuentro.

> La noche del 29 de noviembre de 1999, los líderes políticos y empresariales de Seattle organizaron una exclusiva fiesta de bienvenida para los delegados de la III conferencia ministerial de la Organización Mundial del Comercio en el estadio de fútbol americano de la ciudad. Al mismo tiempo, millares de activistas se congregaron en una iglesia del centro de la ciudad para prepararse para el primer gran enfrentamiento de lo que se conocería como la «batalla de Seattle». Los manifestantes salieron de aquella iglesia superpoblada y se unieron a varios millares más que bailaban, cantaban y charlaban bajo el aguacero que caía aquella fría noche en Seattle. Ocupaban varias manzanas y estaban celebrando la «protesta del siglo». Muchos llevaban chaquetas de sindicalistas o ponchos para guarecerse de la lluvia y lucían mensajes contrarios a la Organización Mundial del Comercio. Varios miles de manifestantes... avanzaron en dirección al estadio, y lo rodearon formando una cadena humana —de tres o cuatro personas de grosor— para subrayar los efectos devastadores de la crisis de la deuda. La protesta disuadió a más de dos tercios de los cinco mil invitados que se preveía asistirían a aquel acto de bienvenida. El simbolismo de la cadena humana de las «cadenas de la deuda» formaba parte de una campaña internacional (Jubilee 2000) para acabar con la deuda del tercer mundo, y ponía de relieve, tanto para quienes participaban en la protesta como para quienes la observaban, las enormes desigualdades del sistema global de comercio, además de señalar el inicio de una semana de protestas callejeras y de concentraciones en contra del régimen del comercio mundial. (Smith, 2002, p. 207.)

Jubilee 2000 había nacido como una coalición de organizaciones no gubernamentales británicas que se dedicaban a cuestiones de desarrollo social y económico. Con el tiempo, la coalición empezó a centrarse en la abolición de la deuda del tercer mundo. Fueron los primeros en organizar «cadenas humanas» como símbolo de las «cadenas de la deuda» alrededor de los escenarios de las cumbres en una reunión de líderes financieros internacionales que tuvo lugar en 1998 en Birmingham, Inglaterra. Fue una de las muchas coaliciones y redes que atrajo a activistas procedentes de muchas redes políticas internacionales a lugares donde podían poner en común estrategias y análisis. La Batalla de Seattle se convirtió en el modelo a seguir para los organizadores internacionales que tenían a las instituciones internacionales en el punto de mira.

Para entender la internacionalización de los reivindicadores y de los objetos de las reivindicaciones, debemos identificar otros tres aspectos de la internacionalización: (1) la proliferación de intermediarios especializados no tanto en plantear sus propias reivindicaciones como en ayudar a otros a coordinar las reivindicaciones a escala internacional; (2) la multiplicación de contactos colaterales entre grupos de activistas que plantean reivindicaciones similares, y (3) un aumento de la coordinación por parte de las autoridades represoras de diferentes países y regiones.

Organizaciones de derechos humanos como Amnistía Internacional o Human Rights Watch lideraron el primer aspecto, estudiando los abusos contra los derechos humanos que se producen en todo el mundo, publicando regularmente informes y listados de estos mismos abusos e intercediendo ante los estados más importantes y las autoridades internacionales para que sancionaran a quienes pisotean los derechos humanos, así como poniendo al alcance de los reivindicadores modelos, certificados, contactos y asesoramiento. Los movimientos de pueblos indígenas de todo el mundo se beneficiaron enormemente al ser identificados como participantes en una causa mundial, a pesar de que no podemos considerar que su

movimiento sea nuevo. En este ámbito también encontramos fundaciones como el National Endowment for Democracy o la Fundación Ford y grupos como Nonviolence International, que apoyan un tipo determinado de actividades del movimiento social brindando recursos a movimientos y organizaciones (Bob, 2005). También se incluye aquí la infraestructura que proporcionan a los movimientos redes como el Independent Media Center, que ha preparado un apoyo mediático dinámico, en línea y, en ocasiones, *offline* para las manifestaciones a través de centenares de páginas web.

En cuanto al segundo aspecto, los activistas del movimiento organizados alrededor de causas similares —por ejemplo, el medio ambiente, los derechos de las mujeres o la oposición a los talleres de confección de ropa en países pobres que trabajan para mercados ricos a cambio de unos salarios miserables— también han establecido unos contactos transcontinentales y transoceánicos duraderos. Como ya hemos visto en el caso de las activistas feministas de Fiji, algunos de estos contactos nacen en reuniones internacionales promovidas por organizaciones internacionales como las Naciones Unidas o en cumbres alternativas. Aun así, otras surgen de contactos por Internet a raíz de listas de discusión o páginas web. Donatella della Porta y su equipo (2006a) han definido estas redes transnacionales como la forma modular actual dentro del movimiento que trabaja en pos de la justicia social. Estas redes facilitan la difusión de nuevas ideas, la intermediación con actores hasta entonces enfrentados y la creación de nuevas campañas, marcos e identidades (Della Porta *et al.*, 2006; Reitan, 2007; Smith, 2007; Tarrow, 2005).

En tercer lugar, durante estos últimos años, la policía y los profesionales de la seguridad coinciden en conferencias internacionales en las que se organizan talleres sobre estrategias para controlar a las muchedumbres, asisten asesores especializados que dan a conocer las últimas novedades en «buenas prácticas» y donde los funcionarios experimentan con nuevas tecnologías de vigilancia y control fronterizo para tener bajo control las protestas políticas in-

TABLA 5.3. «Eventos de la Sociedad Civil Global», enero – 8 de marzo de 2007

12 – 14 de enero	Celebración del Foro Social de Ivry en Francia.
15 de enero	El artista y activista contra la guerra Brian Haw organiza una exposición para protestar por la nueva zona de exclusión para protestas públicas no autorizadas cerca del Parlamento.
19 de enero	Estambul, Turquía. 100.000 personas se unen al cortejo fúnebre en recuerdo de Hrant Dink, un destacado periodista turco-armenio que escribió sobre el asesinato masivo de armenios durante los últimos días del Imperio Otomano.
20 – 25 de enero	Nairobi, Kenia. Más de 75.000 personas de 110 países y 1.400 organizaciones participan en el VII Foro Social Mundial.
20 de enero	Activistas del Congreso de la Juventud tibetano llegan a Nueva Delhi después de una semana de ruta ciclista para protestar por los Juegos Olímpicos de Pekín 2008. El eslogan principal del grupo es «No a los Juegos Olímpicos en China hasta que Tíbet sea libre».
20 de enero	Celebración del Foro Social Local de Auxerre en Francia.
24 de enero	Celebración del V Foro de Autoridades Locales en Nairobi, dentro de los actos del Foro Social Mundial.
27 de enero	Washington. 400.000 personas participan en una marcha «Unidos por la Paz y la Justicia» para exigir el fin de la guerra de Irak. La marcha coincide con una votación de la Cámara de Representantes para decidir el envío de más tropas a la guerra y se celebra para influir en su resultado.
9 de febrero	Egipto. 16.000 trabajadores del sector textil y de la confección organizan una sentada de una semana ante la negativa de sus patronos a pagarles.
9 – 10 de febrero	Nouakchott, Mauritania. Celebración del Foro Social del Magreb.
10 de febrero	Celebración del Foro Social Val de Bievre en Francia.
14 de febrero	Día de acción global a cargo de activistas obreros para protestar por el traslado a China de la fábrica de Burberry de Treochy, Gales. En Londres, Nueva York, Chicago, Estrasburgo y Las Vegas se celebran manifestaciones tras el lema «Que Burberry siga siendo británica».

Italia. 150.000 activistas pacifistas se manifiestan en una concentración bajo el lema «Contra la guerra y las bases militares, por la paz y la justicia: el futuro está en nuestras manos».

Centenares de israelíes, palestinos y ciudadanos extranjeros protestan en Bil'in por el muro de Cisjordania. La policía israelí recurre a cañones de agua para dispersar a los manifestantes.

- Selingue, Mali. Celebración de un Foro Mundial por la Soberanía Alimentaria que atrae a 600 personas de los cinco continentes.

Los pequeños comerciantes y los manifestantes contrarios a la globalización se manifiestan en la India coincidiendo con la visita al país de los ejecutivos de Wal-Mart a raíz del proyecto de estos de entrar en el sector de la venta al detall.

Copenhague, Dinamarca. Arrestadas más de 600 personas a raíz de las protestas multitudinarias por el desalojo de un centro juvenil ocupado y de izquierdas después de que el edificio haya sido vendido a unos promotores.

Hollywood, California. Más de 500 chinos enviados por la Oficina de Turismo de Pekín para manifestarse a favor de los Juegos Olímpicos de Pekín 2008 son recibidos por centenares de activistas proderechos humanos que exigen «Libertad antes de los Juegos».

Teherán, Irán. Las mujeres se manifiestan contra las leyes discriminatorias sobre la custodia infantil y la poligamia.

Jalalabad, Afganistán. Más de 2.000 personas se manifiestan en protesta por el asesinato de civiles por parte del ejército norteamericano durante una emboscada. Los colectivos pacifistas y proderechos humanos internacionales también expresan su inquietud.

Dili, Timor Oriental. Los manifestantes se concentran para expresar su inquietud sobre las acciones dirigidas por Australia contra los rebeldes al tiempo que el presidente Gusmao amenaza con imponer medidas de excepción para impedir las manifestaciones.

Uganda. Huelga de jueces y abogados para protestar por las incursiones de tropas gubernamentales en los tribunales.

5 de marzo	China. Radio Minghui, una emisora de voluntarios, empieza a emitir información prohibida en China a través del satélite Eutelsat.
5 de marzo	Jharkhand, India. Manifestaciones violentas en respuesta al asesinato de varios diputados nacionales, presuntamente a manos de maoístas.
5 – 9 de marzo	Quito, Ecuador. La coalición Red contra las Bases nace para coordinar la campaña contra las bases militares extranjeras.
7 – 9 de marzo	Brasil. Manifestaciones por todo el país para protestar por la visita del presidente estadounidense Bush. Las movilizaciones también incluyen protestas de los granjeros por la alianza energética del etanol entre el presidente Bush y el presidente brasileño.
8 de marzo	Más de 500 eventos en 49 países del mundo conmemoran el Día Internacional de la Mujer.

Fuente: Resumen de Albrow, Anheier, Glasius, Price y Kaldor, 2008, pp. 377-379.

ternacionalizadas. Esto ha desembocado en una cierta convergencia en las estrategias de control de las multitudes (Della Porta *et al.*, 2006b). Por ejemplo, las fuerzas de seguridad que se preparaban para las protestas de 2008 contra la cumbre del G-8 en Japón reconocieron que se iban a reunir con los funcionarios alemanes que habían organizado la seguridad de la cumbre de 2007 para intercambiar información (12 de agosto de 2007, *Kyodo News*). Una estrategia que se ha popularizado rápidamente es el uso de controles de inmigración con disposiciones específicamente referidas a los elementos violentos para limitar la movilidad de los manifestantes antiglobalización que se desplazan a los lugares donde se van a celebrar las protestas. Estas innovaciones en materia represiva están relacionadas con los cambios en las tácticas empleadas en las protestas y en las formas de organización.

A pesar de la gran cantidad de precedentes, las actuaciones coordinadas a escala internacional del movimiento social y el apoyo internacional a las actuaciones a escala regional o nacional del movimiento social son algo cada vez más habitual desde las últimas

décadas del siglo XX. Además, activistas y analistas han mostrado una mayor predisposición a reivindicar actuaciones regionales y nacionales de movimientos de alcance mundial tan diversos como el movimiento antiglobalización, el movimiento en pos de la justicia global o el movimiento a favor de la sociedad civil global (Bennett, 2003; Della Porta *et al.*, 2006a; Koopmans, 2004; Rucht, 2003; Smith, 2007; Tarrow, 2002, 2005).

Esto es evidente cuando observamos la cronología de «episodios de la sociedad civil global» de enero y febrero de 2007 que aparece en la relación anual publicada por el Centro para el Estudio del Gobierno Global. Ahí encontramos hechos con una clara orientación global, como por ejemplo el Foro Social Mundial de Nairobi, Kenia, el Día Internacional de la Mujer y el Foro Mundial por la Soberanía Alimentaria, así como episodios que relacionan claramente preocupaciones de índole local con objetivos globales, como una campaña global en contra del traslado de una fábrica de Burberry de Gales a China o las protestas en la India en contra de la llegada de Wal-Mart. También hay eventos claramente dirigidos contra Estados-nación y vinculados incluso a movimientos globales, como las protestas en contra de la guerra de Irak en el Reino Unido, Estados Unidos o Italia. Encontramos foros sociales interconectados a través de redes y procesos globales. Por último, hay episodios en los que diferentes activistas relacionados entre sí a escala internacional desempeñaron un papel de primer orden, como en Cisjordania, Hollywood, Afganistán o la India. Evidentemente, dos meses de eventos no sirven para identificar una tendencia, pero el calendario ayuda a explicar por qué tantos observadores de principios del siglo XXI afirmaron que los movimientos sociales se estaban globalizando a pasos agigantados.

¿Qué vemos cuando trasladamos lo sucedido en los primeros años del siglo XXI a una perspectiva temporal más amplia? A falta de una relación exhaustiva de los movimientos sociales en todo el mundo (y recordando una vez más algo tan fundamental como que

los movimientos sociales no se reducen simplemente a las organizaciones del movimiento social), podemos apreciar una cierta expansión en el siglo XX si nos atenemos al número de organizaciones no gubernamentales internacionales (ONGI) que surgieron. La cifra anual durante los años setenta y ochenta del siglo XIX fue de entre dos y tres al año, y de cinco a seis al año una década más tarde. La cifra fue en aumento hasta alcanzar unas treinta al año antes de la primera guerra mundial. El número de ONGI que se fundaban se redujo durante y después de la guerra, antes de situarse cerca de las cuarenta durante los años veinte del siglo XX y de volver a caer durante la segunda guerra mundial. En los años ochenta, se disparó hasta llegar a ochenta, noventa y superar el centenar de nuevas organizaciones al año. La cifra siguió aumentando; entre 1996 y 2007, el número de ONGI pasó de 15.108 a 21.443, con una media de más de 500 nuevas ONGI al año (Boli y Thomas, 1997, p. 176; para el recuento de las ONGI existentes entre 1900 y 2000, véanse Albrow *et al.*, 2008; Anheier y Themudo, 2002, p. 194).

Las pruebas demuestran que existe una sorprendente correspondencia entre la formación de ONGI y la creación de organizaciones gubernamentales o cuasigubernamentales como la Liga de Naciones, la Organización Internacional del Trabajo, las Naciones Unidas y el Banco Mundial; en efecto, Boli y Thomas señalan que, cada año, la proporción entre la fundación de ONGI y la de creación de organizaciones intergubernamentales es de 0,83 a favor de las primeras (Boli y Thomas, 1997, p. 178). Los datos de Boli y Thomas también ponen de manifiesto un extraordinario paralelismo entre la creación de ONGI y el calendario genérico que propuse antes al referirme a la globalización.

Centrándose —y, para nuestros fines, más claramente si cabe— en las «asociaciones no gubernamentales independientes creadas específicamente para promover un determinado tipo de cambio social o político» y con miembros en al menos tres países, Jackie Smith ha señalado una serie de cambios en el número de organizaciones

existentes (no en el de las de nueva creación) entre 1973 y 2003. La tabla 5.4 muestra su recuento de todas las organizaciones del movimiento social transnacionales (TSMO).

La cantidad prácticamente se duplicó durante cada década entre 1973 y 1993, y aumentó en un 50 por ciento entre 1993 y 2003. En la relación de Smith, las TSMO que trabajan en cuestiones relacionadas con los derechos humanos o el medio ambiente son más numerosas que las que se dedican a la paz, los derechos de las mujeres, el desarrollo, la justicia global, la autodeterminación étnica o las causas de derechas. Durante los años noventa, sin embargo, las organizaciones implicadas en cuestiones étnicas se redujeron al tiempo que las que trabajaban en asuntos económicos cobraban más importancia. Lo que la gente llama de un modo genérico movimientos antiglobalización surgió sobre todo de organizaciones especializadas en cuestiones económicas, pero a menudo se aliaron con organizaciones que trabajaban en el terreno de los derechos humanos, el medio ambiente y otros grupos destacados del movimiento social internacional.

Tal y como insinúan los datos de que disponemos, las bases organizativas de la actividad de las organizaciones del movimiento social se ampliaron coincidiendo aproximadamente con la proliferación de los contactos internacionales en otros ámbitos (véase también Keck y Sikkink, 1998). No obstante, esta expansión reproduce una serie de patrones de desigualdad. Las organizaciones no gubernamentales activas a escala internacional operan sobre todo en ciudades y países que también acogen a las principales instituciones encargadas de tomar decisiones. Incluso sus reuniones se concentran en un número reducido de países: el 48,5 por ciento de todas las reuniones de las organizaciones internacionales se celebraron en Estados Unidos, Francia, Alemania, el Reino Unido, Italia, España, los Países Bajos, Austria, Suiza o Bélgica (Albrow *et al.*, 2008). Estos lugares facilitan la participación de los reivindicadores locales más que la de los que vienen de lugares más lejanos.

TABLA 5.4. Número de Organizaciones Transnacionales del Movimiento Social (TSMO), 1973-2003

Año	*Número de TSMO*
1973	183
1983	348
1993	711
2000	959
2003	1.011

Fuente: Smith, 2003, p. 32; véase también Smith, 1997.

A la larga, desgraciadamente, no podemos fiarnos de las listas o de las descripciones que se hacen de las organizaciones, sean o no internacionales, como representantes de las campañas, los repertorios y las demostraciones de WUNC de los movimientos sociales. Un examen de las cumbres alternativas y de las jornadas globales de acción nos permite hacernos una idea de cómo se movilizan los movimientos sociales en el siglo XXI.

Aunque durante los años noventa hubo diferentes protestas contra las instituciones financieras internacionales, las cumbres de las instituciones financieras internacionales ya comenzaron a concitar movilizaciones multitudinarias poco antes de las protestas de Seattle de 1999. Algunas de las citas más importantes son:

16-20 de mayo de 1998: Cumbre del G-8 (Birmingham, Reino Unido) y cumbre ministerial de la Organización Mundial del Comercio (OMC) (Ginebra). 2.000-3.000

18 de junio de 1999: Cumbre del G-8 (Colonia, Alemania). 800-1.000

30 de noviembre de 1999: Cumbre ministerial de la OMC (Seattle, Estados Unidos). 50.000-70.000

26 de septiembre de 2000: Reuniones del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial (Praga, República Checa). 12.000

18-22 de julio de 2001: Cumbre del G-8 (Génova, Italia). 50.000-60.000

9 de noviembre de 2001: Cumbre ministerial de la OMC (Doha, Qatar). 1.000

14 de septiembre de 2003: Cumbre ministerial de la OMC (Cancún, México). 2.000-3.000

12-18 de diciembre de 2005: Cumbre ministerial de la OMC (Hong Kong, China). 4.000

18-19 de noviembre de 2006: Reunión del G-20 (Melbourne, Australia). 3.000

2 de junio de 2007: Cumbre del G-8 (Rostock, Alemania). 80.000

Estas protestas durante las cumbres están coordinadas por activistas de las redes de protesta internacionales que trabajan con activistas locales para organizar el entrenamiento, el dispositivo legal y el alojamiento, a menudo a través de «centros de convergencia». Estos centros facilitan un espacio para coordinar las manifestaciones, el alojamiento, los primeros auxilios y el apoyo legal a los manifestantes y a los medios de comunicación independientes. A menudo, algunos de estos activistas organizan una cumbre alternativa en la que se tratan, desde un punto de vista crítico, las cuestiones de las que se ocupa la cumbre, sus participantes y sus políticas.

Estas cumbres alternativas no sólo influyen en los objetivos de las mismas, sino también en las opiniones populares de esos mismos objetivos. El *Annual Register* comentaba:

> A raíz de lo que un reportero calificó como su «caída en desgracia» en la cumbre ministerial en Seattle de finales de 1999, durante el año 2000 la OMC estuvo inmersa en un período de «convalecencia» o, en una descripción menos benévola, de «parálisis». Poco se consiguió al resolver las complicadas cuestiones que habían salido a la luz de un modo tan evidente durante la sesión de 1999. Las fricciones entre países desarrollados y países en vías de desarrollo provocadas por la exigencia de los segundos de una mayor influencia de la OMC no desaparecieron. Los grandes centros económicos, especialmente la Unión Europea, Japón y Estados Unidos, seguían sin

> ponerse de acuerdo en un programa y en unos plazos para la propuesta de una nueva ronda de negociaciones comerciales globales. Y las protestas de los movimientos contrarios a la globalización persistieron, y arremetían, entre otras cosas, contra lo que percibían como el efecto negativo de la actividad de la OMC en las condiciones de la mano de obra y la protección medioambiental y aseveraban que las decisiones de la OMC no sólo no remediaban la situación de pobreza de muchos países, sino que la agravaban. (*Annual Register*, 2000, pp. 385-386.)

Del mismo modo, cuando, en septiembre de 2003, los representantes de comercio se reunieron en Cancún, México, para negociar el marco político para los intercambios internacionales de alimentos, los observadores señalaron que los manifestantes callejeros y el recientemente formado Grupo de los 21 países en vías de desarrollo y exportadores de alimentos habían forjado una formidable alianza que no podían pasar por alto ni la Unión Europea, ni Estados Unidos, con su política generalizada de subsidios a los granjeros (Becker, 2003). Con todo, el borrador del acuerdo de la OMC que resultó de la reunión de Cancún solamente hacía pequeñas concesiones, la mayoría de ellas retóricas, al Grupo de los 21 y a quienes en las calles les brindaban su apoyo (Thompson, 2003). De hecho, las conversaciones se bloquearon cuando el Grupo de los 21 se retiró para protestar por lo exiguo de las ofertas de los países ricos. Por este motivo, haría falta un análisis mucho más minucioso para detectar las repercusiones reales en la conducta de la OMC de semejantes jornadas de protesta. No obstante, es innegable que las redes de activismo internacional lograron influir en el debate público sobre esa conducta.

En los años que han transcurrido desde los éxitos de Seattle y Cancún, las cumbres alternativas han ido perdiendo participantes, con la reciente excepción de la cumbre del G-8 en Rostock, Alemania. Algunos activistas locales y nacionales han criticado estos encuentros por lo oneroso de los mismos, porque solamente tienen

acceso a ellos un sector reducido de la población y porque cada vez resultan más irrelevantes a la vista de la intensa preparación de la policía. En su lugar, han rescatado la importancia de las protestas a escala local. La popularidad de las jornadas de acción coordinada, organizadas a escala local dentro de un marco global y que se celebran coincidiendo con las cumbres globales, ha ido en aumento.

Una jornada de acción global implica una serie de reuniones, manifestaciones y comunicados de prensa coordinados y simultáneos en lugares que, por lo general, se organizan de un modo relativamente autónomo. Los manifestantes responden al llamamiento de organizaciones locales, nacionales, regionales e internacionales o de redes de activistas. Por ejemplo, dentro de la jornada de acción global contra el cambio climático de diciembre de 2007, 800 habitantes de Montreal celebraron una vigilia a la luz de las velas, y más de mil voluntarios de Greenpeace en la India recurrieron a carteles para dar a conocer su mensaje desde las tribunas del estadio de Bangalore durante el primer día del partido de críquet entre la India y Pakistán (un acontecimiento seguido por millones de personas).

Del examen de las jornadas de acción globales contra instituciones financieras internacionales como el G-8, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial que se celebraron entre 1998 y 2002 se desprende que el mayor número de episodios locales tuvieron lugar en Europa Occidental, seguido de Estados Unidos y Canadá, pero una cifra nada desdeñable tuvo como escenario diferentes zonas de Europa Central u Oriental, Oceanía, Asia, África y América Latina. Con el tiempo, el número de eventos por movilización pasó de 43 en 1998 a 158 en 2001 (Wood, 2004). No obstante, el tamaño de estas jornadas de acción globales se vio empequeñecido en 2003 cuando los manifestantes salieron a la calle en más de 600 ciudades durante un mismo fin de semana para protestar contra la inminente invasión de Irak por parte de Estados Unidos. Repartidos entre las redes de activistas preexistentes, formales e informales, los activistas han pasado de organizar jornadas globales de acción a trabajar en diferentes

cuestiones. Durante los últimos tres meses de 2007, entre estas cuestiones encontramos las campañas dirigidas contra negociaciones internacionales como las que se llevaban a cabo a propósito del cambio climático en Bali o jornadas globales de acción sin una relación temporal con las reuniones de las autoridades globales para poner fin a la fabricación y distribución de bombas de racimo (5 de noviembre), promover los derechos de los inmigrantes (7 de octubre) o erradicar la pobreza y la deuda (17 de octubre). También se celebraron jornadas globales de protesta a favor de la democracia con diferentes regímenes nacionales en el punto de mira, como los de Birmania (6 de octubre), Pakistán (15 de noviembre) y Australia (17 de noviembre). Por último, durante ese mismo período, se organizaron jornadas globales de acción contra multinacionales, fruto algunas de ellas de las reivindicaciones de los trabajadores, como sucedió con la compañía Alcan (10 de septiembre) o G-Star Jeans (17 de diciembre), o de redes transnacionales de defensa de los derechos, como la dirigida contra McDonald's (16 de octubre). El examen de las jornadas globales de acción no nos permite concluir si estas actuaciones coordinadas a escala internacional fueron cobrando más y más importancia dentro del repertorio de las actuaciones del movimiento social en algún lugar del mundo, pero sí que demuestra el aumento de las actuaciones simultáneas y geográficamente dispersas en tanto que recurso táctico de los activistas internacionales.

Con todo, no confundamos un detalle con la tendencia general. Doug Imig y Sidney Tarrow han llevado a cabo uno de los análisis más minuciosos del fenómeno de la internacionalización, en este caso en la Unión Europea entre 1984 y 1997. Imig y Tarrow rebuscaron en el servicio de noticias en línea de Reuters en busca de «episodios contenciosos» que pudieran equivaler en líneas generales a los encuentros contenciosos descritos en el capítulo 2. A continuación, analizaron en cuáles de esos episodios (1) hubo una coordinación transnacional entre los reivindicadores y (2) se plantearon reivindicaciones a la UE o a alguna de sus agencias. De los 9.872 episodios que

conforman la relación de Imig y Tarrow, solamente en 490 —el 5 por ciento— se plantearon reivindicaciones a la UE (Imig y Tarrow, 2001, pp. 32-34). Además, de estos 490, solamente en 84 se observa una cierta coordinación internacional; los 406 restantes también apuntaban a la UE, pero se mantenían dentro de las fronteras nacionales y las reivindicaciones tenían como objeto principal las autoridades del propio país. Es cierto que, entre 1994 y 1997, la proporción de episodios dirigidos contra las agencias de la UE pasó de 5 al 30 por ciento del total. Las investigaciones posteriores de Trif e Imig revelaron que, en 2002, alrededor del 20 por ciento de los episodios que se producían en Europa estaban coordinados a escala transnacional, pero solamente el 5 por ciento se dirigían contra las agencias de la UE como tales (Trif e Imig, 2003). Donatella della Porta y Manuela Caiani (2007) llegaron a unas conclusiones similares cuando utilizaron los datos recabados en los periódicos; sin embargo, después de entrevistar a 348 activistas europeos, concluyeron que la europeización se estaba produciendo a través de la creación de redes y de la identificación de las reivindicaciones como propiamente europeas. A principios de este siglo, una tímida internacionalización de la actividad del movimiento social europeo asomaba la cabeza.

Podemos interpretar estas pruebas de dos maneras distintas. Comoquiera que la tendencia muestra un aumento reciente en la proporción de reivindicaciones y de reivindicadores internacionales, podríamos trasladar esta tendencia al siglo XXI y augurar una internacionalización masiva de los movimientos sociales (véanse, por ejemplo, Bennett, 2003; Della Porta y Caiani, 2007; Smith, 2002). Muchos son los ejemplos que ilustran esta lectura, sobre todo las movilizaciones internacionales contra el Acuerdo de Libre Comercio norteamericano, la Organización Mundial del Comercio y las multinacionales.

No obstante, los resultados a los que llegan Imig y Tarrow también nos muestran una Europa en la que, a finales del siglo XX, las reivindicaciones de la mayoría de movimientos sociales seguían

produciéndose dentro de las fronteras nacionales y se dirigían las más de las veces contra objetivos ubicados dentro de ese mismo Estado. Más aún, redes internacionales como Jubilee 2000, a pesar de su espectacular eficacia a la hora de poner en marcha acciones únicas —como las peticiones en línea o las cadenas humanas simultáneas—, han tendido a fragmentarse o a perder empaque con el tiempo; en su conjunto, las organizaciones no gubernamentales más centralizadas y con sede cerca de los grandes centros de poder mundial han demostrado ser más duraderas (Anheier y Themudo, 2002). Dado que la mayoría de estos centros siguen encontrándose en Europa Occidental y Estados Unidos, y comoquiera que es innegable que los activistas de esas zonas participan de un modo más decidido en las reivindicaciones del movimiento social internacional que los de cualquier otra región del planeta, a la internacionalización todavía le quedaría un largo camino por recorrer para convertirse en un fenómeno consolidado y de alcance global.

Si Howard Rheingold y Lance Bennett han descrito correctamente el cariz de los movimientos sociales que recurren a las nuevas tecnologías para difundir sus mensajes, los partidarios de la democracia podrían sentir la tentación de ensalzar el carácter incompleto que, hoy en día, se observa en el proceso de internacionalización. Aunque algunas redes de base como el movimiento campesino internacional Vía Campesina ofrecen, precisamente por su éxito, motivos para la esperanza, ni Facebook ni otras redes con una penetración menor poseen la capacidad para llevar a cabo el trabajo político sostenido en nombre de sus programas que sí hemos visto en situaciones de siglos pasados a la hora de consolidar el repertorio del movimiento social. La rápida movilización de millones de personas para oponerse a las políticas de la OMC o a las hamburguesas de McDonald's sensibilizan a los objetivos de las mismas ante la importancia de las relaciones públicas y los animan a defender su espacio. Evidentemente, nada de todo esto da voz a la gente corriente a la hora de tomar decisiones. La activista y analista india Neera Chandhoke

se muestra preocupada por una amenaza triple: que las ONGI eludan sus responsabilidades democráticas del mismo modo que lo hacen la OMC y el FMI, que las organizaciones y los activistas situados en el norte global acaben dominando las reivindicaciones internacionales en detrimento de las organizaciones y las personas de países más pobres y peor conectados y que la d hábiles y gente corriente se amplíe.

> Tenemos motivos para la inqu líderes de las organizaciones glob haberse nombrado a sí mismos y la mayoría de ellos individuos pasi firma de peticiones que circulan También hay que señalar que, mi chedumbre se manifiesta contra como el Foro Social Mundial, la episodios corre a cargo de un núc los participantes en las manifesta plataforma política y de un progr planeta. Esta situación no es ni podría incluso apestar a gestión bu pativos. Podría incluso convertir unas decisiones adoptadas en otro

Es posible que estemos asistien los movimientos sociales: por un la organización que apoyan una imp aquellos lugares donde se toman la demostraciones, espectaculares y pa tinentales, gracias sobre todo a la actores especializados. De ser así, c riamente los efectos que puede tener esa fiel compañera de los movimie su historia.

Capítulo 6

DEMOCRATIZACIÓN Y MOVIMIENTOS SOCIALES

Este año, no se han registrado movimientos sociales en Kazajstán. Tampoco se observó ninguno el año pasado, ni aparecerán el próximo año. No obstante, Kazajstán ha sido recientemente el escenario de muchos conflictos. Los mineros protestaron para conseguir un aumento salarial, los periodistas plantaron semillas de cardo cerca del club de prensa nacional, en Alma Atá, para protestar por las enmiendas a la ley sobre medios de comunicación aprobadas por el parlamento nacional y diversos partidos de la oposición en ciernes intentaron derrocar al gobierno. Desde la instauración de unos procesos electorales formalmente competitivos en 1989, muchos son los partidos que han concurrido a las urnas kazajas. Sin embargo, el presidente (y vestigio de la etapa soviética) Nursultan Nazarbayev se ha dotado de unas leyes nacionales a su medida para consolidarse en las instituciones gubernamentales. Al igual que en las elecciones anteriores, las que se celebraron en 2007 no cumplieron, según la opinión de los observadores desplazados para evaluarlas, con los estándares internacionales. Poco antes de abolir la limitación de mandatos para su cargo, Nazarbayev dio a conocer sus planes de democratización: «El objetivo global de nuestra transformación política

es crear un movimiento que nos dirija a una forma de autoridad democrática y moderna que pueda proporcionar el sistema más efectivo de gestión de la sociedad y el Estado, manteniendo la estabilidad política del país y garantizando, al mismo tiempo, todas las leyes constitucionales y las libertades de nuestros ciudadanos» (*Kazakhstan's Echo*, 2007).

Los retos a los que se han enfrentado quienes han intentado conseguir un régimen más democrático para el país han sido considerables. En vísperas de las elecciones presidenciales de 2005, uno de los líderes de la oposición, Zamanbek Nurkadilov, un antiguo aliado del presidente Nazarbayev que había acusado al gobierno de corrupción y que, dos años antes, se había unido a las filas de la oposición, apareció muerto en su casa de Alma Atá (BBC, 2005b). Los activistas proderechos humanos calificaron el suceso de asesinato y afirmaron que otros episodios como ese tenían un trasfondo político.

Los observadores internacionales sostenían que la democracia todavía no había llegado a Kazajstán. Un informe de Human Rights Watch de 2006 exponía que el gobierno ahogaba a los medios de comunicación, hostigaba a los políticos de la oposición y suprimía las manifestaciones. En 2008, el Departamento de Estado norteamericano informó de los siguientes problemas en materia de derechos humanos:

> Severas limitaciones en el derecho de los ciudadanos a cambiar de gobierno; novatadas en las filas del ejército que han provocado muertes; malos tratos a detenidos y reclusos; condiciones penitenciarias insalubres; detenciones y arrestos arbitrarios; carencia de un sistema judicial independiente; restricciones en la libertad de expresión, prensa, reunión y asociación; corrupción generalizada, sobre todo en el cumplimiento de la ley y en el sistema judicial; condiciones prohibitivas para inscribirse en los partidos políticos; restricciones en las actividades de las organizaciones no gubernamentales (ONG); discriminación y violencia contra las mujeres; tráfico de personas; discriminación social.

Por todo eso, nada que se asemeje a un movimiento social funciona en la actualidad en Kazajstán (Tilly, 1999). Tampoco se ha observado, por ese mismo motivo, una gran actividad de los movimientos sociales en el resto de formantes de la antigua Unión Soviética desde 1989 (Barrington, 1995; Beissinger, 1993, 1998a, 1998b; Drobizheva, Gottemoeller, Kelleher y Walker, 1996; Kaiser, 1994; Khazanov, 1995; Laitin, 1998, 1999; McFaul, 1997; Nahaylo y Swoboda, 1990; Petrova y Tarrow, 2007; Smith, Law, Wilson, Bohr y Allworth, 1998; Suny, 1993, 1995).

La escisión de la república soviética de Bielorrusia, por ejemplo, pareció augurar la aparición, a principios de los años noventa, de todo un conjunto de movimientos sociales. Alyaksandr Lukashenka se alzó con la presidencia de Bielorrusia en las elecciones populares de 1994 enarbolando la banda de la lucha contra la «corrupción». Sin embargo, en cuanto se consolidó en el poder, Lukashenka instituyó la censura, acabó con los sindicatos independientes, amañó los procesos electorales y sometió a la asamblea legislativa. Con aquellas medidas echó por tierra los modestos pasos en pos de la democracia que el país había dado (Mihalisko, 1997; Titarenko, McCarthy, McPhail y Augustyn, 2001). Los líderes de la oposición y los periodistas no tardaron en descubrir que ellos mismos podían ser encarcelados de manera arbitraria, sufrir torturas, ser secuestrados o incluso asesinados (Human Rights Watch, 2000, pp. 249-253; Karatnycky, 2000, pp. 76-78).

El *Annual Register* describía así la situación del movimiento social en Bielorrusia en el año 2000:

> En Bielorrusia, el aliado más próximo a Rusia, los partidarios de las fuerzas de la oposición se vieron sometidos a una presión constante. En marzo, se celebró una multitudinaria manifestación pacífica, aunque algunos periodistas y observadores internacionales, así como varios activistas de la oposición, acabaron siendo arrestados. El presidente Alyaksandr Lukashenka, que a la sazón se

> encontraba fuera del país, destituyó posteriormente al ministro del Interior y describió las detenciones como «un malentendido y un error». El antiguo primer ministro, Mikhas Chygir, fue condenado en mayo a tres meses de prisión a raíz de unas acusaciones que, insistía, tenían una base política. En junio, dos líderes de la oposición fueron condenados a penas de prisión por su participación en la organización de una manifestación que había tenido lugar en octubre. (*Annual Register*, 2000, pp. 133-134.)

Con el respaldo público de su aliado, el presidente ruso Vladimir Putin, Lukashenka contó al resto del mundo que el funcionamiento de su régimen era democrático. Sin embargo, a principios del siglo XXI, la pequeña rendija que se había abierto en 1991 para los movimientos sociales bielorrusos se estaba cerrando a pasos agigantados. A medida que un mundo políticamente convulso se adentraba en el año 2008, ni en los territorios situados en el centro de la antigua Unión Soviética (Rusia y Bielorrusia), ni en los que se encontraban en la frontera con el Asia central (Kazajstán y los países vecinos) gozaban los movimientos sociales de buena salud.

Doy cuenta aquí de estos hechos nada sorprendentes porque, a principios de los años noventa, muchos estudiosos de los últimos días de los regímenes comunistas consideraban que la destrucción de las superestructuras centralizadas de esos estados no tardaría en abrir la puerta a los movimientos sociales, lo que a su vez facilitaría la construcción de la sociedad civil democrática. Muchos analistas trazaron una analogía con la previsible transformación de la actividad económica en el mercado. En buena parte de los territorios que conformaron la Unión Soviética no se ha producido ni la eclosión de los movimientos sociales, ni esa arrolladora transformación del mercado (Nelson, Tilly y Walker, 1998). De hecho, en 2008, la mayoría de pueblos del mundo siguen sin tener acceso a los movimientos sociales como herramienta para expresar sus reivindicaciones populares. A pesar de Tiananmen y de muchas otras luchas populares posterio-

res, por citar solamente los ejemplos más obvios, la cuarta parte de la población del planeta, que vive en China, no tenía manera de acceder de un modo regular a los movimientos sociales, a principios del siglo XXI (Bernstein y Lü, 2002). Ahí donde la democracia no había conseguido calar, los movimientos sociales seguían siendo escasos.

En los capítulos anteriores hemos identificado en no pocas ocasiones una amplia correspondencia entre democratización y movimientos sociales. Los movimientos sociales nacieron con el proceso de democratización parcial que llevó a los súbditos británicos y a los colonos norteamericanos a plantar cara a sus gobernantes durante el siglo XVIII. A lo largo del siglo XIX, los movimientos sociales florecieron y prosperaron, por lo general, allá donde se estaban dando más pasos en pos de la democratización, y retrocedieron en aquellos lugares en los que los regímenes autoritarios recortaban los derechos democráticos. Este patrón se mantuvo durante los siglos XX y XXI: el mapa de los movimientos sociales consolidados se solapa en muchos casos con el de las instituciones democráticas.

Con todo, también hemos aprendido que los movimientos sociales no fomentan ni defienden necesariamente la democracia. Es mucho más habitual que los movimientos nazcan alrededor de un interés o de un agravio concreto que de las reivindicaciones democráticas como tales. Ya desde sus inicios, los movimientos relativamente democráticos provocaron a menudo la aparición de contramovimientos antidemocráticos, como los grupos de oposición a los derechos de los católicos que surgieron en el Reino Unido a principios del siglo XIX. En las democracias más o menos operativas, además, hay movimientos sociales que plantean, una y otra vez, programas antidemocráticos, como la exclusión de las minorías raciales, étnicas o religiosas, e incluso, de vez en cuando, la abolición de la democracia en nombre de un credo totalitario, como sucediera con el fascismo de Mussolini o el nazismo de Hitler.

Las circunstancias en las que la democracia y los movimientos sociales *no* coinciden plantean un problema especialmente descon-

certante a la hora de trazar sus relaciones causales. En el capítulo 4 demostramos, por ejemplo, que, en los ejemplos históricos analizados por Ruth Collier, la democratización y los movimientos sociales se precedieron en algunos casos mientras que en otros se sucedieron; ninguno dependía totalmente de la existencia del otro. Ocasionalmente, los movimientos sociales nacen en las grietas democráticas de regímenes segmentados o autoritarios, como hemos visto en los casos de China, Birmania e Indonesia. En momentos de un proceso parcial de democratización —fijémonos en muchos de los estados satélite de la Unión Soviética en 1989—, los movimientos sociales pueden surgir sin que deban convertirse necesariamente en un elemento permanente del paisaje político. Es evidente que, entre la democracia y los movimientos sociales, existe algo más que una relación mecánica. ¿Cómo funciona?

La superposición incompleta de los movimientos sociales y los procesos de democratización plantea tres preguntas que resultan fundamentales tanto para explicar los movimientos sociales como para evaluar su futuro.

1. ¿Qué provoca esta amplia correspondencia, aunque incompleta, entre los movimientos sociales y las instituciones democráticas?
2. ¿En qué medida y cómo influye la democratización en la aparición y el crecimiento de los movimientos sociales?
3. ¿Bajo qué condiciones, y de qué modo, promueven realmente los movimientos sociales la democracia?

(La tercera pregunta nos obliga a plantearnos un nuevo interrogante algo más desagradable y que hemos esquivado hasta el momento: ¿Bajo qué condiciones, y de qué modo, minan los movimientos sociales la democracia?) Ha llegado el momento de buscar en la historia de los movimientos sociales las respuestas a estas preguntas urgentes. Para ello, y antes de pasar a las relaciones entre

democratización y movimientos sociales, reflexionemos sobre el cariz y las causas de la democratización.

¿Cómo reconoceremos la democracia y la democratización?

Al igual que la mayoría de regímenes del mundo, los antiguos miembros de la Unión Soviética suelen definirse como democracias. El artículo 1 de la constitución kazaja, por ejemplo, reza:

> La República de Kazajstán se proclama como un estado democrático, secular, legal y social, cuyos valores máximos son la persona, su vida, sus derechos y sus libertades.
>
> Los principios fundamentales de la actividad de la República son la concordia pública y la estabilidad política; el desarrollo económico en beneficio de toda la nación; el patriotismo kazajo y la resolución de las cuestiones más importantes de los asuntos del Estado por medio de métodos democráticos, incluidas las votaciones en referendos nacionales o en el Parlamento. (Kazajstán, 2008.)

Evidentemente, las constituciones no dirán qué regímenes podemos considerar como democracias reales. Todavía hoy, dentro de las formas de gobierno imperantes en el mundo, las democracias claramente viables siguen siendo un fenómeno minoritario.

¿Cómo sabremos que nos encontramos ante una democracia y ante un proceso de democratización? Muchas de las definiciones más habituales de la democracia se concentran en el carácter de la relación que se establece entre los ciudadanos: si son justos, amables, considerados, igualitarios... Otras inciden en criterios de índole legal: contiendas electorales, instituciones representativas, libertades formalmente garantizadas y demás disposiciones políticas (para más información sobre definiciones y medidas, véanse Collier y Levitsky, 1997; Geddes, 1999; Inkeles, 1991; Lijphart, 1999; Przeworski, Álvarez, Cheibub y Limongi, 2000, pp. 55-59; Sorensen, 2007;

Vanhanen, 2000). Permítanme, sin embargo, que insista aquí en que, al igual que la tiranía y la oligarquía, la democracia es un tipo de régimen: un conjunto de relaciones entre un gobierno y las personas sujetas a la jurisdicción de ese gobierno. Las relaciones en cuestión consisten en una serie de derechos y obligaciones mutuas, del gobierno para con las personas y de las personas para con el gobierno.

La distinción entre la democracia y otros regímenes estriba en que, a diferencia de la extraordinaria asimetría, la coerción, la explotación, el paternalismo y la segmentación comunitaria que han caracterizado a la mayoría de regímenes políticos a lo largo de los siglos, la democracia establece un imperio de la ley harto general y fiable (Tilly, 2004, 2007). Un régimen es democrático en tanto

1. existen unas relaciones regulares y categóricas, más que intermitentes e individualizadas, entre el gobierno y sus súbditos (por ejemplo, por sí misma, la residencia legal dentro de los territorios gobernados por el ejecutivo genera unas relaciones rutinarias con los agentes gubernamentales, con independencia de las relaciones que pueda haber con otros patronos determinados o de la pertenencia a grupos étnicos concretos);
2. estas relaciones incluyen a la mayoría de súbditos o a todos (por ejemplo, no existen islas importantes de soberanía dentro del perímetro bajo el mandato del gobierno);
3. estas relaciones son iguales para todos los sujetos y para todas las categorías de sujetos (por ejemplo, no existen exclusiones legales para impedir el ejercicio del voto o la ostentación de un cargo por motivos de sexo o religión, ni se impone como criterio la propiedad);
4. los funcionarios gubernamentales, sus recursos y sus actuaciones cambian para dar respuesta a las consultas colectivas vinculantes que se realizan entre los súbditos (por ejemplo, los referéndums populares dictan la ley), y

5. los súbditos, especialmente los miembros de las minorías, están protegidos de la actuación arbitraria de los agentes del gobierno (por ejemplo, un proceso debidamente instruido, y de un modo uniforme, precede a la encarcelación de cualquier individuo, con independencia de su categoría social).

Desde este punto de vista, la democratización es la creación de un régimen relativamente amplio, igual y categórico, que ofrece protección y que se rige por unas consultas mutuamente vinculantes. Atención a la palabra «relativamente»: si aplicáramos estos estándares de un modo absoluto, ningún régimen pasado o presente de cualquier rincón del planeta podría considerarse como democrático; todos los regímenes siempre se han quedado cortos en un aspecto u otro en términos de su regularidad, amplitud, igualdad, consultas y protección. La democratización son todos los pasos que da un régimen para alcanzar un mayor grado de regularidad, amplitud, igualdad, consultas vinculantes y protección; el declive de la democracia, por su parte, consiste en todos los pasos que se dan para alejarse de ese modelo.

Si, por definición, la democracia comporta unos niveles relativamente elevados de amplitud, igualdad, consultas y protección, en la práctica también precisa de la creación de una ciudadanía (Tilly, 1996, 2006, 2007). En este ámbito, la ciudadanía consiste en una serie de derechos y obligaciones mutuas que vinculan a los agentes gubernamentales con categorías enteras de gente sometida a la autoridad del gobierno; estas categorías se definen, principal o exclusivamente, a partir de sus relaciones con el gobierno antes que por la referencia a los contactos que cada uno de sus miembros pueda tener con los gobernantes o por su pertenencia a categorías basadas en características atribuidas y duraderas como la raza, el origen étnico, el sexo o la religión. La ciudadanía institucionaliza unas relaciones categóricas y regulares entre los súbditos y sus gobiernos.

En ocasiones, la ciudadanía aparece en ausencia de la democracia. Regímenes autoritarios como el de la Italia fascista institucionalizaron unas relaciones amplias, regulares, categóricas y relativamente iguales entre los súbditos y sus gobiernos, pero restringieron considerablemente la celebración de consultas y el grado de protección. Los partidos fuertes en el poder y los grandes aparatos policiales inhibieron las libertades democráticas. La ciudadanía se antoja una condición necesaria, aunque no suficiente, para la democratización.

En el repaso que hemos hecho a la situación durante el siglo XIX hemos visto que el Reino Unido, Escandinavia, Estados Unidos, Suiza y Argentina instauraron, en mayor o menor medida, la ciudadanía; a pesar de que esta mantenía, en muchos aspectos, su carácter exclusivo, redujo la influencia política de las relaciones entre patronos y clientes, la coerción abierta y la pertenencia a unas comunidades culturalmente definidas, cuando menos dentro del selecto círculo de los que no gozaban de ningún derecho político. En estas condiciones, la democratización supone un paso más hacia la ciudadanía, la ampliación del concepto de la ciudadanía, la igualdad de la ciudadanía, las consultas vinculantes con los ciudadanos y la protección de los ciudadanos de las actuaciones arbitrarias de los agentes gubernamentales.

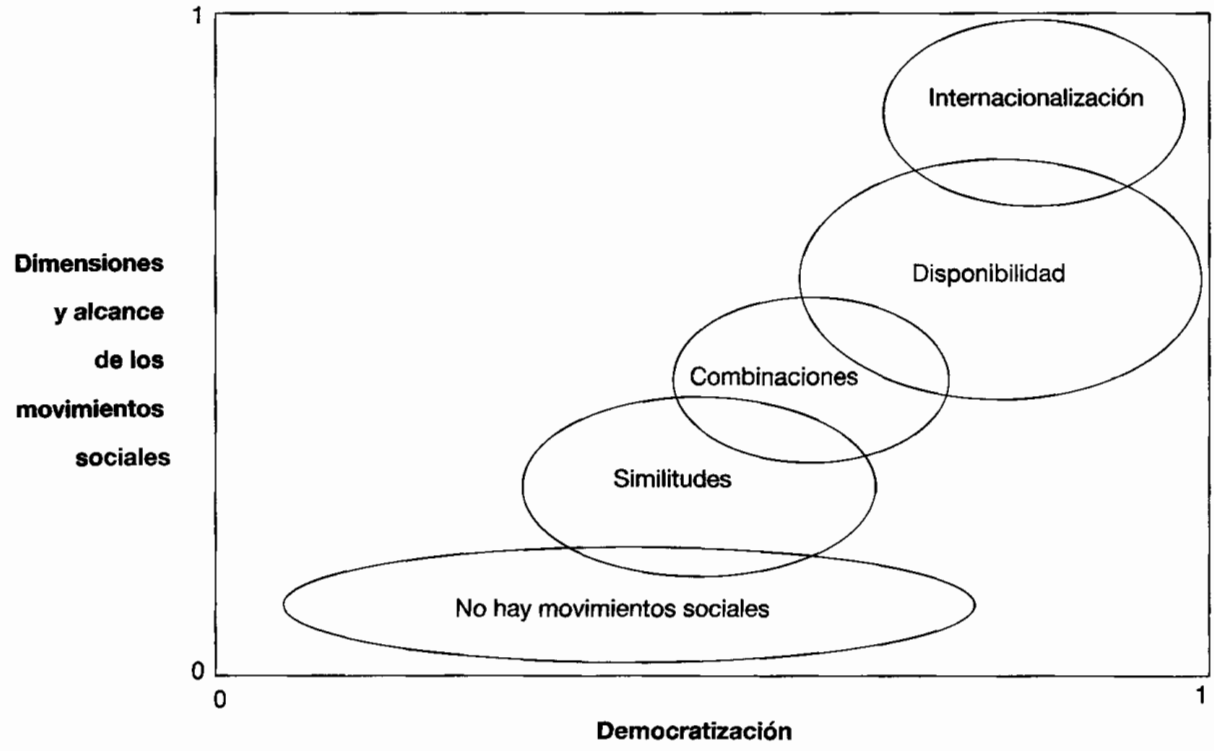
El problema empírico

¿Qué nos revela nuestro estudio histórico acerca de las relaciones entre democratización y movimientos sociales? Sin otros listados y cronologías más exhaustivos de las reivindicaciones del movimiento social que los que tenemos hoy a nuestro alcance, es imposible estudiar en profundidad todos los aspectos de las relaciones empíricas entre democratización y movimientos sociales. Aun así, podemos identificar algunas tendencias en los relatos anterior-

mente presentados que han de permitirnos reflexionar sobre las dimensiones (número de participantes simultáneos, ubicación y acciones) y el alcance (variedad de programas, identidades, lugares, actuaciones y demostraciones de WUNC) que encontramos en los movimientos sociales. En el siglo XIX vimos la reafirmación como tal de la manifestación callejera en Francia coincidiendo con el debilitamiento del control por parte de las autoridades, mientras que los sucesos de 1968 en Francia nos permitieron ver cómo los estudiantes y los trabajadores franceses crearon una oportunidad democrática temporal por iniciativa propia. Otras historias similares que hemos expuesto en los capítulos anteriores parecen indicar una secuencia que, más o menos, podría ser como sigue:

1. *Democratización escasa o inexistente*: no existen los movimientos sociales.
2. *Democratización incipiente*: campañas, repertorios o demostraciones de WUNC parcialmente semejantes a las de los movimientos sociales, aunque no se observa una combinación consolidada de campañas, repertorios y demostraciones de WUNC.
3. *Más democratización*: combinaciones del movimiento social en algunos sectores (por ejemplo, el mundo estudiantil en Indonesia), sin un acceso generalizado por parte de otros grupos agraviados a las herramientas del movimiento social.
4. *Democratización extensiva*: disponibilidad generalizada de los programas, repertorios y demostraciones de WUNC del movimiento social en programas, identidades y diferentes lugares.
5. *Democratización internacional incipiente*: internacionalización de las reivindicaciones del movimiento social.

La figura 6.1 resume este argumento. Muestra las diferentes etapas como óvalos superpuestos para subrayar que, en cualquier régi-


1
Internacionalización
Disponibilidad
Combinaciones
Similitudes
No hay movimientos sociales
0
0
1
Dimensiones y alcance de los movimientos sociales
Democratización

men y en un momento temporal determinado, los distintos actores políticos varían con respecto a su implicación en los diferentes tipos de actividad del movimiento social. También muestra un gran óvalo, etiquetado como «sin movimientos sociales», para enfatizar tanto que la mayoría de regímenes históricos han carecido de movimientos sociales como que, históricamente, algunos regímenes relativamente democráticos han funcionado sin movimientos sociales.

Según la figura 6.1, en los niveles más bajos de democratización y durante la mayor parte de la historia, no se han formado movimientos sociales. En los capítulos anteriores hemos admitido que, por separado, las campañas reivindicativas, las actuaciones individuales del movimiento social como las reuniones públicas, las campañas para apoyar una petición y las demostraciones públicas concertadas de WUNC se dieron en una gran variedad de regímenes mucho antes de mediados del siglo XVIII. Sin embargo, también hemos situado la *combinación* inicial de campañas, repertorios y demostraciones de WUNC en Gran Bretaña y Estados Unidos entre los años sesenta del siglo XVIII y el final de las guerras napoleónicas. La figura incorpora una distinción que también nos ha resultado de utilidad en capítulos anteriores: entre (1) la similitud esporádica de unas reivindicaciones, actuaciones o demostraciones de WUNC determinadas en la política pública de regímenes cuyo funcionamiento no era democrático con reivindicaciones, actuaciones o demostraciones de WUNC inscritas en unos regímenes donde los movimientos sociales son un fenómeno habitual, (2) las combinaciones de estos tres elementos en movilizaciones políticas concretas en regímenes donde los movimientos sociales no están institucionalizados y (3) la disponibilidad a gran escala de las campañas, los repertorios y las demostraciones de WUNC del movimiento social para un gran abanico de reivindicadores dentro de ese régimen. Si nos fijamos en los últimos acontecimientos, la figura añade un cuarto nivel: (4) la internacionalización de la actividad del movimiento social.

En su conjunto, por lo tanto, la figura 6.1 sostiene que, en los procesos de democratización, las similitudes suelen ser el preludio de combinaciones, las combinaciones concretas el preludio de la disponibilidad plena de los movimientos sociales y la disponibilidad en el seno de regímenes nacionales el preludio de la internacionalización. También sostiene que la disponibilidad y la internacionalización solamente se producen en aquellos regímenes que cuentan con unas prácticas y unas instituciones democráticas consolidadas. En ausencia de pruebas sistemáticas de la distribución real de los movimientos sociales por todo el mundo durante los últimos dos siglos, todas las fases de este argumento asumen un cierto número de riesgos.

La quinta fase es la que más riesgos asume. La relación de los movimientos sociales a principios del siglo XXI pone sobre la mesa dos posibilidades que contradicen claramente este postulado. En primer lugar, considerando la arena política tal y como la definen los centros internacionales de poder, no es evidente que la democratización se esté dando a escala internacional; definidas categóricamente, la amplitud, la igualdad, las consultas y la protección podrían estar incluso retrocediendo a escala internacional al tiempo que el poder pasa de los Estados a organismos y redes internacionales y al tiempo que categorías con una base nacional, como la amplitud, la igualdad, las consultas y la protección están perdiendo, por lo tanto, impacto. En segundo lugar, tal y como insinuaba el capítulo 5, la internacionalización de las relaciones de poder podría estar, de hecho, reduciendo la eficacia de los movimientos sociales a escala local, regional y nacional por cuanto restringe el alcance de las actuaciones eficaces del movimiento social a aquellos grupos y redes que pueden organizar una colaboración internacional a gran escala. Esta eventualidad nos obligaría a interpretar la internacionalización como la otra cara de la moneda de las tendencias a largo plazo que, durante más de dos siglos, favorecieron la enorme correspondencia que existía entre movimientos sociales y democrati-

zación. La internacionalización podría estar provocando un retroceso de la democracia.

¿Qué provoca esta poderosa, aunque incompleta, correspondencia entre democratización y movimientos sociales? En primer lugar, un número importante de los mismos procesos que acarrean la democratización también fomentan, independientemente, los movimientos sociales. En segundo lugar, la democratización como tal anima a la gente a formar movimientos sociales. En tercer lugar, en determinadas circunstancias y con ciertas limitaciones, los propios movimientos sociales fomentan la democratización. Sin embargo, antes de explorar estos tres argumentos causales, debemos repasar los factores que, de entrada, causan la democratización.

¿Por qué se produce la democratización?

Por decirlo con muy pocas palabras, en los regímenes no democráticos de la actualidad, son cuatro los procesos sociales que crean unas condiciones favorables para el establecimiento de unos acuerdos políticos con vistas a garantizar unas relaciones regulares y categóricas entre súbditos y gobiernos, una participación relativamente amplia e igual, unas consultas vinculantes con los actores políticos y la protección de esos mismos actores, y sobre todo de los miembros de las minorías vulnerables, de la actuación arbitraria de los agentes gubernamentales. Los cuatro procesos son:

1. Aumento en el número absoluto de gente que puede participar en la política pública o en las relaciones entre estas personas, con independencia de la naturaleza de dicho aumento.
2. Equiparación de los recursos y de los contactos entre estas personas, con independencia de la naturaleza de esta equiparación.

3. Aislamiento de la política pública de las desigualdades sociales existentes.
4. Integración en la política pública de las redes de confianza interpersonales.

Ninguno de estos factores comporta por sí mismo la democratización, pero todos ellos la fomentan, sobre todo si se dan simultáneamente. Repasemos cada uno de ellos por separado.

Aumento en la cifra de actores políticos potenciales y de sus relaciones. Cuando los gobernantes forman una elite reducida que gobierna a partir de la influencia, la venta de recursos controlados por el Estado o la fuerza bruta, la democracia apenas tiene visos de florecer. Sin embargo, circunstancias como la defensa contra un enemigo común, los llamamientos para aumentar los recursos para apoyar el esfuerzo bélico o las obras públicas, el aumento demográfico entre la clase dirigente, la mejora de las comunicaciones y las exigencias de los actores excluidos para ser tenidos en cuenta obligan a los dirigentes a ampliar el círculo de participantes en la política pública.

Irónicamente, cuando esto sucede, aumenta también la proporción global de la población que está conectada con estos nuevos elementos y de la socialmente adyacente a los mismos (y, por lo tanto, aumenta su fuerza para reclamar, a su vez, que se la tenga en cuenta). Hemos visto una ampliación de este estilo a raíz de la Ley de Reforma británica de 1832, que llevó a los comerciantes, a los pequeños propietarios y a los patronos a entrar en la coalición de gobierno excluyendo de la misma a los obreros no cualificados, a pesar de que muchos de ellos habían apoyado la campaña reformista. También hemos visto cómo se aprovechó el cartismo de que sus compañeros de coalición en la movilización a favor de la reforma de 1830-1832 llegaran al poder para después aprobar una legislación sobre los pobres y que privaba de derechos políticos a los trabajadores.

Equiparación de recursos y de contactos entre los actores políticos potenciales. Si la desigualdad global entre categorías —hombre y mujer, credos religiosos, grupos étnicos...— se reduce por el motivo que sea, esa equiparación facilitará que los miembros de dicha categoría se impliquen masivamente y con la misma intensidad en la política pública, al tiempo que disuadirá a los agentes gubernamentales de dispensarles un trato discriminatorio. Todo esto no hace sino robustecer la ciudadanía y la protección. Los recursos y los contactos relevantes ciertamente incluyen los que vienen dados por los ingresos, la propiedad y el parentesco, pero también los derivados de la educación, el acceso a los medios de comunicación y la participación en organizaciones; cuando cualquiera de estos factores equipara a toda la población, promueve al mismo tiempo la participación democrática.

La equiparación de recursos y contactos entre participantes políticos potenciales fomenta tanto la competición política como la formación de coaliciones. Juntas, la competición y la formación de coaliciones promueven la creación de derechos y obligaciones categóricamente definidos que relacionan directamente a los ciudadanos con los agentes gubernamentales y que sustituyen los lazos entre patrón y cliente o la pertenencia a una comunidad determinada. El ejemplo más claro lo encontramos en la creación legal de electorados, si bien observamos una sanción similar de categorías legalmente equivalentes en la aprobación de asociaciones, la autorización de reuniones públicas, la vigilancia de las manifestaciones o la inscripción de grupos de presión.

Del articulado mismo de las reglas que rigen estas actividades nacen no tanto acuerdos particulares como categorías, lo que anima a los buscadores colectivos de derechos a afirmarse ante los miembros de las categorías privilegiadas, escudándose en sus similitudes antes que en sus propiedades valiosas y distintivas. Las mujeres que lucharon por los derechos políticos en los países occidentales durante los siglos XIX y XX solían señalar que las normas y las justifi-

caciones en las que se apoyaba el derecho de los hombres a votar y a ostentar cargos públicos no ofrecía unos argumentos que justificaran la negación a las mujeres de esos mismos derechos. A pesar de ensalzar la cultura marica, los gays y las lesbianas a menudo insisten en las similitudes políticas que guardan en relación con otras minorías que fueron excluidas en el pasado y exigen unos derechos que ya les han sido concedidos a otros sectores de la población.

La competencia y la formación de coaliciones también inhibe los intentos por asumir el control de las actividades, los recursos y el personal gubernamental por otros medios que no sean los derechos y las obligaciones definidos categóricamente, y el uso descarado de las influencias personales o la fuerza bruta se convierten en demostraciones de corrupción. En última instancia, la expansión generalizada y la equiparación parcial de las clases dominantes británicas provocó que los disidentes de la nueva elite vieran como ventajoso unir esfuerzos con los excluidos para plantar cara así a los viejos terratenientes.

Aislamiento de la política pública de las desigualdades sociales existentes. Con todo, la democratización no depende de la equiparación radical de las condiciones materiales, como queda demostrado si echamos un vistazo a las democracias parciales de los ricos países capitalistas de la actualidad, que mantienen grandes desigualdades materiales. Durante el largo proceso de democratización, la creación de barreras que plasman en la política pública las desigualdades existentes por motivos de raza, género, origen étnico, religión, clase o ubicación ha desempeñado, sin lugar a dudas, un papel mucho más importante que va más allá de la mera equiparación material. Si se levantan barreras para plasmar directamente en la política pública las desigualdades categóricas todavía hoy existentes (por ejemplo, mediante la institución del voto secreto y la creación de coaliciones de partidos que trascienden las fronteras de género, raza o clase), estas barreras contribuirán a crear una esfera relativamente autónoma de política pública en cuyo seno la ampli-

tud, la igualdad, las consultas vinculantes y la protección, definidas todas ellas en tanto que categorías, puedan cuando menos evolucionar. Aunque los norteamericanos blancos excluyeron rotundamente a las mujeres y a los negros de la política pública del siglo XIX, la adopción de un sistema de representación rigurosamente geográfico, los constantes flujos transfronterizos de personas y la formación de unos partidos políticos heterogéneos atemperaron la plasmación directa en la política pública de las diferencias categóricas existentes entre la población masculina blanca.

A pesar de la segregación por cuestiones de residencia y de las manipulaciones, la creación de unidades políticas heterogéneas y de distritos electorales también inhibe la plasmación directa en la política pública de las desigualdades categóricas. Vimos una primera versión de este efecto representativo en Gran Bretaña, donde la distribución de escaños, fundamentalmente a partir de criterios territoriales —una innovación nada democrática que permitía a los barones y los obispos obligar al rey inglés a escuchar sus quejas, condiciones y exigencias— no sólo fue un altavoz para los súbditos británicos privados del derecho de voto, sino que también supuso un incentivo para que los parlamentarios buscaran expresiones de apoyo popular a posturas disidentes. A medida que el Parlamento fue ganando más y más poder con respecto a la Corona y a los grandes patronos en el siglo XVIII (una vez más, no podemos considerar este suceso como una victoria de la democracia en sentido estricto), el efecto aislante de la representación territorial se acentuó. Del mismo modo, situaciones tan comunes entre la población como la pertenencia a un jurado, el servicio militar, la inscripción en una escuela o la responsabilidad por las obras públicas no nacen de prácticas democráticas sino que tienden, con el tiempo, a promover la democratización por cuanto aíslan a la política pública de las desigualdades sociales existentes.

Redes de confianza y democratización. Las redes de confianza son un componente mucho más sutil, pero no menos poderoso, de la

democratización. Como ya han señalado muchos teóricos de la democracia, las conexiones entre redes de confianza interpersonales y la política pública afectan considerablemente a la democratización (Buchan, Croson y Dawes, 2002; Edwards, Foley y Diani, 2001; Hardin, 2006; Jamal, 2007; Landa, 1994; Levi y Stoker, 2000; Seligman, 1997; Tilly, 2005; Uslaner, 2002; Warren, 1999). La confianza es la presentación voluntaria de unos resultados futuros ante terceras personas, arriesgándose a la actuación impropia de terceros. El riesgo es la amenaza multiplicada por la incertidumbre. La gente se enfrenta a menudo a situaciones de riesgo a corto plazo sin necesidad de crear una estructura social elaborada; voluntariamente, cruzan un río embravecido, practican el sexo sin precauciones, conducen borrachos o se juegan grandes sumas de dinero. No obstante, cuando hablamos de riesgos a largo plazo como la reproducción, la convivencia, la inversión, la migración o un proyecto agrícola, la gente tiende a enmarcar estos riesgos en una organización social sustancial y duradera. Y lo hacen hasta el punto de acabar confiando en otra gente: supeditan la reducción de la amenaza o de la incertidumbre a la actuación de otras personas sobre las que no ejercen un control absoluto. Este tipo de relaciones con el prójimo da lugar a redes de confianza.

Cuando la gente se compromete con una empresa arriesgada, vinculante y a largo plazo, cuyos resultados dependen en gran medida de las actuaciones de terceras personas, suelen inscribir estas empresas en redes interpersonales cuyos participantes cumplen con sus compromisos y animan a los demás a hacer lo propio porque tienen poderosos incentivos para ello. Estas redes a menudo comparten los riesgos y apoyan a los miembros menos afortunados. Por lo general, funcionan bien —cuando así sucede— porque sus miembros comparten una gran cantidad de información sobre el resto de participantes y sobre su entorno social, porque terceras personas supervisan las transacciones entre pares de miembros y porque la exclusión de la red provoca un grave perjuicio a los miembros que no llegan a

cumplir con sus compromisos. Las diásporas comerciales, los círculos de crédito rotatorios, los oficios cualificados, las profesiones, los linajes, las cadenas patrono-cliente y las sectas religiosas poseen a menudo estas características, y fácilmente se combinan con mecanismos de control y con unos sistemas que generan desigualdades en el trabajo, la comunidad y la vida privada (Tilly, 1998).

A lo largo de la mayor parte de la historia de la humanidad, los participantes en las redes de confianza se han protegido con uñas y dientes de la intervención gubernamental. Con razón, han temido que los agentes gubernamentales los debilitaran o los desviaran hacia fines menos beneficiosos. Los participantes más poderosos que no pudieron escapar por completo a la intervención gubernamental se han dotado de una serie de defensas por medio de acuerdos como el control indirecto. Los participantes menos poderosos han adoptado lo que James Scott ha bautizado como las armas de los pobres: clandestinidad, cautela, sabotaje... Sin embargo, en los procesos de democratización, la confianza viaja en dos sentidos. Por un lado, en el ámbito de la política, los ciudadanos confían lo suficiente en la organización de consultas y de unos mecanismos de protección que les permitan soportar las pérdidas a corto plazo en lugar de convertirlas inmediatamente en herramientas no gubernamentales para recuperar esas mismas ventajas perdidas. En segundo lugar, los ciudadanos atribuyen a esas arriesgadas empresas a largo plazo la aseveración de que el gobierno aceptará y cumplirá con sus compromisos. A la larga, ambas circunstancias son extraordinariamente raras. Dentro de cualquier régimen que en la actualidad no sea democrático, han de superar unos extraordinarios obstáculos para hacerse realidad.

En los contados casos en que se da, la incorporación de las redes de confianza a la política pública se produce a través de cualquiera de estos tres canales: (1) desintegración de las redes de confianza previamente operativas y aisladas, como cuando los patronos regionales dejan de ser capaces de pagar, alimentar o armar a sus clien-

tes; (2) formación de compromisos que vinculan directamente a los agentes gubernamentales y a los ciudadanos, como cuando los gobiernos crean agencias de servicios sociales y los ciudadanos comienzan a acudir a esas instituciones que absorben los riesgos a largo plazo; (3) instauración de compromisos similares entre los principales actores políticos y los miembros o los clientes, como cuando los sindicatos legalmente reconocidos se convirtieron en administradores de los fondos de pensiones de los obreros. Asistimos a un episodio fundamental de tal integración en la Suiza de 1848 y con posterioridad a esa fecha, después de que el acuerdo de paz que puso fin a la guerra civil brindara a diferentes sectores de la población suiza un grado de participación en el gobierno nacional mucho mayor del que había disfrutado hasta la fecha y más posibilidades de enmendar sus actuaciones.

En estos términos, ¿cómo debemos explicar la democratización parcial que se vivió en Gran Bretaña (y, posteriormente, el Reino Unido) después de los años sesenta del siglo XVIII? Las cuatro causas generales de la democratización —aumento en el número y en los contactos entre los actores políticos potenciales, equiparación de los recursos y los contactos entre los actores políticos potenciales, aislamiento de la política pública de las desigualdades sociales existentes e incorporación de las redes de confianza a la política pública— contribuyeron a este proceso de democratización en Gran Bretaña, pero lo hicieron de un modo desigual. La expansión del capitalismo británico incrementó considerablemente la cifra de actores políticos potenciales, así como los contactos entre ellos (Tilly, 1995, cap. 2). En general, y a pesar de que las desigualdades materiales se acrecentaron, los recursos y los contactos derivados de los centros de trabajo concentrados, el crecimiento urbano, la intensificación de las comunicaciones y la actividad doméstica acelerada propiciaron una cierta equiparación entre los actores políticos potenciales. Si comparamos la situación con depender principalmente de la intervención política de los terratenientes locales, los párro-

cos, los pequeños maestros y demás patronos, la centralidad cada vez mayor del Parlamento en el sistema de poder británico aisló parcialmente a la política pública de las desigualdades categóricas existentes. El crecimiento vertiginoso de una clase obrera sin tierras, asalariada y urbana, por último, minó, como también lo hizo la extraordinaria expansión del pago de impuestos y del servicio militar, las viejas redes de confianza locales y segregadas para potenciar los contactos directos entre súbditos británicos y el gobierno nacional.

Esta misma lista permite entender mucho mejor que la democratización haya retrocedido en Kazajstán, a pesar de que partía de unos niveles ya de por sí bajos: la marcha de individuos de etnia rusa del país post-soviético se ha llevado consigo recursos y contactos, han surgido nuevas desigualdades entre los (pequeños) sectores privilegiados de la población nacional y el resto de habitantes, el presidente Nazarbayev y sus aliados han trazado una línea para separar a las personas de origen kazajo del resto (por no hablar de la distinción que existe entre el propio clan de Nazarbayev y los demás kazajos) en la política pública de un modo mucho más claro y solamente la elite kazaja ha aislado de la política pública a sus redes de confianza con más celo que en el pasado. Habría que invertir todos estos procesos, y hacerlo con decisión, para que Kazajstán entrara de veras en la vía de la democratización.

Procesos que promueven tanto la democratización como los movimientos sociales

Algunas de las notables coincidencias históricas entre democratización y movimientos sociales se deben a que hay una serie de procesos similares que las promueven. Recordemos los cuatro procesos principales que fomentan la democratización: (1) aumento del número total de personas que pueden participar en la política públi-

ca o de los contactos entre las mismas; (2) equiparación de recursos y contactos entre estas personas; (3) aislamiento de la política pública de las desigualdades sociales existentes; e (4) incorporación de las redes de confianza interpersonales a la política pública. Ninguno de estos procesos puede considerarse por sí mismo como democratizador; ninguno de ellos implica directamente unas relaciones categóricas regulares, amplitud, igualdad, consultas vinculantes o protección *en el seno* de la política pública. Sin embargo, todos ellos también fomentan la aparición de movimientos sociales.

El aumento en el número y en los contactos amplía el universo de gente que puede, en principio, unirse, apoyar o, cuando menos, asistir a la campaña de un movimiento social. Aumenta la probabilidad de que los miembros de facciones minoritarias dentro de las clases dominantes busquen aliados fuera del abanico establecido de actores políticos potenciales. En la historia occidental, tanto los aristócratas disidentes como los burgueses buscaron con frecuencia apoyos fuera de sus círculos; con cautela pero también sin descanso, por ejemplo, los terratenientes de Boston se aliaron con los trabajadores sin tierra bostonianos para luchar contra el poder real británico durante los años sesenta del siglo XVIII. Estos contactos son asimismo una oportunidad para que cualquier grupo organizado gane credibilidad y poder recurriendo a demostraciones de valor, unidad, número y compromiso antes que a la acción directa o a la puesta en marcha de los vínculos de mecenazgo. Los movimientos sociales no sólo facilitan estas demostraciones, sino que se articula a su alrededor.

La equiparación de recursos y de contactos aumenta la probabilidad de que gente y grupos con intereses o denuncias concretas se unan a otros procedentes de otras capas sociales para llevar a cabo campañas conjuntas, actuaciones propias del movimiento social y demostraciones de WUNC. El aislamiento de la política pública con respecto a las desigualdades sociales existentes propicia la unión de una serie de actores que en otras circunstancias formarían un grupo heterogéneo para plantear reivindicaciones comunes pro-

gramáticas, identitarias o de posición. (En efecto, pone claramente de manifiesto la diversidad del movimiento social como herramienta para llamar la atención.) Por último, la incorporación de las redes interpersonales de confianza a la política pública tiene un efecto doble en los movimientos sociales: aumenta el interés de los participantes potenciales en los resultados de cualquier nueva reivindicación del movimiento y facilita la movilización de personas entre las que ya existen conexiones.

Recordemos cómo funciona este proceso, y más concretamente, los cambios que comporta:

- Creación de asociaciones con reconocimiento público, sociedades de ayuda mutua, partidos, sindicatos, congregaciones y comunidades o buscar el reconocimiento para organizaciones de este estilo que ya existían aunque de manera clandestina.
- Fomento de la amistad, la relación entre iguales, las creencias comunes, la seguridad y las empresas de alto riesgo en el seno de estas organizaciones.
- Autorización para que los miembros familiares sirvan en las fuerzas armadas y policiales del país.
- Promoción de la carrera de familiares en la función pública, incluidos los puestos de gobierno.
- Voluntad (o, al menos, tolerancia) por parte del gobierno de registrar hechos vitales como los nacimientos, las muertes y los matrimonios, y utilización posterior de esos registros para validar las transacciones legales.
- Comunicación de información privada a las organizaciones y a las autoridades públicas a través de censos, estudios y solicitudes para servicios.
- Confianza en que el gobierno cumplirá con los contratos privados.
- Utilización de la moneda de curso legal acuñada por el gobierno para las transacciones interpersonales y los ahorros.

- Compra de bonos del gobierno con fondos (por ejemplo, una dote) destinados al mantenimiento de vínculos interpersonales.
- Confianza en actores políticos o en agencias gubernamentales para los servicios vitales y para la seguridad a largo plazo.

Con el paso del tiempo, pocas veces hemos observado que las redes de confianza hayan adquirido este tipo de compromisos con la política pública. Incluso en los países democráticos de la actualidad, solamente se han convertido en un elemento habitual aproximadamente durante el último siglo. Además de las consecuencias que acarrean para la vida de los individuos y para las relaciones interpersonales, contribuyen a aumentar considerablemente la implicación de los miembros de la red en el día a día de la política pública y a crear nuevos intereses colectivos. De este modo, promueven la actividad del movimiento social al tiempo que fomentan el funcionamiento democrático rutinario fuera de los movimientos sociales. Por todo ello, los mismos procesos genéricos que promueven la democratización también promueven la formación y la proliferación de movimientos sociales.

¿De qué modo fomentan los movimientos sociales la democratización?

Con sus formas específicas de asociación, reuniones públicas, manifestaciones y demás, los movimientos sociales aparecieron en las distintas tradiciones como productos históricos de su época y de su lugar. A continuación, se propagaron como modelos para otras épocas y otros lugares. Con todo, algunos rasgos de los movimientos sociales los acercan a la democracia en general. Además de los elementos que comparten la democratización y los movimientos sociales y que acabamos de repasar, la democratización por sí misma fomenta la formación y la proliferación de movimientos socia-

les, y esto es así porque cada uno de sus elementos —regularidad, amplitud, igualdad, consultas y protección— tiene un determinado papel en la actividad del movimiento social. También es así porque estimula la aparición de otras instituciones (por ejemplo, partidos políticos y sindicatos), cuya presencia suele facilitar, a su vez, las reivindicaciones del movimiento social. Analicemos cada uno de estos elementos.

Formación de unas relaciones más regulares y categóricas entre los gobiernos y los súbditos. En la medida en que las relaciones entre los gobiernos y sus súbditos sean intermitentes, mediadas, coercitivas y particulares, los incentivos para sumarse a las reivindicaciones públicas y colectivas a través de las actuaciones y de las demostraciones de WUNC del movimiento social serán mínimos y, en su mayoría, negativos. Tal y como insinúa el estudio que hemos presentado en el capítulo anterior, en la mayor parte de Filipinas, las personas que se atrevían a sumarse a las reivindicaciones habituales del movimiento social suponían una amenaza para las autoridades existentes, ponían en peligro su propia vida y estaban condenadas a no salirse con la suya. Inversamente, la creación de unas relaciones regulares y explícitas entre gobiernos y súbditos —en sentido más amplio, una relación de ciudadanía— logra por sí sola hacer visibles, factibles y atractivas las reivindicaciones basadas en cuestiones de derecho. A diferencia de lo sucedido en otras zonas más distantes de Filipinas, en la región de Manila parece haberse desarrollado un atisbo de ciudadanía, un aspecto que facilita las reivindicaciones del movimiento social.

Ampliación de derechos y de obligaciones en la política pública. Hace tiempo que hemos observado que la consolidación de derechos como los de reunión, asociación y expresión colectiva, con independencia de cómo hayan surgido, potencia la actividad del movimiento social. Del mismo modo, obligaciones más generalizadas como el voto, la participación en un jurado, el servicio militar, el pago de impuestos, la deliberación sobre servicios públicos o el

envío de los hijos a la escuela ayudan a crear unas conexiones sociales y unos intereses compartidos que fomentan la participación en campañas, actuaciones del movimiento social y demostraciones de WUNC que reúnen a unos participantes socialmente dispares.

Equiparación de derechos y obligaciones en la política pública. En la medida en que la política pública presenta las desigualdades sociales como derechos diferenciales para participar, percibir subsidios o gozar de la protección del Estado, las coaliciones del movimiento que traspasan esos límites o que representan a unas identidades que no están contempladas por la ley se enfrentan a serios obstáculos en términos de organización y de actuación pública. Por el contrario, en la medida en que el reflejo legal de estas desigualdades desaparece de la política pública, se reducen también los obstáculos a los que se enfrentan estas coaliciones transversales y esas identidades recién afirmadas. Durante el siglo XX, líderes hindúes como Jawaharlal Nehru lucharon decididamente, y con un cierto éxito, para eliminar de la política pública las diferencias de casta, religiosas, lingüísticas y de género. Estas figuras no sólo defendieron la precaria democratización de la India, sino que también promovieron los movimientos sociales. Lógicamente, los activistas del movimiento social a veces buscan que la ley se haga eco de las categorías a las que pertenecen, como cuando los representantes de los pueblos indígenas proponen una serie de derechos especiales para los suyos. Cuando estas reivindicaciones son satisfechas, la democracia se resiente y el resto de movimientos sociales ven recortadas sus oportunidades. Para el futuro de la democracia hindú y de los movimientos sociales del país, que los nacionalistas hindúes echen por tierra los logros democráticos de sus antecesores más seculares es de una importancia capital.

Aumento de las consultas vinculantes relacionadas con cambios en la política gubernamental, los recursos del ejecutivo o su personal. Los movimientos sociales se benefician de las consultas porque las demostraciones de valor, unidad, número y compromiso

del movimiento social salen reforzadas ante la posibilidad de que los activistas del movimiento o el público al que se dirigen acaben incidiendo en las decisiones del gobierno. Evidentemente, en aquellos sistemas con elecciones vinculantes, la movilización y la identificación de los partidarios de un nuevo movimiento social dejan constancia de la presencia de un público al que un partido político acomodaticio podría acabar ganando para su causa.

Ampliación de la protección a las personas, sobre todo a los miembros de las minorías vulnerables, contra la actuación arbitraria de los agentes gubernamentales. Por más que se amplíen los mecanismos de protección y de consulta, la combinación de ambos ofrece nuevas oportunidades para el tipo de reivindicaciones en que están especializados los movimientos sociales. La instauración de un régimen consultivo tan amplio en Suiza a partir de 1848 fomentó la proliferación de movimientos sociales en el país. Los movimientos sociales prosperan con las medidas de protección porque las asociaciones, las reuniones, las marchas, las manifestaciones, las peticiones y otros mecanismos de acción conllevan un riesgo extraordinario si no están tolerados por el gobierno y ante la posibilidad de una represión masiva. Garantizar los derechos de reunión, asociación y expresión colectiva promueve la aparición de movimientos sociales, del mismo modo que cualquier recorte en estos derechos supone una amenaza para los movimientos sociales. Recordemos cómo desaparecieron los movimientos sociales con la proclamación de regímenes autoritarios en Italia, Alemania, España y la Unión Soviética.

Creación de instituciones complementarias. La democratización suele potenciar la creación de una serie de instituciones cruciales que, a su vez, promueven de una manera independiente la movilización del movimiento social. Los casos más evidentes y generales los encontramos en las campañas electorales, los partidos políticos, los sindicatos y otras asociaciones de índole comercial, las organizaciones no gubernamentales, los lobbies y las agencias guber-

namentales dedicadas a apoyar a una circunscripción determinada en lugar de a toda la población. Estas instituciones suelen ayudar a los movimientos sociales proporcionándoles un vehículo para sus movilizaciones, creando aliados que respalden las reivindicaciones del movimiento social sin participar directamente en las campañas del movimiento, localizando posibles amigos dentro del gobierno o reforzando los precedentes legales para las campañas, las actuaciones o las demostraciones de WUNC del movimiento social.

Las conexiones no son ni necesarias, ni universales. Los regímenes unipartidistas, por ejemplo, tienden a borrar del mapa a los movimientos sociales, del mismo modo que los regímenes corporativistas a menudo incorporan a los sindicatos a la mismísima estructura gubernamental. Sin embargo, la formación de instituciones complementarias durante los procesos de democratización suele facilitar más si cabe la actividad del movimiento social. En Estados Unidos, esta influencia se observó claramente en ambas direcciones: los movimientos sociales que rompieron con los partidos existentes perjudicaron a los partidos y a otras instituciones por cuanto la actividad de estas últimas había respaldado en repetidas ocasiones las acciones de los movimientos sociales (Clemens, 1997; Sanders, 1999; Skocpol, 1992).

En resumen: cuando los regímenes se distancian de la democracia, las oportunidades para plantear reivindicaciones siguiendo la manera de proceder del movimiento social disminuyen. Italia con Mussolini, Alemania con Hitler y España con Franco experimentaron un recorte pronunciado en la extraordinaria actividad del movimiento social existente con los regímenes precedentes. Para ser más exactos, estos nuevos regímenes autoritarios incorporaron de manera selectiva algunas actuaciones del repertorio del movimiento social —sobre todo, la asociación, la marcha, la manifestación y las reuniones multitudinarias—, pero pusieron tanto empeño en ponerlas bajo el control del gobierno central que perdieron su significado como afirmaciones autónomas de WUNC. Al estudiar este mismo

proceso, los teóricos políticos de la generación posterior a la segunda guerra mundial lo calificaron, erróneamente, como una transición de una sociedad masiva atomizada a un régimen autoritario. La primera parte (la sociedad masiva atomizada) era errónea, mientras que la segunda (autoritarismo) era correcta. De hecho, Italia, Alemania y España vivieron períodos de transición entre una actividad organizada a menudo indisciplinada aunque floreciente (algunos de estos casos pertenecen al repertorio del movimiento social) y un control central sumamente coordinado.

Cuándo y cómo fomentan los movimientos sociales la democratización

Algunos de esos mismos procesos que fomentan la democratización también fomentan los movimientos sociales, y viceversa. Por sí sola, la democratización fomenta más si cabe los movimientos sociales. Estas conexiones ayudan a explicar la afinidad existente entre movimientos sociales y democratización, pero no permiten responder a la pregunta más compleja con la que empezamos: ¿cuál es el *impacto causal directo* de los movimientos sociales en la democracia y en la democratización? Precisamente por la enorme covariación entre democracia y movimientos sociales, razonar la respuesta a partir de correlatos no resuelve el problema. No tenemos más remedio que centrarnos en procesos causales.

¿En cuáles? De hecho, en mi análisis anterior listé las posibilidades, esos procesos que provocan cambios en las relaciones entre ciudadanos y gobierno, pasando de unas particulares o mediadas a otras explícitas y directas, ampliando y equiparando las relaciones entre los actores políticos, reduciendo la penetración de las desigualdades sociales en la política pública y fomentando la incorporación de las redes de confianza a la política pública. Sin embargo, ahora la pregunta se transforma: de todos los procesos que fomentan la demo-

cracia, ¿cuáles se ven activados o revocados por los movimientos sociales, en qué condiciones y de qué modo? Recordemos que el grueso de los movimientos sociales que hemos estudiado no perseguían tanto un programa general de democratización como unos intereses particulares. Recordemos también que una minoría sustancial se organizó alrededor de unas reivindicaciones explícitamente antidemocráticas, como el recorte de los derechos para los miembros de una categoría racial, étnica o religiosa determinada. Por lo tanto, no basta con fijarse en los movimientos sociales que abogaban abiertamente por la democracia y preguntarse cuándo y de qué modo salieron beneficiados. Debemos preguntarnos bajo qué condiciones y cómo han fomentado las reivindicaciones del movimiento social la expansión de las relaciones y de las prácticas democráticas.

No bien unos gobiernos relativamente capaces comenzaron a practicar el ejercicio directo del poder a través, por ejemplo, de instituciones representativas, pusieron en marcha, por pequeña que fuera esa representatividad, una poderosa dialéctica: los gobiernos negociaban con las asambleas legislativas para obtener de estas la autorización para reunir los recursos que les permitieran llevar a cabo las actividades gubernamentales, negociaban con los grupos de ciudadanos para decidir el destino real de estos recursos, buscaban la colaboración de los principales actores políticos para obtener estos recursos y llevar a cabo los programas e instauraban una serie de procedimientos para reconocer a los actores políticos. Aunque fuera a regañadientes o de un modo inconsciente, generaron incentivos y oportunidades para que los nuevos actores, o aquellos que hasta la fecha no habían sido autorizados, pudieran afirmar su existencia y para que las facciones minoritarias presentes en la asamblea legislativa formaran coaliciones con actores externos. La lógica electoral es el ejemplo más evidente de estas consecuencias: las demostraciones públicas coordinadas de WUNC señalan la existencia de bloques de votantes potenciales que podrían incidir colectivamente en el resultado de futuras elecciones.

Paulatinamente, los emprendedores políticos dentro y fuera de las asambleas legislativas fueron descubriendo que podían dar más empaque a sus propuestas, quejas y exigencias si organizaban demostraciones públicas de respaldo popular a esas mismas propuestas, quejas y exigencias. No está claro, por ejemplo, cuán importante fue el papel desempeñado por fundaciones externas y grupos de oposición en las dramáticas demostraciones públicas que llevaron a cabo los monjes durante el levantamiento a favor de la democracia que tuvo lugar en Birmania en 2007. En la larga historia de los movimientos sociales, en la medida en que demostraciones como esas permitieron comprobar la existencia de unos partidarios de esa causa que compartían valor, unidad, número y compromiso, no sólo se convertían en una amenaza para la manera habitual de hacer política sino también en la demostración de que las minorías en peligro podían encontrar nuevos aliados.

Sin un programa claro de carácter general, la organización de actuaciones bajo la forma de reuniones públicas, marchas, asociaciones de voluntarios, campañas de apoyo a una petición o la propaganda ocasionaron una serie de efectos colaterales:

- Consolidación de unas prácticas habituales gracias a las cuales los activistas políticos daban y difundían respuestas colectivas a cuestiones identitarias como «¿Quién eres?», «¿Quiénes somos?» y «¿Quiénes son?».
- Desarrollo de una serie de vínculos entre los activistas a la hora de resolver situaciones coincidiendo con la preparación y la ejecución de actuaciones públicas.
- Incorporación de organizaciones ya existentes, como iglesias y sociedades de ayuda mutua, a estas nuevas formas de actividad política.
- Desarrollo de procedimientos en virtud de los cuales los agentes gubernamentales respondían de un modo concreto a las actuaciones y a las reivindicaciones identitarias: negociando

> los límites entre las actuaciones legítimas y las ilegítimas, reconociendo a algunos actores y negándose a reconocer a otros, permitiendo o reprimiendo las acciones y cooptando, dirigiendo, infiltrándose o subvirtiendo diferentes grupos.

Conjuntamente, estos efectos colaterales convirtieron a los movimientos sociales en actores regulares de la política pública. Sin embargo, también forjaron unos nuevos lazos sociales entre los activistas, entre los activistas y sus circunscripciones y entre los activistas y los agentes gubernamentales. Fuera de cualquier reivindicación colectiva planteada por los activistas en pro de la democratización, esos nuevos lazos sociales se revelaron como un foro fundamental de democratización.

¿Cómo? Las dinámicas internas de los movimientos sociales activaron los tres tipos de procesos de fomento de la democracia: procesos que democratizaban la política pública directamente, ampliando y equiparando la participación política colectiva, procesos que aislaban a la política pública de las desigualdades sociales existentes y procesos que reducían el aislamiento de las redes de confianza con respecto a los principales actores políticos. En la medida en que el activismo del movimiento social fomentó la aparición de unos actores políticos colectivos reconocidos aunque autónomos que implicaban a unos miembros socialmente heterogéneos que integraban sus propias redes de confianza diferenciadas, sus efectos democratizadores se dispararon. En sentido inverso, los procesos de democratización se resintieron en la medida en que los gobiernos lograron destruir, desviar, dispersar, ignorar o cooptar las coaliciones del movimiento social y sus redes de confianza. Después de la profusión de actividad del movimiento social francés durante los años treinta, por ejemplo, la ocupación alemana de 1940-1944 acabó prácticamente con todos los movimientos sociales visibles, lo que a su vez contribuyó a que el país diera, durante esos terribles años, un paso atrás en términos de democracia (Gildea, 2002; Jackson, 2001; Tartakowsky, 1997).

En resumen, la proliferación de movimientos sociales fomenta la democratización principalmente en regímenes que (1) han creado un gobierno directo relativamente eficaz por medio de una administración central más que un gobierno controlado por unos intermediarios privilegiados o por unos segmentos comunales, y (2) cuentan con un mínimo de democracia, con independencia de cómo se haya producido esa situación. Ambas condiciones posibilitan que la combinación de campañas, demostraciones de WUNC y actuaciones del movimiento social tengan una cierta repercusión en la política pública, mientras que su ausencia plantea unas barreras insuperables para la eficacia del movimiento social. En tales circunstancias, las estrategias del movimiento social fomentan en ocasiones la democratización directamente al movilizar una serie de reivindicaciones reales en nombre de unas consultas protegidas. A pesar de que, en última instancia, se prescindió de los participantes pertenecientes a las clases obreras, la movilización reformista de 1830-1832 en Gran Bretaña, promovida por los movimientos sociales, obligó al régimen británico a una amplitud, un grado de igualdad, de protección y a la organización de consultas vinculantes mucho más definidas al tiempo que creó un precedente y un modelo para cualquier movilización posterior a favor de la democracia.

Sin embargo, tal y como han demostrado nuestros estudios históricos, raras veces nacen movimientos sociales a favor de la democracia tan explícitos y eficaces; las más de las veces, las reivindicaciones de los participantes en el movimiento social versan sobre cuestiones programáticas, identitarias o de posición mucho más concretas, unas reivindicaciones que, por sí mismas, no guardan necesariamente relación con la democratización. Bloquear la construcción de una autopista, apoyar u oponerse al aborto, reivindicar los derechos de los pueblos indígenas y exigir mejores escuelas por medio de actuaciones del movimiento social se benefician, qué duda cabe, de la existencia de libertades democráticas, pero no promueven necesariamente la democracia.

No obstante, la acumulación de varios tipos de campañas por parte del movimiento social sí que fomenta la democratización. Por lo general, esto es así cuando

- dan lugar a coaliciones que trascienden fronteras categóricas importantes dentro de la política pública (por ejemplo, cuando los miembros más destacados de la diáspora zimbabuense se unen a los ciudadanos de a pie en su empeño por oponerse al veterano presidente Robert Mugabe);
- forman un grupo de intermediarios versados en la formación de coaliciones y en exportarlas fuera de las fronteras de su propio país (por ejemplo, los activistas norteamericanos decimonónicos, procedentes en su mayoría de la iglesia o de diferentes asociaciones, consiguieron aglutinar a las feministas, a los abolicionistas y a los contrarios al consumo de alcohol), y
- simultáneamente (1) entran en contacto con categorías de ciudadanos que no se habían movilizado hasta la fecha y que se habían mantenido al margen de las reivindicaciones, sobre todo aquellos que participan en redes de confianza parceladas, y (2) sellan alianzas entre estos grupos que se incorporan a las movilizaciones y los actores políticos existentes (por ejemplo, los reformistas indios buscaron el apoyo de los miembros de las castas empobrecidas y estigmatizadas).

En resumen, los movimientos sociales fomentan la democratización cuando —bien por medio de programas explícitos, bien a raíz de sus actos— amplían el espectro de los participantes en la política pública, igualando a los participantes en la política pública en términos de importancia, levantan barreras contra la plasmación directa de las desigualdades categóricas en la política pública o incorporan a la política pública unas redes de confianza previamente segmentadas. A finales de los años veinte y a principios de los años treinta del siglo XIX, Gran Bretaña parece el lugar donde los movi-

mientos sociales fomentaron la democratización a partir de muchos de estos canales. A la inversa, los movimientos sociales minan la democracia cuando reducen el espectro de participantes en la política pública, aumentan las desigualdades entre los participantes en la política pública, plasman de un modo más claro las desigualdades categóricas existentes en la política pública o alejan a las redes de confianza de la política pública. Por desgracia, la India de principios del siglo XX parece un lugar donde la polarización de la actividad del movimiento social hindú y musulmán pudo haber contribuido a minar el carácter democrático del régimen nacional.

Teniendo en cuenta estos efectos, nada nos impide albergar la esperanza de que las movilizaciones de principios del siglo XXI contra las instituciones financieras mundiales sirvan para fomentar la democratización a escala internacional, propiciando el ingreso en la política pública internacional de un gran número de grupos nuevos y marginados hasta la fecha. Confiemos en que, en países como Kazajstán, Bielorrusia o China, los procesos democratizadores habituales —aumento en el número y los contactos entre la gente con posibilidades de participar en la política pública, equiparación de los recursos y de los contactos entre estas personas, aislamiento de la política pública de las desigualdades sociales existentes e incorporación de las redes de confianza interpersonales a la política pública— acaben fomentando tanto la democracia como los movimientos sociales.

A escala mundial, no obstante, preocupa que un acceso tan selectivo a las ONG y a las comunicaciones electrónicas acabe trasladando a la política pública internacional nuevas desigualdades, minando de este modo la democratización. En la medida en que los gobiernos nacionales se vean incapaces de poner en marcha programas surgidos de los movimientos sociales, además, la democracia perderá fuerza a escala nacional. Sin la atención necesaria ni los avances favorables que sólo controlan parcialmente tanto los demócratas como los propios activistas, el futuro de la democracia y de los movimientos sociales pende de un hilo.

Capítulo 7

EL FUTURO DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

En Homer, Alaska, Cook Inlet se funde con el golfo de Alaska. Según la Cámara de Comercio, la ciudad, de cuatro mil habitantes, ocupa un marco espectacular en la bahía de Kachemak, con vistas a las montañas de Kenai. En tiempos ciudad de minas de carbón, las principales actividades económicas hoy de Homer son la pesca comercial —abundan el salmón y el halibut— y el turismo. Gracias a los alces, los osos, los frailecillos, las águilas, las marsopas y las ballenas asesinas que viven en sus alrededores, parece la antítesis de mi Nueva York, y un lugar digno de ser visitado.

Los habitantes de Homer se sorprenderían al saber que sus rutinas semanales están en deuda hasta cierto punto con las violentas victorias que cosechó en Londres, durante los años sesenta del siglo XVIII, un demagogo disoluto y, en Boston, con la agitación antibritánica encabezada por un cervecero fracasado por esas mismas fechas. John Wilkes, Samuel Adams y sus colaboradores sentaron realmente las bases de algo. Los ciudadanos de Homer siguen empleando una versión del siglo XXI de aquellas innovaciones de los siglos XVIII y XIX. El periódico digital *Homer News* publicó una curiosa noticia en abril de 2003. «El lunes se ha convertido en el día

elegido por los partidarios de la guerra y por los activistas pacifistas para celebrar manifestaciones simultáneamente en la esquina de Pioneer Avenue y Lake Street, ganándose una lluvia de bocinazos y gritos —y también los improperios habituales— por parte de los conductores que por ahí circulan. El sábado, por su parte, es el día elegido por Anchor Point para reafirmarse como núcleo de las reuniones patrióticas.» En la cercana Anchor Point,

> Deanna Chesser dijo que prácticamente no se vio a ningún activista pacifista en el acto en el que prácticamente unas noventa personas se reunieron para mostrar su apoyo a la actuación militar en Irak y al esfuerzo que están llevando a cabo los hombres y las mujeres del ejército de Estados Unidos. «Y tampoco tenemos a ninguna de esas Mujeres de Negro», espetó Chesser, en alusión a la delegación de Homer de la red global a favor de la paz y la justicia. Los organizadores de la cita de Anchor Point tienen previsto reunirse de nuevo el domingo al mediodía, y contarán en esta ocasión con música y oradores. Chesser, cuyo hijo David ha sido destinado recientemente a Kuwait, dijo que espera que la asistencia sea mucho mayor.

De nuevo en Homer:

> Mientras que aquellos que muestran su respaldo a la guerra en Irak encabezada por Estados Unidos tienen en Anchor Point un lugar donde congregarse cada sábado, hace solamente unas semanas han empezado a coincidir con los pacifistas en la esquina de Pioneer y Lake. En las semanas anteriores, los transeúntes que pasaban por ahí un lunes al mediodía podían ver en una esquina, precisamente la misma donde se ubica el Memorial de los Veteranos de Homer, una vigilia silenciosa y discreta. La presencia de manifestantes frente al memorial despertó el rencor de algunos de los residentes, y motivó un llamamiento para convocar ahí mismo, y a esa misma hora, una reunión de signo contrario. «Queremos recuperar la esquina», dijo un manifestante, que enarbolaba una bandera. «¿Por qué no rezáis por nuestras tropas en lugar de hacerlo por los iraquíes?», bramó un

conductor al pasar por ahí, respondiendo así a la afirmación de las Mujeres de Negro, que decían que celebraban aquella vigilia en recuerdo de los caídos en la guerra.

Sharon Whytal, sin embargo, consideraba que creía que la decisión de situarse cerca del Memorial de los Veteranos simboliza la preocupación por todos aquellos que han muerto en el conflicto militar. «Es cierto que muchos de nosotros estamos aquí porque lloramos la pérdida de los veteranos», dijo Whytal, al tiempo que añadía que el hecho de que ambos grupos compartieran aquel espacio también constituía un símbolo poderoso: la libertad de acción.

Aunque ha habido noticias de algunos intercambios desagradables entre miembros de ambos grupos, apenas se palpó hostilidad el lunes cuando las casi cien personas que estaban en la esquina se dispersaron. El grupo que portaba banderas se plantó frente a la acera y, en fila en el bordillo, las enarboló y lanzó hurras mientras los conductores lanzaban bocinazos y saludaban a los presentes. A unos quince metros por detrás de este grupo, un grupo de hombres, vestidos también de negro, se unió a las Mujeres de Negro y permanecieron en silencio durante toda la vigilia. «No me siento ofendida porque dos grupos expresen sus opiniones —dijo Whytal, en alusión a un cartel en el que se veía un eslogan que se ha hecho célebre en muchas protestas a lo largo y ancho del país—: La democracia es esto». (*Homer News*, 2003b; espacios y puntuación editados.)

En Homer, en la esquina de Pioneer Avenue y Lake Street, donde los dos grupos de unas cincuenta personas cada uno se plantaron a unos quince metros de distancia, no sólo está el único memorial de la guerra de la ciudad, sino también los cuarteles de la policía y de los bomberos. Estos activistas celebran sus combates pacíficos en uno de los puntos neurálgicos de Homer. Anchor Point, el lugar escogido para sus celebraciones únicamente por aquellos que están a favor de la guerra, se encuentra a unos veinticinco kilómetros al oeste de Homer, por la autopista de Sterling, que une la bahía de Kachemak y Anchorage. Con solamente una escuela primaria en el lugar, los adolescentes de Anchor Point toman el autobús que tran-

sita por la autopista de Sterling para asistir al instituto en Homer. Así, los habitantes de uno y otro lugar se relacionan a menudo. El mismo día en que *Homer News* informó de aquella doble manifestación a favor y en contra de la guerra, que había tenido lugar en Homer, también publicó una noticia referida a Anchor Point. El segundo artículo hablaba de unos lazos amarillos que habían aparecido colgados en los árboles de la pequeña población y que invitaban a la gente a asistir a una nueva concentración en la autopista de Sterling. Los participantes debían llevar banderas norteamericanas y retratos de aquellos miembros de su familia que estuvieran luchando en Irak (*Homer News*, 2003c).

Ningún ciudadano norteamericano que siguió las noticias nacionales e internacionales durante la primavera de 2003 debería tener problemas para interpretar lo sucedido en abril en Homer y Anchor Point. Y no sólo los norteamericanos podrán identificar todos esos sucesos como manifestaciones callejeras, un medio habitual de mostrar apoyo u oposición a determinadas cuestiones políticas, sino también gente de todo el mundo. En este caso, la manifestación y la contramanifestación recogían la oposición o la adhesión a la intervención militar norteamericana en Irak. Coincidiendo con la salida a la calle de los ciudadanos de Anchor Point y Homer, centenares de manifestaciones callejeras se estaban celebrando en otros puntos del planeta. Algunas de ellas también giraban alrededor de la guerra de Irak. Sin embargo, la mayoría obedecían a cuestiones de índole local y consideradas más urgentes. A principios del siglo XXI, la manifestación callejera parece una herramienta política válida en cualquier circunstancia; tal vez sea menos efectiva a corto plazo que comprar a un diputado u organizar un golpe militar pero, en regímenes democráticos y semidemocráticos, es una alternativa importante a las elecciones, los sondeos de opinión y las cartas abiertas para dar a conocer posturas públicas.

Aunque las noticias procedentes de Homer y Anchor Point no lo den a entender, en el siglo XXI la manifestación ha dado pie a dos

grandes variantes. En la primera, la que tuvo Homer como escenario, los participantes se reúnen en una ubicación pública cargada de simbolismo y ahí, a través de discursos y acciones, demuestran su vinculación colectiva a una causa bien definida. En la segunda, se dedican a recorrer vías públicas para realizar ahí sus demostraciones públicas de adhesión. Evidentemente, a menudo ambas variantes se combinan, pues los activistas se desplazan hacia el lugar de reunión designado, o varias columnas de manifestantes procedentes de diferentes lugares convergen en un destino único y altamente simbólico.

De vez en cuando, como sucedió en Homer, los contramanifestantes hacen su aparición para defender la postura contraria y para enfrentarse a la reivindicación que hacen los manifestantes sobre los espacios en cuestión. A menudo, la policía o el ejército escoltan a los manifestantes o se sitúan alrededor del lugar de reunión. En ocasiones, la policía o el ejército prohíben el acceso de los manifestantes a lugares, edificios, monumentos o personas importantes. A veces, separan deliberadamente a los manifestantes de uno y otro signo. Como sucediera en Homer, los transeúntes y los espectadores a menudo demuestran su aprobación o su rechazo a la causa defendida por los manifestantes. Más tarde, pueden incluso tomar parte en el debate en discusiones de sobremesa o cartas al director. David Bitterman, un habitante de Homer, envió su opinión al *Homer News*: «Recientemente, mientras conducía por la ciudad, vi a un grupo de mujeres vestidas de negro en Pioneer Avenue, cerca del cuartel de los bomberos. Llevaba algún tiempo fuera de la ciudad y no estaba al corriente de qué representaban esas mujeres. Cuando se lo pregunté a mi mujer, me dijo que estaban protestando por la guerra. Me di cuenta de lo irónico que resultaba que el ejército velara por el derecho de esas personas a protestar contra nuestro país y nuestras fuerzas armadas». Bitterman hablaba de su hijo, un especialista del ejército destinado en Alemania, que había ingresado en las fuerzas armadas para proteger a su país después de los

ataques del 11 de septiembre. Bitterman sostenía la necesidad de la guerra para la defensa de la libertad: «Los soldados, los aviadores y los marinos de nuestra nación, los Marines y la Guardia Costera ya están en su puesto. Trabajan sin descanso los 365 días del año para protegernos de aquellos que quieren hacernos daño. Cualquier acción que debilite a los miembros de nuestras fuerzas armadas no hace sino reforzar y fortalecer a nuestros enemigos. ¿Quiero decir con esto que las Mujeres de Negro son unas antipatriotas? No, solamente que están desinformadas» (*Homer News*, 2003a). En cuanto su esposa le dio las claves para interpretar el acto, Bitterman comprendió claramente el sentido de la manifestación. El simbolismo y la coreografía de la manifestación callejera rivalizan con los del béisbol o los bailes de debutantes. Sin embargo, su programa se centra en una serie de cuestiones públicas más que en una clasificación liguera o en el prestigio social.

Como ha quedado de manifiesto en los capítulos anteriores, las manifestaciones callejeras también tienen sus homólogos: desfiles municipales, convenciones de partidos, reuniones multitudinarias, inauguraciones, ceremonias de graduación, recuperación de ceremonias religiosas y mítines electorales. La mayoría de habitantes de los países democráticos conocen la diferencia entre una forma y otra. Los participantes en estos acontecimientos en ocasiones optan por las formas y los programas de las manifestaciones exhibiendo, por ejemplo, símbolos llamativos o gritando eslóganes a favor de una causa durante una ceremonia de graduación. En estos casos, rigen por lo general los mismos principios: la separación entre participantes y espectadores, la presencia de vigilantes para contener a la multitud... En su conjunto, este tipo de reuniones se caracterizan por (1) una coherencia formidable, (2) una variación interna sistemática y (3), en cada caso, una uniformidad impresionante en cuanto a los lugares en que se desarrollan, los programas y los participantes.

En los capítulos anteriores hemos relacionado las manifestaciones callejeras con una forma de lucha política mucho más amplia,

en evolución y de dos siglos de antigüedad: el movimiento social. Hemos descrito la combinación característica de campañas, repertorio y demostraciones de WUNC como una forma de hacer política inexistente antes de mediados del siglo XVIII y que, durante los siguientes doscientos años, estuvo a disposición del pueblo en muchas zonas del planeta para que estos plantearan sus reivindicaciones. También hemos recogido la maravillosa dualidad de los movimientos sociales: harto generales e identificables en sus rasgos más genéricos aunque tremendamente adaptables a las circunstancias locales y a sus giros. Esta dualidad también se observa en las noticias que se publicaron a propósito de Homer y Anchor Point.

Conforme nos acercamos al final de un libro plagado de hechos históricos, permitámonos entrar por un momento en el reino de la ficción histórica. Supongamos que, en abril de 2003, John Wilkes y Samuel Adams, transmutados intactos desde los años sesenta del siglo XVIII, viajaron por el golfo de Alaska hasta llegar a Cook Inlet, Homer y Anchor Point. Supongamos que vieron a los manifestantes de ambas ciudades y que charlaron entre sí con el propósito de adivinar qué estaban haciendo aquellos habitantes del siglo XXI y con qué fin.

Wilkes: Nunca he visto nada semejante.
Adams: Y que lo digas.
Wilkes: Es algo así como un servicio religioso...
Adams: O un desfile de obreros.
Wilkes: ¿Dónde está el público? ¿A quién se dirigen?
Adams: ¿Y dónde están las tropas o los agentes?
Wilkes: Hay algo, sin embargo, que me resulta familiar: discuten sobre una guerra.
Adams: ¿Sabes una cosa? Todo esto me recuerda a una campaña electoral: la gente luce los colores de los candidatos, lanzan eslóganes, se reúnen en la plaza central y desfilan recorriendo las grandes avenidas.

Wilkes: Pero hay una diferencia: todo es tan *civilizado*... ¿Cómo espera toda esta gente provocar algún cambio?
Adams: Tal vez deberíamos preguntárselo.

Este encuentro ficticio no permite que Wilkes y Adams vean en acción toda la parafernalia de los movimientos sociales: la combinación de diferentes actuaciones y de demostraciones de WUNC en la creación prolongada y coordinada de una serie de reivindicaciones programáticas, identitarias y sobre su posición. Tampoco les permite saber el número de activistas que, fuera de Homer y Anchor Point, se han sumado a las manifestaciones callejeras de los movimientos sociales que están a favor y en contra de la invasión norteamericana de Irak, recurriendo a menudo a comunicados de prensa, peticiones y reuniones públicas. Sin embargo, este diálogo ficticio plantea algunas preguntas fundamentales sobre el presente y el futuro de los movimientos sociales. ¿Ha perdido el movimiento social su eficacia política? ¿Acaso la internacionalización del poder, de la política y de la organización del movimiento social está provocando que sean hoy obsoletos los esfuerzos locales, regionales e incluso nacionales por parte de actores no profesionales? Si las formas de los movimientos sociales han cambiado tanto durante los últimos dos siglos, ¿qué cambios cabe esperar en el siglo XXI?

¿Cómo podemos interpretar el futuro?

Seguramente, la respuesta correcta a todas estas preguntas sea tan vieja como acertada: depende. No cabe duda de que depende del país, de las cuestiones, de los reivindicadores y de quiénes sean los objetos de las reivindicaciones que tenemos en mente; por el momento, el futuro de los movimientos sociales en Zimbabue y Kazajstán, por ejemplo, no pinta nada bien, mientras que sí parecen tener, todavía hoy, una vida activa en Canadá y Costa Rica. En el

momento de escribir estas líneas, los movimientos que protestan por el despliegue militar norteamericano apenas están dando sus frutos, mientras que los que aspiran a poner freno a la fuerza de la OMC parecen estar granjeándose, al menos, un apoyo internacional algo más enérgico. En un sentido más amplio, debemos distinguir entre, por un lado, las posibles trayectorias en el futuro de los movimientos sociales y, por otro, el alcance de los diferentes movimientos sociales. La figura 7.1 esquematiza estas distinciones.

La figura recoge dos grandes dimensiones: una, la dirección del cambio, del auge hasta el declive; la otra, las dimensiones del movimiento, de local a global. La dimensión «global» del diagrama representa la posibilidad comentada por los actuales partidarios del activismo transnacional de que no sólo los actores internacionales y los objetivos internacionales acaben convirtiéndose en algo rutinario en los movimientos sociales del futuro sino que los movimientos sociales se dediquen a coordinar, con una cierta regularidad, las reivindicaciones populares a lo largo y ancho del planeta. Entretanto, el diagrama sigue lo expuesto en el capítulo 5 al insistir en que, a pesar de un cierto grado de internacionalización, los movimientos sociales locales, regionales y nacionales se dan todavía a principios del siglo XXI.

La figura 7.1 plasma en dos dimensiones una retahíla de posibles cambios adicionales en los movimientos sociales que ya hemos visto producirse desde su aparición: cambios en las campañas, los repertorios y las demostraciones de WUNC. Evidentemente, el siglo XXI traerá consigo nuevas reivindicaciones programáticas, identitarias y sobre posición —nuevos temas para las campañas—inimaginables en los primeros años del siglo; supongamos, por ejemplo, que los activistas proderechos de los animales organizaran campañas para que se concedan derechos de ciudadanía a los grandes simios. Es más que probable que alguien invente nuevas actuaciones del movimiento social y, por lo tanto, altere de este modo el repertorio general del movimiento social; pensemos en la posibili-

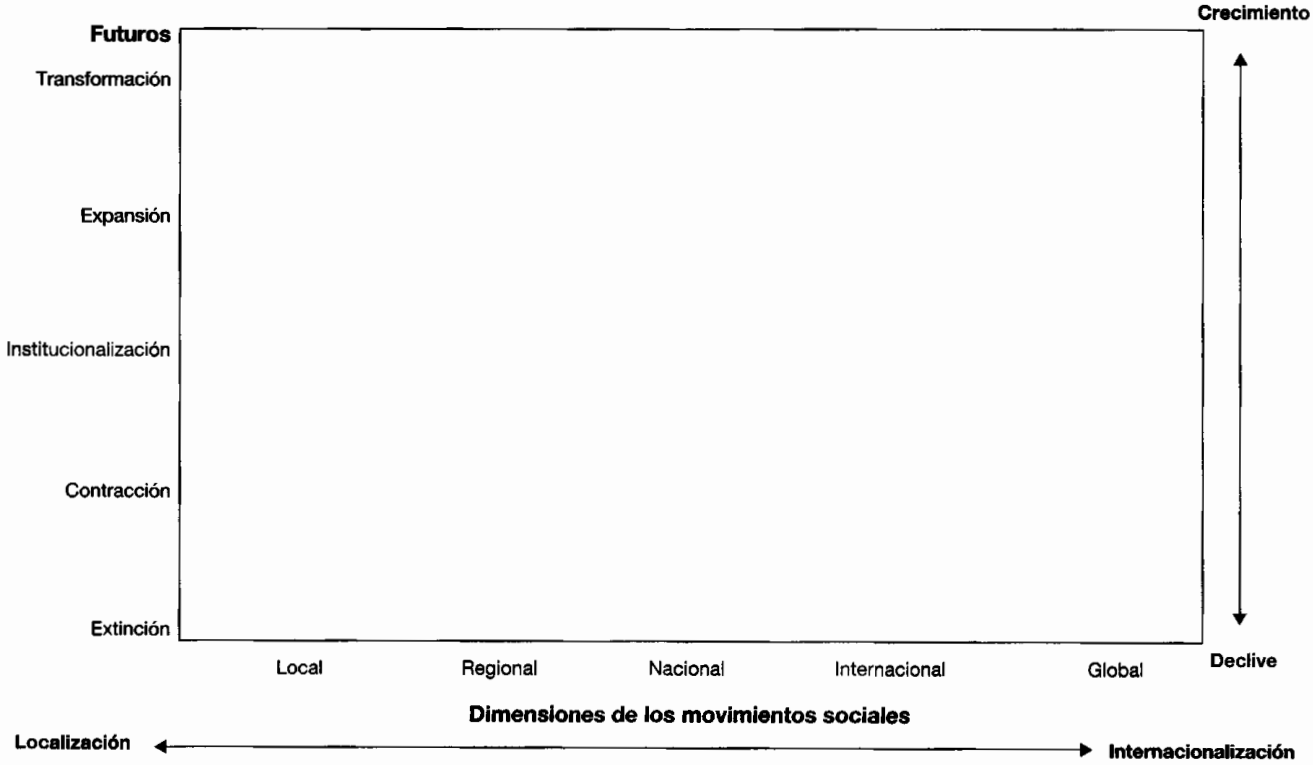


FIGURA 7.1. Posibles escenarios futuros para los movimientos sociales según sus dimensiones.

dad de que una serie de activistas transmitan, desde cápsulas espaciales, sus mensajes a través de las ondas hertzianas a todo el mundo. También evolucionarán las demostraciones de WUNC, tal vez con la adopción de tecnologías que permitan saber al instante cuánta gente apoya o se opone a una reivindicación determinada del movimiento social, dando así un nuevo sentido a la «N» de WUNC. Si los movimientos sociales sobreviven al siglo XXI, no cabe duda de que, tras ese período, mucho habrán cambiado las campañas, los repertorios y las demostraciones de WUNC.

A pesar de obviar estos cambios en la textura del movimiento social, el diagrama contempla un amplísimo abanico de hipótesis. Podemos, por ejemplo, imaginar una combinación futura de extinción a escala local, institucionalización a escala nacional y una expansión seguida de una dramática transformación a escala global; un escenario así se ajustaría a las predicciones de algunos de los estudiosos más entusiastas de la dependencia electrónica de los movimientos sociales. También podríamos imaginar que la pérdida generalizada de poder de los Estados activará simultáneamente a unos movimientos regionales e internacionales interrelacionados, siguiendo el modelo de las reivindicaciones a favor de los derechos para los pueblos indígenas o de una mayor autonomía regional, exigencias que sirven para arrebatar una cierta cuota de poder a los Estados y que, además, cuentan con el respaldo y una serie de garantías por parte de las organizaciones internacionales.

Un movimiento generalizado hacia la derecha del diagrama supondría una internacionalización generalizada, fruto de que los movimientos sociales locales, regionales y tal vez también los nacionales han cedido su lugar a los movimientos internacionales y globales. Un movimiento generalizado hacia la izquierda —algo bastante improbable en la actualidad— supondría que los movimientos más importantes geográficamente hablando han perdido peso a favor del nuevo localismo. Un movimiento claro hacia arriba equivaldría a una expansión general y a la transformación de la ac-

tividad del movimiento social. Los movimientos verticales hacia el centro señalarían una institucionalización generalizada: todo el mundo participaría, de diferentes maneras, en los movimientos sociales, aunque el escenario estaría dominado por las organizaciones no gubernamentales, los emprendedores profesionales del movimiento social y las relaciones estrechas con las autoridades políticas. Por debajo del punto medio, un movimiento generalizado hacia abajo representaría el declive o la desaparición generalizada de los movimientos sociales. Las predicciones más plausibles hablan de trayectorias separadas para los movimientos sociales en función de su escala: por ejemplo, una expansión y transformación de los movimientos sociales internacionales al tiempo que se produce una contracción e institucionalización de los movimientos sociales locales.

Por supuesto, debemos basar predicción en los datos que hemos recabado tras analizar los dos siglos de historia del movimiento social. Recuperemos aquí las tesis principales del libro.

Desde su aparición en el siglo XVIII, los movimientos sociales no sólo han progresado gracias a sus actuaciones individuales, sino gracias también a campañas interactivas. A estas alturas, esta observación debería ser ya evidente por sí misma. No obstante, su importancia radica en que nos recuerda que predecir el futuro de los movimientos sociales obliga a reflexionar sobre las relaciones cambiantes entre reivindicadores, los objetos de las reivindicaciones, el público y las autoridades en lugar de limitarnos a extrapolar los rasgos más visibles de las actuaciones del movimiento social. Recordemos la compleja interacción de movimientos, contramovimientos, autoridades, públicos y fuerzas externas que se dio en el mundo socialista en 1989, coincidiendo con unos cambios vertiginosos en los Estados.

Los movimientos sociales combinan tres tipos de reivindicaciones: programáticas, identitarias y de posición. Las reivindicaciones programáticas comportan el apoyo o la oposición explícitas a

acciones reales o propuestas de los objetos de las reivindicaciones del movimiento. Las reivindicaciones identitarias consisten en afirmaciones de que «nosotros» —los reivindicadores— constituimos una fuerza unificada a la que hay que tener en cuenta. Las actuaciones de WUNC (valor, unidad, número y compromiso) respaldan las reivindicaciones identitarias. Las reivindicaciones de posición reafirman lazos y semejanzas con otros actores políticos, por ejemplo las minorías excluidas, los grupos ciudadanos debidamente constituidos o los partidarios leales del régimen. En ocasiones, se refieren a la situación de *otros* actores políticos, por ejemplo en los llamamientos para expulsar a los inmigrantes o privarlos de la ciudadanía. Los Estados Unidos del siglo XIX nos ofrecen un abanico deslumbrante (y, por momentos, deprimente) de reivindicaciones programáticas, identitarias y de posición referidas a qué categorías raciales, étnicas y de género se merecían disfrutar de los derechos de ciudadanía. Es evidente que las reivindicaciones programáticas, identitarias y de posición pueden desarrollarse de un modo parcialmente independiente entre sí; las reivindicaciones de posición, por ejemplo, dependen claramente de qué actores políticos han alcanzado ya una posición plena y de qué procesos políticos cambian la posición de los actores. Dependen, por lo tanto, del auge o la caída de la democracia.

La importancia relativa de las reivindicaciones programáticas, identitarias o sobre posición varía significativamente entre un movimiento social y otro, entre un reivindicarte y otro en el seno de un mismo movimiento y entre las diferentes fases de cada movimiento. Si la institucionalización ya eclipsó a las reivindicaciones identitarias y de posición en favor de los programas defendidos o denostados por los especialistas consolidados en la presentación de reivindicaciones del movimiento social, este eclipse supondrá un cambio de primer orden en los movimientos sociales del siglo XXI. La profesionalización de las organizaciones del movimiento social y de sus emprendedores da lugar en ocasiones a nuevas reivindicaciones

identitarias y de posición; las recientes campañas mundiales a favor de los derechos de los pueblos indígenas ilustran esa posibilidad. En conjunto, sin embargo, esta profesionalización decanta la balanza en favor de las reivindicaciones programáticas y en detrimento de las identitarias y de posición.

La democratización fomenta la formación de movimientos sociales. En el capítulo 6 hemos visto que esta declaración aparentemente obvia oculta un grado sorprendente de complejidad. Para destacar los efectos de la democratización en los movimientos sociales, debemos distinguirlos de las causas comunes de la democratización y de los movimientos sociales, así como de la influencia recíproca entre movimientos sociales y democratización. No obstante, una vez hecho esto, advertimos que predecir el futuro de los movimientos sociales durante el siglo XXI depende en gran medida de las expectativas sobre los procesos futuros de democratización o de pérdida de democracia. En China, tenemos que decidir si el movimiento medioambiental de Xiamen o la represión en Tíbet son fenómenos que pueden repetirse en el futuro.

Los movimientos sociales afirman la soberanía popular. A lo largo de sus dos siglos de historia, este argumento ha aguantado el tipo perfectamente. El auge y caída de los movimientos sociales en Francia, por ejemplo, obedece claramente a las fluctuaciones en las reivindicaciones en materia de soberanía popular, tanto más cuanto que los regímenes autoritarios franceses pusieron mucho empeño en suprimir las campañas, las actuaciones y las demostraciones de WUNC del movimiento social. Aun así, hemos identificado dos excepciones importantes al principio general. En primer lugar, los emprendedores profesionales del movimiento social y las organizaciones no gubernamentales a veces se presentan como portavoces «del pueblo» sin contar con una base sólida o con los mecanismos que permitan a la gente expresarse a través de ellas. En segundo lugar, una minoría de los movimientos sociales históricos han respaldado programas que, en cuanto se han hecho realidad, han reducido

la soberanía popular al otorgar el poder a unos líderes autoritarios o al establecer unos cultos carismáticos o unos programas con un grado de exclusión generalizada. Cualquier predicción a propósito de los movimientos sociales del futuro y de sus consecuencias tendrá que tomar en consideración la posibilidad de que estas corrientes minoritarias puedan convertirse en mayoritarias.

Comparados con otras formas de política popular más afianzadas a escala local, las dimensiones, la vigencia y la eficacia de los movimientos sociales dependen en gran medida del trabajo de emprendedores políticos. Hemos visto una y otra vez al compromiso de los emprendedores políticos con los movimientos sociales. Desde la movilización a favor de la reforma de Gran Bretaña de los años treinta del siglo XIX hasta las recientes movilizaciones contra la OMC, los emprendedores y sus organizaciones no gubernamentales han ocupado un lugar destacado en cada nueva campaña. En efecto, la tendencia general ha acentuado la importancia y la influencia de los emprendedores políticos. El futuro depende en parte de si esa tendencia proseguirá, así como de qué tipo de emprendedores políticos emergerá en los movimientos sociales.

En cuanto los movimientos sociales se enmarcan en un contexto político determinado, los procesos imitativos, la comunicación y la colaboración facilitan su adopción por parte de otros contextos relacionados. Esta observación ha cobrado un nuevo sentido conforme el análisis ha ido avanzando, dado que los contactos entre los escenarios existentes del movimiento social con nuevos escenarios potenciales siempre se debe a un claro proceso de selección a partir de aquellos nuevos escenarios en los que, en principio, aparecen nuevos contactos. Hemos apreciado claramente esta característica selectiva en los contactos debidos a los nuevos medios de comunicación, que han reducido, por lo general, el coste de las comunicaciones para la gente que tiene acceso al sistema y han excluido al mismo tiempo a todo aquel que carece de ese acceso. Otro tanto podemos decir de las redes interpersonales: la expansión de la acti-

vidad del movimiento social en las redes ya existentes excluye a todos aquellos que no pertenecen a ellas. A pesar de la atractiva imagen que los rodea de ser unas multitudes inteligentes, ese juego de inclusión y exclusión podría seguir dándose durante el siglo XXI. Por lo tanto, algunas de nuestras predicciones se basarán en las previsiones de quién se relacionará con quién, y qué sectores de la población mundial se verán excluidos a causa de esas relaciones.

Las formas, personal y reivindicaciones de los movimientos sociales varían y están sujetas a un proceso de evolución histórica. Tal y como sugiere nuestro diálogo ficticio entre Wilkes y Adams en Homer, Alaska, las formas del movimiento social han sufrido una mutación constante desde finales del siglo XVIII y, de hecho, esas mutaciones siguen produciéndose en la actualidad. Hemos observado tres fuentes claras —e interrelacionadas— de cambio y variación en los movimientos sociales: los entornos políticos en el sentido más amplio del término, el aumento en el número de campañas, repertorios y demostraciones de WUNC dentro de los movimientos sociales y la difusión de los modelos del movimiento social entre los núcleos de activismo. Para prever el futuro, debemos especificar de qué modo cambiará cada uno de estos factores, sin olvidarnos de qué relación se establecerá entre ellos. Para hacernos una idea, debemos prestar mucha atención a los nuevos focos de actuación del movimiento social, como las protestas contra la OMC, y preguntarnos quién lleva a cabo qué y en nombre de qué reivindicación.

En tanto que institución inventada, el movimiento social podría desaparecer o transformarse en una forma política muy distinta. Carecemos todavía de garantías de que, tal y como ha existido durante dos siglos, el movimiento social siga así para siempre jamás. Debemos contemplar seriamente la posibilidad de que el siglo XXI acabe con los movimientos sociales en tanto que vehículos de reivindicación popular porque las condiciones para su supervivencia hayan desaparecido o porque hayan sido sustituidos por nuevas for-

mas de plantear esas mismas reivindicaciones. No en vano, una de las aspiraciones de la democracia digital es la celebración constante y por medio de canales electrónicos de encuestas de opinión en tanto que sustituto barato y eficaz del asociacionismo, las reuniones, las marchas, las peticiones, los comunicados a los medios de comunicación de masas y del resto de elementos del repertorio del movimiento social; una perspectiva aterradora para los amantes de unos movimientos sociales según una forma históricamente reconocible.

Futuros posibles

¿Cómo podemos aplicar todos estos principios al futuro? La figura 7.2 abunda en las ideas y las conjeturas de los capítulos anteriores para especular sobre qué podría suceder con los movimientos sociales durante el resto del siglo XXI, combinando algunas de las posibilidades más factibles en cuatro escenarios: internacionalización, declive de la democracia, profesionalización y triunfo. La *internacionalización* supone desmarcarse claramente de los movimientos sociales locales, regionales o nacionales para centrarse en la actividad de los movimientos sociales internacionales o globales. El *declive de la democracia* supondría un mazazo para todos los movimientos sociales, sobre todo para los más grandes, pero dejaría algún resquicio para la actividad de los movimientos sociales locales y regionales en aquellos lugares donde hubieran sobrevivido las instituciones democráticas. La *profesionalización* reduciría con toda probabilidad la importancia relativa de los movimientos sociales locales y regionales al tiempo que trasladaría los esfuerzos de activistas y organizadores a las escalas nacional o, sobre todo, internacional o global. El *triunfo*, por último, describe el glorioso sueño de los movimientos sociales de cualquier rincón del planeta: convertirse en una herramienta para plantear las reivindicaciones populares en todos los ámbitos, desde el local hasta el global. Vol-

vamos sobre las implicaciones expuestas en los capítulos anteriores para identificar en qué circunstancias se produciría cada uno de estos cuatro escenarios, así como para reflexionar sobre las posibles consecuencias de cada uno de ellos en la política pública.

Internacionalización. Muchos observadores y activistas de los movimientos sociales del siglo XXI asumen que la internacionalización ya está dejando su huella, y que seguirá haciéndolo hasta que llegue el día en el que la mayoría de movimientos sociales actuarán a escala internacional o incluso global; afirman que los defensores del medio ambiente, las feministas, los defensores de los derechos humanos y los contrarios al capitalismo global se unirán más allá de fronteras nacionales o continentales. ¿Bajo qué condiciones podemos esperar que la internacionalización acabe rigiendo los destinos de los movimientos sociales? A la vista de las pruebas presentadas en los capítulos anteriores, estas son las situaciones más posibles:

- Crecimiento continuado e impacto a través de las redes de poder internacionales y de las organizaciones que los implementan: redes financieras, relaciones comerciales, multinacionacionales, instituciones gubernamentales y reguladoras internacionales, sociedades criminales internacionales.
- Vulnerabilidad de estas redes a la humillación, la subversión, los boicots o a la regulación gubernamental.
- Expansión de los contactos entre una población muy dispersa cuyo bienestar se ve afectado, sobre todo en sentido negativo, por estas redes internacionales.
- Proliferación de organizaciones, intermediarios y emprendedores políticos especializados en poner en contacto a estas poblaciones y en coordinar sus actuaciones.
- Formación de un principio de democracia a escala internacional: relativamente amplia, equitativa, consultiva y basada en unas relaciones de protección entre los ciudadanos y los agentes de las instituciones gubernamentales internacionales.

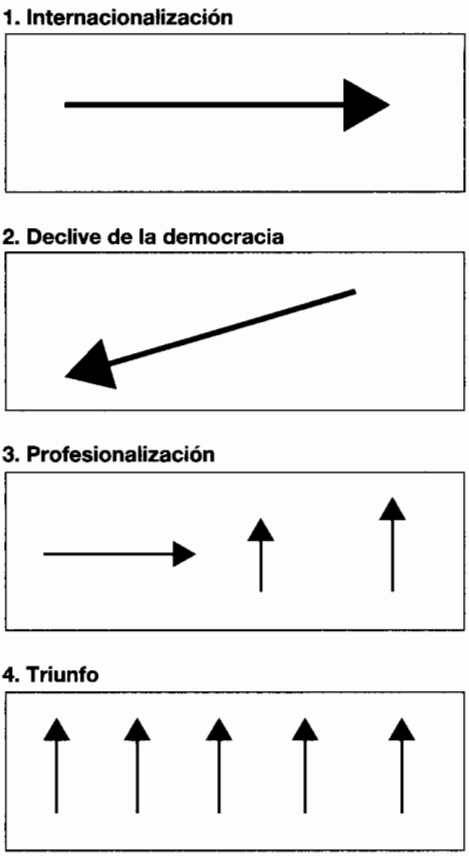


FIGURA 7.2. Escenarios alternativos para los movimientos sociales del futuro.

Predecir que la internacionalización a gran escala de los movimientos sociales llegará durante el siglo XXI depende de las predicciones implícitas que aseguran que se darán todas o la mayoría de estas condiciones.

Si se impusiera el escenario de la internacionalización, tendríamos motivos para confiar en que, a corto y medio plazo, se produjeran otras consecuencias para la política pública. En primer lugar, a la vista de los requisitos mínimos en términos de información, tiempo, contactos y recursos de los movimientos sociales de gran esca-

la, aumentaría el sesgo elitista que ya se observa en cuanto a la participación en el movimiento social; la reducción de los costes de comunicación a través de Internet y de los teléfonos móviles tardaría en acabar con el aumento que se observaría en los costes de coordinación. En segundo lugar, tanto por este motivo como a causa del acceso desigual a los canales de comunicación, se acrecentaría la desigualdad entre los centros de participación activa del movimiento y el resto; en términos relativos, las personas excluidas sufrirían más si cabe que en la actualidad las consecuencias de la falta de medios para organizar unas campañas, actuaciones y demostraciones de WUNC eficaces. En tercer lugar, los intermediarios, los emprendedores y las organizaciones internacionales cobrarían un peso mucho mayor a la hora de dar a conocer de un modo eficaz sus reivindicaciones a través de los movimientos sociales. Todos estos cambios apuntan a un descenso en la participación democrática: no sólo reducirían el abanico de participantes en los movimientos sociales sino que también provocarían una mayor desigualdad en la participación.

Declive de la democracia. ¿Qué sucedería, sin embargo, si el declive de la democracia se debiera a causas ajenas a la esfera del movimiento social, como el debilitamiento de las barreras entre las desigualdades explícitas y la política pública o la segregación de las redes de confianza ya existentes o nuevas con respecto a la política pública? Comoquiera que la democracia siempre opera en contacto con unos centros de poder determinados, el resultado dependería en gran medida de si ese declive fuera generalizado o se produjera únicamente, por ejemplo, a escala nacional. Una versión plausible de este escenario sería aquella en la que una gran democracia—nacional, internacional y global— sufriera mucho más que una pequeña democracia simplemente porque debería producirse una catástrofe política para minar simultáneamente el sistema democrático de los millares de regímenes locales, regionales y nacionales del mundo. Por su parte, que un pequeño número de capitalis-

tas, organizaciones militares, tecnologías o disciplinas científicas escaparan a los límites colectivos constituiría una amenaza inmediata para las instituciones democráticas internacionales tal y como hoy las conocemos. (Imaginemos a unas redes corruptas de banqueros, soldados, proveedores de telecomunicaciones o investigadores médicos, por ejemplo, que pudieran decidir qué sectores de la población mundial tienen acceso a sus servicios y cuáles no.) En la mayoría de circunstancias, el derrumbe generalizado de la democracia dejaría en pie, sin embargo, algunos enclaves democráticos repartidos por todo el mundo. Cabría esperar, por lo tanto, mayores diferencias en las prácticas del movimiento social en esos enclaves a medida que la comunicación y que la colaboración entre los activistas del movimiento social mundial se fuera reduciendo y conforme los activistas locales o regionales se fueran adaptando a sus condiciones concretas.

Profesionalización. Aquí se nos plantea otra posibilidad. En nuestro escenario, la profesionalización conduce a la institucionalización, y, por lo tanto, al descenso en términos de innovación en los movimientos sociales. Los populistas más contumaces a menudo se muestran preocupados porque los activistas del movimiento social, procedentes en su mayoría de sectores de la población prósperos, instruidos y bien relacionados, acaben traicionando los intereses de la gente verdaderamente desfavorecida, entablen unas relaciones de conveniencia con las autoridades, recurran más y más al apoyo de los ricos y de los poderosos o se conviertan en burócratas del movimiento social, más interesados en promover sus propias organizaciones y carreras que en el bienestar de sus supuestos representados.

En comparación con la situación a principios del siglo XIX, es indudable que se ha producido una cierta profesionalización e institucionalización de los movimientos sociales en regímenes relativamente democráticos: promulgación de códigos legales de protección, creación de cuerpos policiales especializados en la contención de la actividad del movimiento social, creación de rutinas menos

peligrosas en los intercambios entre la policía y los manifestantes, establecimiento de convenciones para que los movimientos sociales informen en los medios de comunicación de masas y multiplicación de las organizaciones especializadas en las campañas, los repertorios y las demostraciones de WUNC. Estos cambios, a su vez, han servido para crear puestos de trabajo a tiempo completo en el activismo del movimiento social. La profesionalización y la institucionalización han ido de la mano.

Hasta principios del siglo XXI, sin embargo, en los límites de los movimientos sociales como sector consolidado han ido surgiendo cada cierto tiempo nuevas cuestiones, grupos, tácticas y objetivos. Muchos reivindicadores periféricos fracasaron y otros optaron rápidamente por prácticas habituales del movimiento social, pero solamente un puñado introdujeron sus propias innovaciones —sentadas, ocupaciones de edificios públicos, espectáculos de títeres, indumentaria inspirada en los cómics o un nuevo uso de los medios de comunicación— en la arena pública. Predecir la profesionalización y la institucionalización general de los movimientos sociales, por lo tanto, implica la reducción drástica de las oportunidades al alcance de cuestiones, grupos, tácticas u objetivos genuinamente nuevos. Algo así podría suceder, en principio, bien a causa de un descenso de los incentivos para la reivindicación popular, bien a través de la exclusión de los reivindicadores que no forman parte del *establishment* del movimiento social. ¿Qué sucedería si más del ochenta por ciento de la población mundial que a día de hoy no tiene acceso a Internet careciera de oportunidades para formar movimientos sociales o para ingresar en ellos?

Triunfo. ¿Qué hay de la expansión masiva de los movimientos sociales a todos los niveles, desde el local hasta el global? Una posibilidad tan sorprendente como esta precisaría de la democratización de las muchas regiones del planeta que viven bajo regímenes autoritarios o gobernadas por señores de la guerra o tiranías de tres al cuarto. También exigiría una división mucho más general del go-

bierno y del poder, de modo que las autoridades locales pudieran conservar la capacidad de influir en la vida local y de responder a las exigencias locales, aun cuando las autoridades internacionales se vieran dotadas de más poder en sus respectivas esferas. Por último, supondría que las redes de activistas, las organizaciones y los emprendedores locales, regionales y nacionales seguirían actuando con una independencia parcial con respecto a sus propias esferas, en lugar de subordinar sus programas a otros de alcance internacional o global. En sentido inverso, si se produjera una caída generalizada de la democracia en todas esas esferas y a escala mundial, si los centros de poder aumentaran sus defensas para protegerse de la presión popular y si las redes, las organizaciones y los agentes desaparecieran o cayeran bajo el control de las autoridades, la consecuencia de todo esto sería el derrumbe generalizado de los movimientos sociales.

En el ámbito de los movimientos sociales, este tipo de silogismos —si hay un proceso de democratización, el movimiento social crecerá; si hay un proceso de internacionalización, las desigualdades se acentuarán...— son tremendamente peligrosos. A pesar de toda la documentación aportada en los capítulos anteriores y del trabajo llevado a cabo por generaciones de académicos, carecemos de nada que se asemeje a una ciencia lógica de los movimientos sociales, y las meras predicciones para el resto del siglo XXI implican un mayor grado de incertidumbre si cabe; no en vano, todas ellas dependen de una combinación de tres tipos de razonamiento: (1) extrapolación de las tendencias existentes al futuro, (2) silogismos sobre las causas aproximadas del cambio en los movimientos sociales y (3) conjeturas sobre los cambios en las causas de esas causas. Para predecir que la modesta internacionalización que se ha producido en el mundo de los movimientos sociales desde 1990, aproximadamente, se verá engullida por una oleada imparable, por ejemplo, debemos asumir que hemos interpretado correctamente esa tendencia, que la expansión de los contactos entre unas pobla-

ciones dispersas afectadas por redes de poder internacionales fomenta, en efecto, la coordinación de la actividad del movimiento social entre esas mismas poblaciones dispersas y que cualesquiera que sean las causas de la expansión de esos contactos seguirán en vigor durante los años que le quedan de vida a este siglo.

A la vista de toda esta incertidumbre, ¿podemos apostar por el posible triunfo de un escenario u otro? ¿Qué combinación de internacionalización, declive democrático, profesionalización o triunfo es más probable? Dejando de lado toda la prudencia que exigen los razonamientos lógicos, permítanme que exponga mis propias intuiciones sobre el siglo XXI.

Internacionalización: más lenta, menos generalizada y menos global de lo que auguran los entusiastas de la tecnología, pero con visos de no detenerse durante varias décadas más.

Declive de la democracia: una situación incierta. Habrá un cierto grado de declive de la democracia (y, por lo tanto, una cierta disminución en la presencia y eficacia de los movimientos sociales) en las principales democracias ya existentes, pero también un grado considerable de democratización (con la consiguiente expansión del movimiento social) en países donde la democracia brilla hoy por su ausencia, como China.

Profesionalización: otra situación incierta. Por un lado, los profesionales del movimiento social, las organizaciones no gubernamentales y los acuerdos con las autoridades se irán imponiendo cada vez más en los grandes movimientos sociales. Esto, sin embargo, les hará abandonar aquellas reivindicaciones locales y regionales que no puedan incorporar al activismo internacional.

Triunfo: por desgracia, más y más improbable.

Digo «por desgracia» porque, por todos los motivos expuestos en los capítulos anteriores, el triunfo de los movimientos sociales a todos los niveles sería beneficioso para la humanidad, a pesar de

todos los peligros que comportan esos movimientos y a los que ustedes y yo nos opondríamos. La mayor disponibilidad de los movimientos sociales señala la presencia de instituciones democráticas y fomenta, por lo general, su funcionamiento. Son un canal fundamental para grupos, categorías y cuestiones que, hoy, no tienen presencia en la rutina política de un régimen y que no pueden alcanzar, por lo tanto, un lugar visible en la política pública. Deberíamos seguir con atención el devenir de los movimientos sociales, con la esperanza de refutar mis malos augurios.

CUESTIONES PARA EL DEBATE

Capítulo 1: Los movimientos sociales como política

¿Qué ventajas conlleva la distinción entre movimientos sociales y otros tipos de actividades de protesta? ¿Cuáles son las desventajas de esa distinción?

Capítulo 2: La invención del movimiento social

¿Cree que la gente corriente se benefició del movimiento social como herramienta para hacer política? ¿Qué grupos salieron más y menos beneficiados?

Capítulo 3: Aventuras decimonónicas

¿Cómo incidieron los sistemas cultural y político local y regional en el desarrollo y las prácticas de los movimientos sociales de su país? ¿Qué relación existe entre los derechos civiles y políticos y la expansión del movimiento social?

CAPÍTULO 4: EL SIGLO XX: EXPANSIÓN Y TRANSFORMACIÓN

¿Qué implicaciones tiene el desarrollo de unas interacciones regularizadas entre la policía y los manifestantes? ¿Cree que los movimientos sociales de derechas son más factibles en los regímenes en vías de democratización?

CAPÍTULO 5: LOS MOVIMIENTOS SOCIALES ENTRAN EN EL SIGLO XXI

¿De qué modo han influido las tecnologías de la comunicación en los movimientos sociales? ¿Cómo han afectado las desigualdades explícitas globales al desarrollo de los movimientos sociales?

CAPÍTULO 6: DEMOCRATIZACIÓN Y MOVIMIENTOS SOCIALES

¿Qué relación existe entre confianza y democracia? ¿Qué implicaciones tiene esta relación para los movimientos sociales?

CAPÍTULO 7: EL FUTURO DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

¿Qué podría ayudar a superar la dicotomía en la que se encuentran los movimientos sociales? ¿Coincide con esas predicciones? ¿Por qué o por qué no?

BIBLIOGRAFÍA

Ackerman, Peter, y Jack DuVall (2000), *A Force More Powerful: A Century of Nonviolent Conflict*, Palgrave, Nueva York.

Alapuro, Risto (1988), *State and Revolution in Finland*, University of California Press, Berkeley.

Alexander, John K. (2002), *Samuel Adams: America's Revolutionary Politician*, Lanham, Rowman and Littlefield, Maryland.

Aminzade, Ronald (1993), *Ballots and Barricades: Class Formation and Republican Politics in France, 1830-1871*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey.

Anderson, Benedict (1998), *The Spectre of Comparisons: Nationalism, Southeast Asia, and the World*, Verso, Londres.

Anderson, Eugene N., y Pauline R. Anderson (1967), *Political Institutions and Social Change in Continental Europe in the Nineteenth Century*, University of California Press, Berkeley.

Andrey, Georges (1986), «La Quête d'un état national», en Jean-Claude Fayez, ed., *Nouvelle Histoire de la Suisse et des Suisses*, Payot, Lausana.

Anheier, Helmut K., Friedhelm Neidhardt y Wolfgang Vortkamp (1998), «Movement Cycles and the Nazi Party: Activation of the Munich NSDAP, 1925-1930», *American Behavioral Scientist*, 41, pp. 1.262-1.281.

Anheier, Helmut, y Thomas Ohlemacher (1996), «Aktivisten, Netzwerke und Bewegungservolg: Die "Einzelmitglieder" der NSDAP, 1925-1930», *Kölner (Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, 48, pp. 677-703.

Anheier, Helmut, y Nuno Themudo (2002), «Organisational Forms of Global Civil Society: Implications of Going Global», en Marlies Glasius, Mary Kaldor y Helmut Anheier, eds., *Global Civil Society 2002*, Oxford University Press, Oxford.

d'Anjou, Leo (1996), *Social Movements and Cultural Change: The First Abolition Campaign Revisited*, Aldine de Gruyter, Nueva York.

Archer, John E. (1990), *By a Flash and a Scare: Incendiarism, Animal Maiming, and Poaching in East Anglia 1815-1870*, Clarendon Press, Oxford.

Armstrong, W. W. (1989), «Labour I: Rural Population Growth, Systems of Employment, and Incomes», en Joan Thirsk, ed., *The Agrarian History of England and Wales*, vol. 6, 1750-1850, Cambridge University Press, Cambridge.

Ash, Roberta (1972), *Social Movements in America*, Markham, Chicago.

Asia Sentinel (2007), «SMS Texts Energize a Chinese Protest», 1 de junio, http://www.asiasentinel.com/index.php?option=com_content&task=view&id=520&Itemid=31.

Bagla, Pallava (2003), «Ayodhya Ruins Yield More Fuel for Ongoing Religious Fight», *Science*, 301 (5 de septiembre), p. 1.305.

Balbus, Isaac (1973), *The Dialectics of Legal Repression: Black Rebels before the American Criminal Courts*, Russell Sage Foundation, Nueva York.

Ballard, Richard, Adam Habib y Imraan Valodia, eds. (2006), *Voices of Protest: Social Movements in Post-Apartheid South Africa*, University of Kwazulu Natal Press, Pietermaritzburg.

Ballbé, Manuel (1983), *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983)*, Alianza, Madrid.

Barrington, Lowell (1995), «The Domestic and International Consequences of Citizenship in the Soviet Successor States», *Europe-Asia Studies*, 47, pp. 731-763.

BBC (2005a), «Timeline: Ayodhya Crisis», http://news.bbc.co.uk/2/hi/south_asia/1844930.stm. Consultado el 21 de abril de 2008.

—, (2005b), «Kazakh Leader's Critic Found Dead», BBC News, 15 de noviembre.

—, (2007), «UK-Based Radio Panel Discusses Zimbabwe Leadership "Vacuum", Democracy», BBC Monitoring Africa, 7 de julio.

Becker, Elizabeth (2003), «Hark! Voices from the Street Are Heard in the Trade Talks», *New York Times*, 13 de septiembre, A6.

Beissinger, Mark (1993), «Demise of an Empire-State: Identity, Legitimacy, and the Deconstruction of Soviet Politics», en Crawford Young, ed., *The Rising Tide of Cultural Pluralism*, University of Wisconsin Press, Madison.

—, (1998a), «Nationalist Violence and the State: Political Authority and Contentious Repertoires in the Former USSR», *Comparative Politics*, 30, pp. 401-433.

—, (1998b), «Event Analysis in Transitional Societies: Protest Mobilization in the Former Soviet Union», en Dieter Rucht, Ruud Koopmans y Friedhelm Neidhardt, eds., *Acts of Dissent: New Developments in the Study of Protest*, Sigma, Berlín.

—, (2002), *Nationalist Mobilization and the Collapse of the Soviet State*, Cambridge University Press, Cambridge.

Belchem, John (1990), *Industrialization and the Working Class: The English Experience, 1750-1900*, Scolar, Aldershot.

Belle Kearns, Laura (2008), «Xiamen PX: Have the Chinese People Found Their Voice?», página web de las elecciones y el gobierno de China, 19 de enero, http://en.chinaelections.org/newsinfo.asp ?newsid= 14790.

Bennett, W. Lance (2003), «Communicating Global Activism», *Information, Communication and Society*, 6, pp. 143-168.

Bernstein, Thomas P., y Xiaobo Lü (2002), *Taxation without Representation in Contemporary Rural China*, Cambridge University Press, Cambridge.

Binder, Amy J. (2002), *Contentious Curricula: Afrocentrism and Creationism in American Public Schools*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey.

Birmingham, David (1993), *A Concise History of Portugal*, Cambridge University Press, Cambridge. [Hay trad. cast.: *Historia de Portugal*. Ediciones Akal, Madrid, 2005.]

Birnbaum, Pierre (1993), *«La France aux Français»: Histoire des haines nationalistes*, Seuil, París.

Black, Eugene C., ed. (1969), *British Politics in the Nineteenth Century*, Walker and Company, Nueva York.

Blackstock, Allan (2000), «The Invincible Mass': Loyal Crowds in Mid-Ulster, 1795-96», en Peter Jupp y Eoin Magennis, eds., *Crowds in Ireland c. 1720-1920*, Macmillan, Londres.

Bob, Clifford (2005), *The Marketing of Rebellion: Insurgents, Media, and International Activism. Cambridge Studies in Contentious Politics*, Cambridge University Press, Cambridge (RU).

Bogolyubov, N. D., V. P. R'izhkova, B. C. Popov y A. M. Dubinskit, eds., (1962), *Istoria myezhdunarodnovo rabochevo I natsional'no-osvoboditel'novo dvizheniya*, 2 vols., V'ishaya Partiinaya Shkola, Moscú.

Boli, John, y George Thomas (1997), «World Culture in the World Polity: A Century of International Non-Governmental Organization», *American Sociological Review*, 62, pp. 171-190.

Böning, Holger (1998), *Der Traum von Freiheit und Gleichheit: Helvetische Revolution und Republik (1798-1803) — Die Schweiz auf dem Weg zur bürgerlichen Demokratie*, Orell Füssli, Zúrich.

Bonjour, Edgar (1948), *Die Gründung des schweizerischen Bundesstaates*, Benno Schwabe, Basilea.

Bonjour, Edgar, H. S. Offler y G. R. Potter (1952), *A Short History of Switzerland*, Clarendon, Oxford.

Bose, Sugata, y Ayesha Jalal (1998), *Modern South Asia: History, Culture, Political Economy*, Routledge, Londres.

Botz, Gerhard (1976), *Gewalt in der Politik: Attentäte, Zusammenstösse, Putschversuche, Unruhen in Osterreich 1918 bis 1934*, Wilhelm Fink, Múnich.

—, (1987), *Krisenzonen einer Demokratie: Gewalt, Streik und Konfliktunderdrückung in Österreich seit 1918*, Campus Verlag, Frankfurt.

Bourges, Hervé, ed. (1968), *La Révolte étudiante: Les Animateurs parlent*, Seuil, París.

te Brake, Wayne (1989), *Regents and Rebels: The Revolutionary World of the Eighteenth Century Dutch City*, Blackwell, Oxford.

—, (1990), «How Much in How Little? Dutch Revolution in Comparative Perspective», *Tijdschrift voor Sociale Geschiedenis*, 16, pp. 349-363.

—, (1998), *Shaping History: Ordinary People in European Politics 1500-1700*, University of California Press, Berkeley.

Brass, Paul R. (1994), *The Politics of India since Independence. The New Cambridge History of India*, IV-1, ed. rev., Cambridge University Press, Cambridge.

Brennan, Richard (2008), «Native School Talks Move Ahead: YouTube Campaign Forced the Government Back to Table with Attawapiskat Leaders, NDP MP Says», *Toronto Star*, 7 de abril.

Brewer, John (1976), *Party Ideology and Popular Politics at the Accession of George III*, Cambridge University Press, Cambridge.

—, (1989), *The Sinews of Power: War, Money and the English State, 1688-1783*, Knopf, Nueva York.

Bright, Charles, y Susan Harding, eds. (1984), *Statemaking and Social Movements*. University of Michigan Press, Ann Arbor.

Brinkley, Alan (1983), *Voices of Protest: Huey Long, Father Coughlin, and the Great Depression*, Vintage, Nueva York.

Broeker, Galen (1970), *Rural Disorder and Police Reform in Ireland, 1812-36*, Routledge and Kegan Paul, Londres.

Brown, Richard Maxwell (1975), *Strain of Violence: Historical Studies of American Violence and Vigilantism*, Oxford University Press, Nueva York.

Bruneteaux, Patrick (1993), «Le Désordre de la répression en France 1871-1921: Des conscrits aux gendarmes mobiles», *Genèses*, 12, pp. 30-46.

Brustein, William, ed. (1998), «Nazism as a Social Phenomenon», número especial de *American Behavioral Scientist*, 41, pp. 1.189-1.362.

Bryan, Dominic (2000), *Orange Parades: The Politics of Ritual, Tradition and Control*, Pluto Press, Londres.

Buchan, Nancy R., Rachel T. A. Croson y Robyn M. Dawes (2002), «Swift Neighbors and Persistent Strangers: A Cross-Cultural Investigation of Trust and Reciprocity in Social Exchange», *American Journal of Sociology*, 108, pp. 168-206.

Bucher, Erwin (1966), *Die Geschichte des Sonderbundskrieges*, Berichthaus, Zúrich.

Buechler, Steven M. (1990), *Women's Movements in the United States: Woman Suffrage, Equal Rights, and Beyond*, Rutgers University Press, New Brunswick, Nueva Jersey.

—, (2000), *Social Movements in Advanced Capitalism: The Political Economy and Cultural Construction of Social Activism*, Oxford University Press, Nueva York.

Burke, Edmund, III, ed. (1988), *Global Crises and Social Movements: Artisans, Peasants, Populists, and the World Economy*, Westview, Boulder, Colorado.

Calhoun, Craig (1995), «"New Social Movements" of the Early Nineteenth Century», en Mark Traugott, ed., *Repertoires and Cycles of Collective Action*, Duke University Press, Durham, Carolina del Norte.

Capitani, Francois de (1986), «Vie et mort de l'Ancien Régime», en Jean-Claude Fayez, ed., *Nouvelle histoire de la Suisse et des Suisses*, Payot, Lausana.

Caramani, Daniele (2003), *The Formation of National Electorates and Party Systems in Europe*, Cambridge University Press, Cambridge.

Carter, Neal Allan (2003), «Political Identity, Territory, and Institutional Change: The Case of Belgium», *Mobilization*, 8, pp. 205-220.

Castells, Manuel (1983), *The City and Grassroots: A Cross-Cultural Theory of Urban Social* Movements, University of California Press, Berkeley. [En castellano: *La ciudad y las masas: sociología de los movimientos sociales urbanos,* Alianza editorial, Madrid, 1986.]

Agencia Central de Inteligencia (2008), *World Factbook.*: Government Printing Office, Washington, D.C.

Chabot, Sean (2000), «Transnational Diffusion and the African-American Reinvention of the Gandhian Repertoire», *Mobilization*, 5, pp. 201-216.

Chabot, Sean, y Jan Willem Duyvendak (2002), «Globalization and Transnational Diffusion between Social Movements: Reconceptualizing the Dissemination of the Gandhian Repertoire and the "Coming Out" Routine», *Theory and Society*, 31, pp. 697-740.

Chandhoke, Neera (2002), «The Limits of Global Civil Society», en Mar-

lies Glasius, Mary Kaldor y Helmut Anheier, eds., *Global Civil Society 2002*, Oxford University Press, Oxford.

Chaturvedi, Jayati, y Gyaneshwar Chaturvedi (1996), «Dharma Yudh: Communal Violence, Riots, and Public Space in Ayodhya and Agra City: 1990 and 1992», en Paul R. Brass, ed., *Riots and Pogroms*, New York University Press, Nueva York.

China Daily (2008), «Cellphone Users Grow Record 9.46 Million in February», 24 de marzo, http://www.chinadaily.net/china/2008-03/24/content_6561765.htm. Consultado el 22 de abril de 2008.

Church, Roy A. (1966), *Economic and Social Change in a Midland Town: Victorian Nottingham 1815-1900*, Augustus Kelley, Nueva York.

Clark, S. D. (1959), *Movements of Social Protest in Canada, 1640-1840*, University of Toronto Press, Toronto.

Clark, Samuel D., J. Paul Grayson y Linda M. Grayson, eds. (1975), *Prophecy and Protest: Social Movements in Twentieth-Century Canada*, Gage, Toronto.

Clemens, Elisabeth S. (1997), *The People's Lobby: Organizational Innovation and the Rise of Interest Group Politics in the United States, 1890-1925*, University of Chicago Press, Chicago.

Cody, Edward (2007), «Text Messages Giving Voice to Chinese», *Washington Post*, 28 de junio, A01. http://www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2007/06/27/AR2007062702962.html.

—, (2008), «Protest over Factory Spreads in China,» *Washington Post*, 4 de marzo, A14. http://www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2008/03/03/AR2008030301072.html.

Cohen, Jean (1985), «Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements», *Social Research*, 52, pp. 663-716.

Cohen, Jean L., y Andrew Arato (1992), *Civil Society and Political Theory*. MIT Press, Cambridge.

Collier, David, y Steven Levitsky (1997), «Democracy with Adjectives: Conceptual Innovation in Comparative Research», *World Politics*, 49, pp. 430-451.

Collier, Ruth Berins (1999), *Paths toward Democracy: The Working Class and Elites in Western Europe and South America*, Cambridge University Press, Nueva York.

Cronin, James E, y Jonathan Schneer, eds. (1982), *Social Conflict and the Political Order in Modern Britain*, Croom Helm, Londres.

CSCE [Commisión sobre Seguridad y Cooperación en Europa] (1998), *Political Reform and Human Rights in Uzbekistan, Kyrgyzstan and Kazakhstan*, CSCE, Washington, D.C.

Cunningham, David (2005), *There's Something Happening Here: The New Left, the Klan, and FBI Counterintelligence*, University of California Press, Berkeley.

Davis, David Brion (1987), «Capitalism, Abolitionism, and Hegemony», en Barbara Solow y Stanley Engerman, eds., *British Capitalism and Caribbean Slavery: The Legacy of Eric Williams*, Cambridge University Press, Cambridge.

Davis, Gerald F., Doug McAdam, W. Richard Scott y Mayer Zald, eds. (2005), *Social Movements and Organizational Theory*, Cambridge University Press, Cambridge.

Davis, Gerald F., y Tracy A. Thompson (1994), «A Social Movement Perspective on Corporate Control», *Administrative Science Quarterly*, 39, pp. 141-173.

Deibert, Ronald J. (2000), «International Plug 'n' Play? Citizen Activism, the Internet, and Global Public Policy», *International Studies Perspectives*, 1, pp. 255-272.

Dekker, Rudolf (1982), *Holland in beroering: Oproeren in de 17de en 18de eeuw*, Amboeken, Baarn.

—, (1987), «Women in Revolt: Popular Protest and Its Social Basis in Holland in the Seventeenth and Eighteenth Centuries», *Theory and Society*, 16, pp. 337-362.

della Porta, Donatella (1995), *Social Movements, Political Violence, and the State: A Comparative Analysis of Italy and Germany*, Cambridge University Press, Cambridge.

della Porta, Donatella, Massimiliano Andretta, Lorenzo Mosca y Herbert Reiter (2006), *Globalization from Below: Transnational Activists and Protest Networks*, University of Minnesota Press, Minneapolis.

della Porta, Donatella, y Manuela Caiani (2007), «Europeanization from Below? Social Movements and Europe», *Mobilization: An International Quarterly*, 12, n.º 1, pp. 1-20.

della Porta, Donatella, Abby Peterson y Herbert Reiter, eds. (2006), *The Policing of Transnational Protest*. Burlington, Ashgate, Vermont.

della Porta, Donatella, y Herbert Reiter, eds. (1998), *Policing Protest: The Control of Mass Demonstrations in Western Democracies*, University of Minnesota Press, Minneapolis.

della Porta, Donatella, y Sidney Tarrow (2004), *Transnational Protest and Global Activism*, Rowman and Littlefield, Boulder, Colorado.

Demarais, Annette Aurelie (2007), *La Via Campesina: Globalization and the Power of Peasants*, Pluto Press, Londres.

Deneckere, Gita (1997), *Sire, het volk mort: Sociaal protest in België (1831-1918)*, Amsab, Amberes.

Deutsch, Karl (1976), *Die Schweiz als ein paradigmatischer Fall politischer Integration*, Haupt, Berna.

Diani, Mario (2001), «Social Movement Networks: Virtual and Real», en F. Webster, ed., *Culture and Politics in the Information Age: A New Politics*, Routledge, Londres, pp. 117-128.

—, (2003), «Introduction: Social Movements, Contentious Actions, and Social Networks: "From Metaphor to Substance"?», en Mario Diani y Doug McAdam, eds., *Social Movements and Networks: Relational Approaches to Collective Action*, Oxford University Press, Oxford.

DiMaggio, Paul, Eszter Hargittai, W. Russell Neuman y John P. Robinson (2001), «Social Implications of the Internet», *Annual Review of Sociology*, 27, pp. 307-336.

Dobbin, Murray (1999), «Building a Social Movement in Canada», *Canadian Dimension*, 33, diciembre, version en línea.

Dolléans, Édouard, y Michel Crozier (1950), *Mouvements ouvrier et socialiste: Chronologie et bibliographie: Angleterre, France, Allemagne, États-Unis (1750-1918)*, Éditions Ouvrières, París.

Dowe, Dieter (1970), *Aktion und Organisation: Arbeiterbewegung, sozialistische und kommunistische Bewegung in der preussischen Rheinprovinz 1820-1852*, Verlag für Literatur und Zeitgeschehen, Hannover.

Drescher, Seymour (1982), «Public Opinion and the Destruction of British Colonial Slavery», en James Walvin, ed., *Slavery and British Society, 1776-1946*. Louisiana State University Press, Baton Rouge.

—, (1986), *Capitalism and Antislavery: British Mobilization in Comparative Perspective*, Macmillan, Londres.

—, (1994), «Whose Abolition? Popular Pressure and the Ending of the British Slave Trade», *Past and Present*, 143, pp. 136-166.

Drobizheva, Leokadia, Rose Gottemoeller, Catherine McArdle Kelleher y Lee Walker, eds. (1996), *Ethnic Conflict in the Post-Soviet World: Case Studies and Analysis*, M. E. Sharpe, Armonk, Nueva York.

Dumont, Georges-Henri (2002), *Le Miracle belge de 1848*, Le Cri, Bruselas.

Duyvendak, Jan Willem (1994), *Le Poids du politique: Nouveaux mouvements sociaux en France*, L'Harmattan, París.

Duyvendak, Jan Willem, Hein-Anton van der Heijden, Ruud Koopmans y Luuk Wijmans, eds. (1992), *Tussen Verbeedding en Macht: 25 jaar nieuwe social bewegingen in Nederland*, Sua, Ámsterdam.

Earl, Jennifer, Sarah A. Soule y John D. McCarthy (2003), «Protest under Fire? Explaining the Policing of Protest», *American Sociological Review*, 68, pp. 581-606.

Economist (2003a), «The Perils of Recycling: Excise Hate from One Place, and It Pops up in Another», 30 de agosto, p. 22.

—, (2003b), «Shut Up, Unless You Fawn», 20 de septiembre, p. 46.

—, (2003c), «In the Name of the Father», 4 de octubre, p. 41.

Edelman, Marc (2001), «Social Movements: Changing Paradigms and Forms of Politics», *Annual Review of Anthropology*, 30, pp. 285-317.

Edwards, Bob, Michael W. Foley y Mario Diani, eds. (2001), *Beyond Tocqueville: Civil Society and the Social Capital Debate in Comparative Perspective*, University Press of New England, Hanover, New Hampshire.

Ekiert, Grzegorz, y Jan Kubik (1999), *Rebellious Civil Society: Popular Protest and Democratic Consolidation in Poland, 1989-1993*, University of Michigan Press, Ann Arbor.

Eltis, David (1993), «Europeans and the Rise and Fall of African Slavery in the Americas: An Interpretation», *American Historical Review*, 98, pp. 1.399-1.423.

Emsley, Clive (1983), *Policing and Its Context, 1750-1870*, Macmillan, Londres.

Emsley, Clive, y Barbara Weinberger, eds. (1991), *Policing in Western Europe: Politics, Professionalism, and Public Order, 1850-1940*, Greenwood, Nueva York.

Epstein, James A. (1994), *Radical Expression: Political Language, Ritual, and Symbol in England, 1790-1850*, Oxford University Press, Nueva York.

Farrell, Sean (2000), *Rituals and Riots: Sectarian Violence and Political Culture in Ulster, 1784-1886*, University Press of Kentucky, Lexington.

Favre, Pierre, ed. (1990), *La Manifestation*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París.

Fendrich, James Max (2003), «The Forgotten Movement: The Vietnam Antiwar Movement», *Sociological Inquiry*, 73, pp. 338-358.

Fillieule, Olivier (1997a), *Stratégies de la rue: Les Manifestations en France*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París.

—, (1997b), «Maintien de l'ordre», número especial de *Cahiers de la Securité Intérieure*.

Fredrickson, George M. (1997), *The Comparative Imagination: On the History of Racism, Nationalism, and Social Movements*, University of California Press, Berkeley.

Frey, Bruno, y Alois Stutzer (2002), *Happiness and Economics: How the Economy and Institutions Affect Well-Being*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey.

Gaillard, Jeanne (1971), *Communes de Province, Commune de Paris 1870-1871*, Flammarion, París.

Gamson, William A. (1990), *The Strategy of Social Protest*, Wadsworth, Belmont, California, 2.ª ed.

Gans, Herbert J. (2003), *Democracy and the News*, Oxford University Press, Oxford.

Garrett, R. Kelly, y Paul N. Edwards (2007), «Revolutionary Secrets: Technology's Role in the South African Anti-Apartheid Movement», *Social Science Computer Review*, 25, n.º1, pp. 13-26.

Geddes, Barbara (1999), «What Do We Know about Democratization after Twenty Years?», *Annual Review of Political Science*, 2, pp. 115-144.

Gildea, Robert (2002), *Marianne in Chains: In Search of the German Occupation 1940-45*, Macmillan, Londres.

Gilje, Paul A. (1987), *The Road to Mobocracy: Popular Disorder in New York City, 1763-1834*, University of North Carolina Press, Chapel Hill.

—, (1996), *Rioting in America,* Indiana University Press, Bloomington.

Gilliard, Charles (1955), *A History of Switzerland*, George Alien and Unwin, Londres.

Gitlin, Todd (1980), *The Whole World Is Watching: Mass Media in the Making and Unmaking of the New Left*, University of California Press, Berkeley.

Giugni, Marco G., Doug McAdam y Charles Tilly, eds. (1998), *From Contention to Democracy*, Rowman and Littlefield, Lanham, Maryland.

Glasius, Marlies, Mary Kaldor y Helmut Anheier, eds. (2002), *Global Civil Society 2002*, Oxford University Press, Oxford.

Glen, Robert (1984), *Urban Workers in the Early Industrial Revolution*, Croom Helm, Londres.

Glenn, John K., III (2001), *Framing Democracy: Civil Society and Civic Movements in Eastern Europe*, Stanford University Press, Stanford, California.

Goldstein, Robert J. (1983), *Political Repression in Nineteenth-Century Europe*, Croom Helm, Londres.

—, (2001), *Political Repression in Modern America from 1870 to 1976*, University of Illinois Press, Urbana.

Goldstein, Robert J., ed. (2000), *The War for the Public Mind: Political Censorship in Nineteenth-Century Europe*, Praeger, Westport, Connecticut.

Goldstone, Jack A. (2003), «Introduction: Bridging Institutionalized and Noninstitutionalized Politics», en Jack A. Goldstone, ed., *States, Parties, and Social Movements*, Cambridge University Press, Cambridge.

González Calleja, Eduardo (1998), *La razón de la fuerza: orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1875-1917)*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.

—, (1999), *El máuser y el sufragio: orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.

Goodway, David (1982), *London Chartism 1838-1848*, Cambridge University Press, Cambridge.

Gossman, Lionel (2000), *Basel in the Age of Burkhardt: A Study in Unseasonable Ideas*, University of Chicago Press, Chicago.

Granjon, Fabien (2002), «Les Répertoires d'action télémathiques du néo-militantisme», *Le Mouvement Social*, 200, pp. 11-32.

Greenberg, Louis (1971), *Sisters of Liberty: Paris, Marseille, Lyon and the Reaction to the Centralized State*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.

Grimsted, David (1998), *American Mobbing, 1828-1861: Toward Civil War*, Oxford University Press, Nueva York.

Gu, Yan, y Yiyong Yang (2004), «New Trends in Income Distribution and Related Policy Recommendations», en Yu *et al.*, eds., *Analysis and Forecast of China's Social Development*, Chinese Academy of Social Sciences, Pekín.

Guardian (2007), varios artículos, septiembre-octubre.

Gurr, Ted Robert (2000), *Peoples versus States: Minorities at Risk in the New Century*, United States Institute of Peace Press, Washington, D.C.

Gusfield, Joseph R. (1966), *Symbolic Crusade: Status Politics and the American Temperance Movement*, University of Illinois Press, Urbana.

Gwertzman, Bernard, y Michael T. Kaufman, eds. (1991), *The Collapse of Communism*, Times Books, Nueva York, ed. rev.

Hanagan, Michael (1998), «Irish Transnational Social Movements, Deterritorialized Migrants, and the State System: The Last One Hundred and Forty Years», *Mobilization*, 13, pp. 107-126.

—, (2002), «Irish Transnational Social Movements, Migrants, and the State System», en Jackie Smith y Hank Johnston, eds., *Globalization and Resistance: Transnational Dimensions of Social Movements*, Rowman and Littlefield, Lanham, Maryland.

Harare Daily News (2002), «Civil Society Needs to Build a Social Movement», editorial, extraído de la versión en línea, 23 de junio de 2003.

Haythornthwaite, Caroline, y Barry Wellman (2002), «The Internet in Everyday Life: An Introduction», en Caroline Haythornthwaite y Barry Wellman, eds., *The Internet in Everyday Life*, Blackwell, Malden, Massachusetts.

Heberle, Rudolf (1951), *Social Movements: An Introduction to Political Sociology*, Appleton-Century-Crofts, Nueva York.

Hertzberg, Hendrik (2003), «Radio Daze», *The New Yorker*, 11 de agosto, pp. 23-24.

Hinde, Wendy (1992), *Catholic Emancipation: A Shake to Men's Minds*, Blackwell, Oxford.

Hobsbawm, E. J. (1975), *The Age of Capital, 1848-1875,* Weidenfeld and Nicolson, Londres. [Hay trad. cast.: *La era del capital, 1848-1875*, Crítica, Barcelona, 2003.]

—, (1988), *The Age of Imperialism*, Pantheon, Nueva York. [Hay trad. cast.: *La era del imperio, 1789-1848*, Crítica, Barcelona, 2003.]

—, (1994), *The Age of Extremes: A History of the World, 1914-1991*, Pantheon, Nueva York. [Hay trad. cast.: *Historia del siglo xx, 1914-1991.* Crítica, Barcelona, 2004.]

Hocke, Peter (2002), *Massenmedien und lokaler Protest: Eine empirische Fallstudie zur Medienselektivität in einer westdeutschen Begwegungshochherg*, Westdeutscher Verlag, Wiesbaden.

Hoerder, Dirk (1977), *Crowd Action in Revolutionary Massachusetts, 1765-1780*, Academic Press, Nueva York.

Hoffmann, Stefan-Ludwig (2003), «Democracy and Associations in the Long Nineteenth Century: Toward a Transnational Perspective», *Journal of Modern History*, 75, pp. 269-299.

Homer News (2003a), «Support for Soldiers», HomerNews.com, 13 de marzo.

—, (2003b), «War Prompts Street Demonstrations», HomerNews.com, 3 de abril.

—, (2003c), «Pro-Troops Demonstrators to Rally Again This Week», HomerNews.com, 3 de abril.

Honacker, Karin van (1994), *Lokaal Verzet en Oproer in de 17de en 18de Eeuw: Collectieve Acties tegen het centraal gezag in Brussel, Antwerpen en Leuven*, UGA, Heule.

—, (2000), «Résistance locale et émeutes dans les chef-villes brabançonnes aux XVIIe et XVIIIe siècles», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 47, pp. 37-68.

Huggins, Martha Kinsley (1985), *From Slavery to Vagrancy in Brazil*, Rutgers University Press, New Brunswick.

—, (1998), *Policing: The United States and Latin America*, Duke University Press, Durham, Carolina del Norte.

Human Rights Watch (2000), *World Report 2000*, Human Rights Watch, Nueva York.

—, (2006), *Kazakhstan Events of 2006*, http://hrw.org/englishwr2k7/docs/2007/01/11/kazakhl4820.htm.

Hunt, Lynn (1978), *Revolution and Urban Politics in Provincial France: Troyes and Reims, 1786-1790*, Stanford University Press, Stanford, California.

—, (1984), *Politics, Culture, and Class in the French Revolution*, University of California Press, Berkeley.

Husung, Hans-Gerhard (1983), *Protest und Repression im Vormärz: Norddeutschland zwischen Restauration und Revolution*, Vandenhoeck and Ruprecht, Göttingen.

Ibarra, Pedro, ed. (2003), *Social Movements and Democracy*, Palgrave Macmillan, Nueva York.

Ibarra, Pedro, y Benjamín Tejerina, eds. (1998), *Los movimientos sociales: Transformaciones políticas y cambio cultural*, Trotta, Madrid.

Imig, Doug, y Sidney Tarrow (2001), «Mapping the Europeanization of Contention: Evidence from a Quantitative Data Analysis», en Doug Imig y Sidney Tarrow, eds., *Contentious Europeans: Protest and Politics in an Emerging Polity*, Rowman and Littlefield, Lanham, Maryland.

Inkeles, Alex, ed. (1991), *On Measuring Democracy, Its Consequences and Concomitants*, Transaction, New Brunswick, Nueva Jersey.

International Telecommunications Union (2007), *Market Information and Statistics*, http://www.itu.int/ITU-D/ict/staristics/ict/index.html. Consultado el 28 de mayo de 2008.

—, (2008), «Global Trends in Telecommunications». http://www.itu.int/itunews/manager/display.asp?lang=en&year=2007&issue=07&ipage=Telecomtrends&ext=html. Consultado el 19 de julio de 2008.

International Viewpoint (1997), «Building a European Social Movement», 6 de noviembre, extraído de la versión en línea el 23 de junio de 2003.

Jackson, Julian (2001), *France: The Dark Years, 1940-1944*, Oxford University Press, Oxford.

Jamal, Amaney A. (2007), *Barriers to Democracy: The Other Side of Social Capital in Palestine and the Arab World*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey.

Jameson, J. Franklin (1956), *The American Revolution Considered as a Social Movement*, Beacon, Boston, publicado originalmente en 1926.

Jarman, Neil (1997), *Material Conflicts: Parades and Visual Displays in Northern Ireland*, Berg, Oxford.

Jessen, Ralph (1994), «Polizei, Wohlfahrt und die Anfänge des modernen Sozialstaats in Preussen während des Kaiserreichs», *Geschichte und Gesellschaft*, 20, pp. 157-180.

Johnson, Gordon (1996), *Cultural Atlas of India*, Facts on File, Nueva York.

Jones, Peter (2003), *Liberty and Locality in Revolutionary France: Six Villages Compared, 1700-1820*, Cambridge University Press, Cambridge.

Kaiser, Robert J. (1994), *The Geography of Nationalism in Russia and the USSR*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey.

Kakar, Sudhir (1996), *The Colors of Violence: Cultural Identities, Religion, and Conflict*, University of Chicago Press, Chicago.

Kaplan, Temma (1992), *Red City, Blue Period: Social Movements in Picasso's Barcelona*, University of California Press, Berkeley. [Hay trad. cast.: *Ciudad roja, período azul: los movimientos sociales en la Barcelona de Picasso*, Península, Barcelona, 2003.]

Karatnycky, Adrian, ed. (2000), *Freedom in the World: The Annual Survey of Political Rights and Civil Liberties*, Transaction, Piscataway, Nueva Jersey.

Katsiaficas, George (1988), *The Imagination of the New Left: A Global Analysis of 1968*, South End, Boston.

Kaufman, Jason (2002), *For the Common Good? American Civic Life and the Golden Age of Fraternity*, Oxford University Press, Nueva York.

Kazakhstan (2008), «The Constitution of the Republic of Kazakhstan», http://www.parlam.kz/Information.aspx?doc=2&lan=en-US. Consultado el 17 de julio de 2008.

Kazakhstan's Echo (2007), «A New Kazakhstan in a New World: President Nazarbayev's Strategic Vision», 2 de marzo, http://prosites-kazakhembus.homestead.com/echo36.html. Consultado el 17 de julio de 2008.

Keck, Margaret, y Kathryn Sikkink (1998), *Activists beyond Borders: Advocacy Networks in International Politics*, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York.

—, (2000), «Historical Precursors to Modern Transnational Social Movements and Networks», en John A. Guidry, Michael D. Kennedy y Mayer N. Zald, eds., *Globalizations and Social Movements: Culture, Power, and the Transnational Public Sphere*, University of Michigan Press, Ann Arbor.

Kennedy, Jamie (2007), «China: Liveblogging from Ground Zero», *Global Voices Online*, 1 de junio. http://www.globalvoicesonline.org/2007/06/01/china-liveblogging-from-ground-zero. Consultado el 8 de mayo 2008.

Khazanov, Anatoly M. (1995), *After the USSR: Ethnicity, Nationalism, and Politics in the Commonwealth of Independent States*, University of Wisconsin Press, Madison.

Kinealy, Christine (2003), «Les Marches orangistes en Irlande du Nord: Histoire d'un droit», *Le Mouvement Social*, 202, pp. 165-182.

Kish Sklar, Kathryn, y James Brewer Stewart, eds. (2007), *Women's Rights and Transatlantic Antislavery in the Era of Emancipation*, Yale University Press, New Haven, Connecticut.

Klausen, Kurt Klaudi, y Flemming Mikkelsen (1988), *Konflikter, kollektive aktioner og protestbevaegelser i Danmark*, Samfunds Fagsnyt, Copenhague.

Kohn, Hans (1956), *Nationalism and Liberty: The Swiss Example*, George Allien and Unwin, Londres.

Koopmans, Ruud (2004), «Movements and Media: Selection Processes and Evolutionary Dynamics in the Public Sphere», *Theory and Society*, 33, n.º 3-4, junio, pp. 367-391.

Koshar, Rudy (1986), *Social Life, Local Politics, and Nazism: Marburg, 1880-1935*, University of North Carolina Press, Chapel Hill.

Kriesi, Hanspeter, Ruud Koopmans, Jan Willem Duyvendak y Marco Giugni (1995), *New Social Movements in Western Europe: A Comparative Analysis*, University of Minnesota Press, Minneapolis.

Kriesi, Hanspeter, René Levy, Gilbert Ganguillet y Heinz Zwicky (1981), *Politische Aktivierung in der Schweiz, 1945-1978*, Verlag Rüegger, Diessenhofen.

Kuczynski, Jürgen (1967a), *Darstellung der Lage der Arbeiter in Frankreich von 1789 bis 1848*, Akademie Verlag, Berlín.

—, (1967b), *Darstellung der Lage der Arbeiter in Frankreich seit 1848*, Akademie Verlag, Berlín.

Kwan Lee, Ching, y Mark Selden (2007), «Chinas Durable Inequality: Legacies of Revolution and Pitfalls of Reform», *ZNet Japan Focus*, 24 de enero, http://www.zmag.org/content/showarticle.cfm?ItemID=11949. Consultado el 15 de julio de 2008.

Laitinn, David (1998), *Identity in Formation: The Russian-Speaking Populations in the Near Abroad*, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York.

—, (1999), «The Cultural Elements of Ethnically Mixed States: Nationality Reformation in the Soviet Successor States», en George Steinmetz, ed., *State/Culture: State Formation after the Cultural Turn*, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York.

Landa, Janet Tai (1994), *Trust, Ethnicity, and Identity: Beyond the New Institutional Economics of Ethnic Trading Networks, Contract Law, and Gift-Exchange*, University of Michigan Press, Ann Arbor.

Lepetit, Bernard (1982), «Fonction administrative et armature urbaine: Remarques sur la distribution des chefs-lieux de subdélégation en France à l'Ancien Régime», en Institut d'Histoire Économique et Sociale de l'Université de Paris I, *Recherches et Travaux*, 2, pp. 19-34.

—, (1988), *Les Villes dans la France moderne (1740-1840)*, Albin Michel, París.

Levi, Margaret, y Laura Stoker (2000), «Political Trust and Trustworthiness», *Annual Review of Political Science*, 3, pp. 475 -508.

Liang, Hsi-Huey (1992), *The Rise of Modern Police and the European*

State System from Metternich to the Second World War, Cambridge University Press, Cambridge.

Lida, Clara E. (1972), *Anarquismo y revolución en la España del XIX*, Siglo XXI, Madrid.

Lijphart, Arend (1999), *Patterns of Democracy: Government Forms and Performance in Thirty-Six Countries*, Yale University Press, New Haven, Connecticut. [Hay trad. cast.: *Modelos de democracia: formas de gobierno y resultados en treinta y seis países*, Ariel, Barcelona, 2000.]

Lindenberger, Thomas (1995), *Strassenpolitik: Zur Sozialgeschichte der öffentlichen Ordnung in Berlin 1900 bis 1914*, Dietz, Bonn.

López-Alves, Fernando (2000), *State Formation and Democracy in Latin America, 1810-1900*, Duke University Press, Durham, Carolina del Norte.

Lüdtke, Alt (1989), *Police and State in Prussia, 1815-1850*, Cambridge University Press, Cambridge.

—, (1992), *«Sicherheit» und «Wohlfahrt»: Polizei, Gesellschaft und Herrschaft im 19. und 20. Jahrhundert*, Suhrkamp, Frankfurt.

Lundqvist, Sven (1977), *Folkrörelserna i det svenska samhället, 1850-1920*, Almqvist and Wiksell, Estocolmo.

Madan, T. N. (1997), «Religion, Ethnicity, and Nationalism in India», en Martin E. Marty y R. Scott Appleby, eds., *Religion, Ethnicity, and Self-Identity: Nations in Turmoil*, University Press of New England/ Salzburg Seminar, Hanover, New Hampshire.

Maier, Pauline (1972), *From Resistance to Revolution: Colonial Radicals and the Development of American Opposition to Britain, 1765-1776*, Vintage, Nueva York.

Mamdani, Mahmood, y Ernest Wamba-dia-Wamba, eds. (1995), *African Studies in Social Movements and Democracy*, CODESRIA, Dakar.

Mann, Michael (1988), *States, War and Capitalism: Studies in Political Sociology*, Blackwell, Oxford.

Margadant, Ted (1992), *Urban Rivalries in the French Revolution*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey.

Markoff, John (1996a), *The Abolition of Feudalism: Peasants, Lords, and Legislators in the French Revolution*, Pennsylvania State University Press, University Park.

—, (1996b), *Waves of Democracy: Social Movements and Political Change*, Pine Grove Press, Thousand Oaks, California. [Hay trad. cast.: *Olas de democracia: movimientos sociales y cambio político*, Tecnos, Madrid, 1998.]

Marx, Karl, y Frederick Engels (1958), *Selected Works*, 2 vols., Foreign Languages Publishing House, Moscú.

McAdam, Doug, Sidney Tarrow y Charles Tilly (2001), *Dynamics of Contention*, Cambridge University Press, Cambridge. [Hay trad. cast.: *Dinámica de la contienda política. Ensayos sobre moral económica y desigualdad*, Hacer, Barcelona, 2005.]

McCammon, Holly J., y Karen E. Campbell (2002), «Allies on the Road to Victory: Coalition Formation between the Suffragists and the Women's Christian Temperance Union», *Mobilization*, 7, pp. 231-252.

McCarthy, John D., Clark McPhail y Jackie Smith (1996), «Images of Protest: Estimating Selection Bias in Media Coverage of Washington Demonstrations 1982 and 1991», *American Sociological Review*, 61, pp. 478-499.

McFaul, Michael (1997), «Russia's Rough Ride», en Larry Diamond, Marc F. Plattner, Yun-han Chu y Hung-mao Tien, eds., *Consolidating the Third Wave Democracies: Regional Challenges*, Johns Hopkins University Press, Baltimore.

McKivigan, John R., y Stanley Harrold, eds. (1999), *Antislavery Violence: Sectional, Racial, and Cultural Conflict in Antebellum America*, University of Tennessee Press, Knoxville.

McPhee, Peter (1988), «Les Formes d'intervention populaire en Roussillon: L'Exemple de Collioure, 1789-1815», en *Centre d'Histoire Contemporaine du Languedoc Méditerranéen et du Roussillon: Les Pratiques politiques en province a l'epoque de la Révolution française*, Publications de la Recherche, Université de Montpellier, Montpellier.

Mendle, Michael, ed. (2001), *The Putney Debates of 1647: The Army, the Levellers, and the English State*, Cambridge University Press, Cambridge.

Meyer, David S., y Sidney Tarrow, eds. (1998), *The Social Movement Society: Contentious Politics for a New Century*, Rowman and Linlefield, Lanham, Maryland.

Mihalisko, Kathleen J. (1997), «Belarus: Retreat to Authoritarianism», en Karen Dawisha y Bruce Parrott, eds., *Democratic Changes and Authoritarian Reactions in Russia, Ukraine, Belarus, and Moldova*, Cambridge University Press, Cambridge.

Mikkelsen, Flemming, ed. (1986), *Protest og Oprør*, Modtryk, Aarhus.

Miller, Judith, y Steve Levine (1999), «To Appease U.S., Kazakh Acts on MIG Sales», *New York Times*, 12 de septiembre, A6.

Ming, Xia (2006), «The Governance Crisis and Democrarization in China», *China Rises Companion*, http://www.nytimes.com/specials/chinarises/intro/index.html.

Mirala, Petri (2000), «"A Large Mob, Calling Themselves Freemasons": Masonic Parades in Ulster», en Peter Jupp y Eoin Magennis, eds., *Crowds in Ireland, c. 1720-1920*, Macmillan, Londres.

Monjardet, Dominique (1996), *Ce que fait la police: Sociologie de la force publique*, La Découvene, París.

Montgomery, David (1993), *Citizen Worker: The Experience of Workers in the United States with Democracy and the Free Market during the Nineteenth Century*, Cambridge University Press, Cambridge.

Morgan, Edmund S. (1988), *Inventing the People: The Rise of Popular Sovereignty in England and America*, W. W. Norton, Nueva York.

Morison, Samuel Eliot (1965), *Oxford History of the American People*, Oxford University Press, Nueva York.

Munger, Frank (1979), «Measuring Repression of Popular Protest by English Justices of the Peace in the Industrial Revolution», *Historical Methods*, 12, pp. 76-83.

—, (1981), «Suppression of Popular Gatherings in England, 1800-1830», *American Journal of Legal History*, 25, pp. 111-140.

Mustafa, Sabir (2002), «Diarrhoea Control Becomes a Social Movement in Bangladesh», www.rehydrate.org/darrhoea/control_in_bangladesh.htm, copiado el 23 de junio de 2003.

Nabholz, Hans, Leonhard von Muralt, Richard Feller y Edgar Bonjour (1938), *Geschichte der Schweiz*, 2 vols., Schultheiss, Zúrich.

Nahaylo, Bohdan, y Victor Swoboda (1990), *Soviet Disunion: A History of the Nationalities Problem in the USSR*, Free Press, Nueva York.

Nelson, Joan M., Charles Tilly y Lee Walker, eds. (1998), *Transforming*

Post-Communist Political Economies, National Academy Press, Washington, D.C.

New Nation (2007), «Social Movement against GM Foods Underscored», 16 de noviembre, http://nation.ittefaq.com/issues/2007/ll/l6/news0259.htm. Consultado el 8 de mayo de 2008.

Nicolas, Jean, ed. (1985), *Mouvements populaires et conscience sociale, XVIe- XIXe siècles*, Maloine, París.

O'Ferrall, Fergus (1985), *Catholic Emancipation: Daniel O'Connell and the Birth of Irish Democracy 1820-30*, Gill and Macmillan, Dublín.

Öhngren, Bo (1974), *Folk i rörelse: Samhällsutveckling, flyttningsmonster och folkrörelser I Eskilstuna 1870-1900*, Almqvist and Wicksell, Uppsala.

Olcott, Martha Brill (1997), «Democratization and the Growth of Political Participation in Kazakhstan», en Karen Dawisha y Bruce Parrott, eds., *Conflict, Cleavage, and Change in Central Asia and the Caucasus*, Democratization and Authoritarianism in Postcommunist Societies: 4, Cambridge University Press, Cambridge.

Oliver, Pamela E., y Gregory M. Maney (2000), «Political Processes and Local Newspaper Coverage of Protest Events: From Selection Bias to Triadic Interactions», *American Journal of Sociology*, 106, pp. 463-505.

Oliver, Pamela E., y Daniel J. Myers (1999), «How Events Enter the Public Sphere: Conflict, Location, and Sponsorship in Local Newspaper Coverage of Public Events», *American Journal of Sociology*, 105, pp. 38-87.

Olzak, Susan (2006), *The Global Dynamics of Racial and Ethnic Mobilization*, Stanford University Press, Stanford, California.

Ozouf-Marignier, Marie-Vic (1986), «De l'universalisme constituant aux intérêts locaux: Le Débat sur la formation des départements en France (1789-1790)», *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations*, 41, pp. 1.193-1.214.

Paige, Jeffery M. (1997), *Coffee and Power: Revolution and the Rise of Democracy in Central America*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.

Palmer, Stanley H. (1988), *Police and Protest in England and Ireland 1780-1850*, Cambridge University Press, Cambridge.

Paxton, Robert O. (1995), «Leçon sur les fascismes», *Vingtième Siècle*, 45, pp. 3-13.

Pérez-Stable, Marifeli (1993), *The Cuban Revolution: Origins, Course, and Legacy*, Oxford University Press, Nueva York. [Hay trad. cast.: *La revolución cubana: orígenes, desarrollo y legado*, Colibrí, Madrid, 1998.]

Perry, Elizabeth J. (2002), *Challenging the Mandate of Heaven: Social Protest and State Power in China*. M. E. Sharpe, Armonk, Nueva York.

Petrova, Tsveta, y Sidney Tarrow (2007), «Transactional and Participatory Activism in the Emerging European Polity», *Comparative Political Studies*, 40, n.º.1, pp. 74-94.

Pettifor, Ann (2001), «Why Jubilee 2000 Made an Impact», en Helmut Anheier, Marlies Glasius y Mary Kaldor, eds., *Global Civil Society 2001*, Oxford University Press, Oxford.

Philippine Star (2001), varios artículos, 17-23 de enero, www.philstar.com, consultado el 20 de agosto de 2003.

Pigenet, Michel, y Danielle Tartakowsky, eds. (2003), «Les Marches», *Le Mouvement social*, 202 (enero-marzo).

Price, Richard (1986), *Labour in British Society: An Interpretive History*, Croom Helm, Londres.

Prothero, Iowerth (1979), *Artisans and Politics in Early Nineteenth-Century London: John Cast and His Times*, Dawson, Folkestone.

—, (1997), *Radical Artisans in England and France, 1830-1970*, Cambridge University Press, Cambridge.

Przeworski, Adam, Michael Alvarez, José Antonio Cheibub y Fernando Limongi (2000), *Democracy and Development: Political Institutions and Well-Being in the World, 1950-1990*, Cambridge University Press, Cambridge.

Qiu, Jane (2008), «China Bows to Public over Chemical Plant», *China Elections and Governance*, http://en.chinaelections.org/newsinfo.asp?newsid=l4750. Consultado el 7 de mayo de 2008.

Ray, Raka, y A. C. Korteweg (1999), «Women's Movements in the Third World: Identity, Mobilization, and Autonomy», *Annual Review of Sociology*, 25, pp. 47-71.

Reitan, Ruth (2007), *Global Activism*, Routledge, Londres.

Remak, Joachim (1993), *A Very Civil War: The Swiss Sonderbund War of 1847*, Westview, Boulder, Colorado.

Rheingold, Howard (2003), *Smart Mobs: The Next Social Revolution*, Perseus, Nueva York. [Hay trad. cast.: *Multitudes inteligentes*, Gedisa, Barcelona, 2004.]

Riles, Annelise (2000), *The Network Inside Out*. University of Michigan Press, Ann Arbor (Michigan).

Robert, Vincent (1996), *Les Chemins de la manifestation, 1848-1914*, Presses Universitaires de Lyon, Lyon.

Rock, David (1987), *Argentina 1516-1987*, University of California Press, Berkeley. [Hay trad. cast.: *Argentina 1516-1987: desde la descolonización española hasta Alfonsín*, Alianza, Madrid, 1989.]

Rucht, Dieter (2003), «Media Strategies and Media Resonance in Transnational Protest Campaigns», comunicación inédita presentada en la conferencia sobre Procesos Transnacionales y Movimientos Sociales, Bellagio, Italia.

Rude, Fernand (1969), *L'Insurrection lyonnaise de novembre 1831: Le Mouvement ouvrier à Lyon de 1827-1832*, Anthropos, París.

Rudé, George (1962), *Wilkes and Liberty*, Clarendon Press, Oxford.

—, (1971), *Hanoverian London, 1714-1808*, Secker and Warburg, Londres.

Ryan, Mary P. (1997), *Civic Wars: Democracy and Public Life in the American City during the Nineteenth Century*, University of California Press, Berkeley.

Sabato, Hilda (2001), *The Many and the Few: Political Participation in Republican Buenos Aires*, Stanford University Press, Stanford, California.

Sanders, Elizabeth (1999), *Roots of Reform: Farmers, Workers, and the American State 1877-1917*, University of Chicago Press, Chicago.

Sassen, Saskia (2002), «Toward a Sociology of Information Technology», *Current Sociology*, 50, pp. 29-52.

Scalmer, Sean (2002a), *Dissent Events: Protest, the Media and the Political Gimmick in Australia*, University of New South Wales Press, Sídney.

—, (2002b), «The Labor of Diffusion: The Peace Pledge Union and the Adaptation of the Gandhian Repertoire», *Mobilization*, 7, pp. 269-285.

Schama, Simon (1977), *Patriots and Liberators: Revolution in the Netherlands 1780-1813*, Collins, Londres.

Schultz, Patrick (1982), *La Décentralisation administrative dans le Département du Nord (1790-1793)*, Presses Universitaires de Lille, Lille.

Scott, James C. (1985), *Weapons of the Weak*, Yale University Press, New Haven, Connecticut.

Seip, Jens Arup (1974, 1981), *Utsikt over Norges Historie*, 2 vols., Gylendal Norsk Forlag, Oslo.

Seligman, Adam (1997), *The Problem of Trust*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey.

Service, Robert F. (2003), «"Combat Biology" on the Klamath», *Science*, 300, 4 de abril, pp. 36-39.

SIPRI [Instituto Internacional de Estudios sobre la Paz de Estocolmo] (2001), *SIPRI Yearbook 2001: Armaments, Disarmament and International Security*, Oxford University Press, Oxford.

Skidmore, Thomas E. y Peter H. Smith (1984), *Modern Latin America*, Oxford University Press, Nueva York. [Hay trad. cast.: *Historia contemporánea de América Latina*, Crítica, Barcelona,1999.]

Skocpol, Theda (1992), *Protecting Soldiers and Mothers: The Political Origins of Social Policy in the United States*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts. [Hay trad. cast.: *Los orígenes de la política social de Estados Unidos*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid, 1996.]

—, (1999), «How Americans Became Civic», en Theda Skocpol y Morris P. Fiorina, eds., *Civic Engagement in American Democracy*, Brookings Institution Press, Washington, D.C., y Russell Sage Foundation, Nueva York.

Smith, Adam (1910), *The Wealth of Nations*, 2 vols., Dent, Londres, Publicado originalmente en 1776. [Hay trad. cast.: *La riqueza de las naciones*, Alianza, Madrid, 2008.]

Smith, Graham, Vivien Law, Andrew Wilson, Annette Bohr y Edward

Allworth (1998), *Nation-Building in the Post-Soviet Borderlands: The Politics of National Identity*, Cambridge University Press, Cambridge.

Smith, Jackie (1997), «Characteristics of the Modern Transnational Social Movement Sector», en Jackie Smith, Charles Chatfield y Ron Pagnucco, eds., *Transnational Social Movements and Global Politics: Solidarity beyond the State*, Syracuse University Press, Syracuse.

—, (2002), «Globalizing Resistance: The Battle of Seattle and the Future of Social Movements», en Jackie Smith y Hank Johnston, eds., *Globalization and Resistance: Transnational Dimensions of Social Movements*, Rowman and Littlefield, Lanham, Maryland.

—, (2004), «Exploring Connections between Global Integration and Political Mobilization», *Journal of World Systems Research*, 1, invierno, pp. 255-285.

—, (2007), *Social Movements for Global Democracy*, Johns Hopkins University Press, Baltimore.

Sorensen, Georg (2007), *Democracy and Democratization: Process and Prospects in a Changing World*, Westview Press, Boulder, Colorado.

Stein, Lorenz von (1959), *Geschichte der sozialen Bewegung in Frankreich von 1789 bis auf unsere Tage*, Georg Olms, Hildesheim.

Steinberg, Jonathan (1996), *Why Switzerland?*, Cambridge University Press, Cambridge, 2.ª ed.

Stenius, Henrik (1987), *Frivilligt, Jämlikt, Samfällt: Föreningsväsendets utveckling I Finland fram till 1900-talets början med speciell hänsyn till massorganisationsprincipens genombrott*, Svenska Litteratursällskapet I Finland, Helsinki.

Storch, Robert D. (1976), «The Policeman as Domestic Missionary: Urban Discipline and Popular Culture in Northern England, 1850-1880», *Journal of Social History*, 9, pp. 481-509.

Stutzer, Alois, y Bruno Frey (2002), «What Can Economists Learn from Happiness Research?», *Journal of Economic Literature*, 40, pp. 402-435.

Suny, Ronald Grigor (1993), *The Revenge of the Past: Nationalism, Revolution, and the Collapse of the Soviet Union*, Stanford University Press, Stanford, California.

—, (1995), «Ambiguous Categories: States, Empires, and Nations», *Post-Soviet Affairs*, 11, pp. 185-196.

Suri, Jeremy (2003), *Power and Protest: Global Revolution and the Rise of Détente*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.

Tambiah, Stanley J. (1996), *Leveling Crowds: Ethnonationalist Conflicts and Collective Violence in South Asia*, University of California Press, Berkeley.

Tarrow, Sidney (1989), *Democracy and Disorder: Protest and Politics in Italy 1965-1975*, Clarendon Press, Oxford.

—, (1996), «Movimenti politici e sociali», *Enciclopedia delle Scienze Sociali*, 6, pp. 97-114.

—, (1998), *Power in Movement*, Cambridge University Press, Cambridge, 2.ª ed. [Hay trad. cast.: *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza, Madrid, 2008.]

—, (2002), «From Lumping to Splitting: Specifying Globalization and Resistance», en Jackie Smith y Hank Johnston, eds., *Globalization and Resistance: Transnational Dimensions of Social Movements*, Rowman and Littlefield, Lanham, Maryland.

—, (2005), *The New Transnational Activism*, Cambridge University Press, Cambridge.

Tarrow, Sidney, y Jennifer Hadden (2007), «Spillover or Spillout? The Global Justice Movement in the United States after 9/11», *Mobilization*, 12, pp. 359-376.

Tarrow, Sidney, y Doug McAdam (2005), «Scale Shift in Transnational Contention», en Donatella della Porta y Sidney Tarrow, eds., *Transnational Protest and Global Activism*, Rowman and Littlefield, Lanham, Maryland.

Tartakowsky, Danielle (1997), *Les Manifestations de rue en France, 1918-1968*, Publications de la Sorbonne, París.

—, (1999), *Nous irons chanter sur vos tombes: Le Père-Lachaise, XIXe-XXe siècle*, Aubier, París.

Temperley, Howard (1981), «The Ideology of Antislavery», en David Eltis y James Walvin, eds., *The Abolition of the Atlantic Slave Trade: Origins and Effects in Europe, Africa, and the Americas*, University of Wisconsin Press, Madison.

Thompson, Dorothy (1984), *The Chartists: Popular Politics in the Industrial Revolution*, Pantheon, Nueva York.

Thompson, E. P. (1972), «Rough Music: Le Charivari anglais», *Annales; Economies, Sociétés, Civilisations*, 27, pp. 285-312.

—, (1991), *Customs in Common*, Merlin Press, Londres. [Hay trad. cast.: *Costumbres en común*, Crítica, Barcelona, 2000.

Thompson, Ginger (2003), «Protesters Swarm the Streets at W.T.O. Forum in Cancun», *New York Times*, edición en línea, 14 de septiembre.

Tilly, Charles (1962), «Rivalités de bourgs et conflits de partis dans les Mauges», *Revue du Bas-Poitou et des Provinces de l'Ouest*, n.° 4, julio-agosto, pp. 3-15.

—, (1983), «Speaking Your Mind without Elections, Surveys, or Social Movements», *Public Opinion Quarterly*, 47, pp. 461-478.

—, (1984), «Demographic Origins of the European Proletariat», en David Levine, ed., *Proletarianization and Family Life*, Academic Press, Orlando, Florida.

—, (1986), *The Contentious French*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.

—, (1995), *Popular Contention in Great Britain, 1758-1834*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.

—, (1997), «Parliamentarization of Popular Contention in Great Britain, 1758-1834», *Theory and Society*, 26, pp. 245-273.

—, (1998), *Durable Inequality*, University of California Press, Berkeley.

—, (1999), «Conclusion: Why Worry about Citizenship?», en Michael Hanagan y Charles Tilly, eds., *Extending Citizenship, Reconfiguring States*, Rowman and Littlefield, Lanham, Maryland.

—, (2001a), «Mechanisms in Political Processes», *Annual Review of Political Science*, 4, pp. 21-41.

—, (2001b), «Historical Analysis of Political Processes», en Jonathan H. Turner, ed., *Handbook of Sociological Theory*, Kluwer/Plenum, Nueva York.

—, (2002a), *Stories, Identities, and Political Change*, Rowman and Littlefield, Lanham, Maryland.

—, (2002b), «Event Catalogs as Theories», *Sociological Theory*, 20, pp. 248-254.

—, (2003), *The Politics of Collective Violence*, Cambridge University Press, Cambridge. [Hay trad. cast: *Violencia colectiva*, Hacer, Barcelona, 2007.]

—, (2004), *Contention and Democracy in Europe, 1650-2000*, Cambridge University Press, Cambridge. [Hay trad. cast.: *Contienda política y democracia en Europa, 1650-2000*, Hacer, Barcelona, 2008.]

—, (2005), *Trust and Rule*, Cambridge University Press, Cambridge.

—, (2006), *Regimes and Repertoires*, University of Chicago Press, Chicago.

—, (2007), *Democracy*, Cambridge University Press, Cambridge.

—, (2008), *Contentious Performances*, Cambridge University Press, Cambridge (RU).

Tilly, Charles, y Sidney Tarrow (2006), *Contentious Politics*, Paradigm Publishers, Boulder, Colorado.

Tilly, Charles, Louise Tilly y Richard Tilly (1975), *The Rebellious Century, 1830-1930*, Harvard University Press, Cambridge.

Tilly, Charles, y Lesley Wood (2003), «Contentious Connections in Great Britain, 1828-1834», en Mario Diani y Doug McAdam, eds., *Social Movements and Networks: Relational Approaches to Collective Action*, Oxford University Press, Nueva York.

Tilly, Richard (1980), *Kapital, Staat und sozialer Protest in der deutschen Industrialisierung*, Vandenhoeck and Ruprecht, Göttingen.

Time Asia (2001), «People Power Redux», www.tim.com/time/asia/magazine/2001/0129. Extraído de la versión en línea, 14 de agosto de 2003.

Titarenko, Larissa, John D. McCarthy, Clark McPhail y Boguslaw Augustyn (2001), «The Interaction of State Repression, Protest Form and Protest Sponsor Strength during the Transition from Communism in Minsk, Belarus,1990-1995», *Mobilization*, 6, pp. 129-150.

Tocqueville, Alexis de (1983), *Correspondance d'Alexis de Tocqueville et de Francisque de Corcelle, Oeuvres Complètes*, t. XV, Gallimard, París.

Tonderai, Philip (2008), «Zimbabwe: Is the Country for Sale?», *Zimbabwe Guardian* (Londres), 4 de abril. http://allafrica.com/stories/20080404 0726. html?viewall=l. Consultado el 17 de julio de 2008.

Torpey, John (2000), *The Invention of the Passport: Surveillance, Citizenship and the State*, Cambridge University Press, Cambridge.

Touraine, Alain (1968), *Le Mouvement de Mai ou le communisme utopique*, Seuil, París.

Touraine, Alain, François Dubet, Michel Wieviorka y Jan Strzelecki (1982), *Solidarité: Analyse d'un movement social: Pologne 1980-1981*, Fayard, París.

Train, Marc (2007), «Building a Social Movement to End the War», 10 de junio. Iraq Veterans against the War. http://www.ivaw.org/node/964.

Trechsel, Alexander (2000), *Feuerwerk Volksrechte: Die Volksabstimmungen in den scheizerischen Kantonen 1970-1996*, Helbing and Lichtenhahn, Basilea.

Trif, Maria, y Doug Imig (2003), «Demanding to Be Heard: Social Movements and the European Public Sphere», ponencia 2003-06, Cornell University Workshop on Transnational Contention.

Turner, Jennifer L., y Lu Zhi (2006), «Building a Green Civil Society in China», en *Worldwatch Institute: State of the World 2006*, W. W. Norton, Nueva York, pp. 152-170.

UNCTAD [Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo] (2007), *Information Economy Report 2007-2008*, United Nations, Nueva York y Ginebra. http://www.unctad.org/en/docs/sdteecb20071_en.pdf. Consultado el 17 de julio de 2008.

UNDP [Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas] (2001), *Human Development Report 2001: Making New Technologies Work for Human Development*, Oxford University Press, Oxford.

—, (2002), *Human Development Report 2002: Deepening Democracy in a Fragmented World*, Oxford University Press, Oxford.

United Nations (1995), *Kazakhstan: The Challenge of Transition: Human Development Report 1995*. http://www.undp.kz/library_of_publications/start.html?redir=center_view&id=56. Consultado el 17 de julio de 2008.

UN Statistics Division (2008), *Common Database*, http://unstats.un.org/unsd/cdb/cdb_advanced_data_extract.asp. Consultado el 17 de julio de 2008.

U.S. Department of State (2008), *Country Reports on Human Rights Practices: Republic of Kazakhstan*, U.S. Department of State, Washington, D.C., http://www.state.gov/g/drl/rls/hrrpt/2007/100615.htm.

Uslaner, Eric M. (2002), *The Moral Foundations of Trust*, Cambridge University Press, Cambridge.

Van der Veer, Peter (1996), «Riots and Rituals: The Construction of Violence and Public Space in Hindu Nationalism», en Paul R. Brass, ed., *Riots and Pogroms*, New York University Press, Nueva York.

Vanhanen, Tatu (2000), «A New Dataset for Measuring Democracy, 1810-1998», *Journal of Peace Research*, 37, pp. 251-265.

Vernon, James (1993), *Politics and the People: A Study in English Political Culture c.1815- 1867*, Cambridge University Press, Cambridge.

Via Campesina (2008), http://www.viacampesina.org/main_en/index.php?option=com_content&:task=view&id=446&Itemid=26. Consultado el 8 de mayo de 2008.

Wåhlin, Vagn (1986), «Opposition og statsmagt», en Flemming Mikkelsen, ed., *Protest og Oprør: Kollektive aktioner I Danmark 1700-1985*, Modtryk, Aarhus.

Walton, John, y David Seddon (1994), *Free Markets and Food Riots: The Politics of Global Adjustment*, Blackwell, Oxford.

Walvin, James (1980), «The Rise of British Popular Sentiment for Abolition, 1787-1832», en Christine Bolt y Seymour Drescher, eds., *Anti-Slavery, Religion, and Reform: Essays in Memory of Roger Anstey*, Dawson/Archon, Folkestone.

—, (1981), «The Public Campaign in England against Slavery, 1787-1834», en David Eltis y James Walvin, eds., *The Abolition of Atlantic Slave Trade: Origins and Effects in Europe, Africa, and the Americas*, University of Wisconsin Press, Madison.

Ward, J.T. (1973), *Chartism*, B. T. Batsford, Londres.

Warren, Mark E., ed. (1999), *Democracy and Trust*, Cambridge University Press, Cambridge.

Watson, James (2006), *Golden Arches East: McDonald's in East Asia*, Stanford University Press, Stanford, California.

Watts, Johnathan (2006), «China Vows to Create a "New Socialist Countryside" for Millions of Farmers», *Guardian*, 22 de febrero, http://www.guardian.co.uk/world/2006/feb/22/china.jonathanwatts. Consultado el 8 de mayo de 2008.

Wellman, Barry (2000), «Changing Connectivity: A Future History of Y2.03K», *Sociological Research Online*, 4, n.º 4.

—, (2001a), «Physical Place and Cyber Place: The Rise of Personalized Networking», *International Journal of Urban and Regional Research*, 25, pp. 227-252.

—, (2001b), «Does the Internet Increase, Decrease, or Supplement Social Capital? Social Networks, Participation, and Community Commitment», *American Behavioral Scientist*, 45, pp. 437-456.

Westhues, Kenneth (1975), «Inter-Generational Conflict in the Sixties», en Samuel D. Clark, J. Paul Grayson y Linda M. Grayson, eds., *Prophecy and Protest: Social Movements in Twentieth-Century Canada*, Gage, Toronto.

Wignaraja, Ponna, ed. (1993), *New Social Movements in the South: Empowering the People*, Zed Books, Atlantic Highlands, Nueva Jersey.

Williams, Robin M., Jr. (2003), *The Wars Within: Peoples and States in Conflict*, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York.

Wilson, Alex (1970), «Chartism», en J. T. Ward, ed., *Popular Movements c. 1830-1850*, Macmillan, Londres.

Wilson, Frederick T. (1969), *Federal Aid in Domestic Disturbances 1787-1903*, Arno Press and *New York Times*, Nueva York.

Wimmer, Andreas (2002), *Nationalist Exclusion and Ethnic Conflict: Shadows of Modernity*, Cambridge University Press, Cambridge.

Wirtz, Rainer (1981), «*Widersetzlichkeiten, Excesse, Crawalle, Tumulte und Skandale*»: *Soziale Bewegung und gewalthafter sozialer Protest in Baden 1815-1848*, Ullstein, Frankfurt.

Woloch, Isser (1970), *Jacobin Legacy: The Democratic Movement under the Directory*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey.

—, (1994), *The New Regime: Transformations of the French Civic Order, 1789-1820s*, W. W. Norton, Nueva York.

Wood, Lesley J. (2004), «Breaking the Bank and Taking to the Streets: How Protesters Target Neoliberalism», *Journal of World Systems Research*, 10, n.º 1, invierno, pp. 69-89.

World Bank (2007), *World Development Indicators 2007*, CD-ROM, Washington, D.C.

Wyrsch, Paul (1983), *Der Kanton Schwyz äusseres Land 1831-1833*, Schwyzer Hefte, Band 28, Gutenberg, Lachen.

Young, Michael P. (2006), *Bearing Witness against Sin: The Evangelical Birth of the American Social Movement*, University of Chicago Press, Chicago.

Zaleski, Eugène (1956), *Mouvements ouvriers et socialistes (Chronologie et bibliographie. La Russie, t. I: 1725-1907)*, Éditions Ouvrieres, París.

Zelizer, Viviana A. (1999), «Multiple Markets: Multiple Cultures», en Neil J. Smelser y Jeffrey C. Alexander, eds., *Diversity and Its Discontents: Cultural Conflict and Common Ground in Contemporary American Society*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey.

—, (2004), «Circuits within Capitalism», en Victor Nee y Richard Swedberg, eds., *The Economic Sociology of Capitalism*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey.

Zhao, Dingxin (2001), *The Power of Tiananmen: State-Society Relations and the 1989 Beijing Student Movement*, University of Chicago Press, Chicago.

Zolberg, Aristide (1978), «Belgium», en Raymond Grew, ed., *Crises of Political Development in Europe and the United States*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey.

PUBLICACIONES SOBRE MOVIMIENTOS SOCIALES DE CHARLES TILLY, 1977-2008

1977: «Getting It Together in Burgundy, 1675-1975», *Theory and Society*, 4, pp. 479-504.

«Collective Action in England and America, 1765-1775», en Richard Maxwell Brown y Don Fehrenbacher, eds., *Tradition, Conflict, and Modernization: Perspectives on the American Revolution*, Academic Press, Nueva York.

1978: *From Mobilization to Revolution*, Addison-Wesley, Reading, Massachusetts.

1979: «Repertoires of Contention in America and Britain», en Mayer N. Zald y John D. McCarthy, eds., *The Dynamics of Social Movements*, Winthrop, Cambridge, Massachusetts.

1981: «The Web of Contention in Eighteenth-Century Cities», en Louise A. Tilly y Charles Tilly, eds., *Class Conflict and Collective Action*, Sage, Beverly Hills.

1982: «Britain Creates the Social Movement», en James Cronin y Jonathan Schneer, eds., *Social Conflict and the Political Order in Modern Britain*, Croom Helm, Londres.

«Charivaris, Repertoires, and Urban Politics», en John Merriman, ed., *French Cities in the Nineteenth Century*, Hutchinson, Londres.

1983: «Speaking Your Mind without Elections, Surveys, or Social Movements», *Public Opinion Quarterly*, 47, pp. 461-478.

1984: «Social Movements and National Politics», en Charles Bright y Susan Harding, eds., *Statemaking and Social Movements: Essays in History and Theory*, University of Michigan Press, Ann Arbor.

«Les Origines du répertoire de l'action collective contemporaine en France et en Grande Bretagne», *Vingtième Siècle*, 4, pp. 89-108.

1985: «De Londres (1768) à Paris (1788)», en Jean Nicolas, ed., *Mouvements populaires et conscience sociale: XVIe-XIXe siècles*, Maloine, París.

The Contentious French, Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.

1988: «Social Movements, Old and New», en Louis Kriesberg, Bronislaw Misztal y Janusz Mucha, eds., *Social Movements as a Factor of Change in the Contemporary World. Research in Social Movements, Conflicts and Change*, vol. 10, JAI Press, Greenwich, Connecticut.

1992: «Reclamer Viva Voce», *Cultures et Conflits*, 5, pp. 109-126.

1993: «Contentious Repertoires in Great Britain, 1758-1834», *Social Science History*, 17, pp. 253-280. También en Mark Traugott, ed., *Repertoires and Cycles of Collective Action*, Duke University Press, Durham, Carolina del Norte, 1995.

1994: «Social Movements as Historically Specific Clusters of Political Performances», *Berkeley Journal of Sociology*, 38, pp. 1-30.

1995: *Popular Contention in Great Britain, 1758-1834*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.

1997: «Parliamentarization of Popular Contention in Great Britain, 1758-1834», *Theory and Society*, 26, pp. 245-273.

1998: «Social Movements and (All Sorts of) Other Political Interactions —Local, National, and International— Including Identities: Several Divagations from a Common Path, Beginning with British Struggles over Catholic Emancipation, 1780-1829, and Ending with Contemporary Nationalism», *Theory and Society*, 27, pp. 453-480.

1999: «From Interactions to Outcomes in Social Movements», en Marco Giugni, Doug McAdam y Charles Tilly, eds., *How Social Movements Matter*, University of Minnesota Press, Minneapolis.

2001: (con Doug McAdam y Sidney Tarrow) *Dynamics of Contention*, Cambridge University Press, Cambridge. [Hay trad. cast: *Dinámica de la contienda política: ensayos sobre moral económica y desigualdad*, Hacer, Barcelona, 2005.

2002: *Stories, Identities, and Political Change*, Rowman and Littlefield, Lanham, Maryland.

2003: «When Do (and Don't) Social Movements Promote Democratization?», en Pedro Ibarra, ed., *Social Movements and Democracy*, Palgrave, Nueva York.

(con Lesley Wood) «Contentious Connections in Great Britain, 1828-1834», en Mario Diani y Doug McAdam, eds., *Social Movements and Networks: Relational Approaches to Collective Action*, Oxford University Press, Nueva York.

«Agendas for Students of Social Movements», en Jack A. Goldstone, ed., *States, Parties, and Social Movements*, Cambridge University Press, Cambridge.

The Politics of Collective Violence, Cambridge University Press, Cambridge. [Hay trad. cast.: *Violencia colectiva*, Hacer, Barcelona, 2007.]

«Political Identities in Changing Polities», *Social Research*, 70, pp. 1.301-1.315.

2004: «WUNC», en Jeffrey T. Schnapp y Matthew Tiews, eds., *Crowds*, Stanford University Press, Stanford, California.

Contention and Democracy in Europe, 1650-2000, Cambridge University Press, Cambridge. [Hay trad. cast.: *Contienda política y democracia en Europa, 1650-2000*, Hacer, Barcelona, 2008.]

«Terror, Terrorism, Terrorists», *Sociological Theory*, 22, pp. 5-13.

«Social Movements and Democratisation», en Anna-Maija Castren, Markku Lonkila y Matti Peltonen, eds., *Between Sociology and History: Essays on Microhistory, Collective Action, and Nation-Building*, SKS/Finnish Literature Society, Helsinki.

«Social Movements Enter the Twenty-First Century», *Il Dubbio*, 5, pp. 31-54.

«Regimes and Contention», en Fredrik Engelstad y Øyvind Østerud, eds., *Power and Democracy: Critical Interventions*, Ashgate, Aldershot.

2005: (con Maria Kousis) *Economic and Political Contention in Comparative Perspective*, Paradigm Publishers, Boulder, Colorado.

(con Sidney Tarrow) «Social Movements, Contentious Politics, and Institutions», en Carles Boix y Susan Stokes, eds., *Oxford Handbook of Comparative Politics*, Oxford University Press, Nueva York.

«Repression, Mobilization, and Explanation», en Christian Davenport, Hank Johnston y Carol Mueller, eds., *Repression and Mobilization*, University of Minnesota Press, Minneapolis.

«Regimes and Contention», en Thomas Janoski, Robert R. Alford, Alexander M. Hicks y Mildred Schwartz, eds., *The Handbook of Political Sociology: States, Civil Societies, and Globalization*, Cambridge University Press, Cambridge.

«Terror as Strategy and Relational Process», *International Journal of Comparative Sociology*, 46, pp. 11-32.

2006: *Regimes and Repertoires*, University of Chicago Press, Chicago.

(con Sidney Tarrow) *Contentious Politics*, Paradigm Publishers, Boulder, Colorado.

2007: *Democracy*, Cambridge University Press, Cambridge.

2008: *Contentious Performances*, Cambridge University Press, Cambridge.

ÍNDICE ALFABÉ

abolicionismo, 82-84, 108-1
Academia Nacional de Ci
35-36
acción multitudinaria, 50-52
acciones colectivas, 25-27
Bélgica, 92-101
democratización, y, 39-4
Unión Soviética, 136-13
actividades:
asociativas, Inglaterra, 6
organizativas, represión
72-74
activismo transnacional, 286
activistas y activismo:
cobertura de los medios
municación, y la, 17
218-220
conservadores, 72-74
contactos con el públicc
vés de los medios de
nicación, 172-174
feministas de Fiji, 177-178, 181,
225-229
hindúes, 186-188
holandeses, 78-82
impacto de los medios digitales
en, 205-212
naturaleza transnacional de, 286-
290
pacifistas, 279-287
relaciones:
autoridades, con las, 165-167
colaterales, 225-229
vinculación con los comercian-
tes de las colonias norteame-
ricanas, 57-57
actuaciones:
emprendedores políticos, y los,
39-40
fuera de los movimientos so-
ciales, 33-35
historias de, 29-33

solitario frente a las campañas interactivas, en, 36-37, 80-82, 289-292
Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte, 237
Adams, Samuel, 56-57, 61, 83, 279, 285-286, 294
en la ficción histórica situada en 2003, 285-286, 294
Advani, Lal, 186-187
agentes de aduanas, 57-59
Alemania, 111, 121, 123t., 124t., 136-137t., 140-141, 153-154, 160, 168, 179, 231-234, 269-271, 283
Este, del, 140-141
Occidental, 141-142
Alfonsín, Raúl, 160
alianzas:
entre aristócratas, burgueses y obreros, 65-70
estudiantes-trabajadores, Francia, 141-143
propietarios y trabajadores sin tierras, 264-265
Unión Europea y Estados Unidos, 232-234
América Latina y los movimientos sociales, 159-161
Amigos de Wilkes y la Constitución, 51
Amnistía Internacional, 20, 224
anarquistas, Argentina, 130-134
Anchor Point, Alaska, 280-282, 285-286

Bélgica, 80, 93-98, 112-113, 115-116, 120, 123t., 124t., 128, 231
estructura política de, 114-116
parlamentos, 112-116
reuniones y manifestaciones en, 92-101
Bennett, Lance, 11, 209-211, 229, 237-238
Berlín, 147, 153, 166-169t, 180
Occidental, 141, 148t., 160
Oriental, 141, 148t.
política callejera, 165-170
Bielorrusia, 243-244, 277
bienes y servicios, 200-202
Birmania, 14-15, 193, 210, 218, 236, 246, 273
Bitterman, David, 283-284
boicots, 54-56, 74-78
Boli, John, 230
Boston, Massachusetts, 45, 56, 58-59, 61, 74-75, 83, 118, 221, 264, 279
oposición a los impuestos británicos, 56-63, 74-76
Tea party (polémica sobre el té), 75
Briton, The, 48
Brook, Peter, 186
Burberry, protestas contra, 226
burguesía, 87-88
alianzas con obreros y aristócratas, 65-70
Burke, Edmund, 51, 153
Burke, Pamela, 11, 31

cacerolas, 52-54, 72-76, 82-84
CBS, cadena de televisión, 173-174, 176
Calhoun, Craig, 146
campañas, 19-23
  Argentina, en, 130-132
  derechos sobre el agua, y los, 35-36
  elecciones al Parlamento, para las, 46-56
  emprendedores políticos, y los, 39-40, 82-84, 292-294
  fuera de los movimientos sociales, 33-35
  globalización, y, 210-212
  implicación de los organizadores europeos en, 29-31
  interactivas contra actuaciones en solitario, 36-38, 80-82
  Jubilee 2000, 19, 223-224, 238
  protestantes europeos contra católicos, 23-25
  soberanía popular, y la, 39-40
Canadá, revueltas universitarias, 141-143
capitalización, 61-67
carácter popular de la actividad del movimiento social, 180-184
Carnegie Endowment for International Peace, 217
Carta del Pueblo, 102-106
Castro, Fidel, 148-149, 161
católicos, 99-101
  campañas contra los, 22-25
  derechos de los, 67-68, 244-246
  emancipación de los, 72-74, 137-139
censura, 46-52, 141-143
Centro de Leyes para la Pobreza en el Sur, 33-35
centros de poder, 200-202
ceremonias:
  humillación, de, 111-114
  patrióticas, Francia, 87-90
ciencia, sentimientos contra la ciencia, 35-36
circuitos:
  comerciales, 203-205
  políticos, 203-206
ciudadanía:
  democracia, y, 247-251
  Países Nórdicos, 123-125
  Suiza, 127-129
Clark, S. D., 31-32
  clase media, 120-122
  obrera, 120-122, 130-132
Club Democrático Central, Francia, 90
coaliciones:
  Jubilee 2000, 19, 223-224, 238
  prohibición de las, 87-88
Cohn-Bendit, Daniel, 142
colaboración y movimientos sociales, 41-42, 82-85, 292-294
Collier, Ruth Berins, estudio de la democratización, 121-122, 123t., 124t., 132, 246-247
colonialismo, 139-141
Columbia Broadcasting Service, 173

comunidades separatistas, 23-25
conciencia de clase, 139-141
confrontaciones coordinadas, 200-202
congregaciones religiosas, 114-116
Congreso Nacional Indio, 134, 139, 182
constituciones:
indicador de la democracia, como, 246-247
Kazajstán, 246-247
contactos colaterales, aumento de los, 223-225
Convención de Hombres de Color de Louisiana, 110
convenciones:
cartistas, 103-104
Generales de las Clases Trabajadoras, 103
cortejos fúnebres, 167-168
Coughlin, Charles Edward, 173-175
cuáqueros, 74-76
cuasi-manifestaciones, 165-167
Cuba, 131, 148t., 149
movimientos sociales, y los, 159-161
cuenca del río Klamath, disputas a propósito del agua, 35-36
cuestiones:
económicas, 228-232
étnicas, 228-230
medioambientales, 25-27, 229-230
raciales, 108-114

Chandhoke, Neera, 239
Charleston, Carolina del Sur, 45, 56, 59-62, 74, 220
Checoslovaquia:
movilizaciones contra la censura, 141-145
movimientos sociales, 152-156
China, 15, 137-140, 150, 152, 154, 158, 160, 181, 189-194, 196, 198, 207t., 213-217, 220, 226t., 228t., 229, 233, 245-246, 277, 292, 302
globalización, y la, 194-198
movimientos sociales, 157-159, 244-246
protestas a propósito de los Juegos Olímpicos, 216-218
tecnología, y la, 189-192
Tiananmen, plaza de, 148-154
Chygir, Mikhas, 244

De Gaulle, Charles, 141-142
Della Porta, Donatella, 168, 170, 209, 225, 228-229, 237
democracia:
Bielorrusia, en, 242-246
confrontaciones pacíficas, y, 280-284
China, en, 216-218
declive de la, 295-296, 297f., 298-299
definición de la, 248-249
difusión de la, 31-33
Kazajstán, en, 241-244
procesos que fomentan la, 271-275

políticos:
movimientos sociales, y, 116-122
Reino Unido, 105
reunión, de, 116-120
voto, de, 167-168
Reino Unido, en el, 101-106
desaparición de los movimientos sociales, 41-42, 84-85, 294-296
desfiles, 52-53
desigualdades sociales, aislamiento de la política pública de las, 255-260
determinismo:
comunicaciones, en las, 202-205
tecnológico, 172-174, 194-196, 210-212
y movimientos sociales, 212-214
deuda del Tercer Mundo, 18-20, 29-31, 223-225
Día Internacional de la Mujer, 228t., 229
Die Gegenwart, 26
Dinamarca, 123t., 124t., 125, 227t.
discursos:
políticos, restricciones en los, 99-101
reales, críticas a, 46-50
disidentes protestantes, 101
diversidad, de la actividad de los movimientos sociales, 180-182

Dubek, Alexander, 143

Ekiert, Grzegorz, 157, 166
elecciones, 33-34
Bielorrusia, en, 242-244
disputadas, 118-122, 161-163
Indonesia, en, 161-163
Kazajstán, en, 241-242
parlamentarias, 49-52, 54-56
política pública de, 33-34
reivindicaciones, y, 97-99
emprendedores políticos:
movimientos sociales, y los, 39-40, 82-84, 292-294
presión política, y, 112-114
encuentros entre los ciudadanos y la policía:
Berlín, en, 165-170
Bielorrusia, en, 242-244
Checoslovaquia, en, 154-156
China, en, 151-154
India, en la, 182-184, 186-187
Indonesia, en, 161-165
Italia, en, 167-168
manifestaciones contra manifestaciones de signo contrario, 282-284
Polonia, en, 156-157
enfrentamientos entre musulmanes y entre hindúes y musulmanes en la India, 182-188
Engels, Friedrich, 25-26, 138
Ensayo sobre la mujer, 49
entornos políticos, alteración de los, 20-22

Finlandia, 123t., 124t., 125
flujos de capital, 196-200
Ford, Henry, 174
formas del movimiento social, 41-42, 84-85, 292-294
Foro Social Mundial (WSF), 226t., 229, 239
Francia:
alianzas entre estudiantes y obreros en, 141-143
asociaciones con una orientación política en, 78-82
democratización y movilización de los movimientos sociales en, 123-125
estructura política de, 114-116
guerras con Gran Bretaña, 54-56
parlamentos en, 112-116
procesiones religiosas en, 99-101
transiciones democráticas en, 122-123
fraternidades, 99-101, 114-116
Freedom House, 163, 214
Frente Cristiano, 175
Fuerzas encargadas de aplicar la ley marcial en China, 152-154
Fundación Ford, 216, 225
Fyser, Lewis Valentine, 59

G-8, 228, 232-235
protestas contra el, 228
Gadsden, Christopher, 56, 62
Gales, 77, 101, 226t., 229
Gamson, William, 32, 106-110, 121

catálogo de movimientos sociales, 106, 107t., 108t., 109-112
Gandhi, Mohandas, 182-185, 188
Gitlin, Todd, 176-177
globalización, 41-42, 194-196, 200-202
movimientos sociales, y, 200-214
gobiernos:
centrales, Suiza, 127-129
relaciones con:
asambleas legislativas, las, 271-275
súbditos, con los, 265-269
Goffman, Erving, 176
Gorbachov, Mijail, 148t., 149-150t., 151-152, 155
Gordon, George, 68
Gorras de la Libertad, 68-72, 87-90, 99-101
Gran Bretaña:
capitalización, y la, 63-65
democratización de, y, 262-263
innovaciones en materia de movimientos sociales, 67-68
manifestaciones, 97-99
oposición de las colonias a los impuestos de, 56-63
relaciones con la India, 182-185
Gran Palacio del Pueblo de Tiananmen, China, 150t., 151t., 152, 244

Historia del Movimiento Social francés desde 1789 hasta nuestros días, 25
Hitler, Adolf, 180-181, 221, 245, 270
Hogarth, William, 71
Holanda:
IV Guerra Inglesa (1780-1784), 78-80
milicias ciudadanas, 97-99
movimientos sociales en, 78-82
Homer, Alaska, 279-286, 294
Homer News, 279, 281-284
Hu, Yaobang, 149-151
Huelga:
Bélgica, en, 95-99, 114-116
Berlín, en, 165-167
Checoslovaquia, en, 154-156
derecho a la, 90-92
estudiantes canadienses, de los, 141-143
huelgas industriales, 165-167
Human Rights Watch, 163-165, 223-225
informe sobre Kazajstán, 241-244
Humphrey, Hubert, 144
Hunt, Henry, 70-78
Husák, Gustav, 155

identidad como eje de la actividad del movimiento social, 145-147
Iglesia y Estado, Holanda, 94-95
Iglesias:
Holanda, 94-95
Países Nórdicos, 123-125
véase también Católicos
Imig, Doug, 236-237
imitación, 41-42, 82-85, 292-294
imperio:
Ley, de la, 247-249
Otomano, 194-196
impuestos, oposición de los colonos norteamericanos a los, 54-59
incendios provocados, 112-114
India, 55, 182-188, 198-199, 207t., 208, 227t., 228t., 229, 235, 238, 268, 277
Indonesia, 140, 163-165, 181, 198, 207t., 246, 251
movimientos sociales, y los, 161-165
Industria:
farmacéutica, 198-200
información, de la, 198-200
servicios, de, 198-200
industrias de tecnología punta, 198-200
INGO, *véase* organizaciones no gubernamentales internacionales
inmigrantes, expulsión de, 120-122
insignias, 23, 112
institucionalización de los movimientos sociales, 288f., 289-292, 298-301
instituciones:
burocráticas y puesta en común de la información, 176-180

complementarias, 269-271
consultivas, Suiza, 129-130
financieras, 277
representativas, aumento en el poder de, 112-114
insurrecciones, cartistas, 103-105
intereses especiales, 108-110
internacionalización de los movimientos sociales, 132-134, 251-256, 286-290
análisis de, 236-238
aspectos de, 223-225
futuro posible de, 295-296, 297t.
ONGI, 230
reivindicantes y objetos de las reivindicaciones, 220-225
sociedad civil global, 225-229, 226t., 227t., 228t.
TSMO, 231-232t.
utilización de fuentes electrónicas originadas por el movimiento para rastrear, 232-234
International Viewpoint, 19
internet, 19, 172, 177, 192-193, 202-203, 206-207t., 216, 219, 225, 298-300
conexiones a, 205-207t.
impacto de su utilización, 202-203
utilización en las campañas de Jubilee 2000, 19
Irak, 14, 20, 201, 226t., 229, 235, 280, 282, 286
invasión por parte de Estados Unidos, 201
Irán, 140, 193, 227t.
irrigación y la cuenca del río Klamath, 35-36
Italia:
control de las protestas en, 167-168
reivindicaciones en, 141-143
IV Guerra Inglesa (1780-1784), 78

Jameson, J. Franklin, 73-74
Japón, 19, 121, 137t., 140, 196, 198, 228, 233
Johnson, Lyndon, 134, 144
Jones, Ernest, 78, 105
justicia:
global, 225-229
social, 172-176

Kazajstán, 241-244
constitución de, 246-249
democratización de, 262-263
Kenia, 226t., 229
King, Martin Luther Jr., 143
Klamath, tribus, 33-36
Komintern, Unión Soviética, 136-137t., 140
Koshar, Rudy, 179-181
Kubik, Jan, 157, 166

Legislación del New Deal, Estados Unidos, 138, 174-175
Ley/es:
Combinación de 1799, de, 72

Disturbios, Gran Bretaña, de, 54
Maíz, sobre el, 102
1820 sobre Allanamientos Maliciosos, de, 72
movimientos sociales, de los, 31-35
Reforma de 1832, Gran Bretaña, de, 99-103, 256-258
Reuniones Sediciosas de 1817, de, 71-72
Sello, del, 56, 58, 62
Townshend de 1767, de, 56
Li Peng, 150t., 151
libelo, 48
libertad, 48
expresión, de, 116-120
Liberty (barco), 58
Liberty Point, 60
Liga:
Conductores Americanos, de, 115
Musulmana de la India, 182-183
Nacional:
Igualdad de Derechos, Nueva Orleans, para la, 110
Mujeres Leales, Nueva York, de, 110
Naciones, de, 174, 230
Ocho Horas, de las, San Francisco, 110
Radiofónica de Little Flower, 174
Lindenberger, Thomas, 31, 166-167, 169t.
líneas telefónicas, 207t.
Londres, Inglaterra:
alianzas entre la burguesía y los obreros, 67-70
centro bancario, como, 67-68
inventario de los encuentros contenciosos en 1768, 45-48
Long, Huey, 174
Lukashenka, Alexander, 243-244
Lyon, Francia, 87-92, 100, 118-119, 138
expansión de la actividad del movimiento social, 118-120
manifestaciones en, 88-94
marcha de los tejedores en, 87-88

McDonald's, 222, 236, 238
Mahabharata, 186
Manchester, Inglaterra, marcha del Sindicato de Stockport, 71-72
manifestaciones, 30-31
Alaska, en, 279-287
Alemania, en, 141-143
Argentina, en, 130-132
Bélgica, en, 92-101
Berlín, en, 165-170
Bielorrusia, en, 243-244
contra de la guerra, en, 141-142, 280-284
convención del Partido Demócrata para la proclamación del candidato, 143-145
Francia, en, 88-94, 249-251
Gran Bretaña, en, 97-99

influencia en las discusiones políticas, 230-234
legalidad de las, 88-92
naturaleza:
no violenta de las, 156-157
violenta de las, 156-157
orígenes de las, 97-99
parentesco identificable de las, 284-286
Polonia, en, 156-157
reuniones de organismos comerciales internacionales, en, 232-236
signo contrario, de, en Alaska, 280-286
Sindicato de Stockport, del, 70-72
variaciones durante el siglo XXI, 282-284
Manifiesto Comunista, 25, 136
Manila, Filipinas, 267
mano de obra esclava, 63-65, 76-78
Marburgo, Alemania, reivindicaciones de la derecha en, 179-181, 221
Marcha de la Gente Pobre, 144
marchas, 29-31
Estados Unidos, en, 143-145
Inglaterra, en, 70-72
milicia, de la, 99-101
tejedores en Francia, de los, 87-88
Markof, John, opiniones sobre los movimientos sociales, 32, 78, 114, 121
Marx, Karl, 25-26, 95, 138
mecenazgo, 63-65
Mediación, Suiza, 127-129
Medios de comunicación, 174-178, 218-220
cobertura de los activistas, 174-178, 218-220
escenificación de las reivindicaciones, y la, 161-163
movimientos sociales, y los, 169-180
Memorial de Veteranos, Homer, Alaska, 280
Menem, Carlos Saúl, 160
México, 14, 63, 140, 142, 233-234
manifestaciones estudiantiles en, 141-143
migración, 196-200
milicias ciudadanas, Holanda, 78-80, 97-99
Morison, Samuel Eliot, 173
movilización contra la esclavitud, 29-31, 74-78, 82-84, 99-101, 137-139
movilizaciones:
asociadas a organismos comerciales internacionales, 234-236
1.° de mayo, del, 88-90, 92-94
reunión de Seattle de la OMC, 223
movimiento de mayo o comunismo utópico, El, 144
movimiento/s:
a favor de:

la justicia global y campañas de Jubilee 2000, 18-20, 225-229, 234-238
los derechos de las mujeres, 23-27, 222-223
cartista, 99-106, 256-258
comunistas, desarrollo de, 136-137
contra el consumo de alcohol, 29-31, 108-110, 220-222
libertad de expresión, y, 116-118
presión del, 112-114
independentistas irlandeses, 220-222
Indio Americano, 143
liberación, siglo XIX, de, 135-141
miliciano, 33-35
nacionalsocialistas, 286-287, 288f., 289-290
obrero, 29-31
obreros, 143-145
internacionales, 94-97, 132-139
proletarios, 25-27
Regeneración, Suiza, de, 128
revolucionarios, 138-139
Bélgica, en, 94-97
Suiza, en, 125-127
social:
contra el apartheid, 17-18
europeo, 19-20
sociales:
Argentina, en, 129-134
auge en 1968, 139-147
calendario de Gamson de, 107t., 108t.
contexto político y económico, 61-70
cristalización en Gran Bretaña de, 68-74
definición, 17-18
derechos políticos, y los, 116-122
elementos de desarrollo de los, 20-25, 31-33, 36-38
en el siglo XIX, 135-139
explicaciones históricas de los, 35-43, 80-85, 289-296
futuro de, 286-296
guerra y elementos de los, 54-63
influidos digitalmente, 236-238
interpretaciones de los, 23-26
locales, 288f.
procesos que fomentan tanto la democratización como los movimientos sociales, 262-267
regionales, 288f., 289-290
Revolución Americana, y la, 72-76
Suiza, 125-130
tendencias en el siglo XX, 163-170

Mugabe, Robert, 18, 276
Mujeres de Negro, 280-281, 284
multinacionales, 196-198
mutaciones de los movimientos sociales, 41-42, 84-85, 292-296

Nacional Endowment for Democracy, 225
Naciones Unidas, 200, 222, 225, 230
  IV Conferencia Mundial sobre la Mujer, 177
Nairobi, Kenia, 226t., 229
Napoleón, II Imperio de, 91
Nazarbayev, Nursultan, 241-242, 263
NCA, *véase* Asociación Nacional de la Carta
negociación, 200-203, 210-212
Nehru, Jawarhalal, 268
New York Times, 147-148t., 176
Nixon, Richard, 144
Noruega, 123t., 124 y t., 125, 206, 207t.
Nouvel Observateur, 142
Nueva ley de Pobres de 1834, 102
nuevos movimientos sociales, 145-147
  titulares de 1989 sobre los movimientos sociales en el, 148t.
números, *véase* demostraciones de WUNC
ONGI, *véase* organizaciones del movimiento social transnacional
opresión y estrategias de los movimientos sociales, 134
Orange, Guillermo, príncipe de, 70, 79, 110
organización:
  Internacional del Trabajo, 230
  Tratado del Atlántico Norte (OTAN), del, 200, 222
organizaciones:
  étnicas, 108-112, 114-116
  movimiento social, de:
    (ONGI), 230, 239
    (SMO), del, 106
    (TSMO), 231-232t.
  Mundial del Comercio (OMC), 232-234, 238-239, 287, 293-294
  no gubernamentales:
    internacionales (ONGI), 230, 239
    ONG, 29, 216, 218, 239, 242, 277
  obreras, 101-103
    actuaciones en Francia de las, 88-94
    aumento en las, 108-112
    Buenos Aires, en, 130-132
    Gran Bretaña, en, 68-72, 82-84
  respaldadas por la Iglesia, 123-125
  territoriales, Francia, 112-114
  supragubernamentales, 200-202
Otras Clases Desfavorecidas, 186-187

Pacto Federal, Suiza, 128

Pakistán, 14, 143, 192, 198, 235-236
Panteras Negras, 143
parlamentarización, 63-64
  efectos políticos de, 114-116
  elementos de, 112-116
  promotora de los movimientos sociales, como, 97-99
  relación con el auge de los movimientos sociales, 65-67
Parlamento, Gran Bretaña, 76-77, 113-115, 259
parlamentos:
  Bélgica, de, 113-115
  Francia, de, 113-115
  Gran Bretaña, 76-78, 112-116, 258-260
  organización de, 113-115
participantes políticos:
  aumento en el número y los contactos entre, 255-265
  equiparación de recursos y contactos entre, 255-265
Partido:
  Americano, 107-108, 115
  Bharatiya Janaya (BJP), India, 186-188
  Comunista:
    Checoslovaquia, de, 143
    Unión Soviética, de la, 135-137 y t., 138-139
  Nacional Socialista, 180
  Nazi, 180
  Social Democrático, Alemania, 180-181
  Socialista, Argentina, 130-134, 136-138
  Trabajadores de California, de los, 110
Pekín, China, movimientos estudiantiles de 1989, 147, 151t., 152-154
periódicos, 170-172
personal de los movimientos sociales, 41-42, 84-85, 292-294
peticiones:
  Carta del Pueblo, 102-106
  desaparición de, 95-97
  electrónicas, 216-218
  fuera de los movimientos sociales, 33-35
  Holanda, 78-80
Philips, Francis, 72
pobreza y número de conexiones en términos de medios de comunicación, 205-210
poder de los Estados, 198-202
policía:
  abusos por parte de la, 241-244
  control de las protestas, 167-168
  tácticas empleadas contra los movimientos sociales, 165-167
  véase también encuentros entre los ciudadanos y la policía
política, 25-29
  Argentina, 129-134
  callejera, Berlín, 165-170
  campañas interactivas, y, 80-82

contenciosa:
China, en, 214-216
explicación de, 35-36
movimiento miliciano, 33-35
movimientos sociales, y, 33-35
como forma de, 20-22
contexto histórico de la, 27-36
elementos de la, 27-31
formas modulares de, 74-76
Francia, 88-90
Gran Bretaña, 45-56
Indonesia, en, 161-165
innovaciones en la, 74-76
manifestaciones como parte de la, 92-94
movimientos sociales en Bélgica, y, 97-99
popular a partir de las organizaciones, Argentina, 130-132
pública:
aislamiento de las desigualdades sociales existentes, 255-260
ampliación de derechos y obligaciones dentro de la, 267-269
campañas electorales, de las, 35-36
efecto de la parlamentarización en, 63-65
equiparación de derechos y obligaciones en, 267-269

negociación, 118-120
productos alimenticios, intercambio de, 232-236
profesionales del movimiento social, 290-294
profesionalización, 290-296, 297f., 298-303
proletarización, 63-67
propietarios, Suiza, 126-127
protestantes, campañas contra los católicos, 22-25
protestas, Polonia, 156-157
Protocolos de los Sabios de Sión, 175
Prusia, 79
Putin, Vladimir, 244

Québec, Canadá, huelga estudiantil a favor de un Estado independiente, 141-143
quema de efigies, 74-76

radicales, Argentina, 130-131
radios, 205-206
como vehículo de los movimientos sociales, 172-176
importancia en la segunda guerra mundial, 35-36, 174-176
papel en la globalización, 203-205
portátiles, 208
Ram (héroe épico), 185-186
recaudación de fondos, 172-174
redes, 234-238
confianza, de, 265-267
democratización, y, 258-263
crédito, de, 203-205
poder internacionales, de, 301-303
reforma:
Indonesia, en, 163
parlamentaria, 50-52, 68-74, 82-84, 99-101, 137-139
Suiza, en, 128
regímenes:
autoritarios, 250-251
comunistas, 140-141
instituciones democráticas, como, 246-251
movimientos sociales, y, 269-273
socialistas estatales:
movimientos sociales, y los, 159-161
titulares sobre los movimientos sociales del *New York Times* para, 150-151t.
Reino Unido:
como gran creador de movimientos sociales, 99-103
estructura política de, 114-116
libertad de expresión, y, 116-118
parlamentos, 76-78, 114-116, 258-260
véase también Gran Bretaña
reivindicaciones:
colectivas, 68-70, 74-76, 88-90
contenciosas, 118-118

derecha, de la, 178-180
identitarias, 36-38, 80-84, 290-292
historia de Ryan de la política pública, en la, 108-110
nuevos movimientos sociales, y los, 145-147
trabajadores belgas, de los, 95-97
véase también reivindicaciones y presentación de las reivindicaciones posición, de, 36-38, 80-84, 290-292
Ryan de la política pública, en la historia de, 108-110
trabajadores belgas, 95-97
véase también reivindicaciones y presentación de las reivindicaciones
programáticas, 36-38, 80-84, 290-292
calendario de Gamson de los movimientos sociales en Estados Unidos, 107t., 108t.
historia de Ryan de la política pública, en la, 108-110
trabajadores belgas, 95-97
véase también reivindicaciones y presentación de las reivindicaciones

huelgas como formas de, 95-97
inventario de los episodios en Londres, 45-48
utilización de los servicios de noticias en línea para identificar, 236-238
para la reforma, 70-72
privadas, 70-72
públicas abiertas, 70-72, 74-76
fuera de los movimientos sociales, 33-35
Gran Bretaña, en, 50-52
urbanas, 57-59
revolución:
Americana, 50-52, 61-65, 72-82
bolchevique de 1917, 135-141
Francesa de 1848, 87-94, 118-120, 127-129, 152-154
patriotas holandeses, de los, 78-79
proletaria, 139-141
Rheingold, Howard, 191, 202, 238
riesgo, 258-262
Riles, Annelise, 177-178
riqueza:
acceso a las comunicaciones, y, 205-210
disparidades, 196-200
Robert, Vincent, 31, 88-93, 100
Roberts, Owen, 59
Roosevelt, Franklin D., 174-175
Ryan, Mary, historia de la política pública, 108-112

Sabato, Hilda, 124t., 131
sacrificio ostentoso, 33-35
saqueo de casas, 74-76, 111-112
Sartre, Jean Paul, 177
Science (revista), 35
SDS, *véase* Estudiantes para una Sociedad Democrática
Seattle, Washington, 223-224, 232-234
sentimientos de rechazo a la ciencia, 35-36
servicio de noticias en línea de Reuters, 236-238
servicios de noticias en línea utilizados para identificar los episodios contenciosos, 236-238
símbolos, 88-89
  gorras de la libertad, 68-72, 87-90, 99-101
Sindicato de:
  Stockport para la Promoción de la Felicidad Humana, de, 71
  Trabajadores Voluntarios, Nueva York, 110
sindicatos:
  Francia, en, 90-94
  Ley de Pobres, de la, 102
  obreros, Francia, 141-143
sistemas de divisas, 203-205
Smith, Adam, 67
Smith, Jackie, 223-230
SMO, *véase* organizaciones del movimiento social
Smolett, Tobias, 48

aumento en los esfuerzos organizativos, 105-110
carbón, del, 46-48
Ley de la Reforma de 1832, y, 99-103
movilizaciones en China en 1989, 147-154
organizados, *véase* organizaciones obreras
seda, y la, 46-48, 87-92
trabajo asalariado, 63-67
transferencias entre movimientos, 41-42, 52-54
transformación de los movimientos sociales, 288t., 289-290
transporte, impacto en los movimientos sociales, 205-206
Tribun du peuple, 88
triunfo de los movimientos sociales, 295-296, 147, 300-303
TSMO, *véase* organizaciones del movimiento social transnacional

unidad, *véase* demostraciones de WUNC
Unión:
Cívica, Buenos Aires, 131, 139
Europea, 27, 29, 200, 233-234, 236
elementos de los movimientos sociales en la, 29-31
Soviética y los movimientos sociales, 163-165

valor, *véase* demostraciones de WUNC
Vía Campesina, 211-212, 238
violencia:
enfrentamientos entre hindúes y musulmanes, 184-185
naturaleza violenta de las manifestaciones, 156-157
Vossische Zeitung, 166-167
votantes, Bélgica, 94-97

Wal-Mart, protestas contra, 227t., 229
Wellman, Barry, 202-203, 210
Whytal, Sharon, 281
Wilkes, John, 46-52, 54, 61, 67, 71, 83, 117-118, 220, 279, 285-286, 294
derechos políticos, y los, 116-120
ficción histórica de 2003, en la, 284-286
World Wide Web, 203t.
World Wildlife Fund (WWF), 216

Xiamen, 189-191, 193, 213, 215-220, 292

Yeltsin, Boris, 156
YouTube, 193
Yugoslavia, 147

Zelizer, Viviana, 11, 201, 204
Zimbabue, 14, 17-18, 27, 29, 38, 286

ÍNDICE

Prefacio a la primera edición 9
Prefacio a la segunda edición 13

1. Los movimientos sociales como política 17
2. La invención del movimiento social 45
3. Aventuras decimonónicas 87
4. El siglo XX: expansión y transformación 135
5. Los movimientos sociales entran en el siglo XXI 189
6. Democratización y movimientos sociales 241
7. El futuro de los movimientos sociales 279

Cuestiones para el debate 305
Bibliografía general y publicaciones de Charles Tilly (1977-2008) 307

Índice alfabético 343

Hasta su reciente fallecimiento, Charles Tilly fue profesor *Joseph L. Buttenwieser* de ciencias sociales en la Universidad de Columbia y autor de *Las revoluciones europeas 1492-1992* (Crítica, 1995) y *Explaining Social Processes* (Paradigm, 2008).

Lesley J. Wood es *Assistant Professor* de sociología en la Universidad de York. Sus trabajos sobre globalización y movimientos sociales han sido publicados en revistas como *Movilization* y *Journal of World Systems Research*. Actualmente está trabajando en una monografía sobre difusión y tácticas de acción directa.

Imagen de la cubierta: Strike by Boris Mihajlovic Kustodiev
© The Gallery Collection / Corbis

Creative Commons

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto
para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no
comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o
traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar
como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES, 1768-2008

Desde sus orígenes a Facebook

CHARLES TILLY
LESLEY J. WOOD

Este libro viene a ser el testamento intelectual de Charles Tilly, maestro indiscutible en los campos de la historia social y de la sociología, quien quiso sintetizar en estas páginas su amplia e innovadora obra de estudio de los movimientos de masas, cuya evolución sigue aquí desde sus orígenes en las protestas populares de la Inglaterra de mediados del siglo XVIII, a través de su expansión mundial como un instrumento de transformación social en los siglos XIX y XX –con su culminación en los movimientos de protesta de 1989, de Polonia a Tiananmen–, hasta los profundos cambios que la globalización y los nuevos medios de comunicación están introduciendo a comienzos del siglo XXI, facilitando grandes movilizaciones internacionales de protesta, como las que suscitó la guerra de Irak, o la creación de nuevas redes colectivas, como Vía Campesina. Fue el propio Tilly quien, en los últimos meses de su vida, encargó a la profesora Wood la actualización de este texto de análisis y de historia, y trabajó junto a ella en la que iba a ser su última obra.

965492
9 788498 920451

open access